



Los Pecados de

Olívier

Bilogía Señor Brooks

Andrea Adrich

**LOS
PECADOS
DE OLIVIER
ANDREA ADRICH**

© Andrea Adrich, 2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56

Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Epílogo

Nota de la autora:

Nunca se sabe dónde puedes encontrar las musas, dónde puede nacer una historia: en una frase, en un paisaje, en un edificio, en una persona... Esa es la magia de este mundo. Hace algunos años leí un libro y, a pesar de no acordarme de su título, me inspiró para escribir esta novela. Espero que os guste y que disfrutéis mucho de su lectura.

CAPÍTULO 1

Mientras Noah caminaba por la calle con toda la rapidez que le permitían los altísimos tacones, trataba de no perder el equilibrio y de que el montón de vestidos que llevaba en los brazos no acabara en el suelo. No veía la hora de llegar a la tienda. Desde hacía un rato, se le había dormido medio cuerpo de aguantar tanto el peso.

—Buenos días, Noah. —Enseguida reconoció la voz de Todd, el dependiente de pelo por los hombros de la floristería que había al lado de su tienda, y uno de sus mejores amigos desde que había llegado a Nueva York cuatro meses atrás.

Sin detenerse, alzó los ojos azules por encima de la pila de vestidos y lo saludó.

—Buenos días, Todd.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó él, al comprobar que estaba al borde de que todo, incluida ella misma, acabara tirada en la acera.

Noah se paró frente a la puerta de la tienda.

—Ay, sí, por favor. Te agradecería que me echaras una mano —le dijo.

—¡Claro!

Todd corrió hacia ella. No es que Noah lo viera, los vestidos formaban un muro ante sus ojos que le impedía ver cualquier cosa que sucediera más allá de sus narices, pero sintió sus pasos apresurados dirigiéndose hacia donde se encontraba.

—Las llaves están en el bolsillo pequeño de mi bolso —le indicó Noah a Todd en tono apremiante.

—Ok.

Todd abrió rápidamente la cremallera del compartimento y extrajo las llaves que guardaba en su interior.

—Ya las tengo —le informó a Noah, como si estuviera retransmitiéndole los

pasos de una importante operación policial.

—Perfecto. Ahora abre —murmuró ella, haciendo un último esfuerzo por mantener el equilibrio.

Oyó el ruido metálico que hizo la verja cuando Todd la subió y el chasquido de la cerradura al introducir la llave en la puerta.

—¿Puedes sola?

—Creo que sí —balbuceó.

—Por aquí —la guio Todd.

Noah cruzó el umbral y con las rodillas temblorosas por el esfuerzo alcanzó finalmente el pequeño mostrador.

—Gracias —dijo, al tiempo que apoyaba el montón de vestidos sobre él. Resopló.

«¡Lo he conseguido! ¡Y sana y salva!», exclamó para sus adentros.

—¿Por qué vienes tan cargada? —le preguntó Todd.

Noah se volvió hacia él mientras intentaba regular el ritmo de su respiración.

—Tengo que entregar sin falta estos vestidos a unas clientas —respondió con la voz algo entrecortada—. Me he pasado toda la noche cosiendo.

—Ahora entiendo por qué hoy tienes ojos de oso panda —se burló Todd.

Noah puso los ojos en blanco.

—Muchas gracias. Eres único dando ánimos —dijo con sarcasmo.

Todd se echó a reír y dos pequeños hoyuelos aparecieron en sus mejillas.

—Ahora en serio, Noah: curras mucho.

—Tengo que trabajar duro si quiero sacar la tienda adelante —repuso—. He invertido mucho tiempo y parte de los ahorros de mis padres en ella. Por no hablar del desorbitado préstamo que debo al banco...

De pronto notó una punzada de agobio. Recordar la ingente cantidad que tenía de hipoteca hacía que sintiera un extraño vértigo.

—Ni siquiera tienes tiempo para el amor —comentó Todd—. ¿Hace cuánto que no tienes una cita?

—Si te soy sincera no me acuerdo. —Noah lanzó un suspiro al aire e hizo memoria. Era cierto que hacía mucho tiempo que no quedaba con un chico—. Creo que desde que vine a Nueva York —dijo, haciendo un cálculo rápido.

—Y de eso hace ya cuatro meses —anotó Todd con deliberada doble intención—. ¿No piensas que ya es hora de ir echando un polvo?

—¡Todd! —lo amonestó Noah con poca convicción.

—Tanta abstinencia no puede ser sana —dijo él en tono divertido.

—¡Cállate! —le ordenó Noah, fingiendo severidad—. En estos momentos no tengo ni tiempo ni energía para ligar —agregó a modo de explicación.

—Está bien, me callo —claudicó Todd con una sonrisa.

No lo iba a reconocer delante de él, pero en el fondo tenía razón. Los últimos cuatro meses de su vida los había pasado trabajando casi las veinticuatro horas del día. Sin descanso. Cuando no estaba lápiz en mano esbozando sobre un folio los diseños que deseaba crear, estaba cosiendo, y si no, eligiendo las telas con los proveedores, u ordenando el almacén, que la mayoría de las veces estaba manga por hombro. Aunque también era cierto que esos meses habían pasado como un suspiro; sin que apenas se diera cuenta.

—La verdad es que eres muy valiente —comentó Todd, dejando entrever un viso de admiración en los ojos. Su rostro había adquirido una expresión más seria que la que tenía un momento antes.

Noah se colocó algunos mechones de pelo rubio detrás de las orejas.

—No sé si soy valiente o una temeraria —dijo.

Todd se acercó a ella y le acarició el brazo en un intento por animarla.

—Eres valiente; eres muy, muy valiente —repitió.

Noah sonrió.

—Gracias, Todd.

—Tengo que volver al trabajo —anunció él—. ¿Quieres que te traiga un café a media mañana? —le preguntó.

—Sí, por favor. Yo no voy a tener tiempo de nada —contestó Noah, agradeciendo que estuviera pendiente de ella.

—No hay problema, te traigo uno con leche —dijo resuelto.

—Mejor uno doble. Hoy necesito un chute de cafeína directamente en vena.

—Uno doble, entonces —rio Todd—. Nos vemos luego —se despidió.

—Hasta luego.

Todd salió de la tienda y Noah se giró sobre sí misma. Inhaló una profunda bocanada de aire y lo soltó poco a poco mientras cogía fuerzas para

enfrentarse a todo el trabajo que tenía ese día por delante.

CAPÍTULO 2

Noah consultó el reloj de su muñeca.

—Tengo que darme prisa en acabar esto —murmuró con un incipiente estrés.

Estaba terminando de meter la manga de la camiseta de cachemir en el brazo del maniquí que iba a colocar en el escaparate cuando oyó que se abría la puerta de la tienda. Pensó que era alguna de las clientas que tenían que ir a recoger uno de los vestidos que había estado confeccionando, sin embargo, al girarse, se encontró con la figura de un hombre joven, vestido con un impecable traje negro. Un traje que debía haberle costado lo mismo que ella pagaba de hipoteca por el local en el que tenía la tienda.

En un rápido vistazo vio que era alto, delgado, con un cuerpo fibroso, endiabladamente atractivo y que rezumaba autoridad por cada poro de la piel. Era el hombre más intimidante que había visto en su vida. Parecía un sofisticado depredador.

—Buenos días, señor, ¿en qué puedo ayudarlo? —dijo.

—¿Esto es todo lo que hay? ¿Nada más? —le preguntó a su vez él en tono monocorde, sin molestarse en saludar.

La mirada de desprecio con la que recorrió la tienda le encogió el estómago a Noah. ¿Por qué ese menosprecio? Y aunque no sabía a qué venía su pregunta, le respondió.

—Sí, la temporada está tocando su fin y algunas prendas ya se han agotado o están fuera de stock...

El hombre dio unos cuantos pasos sin dejar de mirar a un lado y a otro.

—No me refiero al stock, sino a los metros cuadrados de la tienda. ¿Esto es todo? —repitió áspero.

—Hay un pequeño almacén al otro lado de esa puerta —dijo Noah de forma automática, señalando la puerta blanca que había detrás del mostrador.

Se movió incómoda en el sitio. Aquel hombre no le inspiraba mucha confianza.

—¿Por qué quiere saberlo? —se atrevió a preguntarle. Él ni siquiera se molestó en mirarla, solo le interesaba el tamaño de la tienda—. Este local no se alquila, si es lo que le interesa —agregó con palabras atropelladas.

—Ya sé que no se alquila, solo quiero saber cómo son las nuevas propiedades que acabo de adquirir —contestó el hombre.

Noah tragó saliva.

No entendía nada, pero se obligó a sonreír.

—¿Adquirir? —repitió, como si no hubiera oído bien—. Creo que ha cometido un error...

La vista del hombre rodó hasta ella y le lanzó una mirada incendiaria. Durante un segundo Noah perdió el contacto con la realidad. Sus ojos eran negros, profundos e hipnóticos. Cuando logró reaccionar sintió un nudo en el estómago que le advirtió de que algo no iba bien.

—Señorita...

—Winter, Noah Winter —se presentó.

—Señorita Winter, no tengo por costumbre cometer errores —dijo el hombre en tono suave y ronco a la vez. La autoridad estaba grabada en cada uno de sus rasgos faciales.

Noah notó como sus mejillas se sonrojaban violentamente.

—Pues no entiendo qué hace aquí —replicó.

—Ya se lo he dicho.

El hombre echó a andar hacia ella. Cuando estaba a solo un par de metros, Noah le vio introducir la mano en el bolsillo interior de su elegante chaqueta y extraer un documento de él que parecía oficial, y que le tendió con la mano firme, todo lo contrario que las suyas, que habían comenzado a temblar.

—Léalo —le pidió. Su voz sonaba autoritaria.

Sin poder quitar la vista de los papeles, Noah los cogió, los desplegó y se dispuso a leerlos mientras sentía la mirada de ese hombre clavada en ella. Los miró con el ceño fruncido y comenzó a leerlos.

«No puede ser», masculló con asombro para sus adentros.

Sabía lo que significaban aquellos papeles, pero se negaba a creérselo.

Levantó los ojos del documento y ante la arrogancia de aquel hombre decidió recurrir a una combinación de osadía y determinación. Algo que no le hiciera parecer una imbécil. Alzó levemente la barbilla y adoptó una actitud de seguridad en ella misma que estaba muy lejos de sentir, pero la fingió confiando en las clases de teatro que había dado en el instituto.

—¿Podría decirme qué significa exactamente? —le preguntó con dignidad.

El hombre, del que todavía desconocía el nombre, porque no se había dignado a presentarse, la miró con una media sonrisa que tenía tintes maliciosos y que dejaba a la vista sus dientes blancos.

—Significa que ahora soy el legítimo propietario de su tienda —aseveró con expresión glacial en el rostro.

Noah sintió como un escalofrío le recorría el cuerpo de arriba abajo hasta hacerla estremecer.

—Pero eso no es posible... No...

Incapaz de hablar con sobriedad, notó como sus palabras emergían con un balbuceo.

—La entidad bancaria que le concedió el préstamo ha sido absorbida por mi empresa. Por lo tanto, su tienda pasa a ser mía. —En los ojos del hombre volvía a estar ese desprecio del principio, y a Noah se le revolvieron las tripas—. ¿Lo entiende, señorita Winter?

Noah se puso recta e intentó mantener la compostura.

—Sí, lo entiendo —dijo, apartándose el pelo de la cara y sofocando su sorpresa.

Entendía que estaba en sus manos. Eso es lo único que se iluminaba en su cerebro con letras de neón de tamaño XXL; que estaba en las manos de ese hombre.

—Mi tienda... ¿no le interesa? —le preguntó.

—No —negó el hombre sin pensárselo dos veces—. He adquirido otros negocios mucho más interesantes, pero el suyo no merece ni mi tiempo ni mi dinero.

—Entiendo... —La voz de Noah se fue apagando poco a poco.

De reojo, vio que el hombre miraba el reloj.

—Tengo que irme, no puedo perder más tiempo aquí —dijo él en tono frío.

Su arrogancia la asqueaba. ¿Cómo podía ser tan déspota? ¿tan insensible?

Se dio media vuelta con un movimiento tan elegante como contundente, y enfiló los pasos hacia la salida. Antes de cruzar el umbral, se giró.

—Ya tendrá noticias mías, señorita Winter —dijo, al tiempo que se estiraba las solapas de la chaqueta de su traje en un gesto de suficiencia—. Por cierto, me llamo Olivier Brooks —se presentó, justo antes de que su esbelta figura se perdiera tras la puerta.

El inicio de la media sonrisa que asomaba a sus labios cuando salió de la tienda era una mueca ficticia que a Noah le resultó casi ofensiva.

CAPÍTULO 3

Noah no era capaz de procesar lo que acababa de pasar. Sentía una opresión en el pecho que le impedía respirar correctamente. Era ansiedad. Se pasó la mano por la frente, y se dejó caer en una de las sillas que destinaba a las clientas, para tratar de tranquilizarse. El corazón le palpitaba a mil por hora.

—¿Te encuentras bien, Noah? Estás pálida. —Era Todd el que le preguntaba. Pero ella seguía sin poder articular palabra. Ante su silencio, Todd se impacientó y le apremió para que le respondiera—. Noah, ¿qué te pasa? —dijo en tono preocupado.

—Ha estado aquí un hombre...

—¿Un hombre? ¿Un cliente? ¿Ha sido descortés contigo? ¿Te ha dicho algo desagradable? —Todd hablaba en un tono que daba a entender que estaría dispuesto a matar a quien fuera que le hiciera daño.

Noah negó con la cabeza. Es cierto que Olivier Brooks había sido descortés con ella y extremadamente desagradable, pero no de la forma que Todd se imaginaba.

—Ha venido a decirme que es el nuevo dueño de la tienda —soltó al fin.

Noah vio como Todd, que estaba situado de cuclillas frente a ella, frunció el ceño y sus cejas se contrajeron en un gesto de extrañeza.

—¿Cómo que es el nuevo dueño? —repitió como un eco—. La dueña eres tú.

Noah negó nuevamente con la cabeza. Esta vez más enérgicamente.

—Su empresa ha absorbido el banco con el que tengo la hipoteca. Lo que significa que mi tienda es ahora suya —le explicó.

—Bueno, puedes seguir pagándole la hipoteca a su empresa.

—Él no está por la labor de dejar en pie la tienda, no le parece un «negocio interesante» —dijo, imitando con burla la voz grave y arrogante de Olivier Brooks.

Todd cogió los papeles que tenía Noah en la mano y que no había soltado en todo el tiempo.

—¿Tu tienda la ha adquirido *Brooks Corporation*? —le preguntó y, por el tono que utilizó al hacerlo, Noah supo que lo siguiente que iba a decir no le iba a gustar.

—Sí.

—¿Quién ha estado aquí, Noah?

—Olivier Brooks —respondió.

Las cejas contraídas de Todd se arquearon mostrando incredulidad, y Noah empezó a temerse lo peor.

—¿Qué pasa, Todd? —le preguntó, al ver que estaba callado como si le hubiera comido la lengua un gato. Todd alzó sus ojos pardos hasta encontrarse con los suyos, pero para desesperación de Noah seguía en silencio—. ¡Todd! —le instó a que hablara.

—Olivier Brooks es uno de los empresarios más poderosos de Nueva York, un tiburón de los negocios. El chico malo de las finanzas —contestó por fin—. Tiene fama de despiadado, de caprichoso y de no tener muchos escrúpulos...

Noah no podía creer lo que estaba saliendo de la boca de Todd.

—¿Así que estoy jodida? —masculló.

Todd arrugó los labios.

—Olivier Brooks no se caracteriza por ser un hombre generoso —respondió a su pregunta.

—¡Genial! —dijo Noah con sarcasmo.

Todd la miró.

—¿Por qué no consultas un abogado? —le preguntó.

Noah soltó una sonrisilla amarga.

—¿Crees que ese tío hubiera venido a decirme que es el nuevo dueño de la tienda, si no estuviera seguro de lo que significa que su empresa haya absorbido el banco con el que tengo la hipoteca? —lanzó.

—Tienes razón; tiene que tener los mejores abogados y asesores de toda la ciudad —dijo Todd.

Durante un segundo Noah fue presa de la desesperación más absoluta. Hundió el rostro entre las manos.

—No puedo creer que me esté pasando esto, Todd —dijo, tratando de mantener las lágrimas a raya—. No lo puedo creer.

Todd le agarró de las muñecas y le apartó las manos de la cara.

—Venga, Noah, no te dejes llevar por el desánimo. Seguro que puedes hacer algo...

Noah negó para sí.

—¿Algo? ¿El qué? —dijo mientras se encogía de hombros—. Tú mismo lo has dicho, Olivier Brooks es despiadado, caprichoso y no tiene escrúpulos, y he podido comprobar que es cierto. —Hizo una breve pausa. Levantó la cabeza y lo miró a través de la cortina rubia que había formado su pelo—. Si hubieras visto con que desprecio lo observaba todo, con que indiferencia... —comentó, recordando el modo en que su intensa mirada repasaba con desdén cada centímetro del perímetro de la tienda.

Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—No te preocupes, habrá alguna forma de frenar a ese hombre —la animó Todd.

—¿Tú crees? —dijo Noah con voz temblorosa, al tiempo que se enjugaba con el dorso de la mano las primeras lágrimas que habían empezado a rodar por sus mejillas.

—Claro que sí, solo tenemos que pensar un poco y encontrarla.

La voz animada de Todd le hizo sentir inexplicablemente mejor, aunque en el fondo era consciente de que pensar que había un resquicio de esperanza para ella en todo ese lío era una completa estupidez. Le gustara o no, Olivier Brooks la tenía agarrada por los huevos.

Y tener que tratar con él hacía que se estremeciera. Olivier Brooks le daba miedo.

CAPÍTULO 4

Las puertas metálicas del lujoso ascensor se abrieron y Olivier emergió al pasillo, al final del cual se encontraba su despacho.

—Buenos... Buenos días, señor Brooks —lo saludó con voz temblorosa Karen, su secretaria—. Su hermana lo está esperando —le anunció.

Olivier se limitó a asentir con rostro severo y una leve inclinación de cabeza que apenas fue perceptible cuando pasó por delante del escritorio de Karen. Abrió la puerta de su despacho.

—Buenos días, Helen —saludó a la mujer morena que estaba sentada al otro lado de la elegante mesa de cristal que presidía la estancia.

El parecido físico entre ellos era obvio: los dos eran altos, atractivos, tenían el pelo moreno y unos ojos protagonistas de una mirada intensa y hechizante, aunque Olivier era cinco años más mayor que Helen.

—Hola, Olivier —correspondió ella, girando el rostro hacia su hermano.

—¿Tienes lista la documentación de las propiedades adquiridas a través de la OPA? —preguntó Olivier a Helen mientras avanzaba hacia el escritorio.

Ella levantó un taco de papeles.

—Aquí la tienes.

—¿Están todas?

—Sí, están todas —respondió Helen con un resoplido. Su hermano podía llegar a ser insufrible. Olivier se sentó en su enorme sillón de cuero—. ¿Es que nunca te relajas? —dijo después.

—Helen, no empieces —le cortó Olivier, dirigiéndole una mirada admonitoria.

—Olivier, tienes que aprender a relajarte. No es normal el ritmo de vida que llevas.

—Estoy relajado —dijo Olivier con indiferencia.

Alargó la mano por encima de la mesa de cristal y aferró la documentación

en la que había estado trabajando Helen. Sin embargo, ella retuvo los papeles, ofreciendo resistencia.

—Te lo estoy diciendo en serio... —dijo.

Olivier levantó su intensa mirada y la clavó en Helen.

—Te permito muchas cosas porque eres mi hermana, pero no te pases —le advirtió.

Olivier podía ser muy intimidante cuando se lo proponía, pero en Helen no siempre surtía efecto, aunque finalmente soltó los documentos.

—Eres muy gruñón —dijo.

—¿No me digas? —se mofó Olivier.

Helen decidió cambiar de tema.

—¿Fuiste a ver las nuevas propiedades que has adquirido?

—Sí.

—¿Hay algún negocio interesante?

—No

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo que hago en estas ocasiones: echar a la calle a los deudores, vaciar los locales, especular con su valor y revenderlos para transformarlos en dinero —respondió Olivier mecánicamente.

—¿No vas a salvar ninguno de la quema?

—No.

—Olivier, ¿te das cuenta de la cantidad de sueños que te llevarás por delante? —le preguntó Helen.

Olivier se reclinó en el respaldo, estiró las largas piernas y adoptó una pose de indiferencia.

—No me digas que te vas a poner nostálgica —le reprochó.

Helen atisbó un viso de burla en la voz de su hermano.

—Eres muy duro —apostilló, obviando su comentario.

Olivier suspiró ruidosamente.

—Te lo he dicho muchas veces, un imperio como este no crece siendo caritativo —repuso escuetamente, sin explayarse más en la respuesta.

—Pero en esos negocios hay puestos decenas de sueños, de ilusiones, de futuro... —enumeró Helen, intentando convencer a Olivier para que no fuera

tan intransigente.

—Ay, Helen, no puedes ser tan sentimental. De verdad que no.

—No te mofes de mí.

—No me estoy mofando de ti.

—Muchas veces pienso que no eres humano.

Olivier dejó escapar una carcajada llena de acidez que resonó en todos los rincones del despacho.

—¿Crees que soy marciano? —dijo.

—No, no creo que seas marciano —lo contradijo Helen—, pero no me gusta que seas una persona tan dura, incluso tan cruel... Tú mejor que nadie sabes lo difícil que se puede poner a veces la vida.

Olivier alzó la mano para silenciarla.

—Ya, ya, ya... No trates de ablandarme con esas cosas, porque sabes que no lo vas a conseguir.

—Ya sé que no lo voy a conseguir, a ti no se te puede ablandar con nada —repuso Helen, ciertamente apesadumbrada y consciente de que su hermano era inconmovible.

Desconocía en qué momento Olivier se había convertido en un hombre severo, cruel y tan hostil como las OPAS con las que absorbía empresas en quiebra, adquiriría nuevas propiedades y las hacía dinero, pero en su memoria vagaban algunos recuerdos en los que era un niño bondadoso y amable, con una sonrisa limpia, que estaba dispuesto a todo para que nada ni nadie le hiciera daño.

CAPÍTULO 5

La mañana siguiente, antes de entrar en la tienda, Noah se coló con pies inquietos en la floristería en la que trabajaba Todd. Estaba exultante. Un agradable olor a flores la golpeó en cuanto se internó en el local.

—¡Creo que lo tengo! ¡Creo que lo tengo! ¡Creo que lo tengo! —exclamó sin apenas tomar aire.

Recorrió el pasillo que formaban los ramos de las coloridas flores que llevaban hasta el mostrador, enarbolando una carpeta verde en la mano, como si fuera la bandera francesa en el óleo *La Libertad guiando al pueblo* del pintor Delacroix. Se sentía casi igual.

—¿Qué tienes? —le preguntó Todd, sonriente.

Colocó unas rosas en un cubo con agua y miró a Noah con ojos expectantes.

—La manera de convencer a Olivier Brooks —dijo Noah, incapaz de ocultar su alegría.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —la instó Todd, que en esos momentos estaba muerto de curiosidad.

—Con esto —dijo Noah, sacudiendo la carpeta que tenía en la mano—. Me he pasado toda la noche trabajando en este informe para convencer a Olivier Brooks de que mi tienda es un negocio rentable... —dijo—. Bueno, o que puede serlo dentro de un año —agregó, dejando la carpeta en el mostrador.

Todd la cogió y la abrió para ver qué contenía. Noah pasó a relatarle los detalles del informe.

—He hecho una comparación entre gastos de producción y beneficios de estos primeros meses y beneficios futuros —comenzó—, cartera de clientes, visitas que tiene la página web al día y al mes, incluso una muestra virtual de la tienda —terminó de enumerar sin poder disimular cierto orgullo en la voz, por el arduo trabajo que había hecho—. ¿Qué te parece? —le preguntó a Todd.

Él tenía las cejas arqueadas en un gesto de visible admiración.

—Me parece una pasada —opinó—. Está curradísimo, Noah.

—¿Crees que con este informe podré convencer a Olivier Brooks de que mi negocio es interesante?

—Al menos se lo va a pensar.

Su respuesta animó a Noah.

—Es cierto que ahora los beneficios son muy discretos —anotó—. Pero estoy segura de que dentro de un año van a aumentar hasta casi el doble.

—Veo que lo tienes todo bien apuntalado.

—Hasta el último detalle. No quiero que ese hombre me pille en un renuncio o con la guardia baja. Olivier Brooks es capaz de comerme viva.

Todd cerró la carpeta y se la devolvió a Noah.

—¿Y vas a ir a verlo a su despacho? —le preguntó.

—Sí —respondió ella con cautela.

—¿Sabes que te vas a meter en la boca del lobo?

—Sí, lo sé, pero no tengo otro remedio. —Noah se encogió de hombros—. No puedo esperar a mostrarle el informe cuando venga a la tienda, porque para ese día quizá traiga una orden de desahucio... Al parecer tiene mucha prisa por deshacerse de mi tienda. Por cierto, ¿tienes idea de dónde tiene el despacho?

—No lo sé exactamente, pero el edificio donde tiene la empresa está en Park Avenue.

—¿Park Avenue es uno de los centros neurálgicos empresariales de Nueva York?

—Sí.

Noah puso los ojos en blanco.

—¿Por qué será que no me sorprende? —murmuró. Una empresa como la de Olivier Brooks no podía estar en otro lugar que no fuera allí—. Seguro que puedo encontrar la dirección en Google.

—Seguro. Se trata de *Brooks Corporation*.

Noah sacó el móvil de su bolso y tecleó *Brooks Corporation* en el famoso buscador. De inmediato aparecieron centenares de páginas con la dirección de la empresa de Olivier Brooks.

—Estás en lo cierto, está situada en Park Avenue, en el número 299, entre la

48 y la 49.

—¿Cuándo vas a ir?

—Tendré que pedir cita, o audiencia, como si fuera el Papa —dijo sin poder evitar la burla—. Supongo que el «señor Brooks» estará muy ocupado...

CAPÍTULO 6

Noah movía el pie de arriba abajo, impaciente. Sobre las rodillas reposaba el informe con el que tenía la intención de convencer a Olivier Brooks de que su tienda de ropa era un negocio interesante. Por suerte, le habían dado cita para dos días después, cosa que agradeció, porque ninguna de las dos noches había sido capaz de conciliar el sueño.

Todavía no había podido salir de su asombro.

El edificio de *Brooks Corporation* era un enorme lego de cristal e incontables plantas desde cuya cúspide daba la sensación de que podías tocar el cielo. Era una de las construcciones más altas, imponentes y sobrecogedoras que Noah había visto en su vida, y eso que llevaba cuatro meses viviendo en la llamada Ciudad de los Rascacielos.

Se había detenido a unos metros y había mirado hacia arriba. El edificio le había hecho sentir vértigo.

—Señorita Winter... —La voz suave de Karen, la secretaria de Olivier, la sacó de su ensimismamiento.

—¿Sí? —dijo Noah.

—El señor Brooks la espera en su despacho.

—Oh, gracias.

—Venga conmigo, por favor —indicó Karen.

Noah se levantó del sofá de cuero negro en el que había esperado que Olivier Brooks la recibiera y se alisó la falda con las manos. Karen la guio hasta su despacho, abrió la enorme puerta de madera maciza negra y la anunció.

—Señor Brooks, la señorita Winter está aquí.

—Hágala pasar. —Noah escuchó la voz seria de Olivier y sintió un escalofrío.

Karen asintió y se volvió hacia Noah.

—Pase —dijo.

La secretaria se echó a un lado y cedió el paso a Noah, que entró en el despacho como quien entra en un matadero. La puerta se cerró a su espalda con un chasquido sordo y Noah se quedó clavada delante de ella, inmóvil como una estatua de sal, aferrada a la carpeta que llevaba en las manos como si fuera una tabla salvavidas, intimidada por la opulencia del despacho de Olivier Brooks y por él mismo, sentado detrás de su enorme mesa de cristal, majestuoso como si fuera un rey en su trono. Noah reparó, del mismo modo que lo hizo el día que estuvo en la tienda, lo endiabladamente atractivo que era.

—Señorita Winter, ¿va a quedarse ahí de pie todo el día? —le preguntó Olivier en tono serio.

Noah tragó con dificultad.

—No, no... Claro que no —negó repetidamente.

Se obligó a andar, tratando de mantener el equilibrio sobre sus altísimos tacones. Caminó hasta la mesa de cristal, consciente en cada paso del poder que emanaba de Olivier Brooks. Los metros hasta que alcanzó una de las sillas de cuero negro se le antojaron eternos, sobre todo porque sentía sus ojos fijos en ella, siguiendo el movimiento de sus pies.

—Buenos días, señor Brooks —dijo, al darse cuenta de que no lo había saludado.

—Buenos días —correspondió Olivier en tono antipático, sin ni siquiera ofrecerle una sonrisa de cortesía.

Sus ojos, que reflejaban una expresión fría, observaban a Noah con calma.

«Qué desagradable es —pensó Noah para sus adentros—. Y que intimidante —añadió».

—Gracias por... por recibirme —se exigió decir a sí misma. Tenía que ser diplomática y moverse con cuidado. Debía ganarse a Olivier Brooks.

Se sentó en el borde de la silla, como si tuviera la intención de echar a correr en cualquier momento, y escapar. Olivier reparó en que el aire se había llenado de un agradable aroma a jazmín.

—Dígame a qué ha venido —dijo, mirándola aburrido, sin ningún interés.

Noah titubeó un segundo. Carraspeó para aclararse la garganta.

—Quería que viera un informe en el que he estado trabajando...

—¿Un informe? —la interrumpió Olivier.

Noah pensó que no tenía ningún sentido calmar los latidos acelerados de su corazón mientras notara los ojos de Olivier Brooks clavados en ella. No, no tenía ningún sentido.

—Sí, en él he reflejado los gastos y los beneficios que ha tenido mi tienda estos cuatro meses que lleva abierta —comenzó.

Haciendo un esfuerzo arrancó los ojos del rostro de Olivier y miró la carpeta que reposaba en sus rodillas. La cogió con dedos temblorosos y, pasándola por encima de la mesa, se la ofreció a Olivier, que la tomó con una indiferencia que no se molestó en disimular.

Noah se fijó en su mano. Era ancha, elegante y parecía suave.

—También podrá ver la cartera de clientes que tengo —continuó. Trató de que no le temblara la voz, pero no lo logró—, las visitas a la página web —prosiguió—, una muestra virtual y los beneficios previstos para los próximos doce meses.

—¿Y todo ello para qué? —preguntó Olivier, áspero.

Dejó la carpeta a un lado de la mesa sin ni siquiera molestarse en echar un vistazo al informe que había hecho Noah. Ella percibió en su tono cierta impaciencia. Tenía prisa por concluir aquella reunión cuanto antes.

—Para que compruebe que mi tienda de ropa es un negocio interesante —respondió Noah, utilizando las mismas palabras que había utilizado él para definirla.

En los labios de Olivier asomó una sonrisa irónica.

—Señorita Winter, yo me dedico a hacer dinero, y su tienda apenas obtiene ingresos decentes para cubrir los gastos que genera la hipoteca —afirmó.

—Pero obtendrá beneficios —se apresuró a decir Noah.

Su voz sonaba atropellada, nerviosa. Respiró hondo para calmarse. No podía derrumbarse ahora. Había demasiadas cosas en juego: su tienda, su carrera como diseñadora, los ahorros de sus padres, su sueño, incluso su propia vida...

—Solo estoy empezando, pero estoy totalmente segura de que en un año los ingresos van a aumentar —arguyó con un toque de desesperación—. Solo

necesito tiempo...

—Tiempo que yo no le voy a dar —aseveró Olivier.

CAPÍTULO 7

Aquellas palabras cayeron sobre Noah como un jarro de agua helada. Notó como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. ¿Cómo podía ser Olivier Brooks tan frío? ¿Tan poco empático? ¿Tan miserable?

—Ni siquiera ha leído el informe que he preparado —murmuró en un hilo de voz.

—Ni voy a leerlo —dijo Olivier.

La expresión de su rostro era imperturbable. Noah se puso recta en el asiento, intentando mantener una posición de dignidad.

—Todos los negocios necesitan tiempo. Solo llevo cuatro meses en este mundo y la moda es un mercado muy competitivo.

Olivier se echó hacia atrás, recostando la espalda en el sillón y ladeó la cabeza.

—No voy a esperar un año a que obtenga supuestos beneficios, que probablemente solo sean producto de su ilusión —se burló con crueldad—, teniendo la posibilidad de rentabilizar ese local en un par de semanas después de que usted lo desocupe.

—Por favor, solo le pido que lo lea —le suplicó Noah.

—Señorita Winter, tengo mejores cosas en las que perder el tiempo —afirmó Olivier.

—Por favor... —insistió Noah en tono extremadamente dulce.

El rostro de Olivier se mantenía impasible a su súplica.

Noah precipitó al aire un pequeño bufido. Su indiferencia terminó de enfurecerla.

«¿Cómo puede ser tan gilipollas?», se preguntó en silencio.

—¿Cómo puede ser tan mezquino? —Las palabras escaparon de su boca antes de que fuera consciente de ello.

Olivier no pudo evitar sorprenderse ante la pregunta de Noah. Una sombra

recorrió sus rasgos. ¿Qué cojones se había pensado aquella chica? Estaba claro que todavía no tenía conciencia de con quién estaba tratando.

Los astutos ojos de Olivier atravesaron sin piedad a Noah.

—Es usted una insolente, señorita Winter —dijo con voz deliberadamente lenta.

Noah se puso tensa. Apretó los labios para no llorar. Ya se había humillado suficiente yendo al despacho de Olivier Brooks para pedirle que leyera el informe que había hecho. No iba a darle el gusto de verla llorar.

—Y usted es un... un... —Quería gritarle, quería insultarle, quería humillarle del mismo modo que él la había humillado a ella, pero no le salían las palabras. Bufó con fuerza—. ¿Quién se ha creído que es? ¿Dios? —dijo con mordacidad, haciendo un esfuerzo por no amedrentarse.

Olivier sonrió sin ganas y se echó hacia adelante, acercando su rostro al de Noah.

—No soy Dios, pero lo más parecido a él que usted va a conocer en su vida es a mí —dijo con voz sobrecogedora.

Noah contuvo la respiración en la garganta. Aparte de gilipollas, Olivier Brooks también era un puñetero arrogante. Aunque sería estúpido no reconocer a sí misma que tenía razón. La persona que más se asemejaba a Dios en esos momentos para ella era él, porque prácticamente tenía su vida en sus manos. Podía hacer y deshacer con su tienda y con su carrera de diseñadora lo que le diera la gana. Y estaba comprobando que a Olivier Brooks le gustaba jugar con las vidas de las personas. Se sentía como un Emperador romano dando el golpe de gracia a los gladiadores mostrando el pulgar hacia abajo.

Tenía la sensación de que una mano le estrangulaba el corazón. Le entraron unas inmensas ganas de llorar, pero se reprimió haciendo un gran esfuerzo. No iba a llorar delante de Olivier Brooks. Respiró hondo. La sensación de impotencia era insoportable.

—No voy a seguir aguantando sus impertinencias —dijo a la defensiva.

—Puede irse cuando guste —dijo Olivier con cinismo, manteniendo una estudiada calma—. Ya sabe dónde está la puerta. No tengo que indicarle el camino.

Noah se levantó del asiento como si hubiera recibido un calambre.

—Jamás he conocido a un hombre tan inhumano como usted, señor Brooks —dijo con la voz temblorosa, mirándolo directamente a los ojos.

—Siempre hay una primera vez, señorita Winter —apostilló él con rostro inmutable.

Un silencio abrupto se apoderó del despacho. Olivier mantenía una expresión imperturbable en su rostro de rasgos endurecidos. Las palabras de Noah habían hecho en él la misma mella que una pluma sobre una armadura de acero. Noah se dio cuenta de que no tenía nada que hacer. Lo mejor era retirarse. Muchas veces había oído que una retirada a tiempo era una victoria. Dejó escapar un suspiro, y Olivier supo entonces que había ganado. Tampoco había tenido dudas al respecto. Aquel tipo de enfrentamientos no eran nada nuevo para él.

Observó como Noah aferraba el bolso con fuerza. Tenía los nudillos blancos. Rio para sí. ¿Qué se pensaba? ¿Qué iba a tener piedad de ella solo por su cara bonita? Quizá por eso se había vestido de aquella manera tan sexy... Sabía muy bien el modo en que algunas mujeres utilizaban su cuerpo y su sensualidad para conseguir sus objetivos. Aunque tenía la sensación de que la sensualidad de Noah Winter no era deliberada, sino innata. Simplemente llevaba un vestido rosa de tirantes y unas sandalias de tacón, cuyo sonido cadencioso resonaba por el suelo de parqué mientras caminaba hacia la puerta.

Sacudió la cabeza para alejar esos inoportunos pensamientos de su mente.

Antes de que Noah saliera del despacho, Olivier cogió la carpeta de solapas verdes con su informe y la tiró a la papelera.

Para Noah, que lo vio de reojo, fue un gesto devastador. El asco la golpeó en la boca del estómago. Sintió que le faltaba el aire. No dijo nada. Solo bajó la cabeza, abrió la puerta de madera maciza con dedos trémulos y salió. No veía la hora de irse de allí.

—Señorita Winter, ¿está bien? —La pregunta de Karen desde su escritorio la devolvió a la realidad. Se sentía aturdida, como si acabara de salir de un tornado. Pestañeó un par de veces para tomar consciencia.

—Sí, gracias —respondió en un hilo de voz.

—¿De verdad? —insistió Karen—. Parece un poco pálida.

—Sí, de verdad —dijo Noah con poca convicción.

—Puedo traerle un vaso de agua si quiere...

En ese instante, la puerta del despacho de Olivier se abrió y él emergió a la recepción con toda su magnificencia, como si fuera un ángel vengador. Al ver que Noah todavía seguía allí, la fulminó con su intensa mirada. Ella se sintió como una mosca molesta, como un insecto. Volvió el rostro hacia Karen.

—No, gracias. Ya me voy —dijo.

Miró al frente, echó a andar, atravesó la recepción con pasos apresurados, pese a que le temblaban las piernas y se dirigió hacia la zona de los ascensores, mordiéndose los labios para no romper a llorar.

Olivier dirigió una mirada admonitoria a Karen.

—No vuelva a concertarme citas con la señorita Winter ni con ninguno de los hipotecados de las últimas propiedades que he adquirido —le ordenó, autoritario, contemplándola con ferocidad.

—Sí, señor.

—Si lo hace, está despedida.

—No se preocupe, señor —dijo Karen, apocada por el tono imperativo que había utilizado Olivier.

CAPÍTULO 8

Noah introdujo la llave en la cerradura, dio dos vueltas y abrió la puerta de la tienda. Arrastró los pies por el suelo hasta alcanzar una de las sillas y se dejó caer en ella. Parecía que acababa de venir de la guerra. Había esperado encontrar menos resistencia por parte de Olivier Brooks, a pesar de su fama, pero ese hombre era frío como un témpano de hielo. Apoyó los codos en las rodillas y hundió la cara entre las manos.

Resopló.

Viera la situación desde la perspectiva que la viera, estaba jodida. Estaba muy, muy jodida. El futuro se había vuelto de repente de un negro espeluznante.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó Todd, que fue a su encuentro en cuanto la vio llegar.

Noah se descubrió el rostro, se irguió y recostó la espalda en la silla. Los ojos, de un tono semejante al azul de un cielo claro de verano, se veían vidriosos.

—Ni siquiera se ha molestado en leer el informe, lo ha tirado a la papelera cuando he salido de su despacho —respondió desconsolada.

—¡No jodas! —exclamó Todd sin dar crédito.

—Olivier Brooks es un hijo de puta —afirmó Noah entre lágrimas. Sus palabras reverberaban rabia.

—¿Qué te ha dicho?

—Que él se dedica a hacer dinero y que no va a esperar un año a que mi tienda genere unos beneficios que probablemente solo sean producto de mi ilusión.

—¡Menudo cabrón!

Noah se pasó las manos por el pelo. Su rostro manifestaba agobio.

—Jamás pensé que existieran personas como él. Olivier Brooks es duro,

intransigente y despiadado, tal y como me dijiste. Aplasta a cualquier empresa, grande o pequeña, si no puede obtener rentabilidad de ella —apuntó—. Y tiene un don para hacer sentir a la gente como insectos.

—¿Lo dices en serio? ¿Lo de hacer sentir a la gente como insectos?

—Sí, a mí me ha hecho sentir como una mosca cojonera.

—Su reputación le precede —apostilló Todd.

—Desde luego. Ese tío parece el anticristo.

Todd apretó los labios para reprimir la risa, pero no lo consiguió y terminó soltando una risotada.

—Lo siento, sé que no es el momento de reírme —se disculpó.

Noah desplegó en los labios una sonrisa condescendiente e hizo un gesto con la mano.

—No importa, yo soy la primera que le pongo un poco de humor a todo esto. De otra forma es insoportable de llevar —dijo.

La expresión de Todd se tornó seria. Estiró el brazo y le pasó a Noah la mano por el hombro.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

Noah movió la cabeza.

—Nada. No puedo hacer nada, Todd. Excepto recoger las cosas y marcharme. No tengo opción —respondió—. Aunque no me guste, aunque sea injusto, Olivier Brooks es el dueño de la tienda, del almacén, de todo...

Todd reparó en el destello de desesperación de los ojos de Noah. No le gustaba verla así. Estaba sufriendo mucho con todo aquel asunto.

—¿No puedes... alquilar otro local y trasladar tu tienda a él? —propuso—. Yo te puedo ayudar a llevar todas las cosas —se ofreció.

—¿Con qué dinero? —Noah abrió los brazos—. He invertido hasta el último centavo aquí —dijo. Levantó el rostro y abarcó la tienda con la mirada—. Incluso los ahorros de mis padres... Me he quedado sin nada, Todd. Sin nada.

—Pero ¿te tienes que ir ya?

—No tengo ni idea de leyes, pero ya he pagado la mensualidad de la hipoteca de este mes, así que supongo que tengo los próximos treinta días para recogerlo todo y marcharme.

—¿Y qué vas a hacer con el proyecto que tenías de participar en la Semana de la Moda de Nueva York? —le preguntó Todd.

Noah se levantó de la silla y comenzó a pasear de un lado a otro de la tienda.

—No lo sé —contestó—. Ahora mismo no tengo cabeza para nada.

—Pero no puedes dejarlo pasar, Noah. Es una oportunidad única para afianzarte en tu carrera de diseñadora, incluso una oportunidad única para demostrarle a ese cabrón de Olivier Brooks todo tu talento —opinó Todd con sentido común.

Noah se giró y lo miró.

—Tal vez tengas razón... —murmuró.

—Claro que la tengo. Piénsalo bien. Yo no entiendo mucho de ese mundo —comenzó Todd—, pero si consigues que uno de tus diseños pise la pasarela de Nueva York, nadie va a dudar de tu valía, ni siquiera Olivier Brooks.

Noah resopló, agobiada, y se apartó algunos mechones de pelo de la cara.

—No sé... Ahora mismo no tengo cabeza para nada —repitió.

Todd se acercó a ella de un par de zancadas.

—No te puedes dar por vencida ahora, Noah —dijo, agarrándola por los hombros—. No ahora.

Ella reflexionó durante unos segundos. Se sentía agobiada por todo lo que estaba pasando y por el encontronazo que había tenido con Olivier Brooks, que la había dejado agotada, pero sabía que Todd tenía razón.

Esbozó una débil sonrisa en los labios.

—Hoy estoy muy ofuscada, pero mañana veré las cosas de otro modo —afirmó.

—¡Esa es mi Noah! —la animó Todd, dándole un abrazo.

—Gracias —dijo Noah contra su hombro.

—¿Por qué?

—Por estar conmigo en estos momentos.

—¿Y dónde iba a estar si no? —bromeó—. Para eso soy tu amigo.

CAPÍTULO 9

Las luces anaranjadas moteaban las decenas de edificios que se alzaban hacia el cielo nocturno como desvelados centinelas. El vivo resplandor teñía en tonos multicolor las aguas del río Hudson. Nueva York era como un enjambre de dimensiones colosales. Atestada de luces, atestada de gente, atestada de coches...

En el interior taciturno de su lujoso Bentley negro, Olivier dejó de prestarle atención a los documentos que leía atentamente, alzó el rostro y se quedó unos segundos mirando por la ventanilla tintada del vehículo.

—Para, Jake —le ordenó de repente a su chófer. Un hombre con el pelo corto canoso y nariz grande.

—Sí, señor Brooks —contestó él, con cierta sorpresa por la rápida indicación de su jefe.

Jake disminuyó la velocidad progresivamente, giró el volante a la izquierda y detuvo el coche en una zona de carga y descarga que había libre. Olivier cerró el dossier que tenía en las manos y lo dejó a un lado del asiento.

—¿Quiere que apague el motor? —preguntó el chófer.

—No —negó Olivier.

En silencio, accionó un botón y bajó hasta la mitad el cristal de la ventanilla. La escena se hizo más nítida. Entornó los ojos y se quedó observando lo que había captado su interés. En su mirada oscura se reflejaba el brillo que emitían los letreros de los comercios.

Al otro lado de la acera, Noah trasteaba en el interior de la tienda.

Noah miró el diseño que había plasmado en el folio, lo apoyó sobre el mostrador y, acercándose al maniquí, pasó el retal de tela por encima del hombro para dar forma al vestido.

Ajena a la atenta mirada de Olivier, que la contemplaba a solo unos metros desde su coche, cogió un alfiler del alfiletero que llevaba en la muñeca y

sujetó la tela por detrás.

Se alejó un par de pasos para tomar perspectiva y ladeó la cabeza.

—No está mal —se dijo para sí, satisfecha. Sin embargo, dio otro retoque con los dedos a la parte que acababa de hacer.

Consultó la hora en su reloj de muñeca. Las manecillas, con divertidas formas de prendas de ropa, señalaban las doce y media pasadas.

—Es tardísimo —masculló.

Dejó escapar un suspiro.

Olivier la vio apartarse el pelo del rostro y colocárselo detrás de las orejas a través de los cristales de los escaparates. Noah tenía una expresión pensativa y extrañamente sensual mientras observaba detenidamente el maniquí que tenía delante. Se encontraba descalza y, pese a que podía adivinarse que estaba trabajando, se la veía relajada. Los ojos de Olivier se deslizaron involuntariamente por su cuerpo.

Noah volvió a mirar el reloj.

—¡Dios mío! —exclamó al ver la hora que era—. Será mejor que lo deje por hoy... —se dijo, resoplando mientras miraba el maniquí con ojos cansados.

Lo levantó, lo metió en el almacén y recogió los bocetos que había esparcidos sobre el mostrador.

—¿Dónde están mis zapatos? —se preguntó, pasándose la mano por el pelo. Miró a un rincón y a otro.

—Mierda, ¿dónde están mis zapatos? —volvió a preguntarse. Se rascó la cabeza, tratando de recordar dónde los había dejado después de quitárselos.

Buscó debajo de las sillas, detrás del mostrador, detrás de las cajas que había detrás del mostrador...

—Un día voy a perder la cabeza... —murmuró, escudriñando un sitio y otro. Olivier continuaba sin quitarle el ojo de encima.

—¡Aquí estáis! —prorrumpió Noah de pronto cuando vio que los tacones negros asomaban entre unos rollos de tela que había apoyados contra la pared.

Olivier observó cómo se agachaba, cogía los zapatos de alto tacón del suelo y se los ponía en los pies mientras se apoyaba con una mano en el mostrador. La vio rescatar el bolso de debajo de una pila de pantalones, apagar la luz de

la tienda, cerrar la puerta y bajar la verja de metal.

—Señor Brooks, puedo parar el coche si nos vamos a quedar aquí —dijo Jake, ignorando por qué Olivier le había ordenado detenerse.

La voz del chófer hizo que Olivier reaccionara y que volviera a la realidad.

—Solo va a ser un momento —dijo serio.

Jake asintió.

Solo cuando Olivier se aseguró de que Noah había montado en un taxi, subió el cristal tintado del Bentley y giró la cabeza al frente.

—Vámonos —ordenó entonces al chófer.

—Sí, señor —dijo Jake.

Dio la intermitente derecha y se incorporó al flujo de tráfico de Nueva York. La espesa corriente de coches los engulló en apenas unos pocos segundos.

CAPÍTULO 10

Olivier abrió la puerta de su despacho y se internó en él. Sin detenerse ni siquiera en mirar el correo que Karen le había dejado perfectamente ordenado sobre su mesa, o el periódico que descansaba justo al lado, se dirigió directamente a la papelera. Estaba vacía. Con una idea fija en la cabeza, se giró sobre sus propios talones y atravesando el despacho, salió a la recepción.

De unas zancadas se plantó delante del escritorio de su secretaria.

—Karen, ¿dónde va la basura de las papeleras? —le preguntó.

Karen levantó la mirada por encima de la pantalla del ordenador. Sus ojos grises se abrían extrañados.

—¿Perdone? —preguntó a su vez, sorprendida por la insólita demanda de su jefe.

—Necesito que me responda, no que me pregunte —dijo Olivier con impaciencia en la voz.

Karen tragó saliva.

—La basura de papel se lleva a las trituradoras que hay en el sótano, así se evita que alguien pueda hacerse con documentación import...

A Karen no le dio tiempo de terminar la frase, Olivier se había dado la vuelta y sus gigantescas zancadas lo alejaban de la recepción.

Se subió en un ascensor que casualmente estaba abierto y apretó repetidas veces con impaciencia el botón que le llevaba al sótano.

—Señor Brooks... —farfulló un trabajador encargado de la limpieza al verlo entrar en la sala.

Los documentos que tenía en las manos y que se disponía a introducirlos en una de las trituradoras se le cayeron al suelo, formando una alfombra blanca a los pies de Olivier, que miró al hombre con cierto desasosiego. Aquel desorden que se acababa de producir lo ponía nervioso.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor? —le preguntó el trabajador, al tiempo

que se agachaba y recogía rápidamente los papeles.

—¿Cada cuánto se destruyen los documentos que llegan aquí? —dijo Olivier.

El trabajador terminó de coger los papeles del suelo y se incorporó.

—Depende del volumen que haya... A veces los departamentos generan tanta basura que la destrucción se retrasa unos días.

—¿No va al día?

—No, señor.

—¿Dónde están los documentos que todavía no se han destruido?

—En... en ese contenedor —respondió el trabajador, señalando con el índice un contenedor azul situado en una esquina de la sala.

Cuando vio que Olivier tenía la intención de ponerse a buscar algo, se ofreció a ayudarlo.

—Si me dice qué está buscando, quizá pueda ayudarlo, señor Brooks.

Olivier ya tenía en las manos una pila de papeles y trataba de dar con el informe de Noah.

—Una carpeta verde que contiene un informe —respondió.

En silencio, el trabajador tomó un montón de documentos del contenedor y se puso a buscar una carpeta verde.

—¿El informe que busca es muy importante? —preguntó el trabajador transcurrido un rato de búsqueda infructuosa.

Olivier no sabía en esos momentos si era importante o no, pero quería encontrarlo.

—Quiero dar con él —dijo únicamente.

El trabajador se limitó a asentir.

Algo cambió en el rostro de Olivier cuando un largo rato después divisó en el fondo del contenedor la carpeta de solapas verdes en la que Noah le había entregado el informe que había hecho.

La cogió, la apoyó en el borde del contenedor y la abrió para asegurarse de que contenía el plan de negocio de Noah.

Sí, era su carpeta.

—Recoja esto —le ordenó al trabajador, al tiempo que salía del lugar.

—Sí, señor —contestó el hombre.

CAPÍTULO 11

Olivier abrió la carpeta, tomó el informe y comenzó a leerlo. Podría decir muchas cosas sobre él, pero lo que no podía negar es que la señorita Winter había hecho un estudio exhaustivo. Sería divertido rebatir con ella cada uno de los puntos que había desarrollado y ver sus reacciones.

Olivier era como un enorme gato al que de vez en cuando le gustaba jugar con la comida. Acorralar a pequeños ratoncitos tenía su aquel. Imaginarse a Noah Winter sonrojada, tratando de defender su trabajo ante él, le hizo esbozar una sonrisa maliciosa en los labios.

—Delicioso... —murmuró, relamiéndose.

Tecleó en Google la dirección web de la tienda y cuando entró en la página, observó los diseños que Noah tenía puestos a la venta de forma *online*. En todo momento dejaba claro que eran diseños propios y, por tanto, exclusivos.

En ese instante, unos nudillos llamaron un par de veces a la puerta.

—Adelante —dijo Olivier, sin dejar de mirar la pantalla.

—Buenos días, Olivier —lo saludó Helen.

—Buenos días —dijo Olivier.

Helen cruzó el despacho y se sentó frente a su hermano. Antes de que pudiera abrir la boca, Olivier giró en redondo la pantalla del ordenador hacia ella.

—Yo no entiendo de moda —comenzó—, pero ¿qué te parecen estos diseños?

—¿Te vas a comprar alguno para una fiesta? —bromeó Helen socarronamente.

—Helen, por favor —la amonestó Olivier en tono serio.

—¿Dónde está tu sentido del humor, Olivier? —le preguntó Helen—. Deberías reír más —añadió.

—Dime qué te parecen estos diseños —le volvió a pedir él, sin responder a

su pregunta. En esos momentos no tenía ganas de reír.

Helen apartó la mirada del rostro de su hermano y la posó en la pantalla del ordenador, para echar un vistazo a los vestidos que aparecían en ella.

—¿Entonces? —la apremió Olivier.

—Creo que son buenos —dijo al fin Helen, observándolos detenidamente—. Son sencillos y elegantes; las líneas están muy depuradas, lo que les confiere un aire sofisticado —añadió.

Intentó dar una visión profesional, aunque ella tampoco era una experta en moda, pero intuyó que eso era lo que pretendía saber su hermano al preguntarle su opinión.

—¿Comprarías uno para ti? —le preguntó Olivier.

—Sí, claro que sí. De hecho, este de aquí me encanta —dijo Helen.

Alargó el brazo y señaló con el dedo índice un distinguido vestido de corte sirena y escote palabra de honor en color burdeos.

—¿De qué diseñador es? —preguntó con curiosidad.

—Es de una diseñadora: Noah Winter.

Helen hizo memoria.

—No me suena —comentó.

—Prácticamente acaba de empezar en el mundo de la moda —aclaró Olivier—. Su tienda está en uno de los locales que he adquirido con la última OPA.

Helen contrajo el ceño.

—¿Te interesa su negocio?

Olivier giró la pantalla del ordenador de nuevo hacia él.

—No —negó.

—¿Y qué haces viendo su web? —preguntó Helen, extrañada.

—Quería ver si tiene talento o simplemente es una pobre soñadora —respondió Olivier en tono monocorde. Se echó hacia atrás.

—Pues si lo que quieres saber es si esa chica tiene talento, la respuesta es sí.

—Creo que estás siendo muy generosa con ella —anotó Olivier, mostrando cierto escepticismo por las palabras de su hermana.

—Eres demasiado duro, Olivier —dijo Helen—. Puedes preguntar a quien

quieras si esta diseñadora tiene talento, y a cualquiera que se lo preguntes te va a decir que sí. Es eso lo que querías saber, ¿no? Por eso me has preguntado mi opinión. Además, tengo la sensación de que tú también piensas que tiene talento. ¿O me equivoco? —Helen miró a su hermano directamente a los ojos mientras le lanzaba la pregunta.

—Te he preguntado tu opinión porque yo no entiendo nada de moda —dijo Olivier sin más.

Helen negó para sí sin dejar de observar a Olivier.

—Ya, ya... —murmuró.

CAPÍTULO 12

—Puede presentar el diseño a concurso hasta el día seis —respondió una mujer a Noah.

—¿Tan pronto?

—Se presentan muchísimos diseños y los miembros del jurado tienen que hacer un primer corte de modelos que formarán parte de la semifinal.

—Entiendo —murmuró Noah, sujetando el teléfono móvil entre el hombro y la oreja mientras doblaba un retal de tela—. Gracias —le agradeció.

—A usted, señorita Winter —dijo la mujer—. Espero que finalmente se anime a concursar.

Noah colgó la llamada, dejó el móvil sobre el mostrador, al lado de la tela que acababa de doblar, y recostada en el borde de este, resopló.

—Voy a tener que trabajar a contrarreloj —se dijo a sí misma en voz baja.

Noah estaba agotada. Le dolían los pies y la cabeza, fruto del duro día de trabajo que había tenido. Pero aún con todo el cansancio acumulado no tenía ninguna intención de dar por concluida su jornada laboral. Disponía solo de unos cuantos días para terminar el diseño que iba a presentar al concurso de la Semana de la Moda de Nueva York, así que tenía que echar horas extras.

Ciñó el fajín alrededor de la cintura, tomó un alfiler del alfiletero y lo sujetó por detrás. Quitó el brazo del maniquí para comenzar a darle forma a la manga.

—Buenas noches. —Una voz masculina sonó inesperadamente a su espalda.

Noah se sobresaltó. Dio un grito y se giró con brusquedad apuntando amenazadoramente con el brazo del maniquí a la persona que estaba detrás de ella.

Frunció el ceño entre asustada y sorprendida. El corazón le trepó hasta la garganta.

—¿Señor Brooks? —murmuró con la respiración entrecortada.

Y allí estaba Olivier Brooks, en carne y hueso; a solo un par de metros de ella, solemne, serio, con su impecable traje de color gris oscuro, su camisa gris claro, su corbata negra meticulosamente anudada, su aire de sofisticación y oliendo a sándalo.

Ella en cambio estaba hecha un desastre, pensó. En esos momentos se encontraba descalza, con las mangas del vestido remangadas y un moño mal hecho en lo alto de la cabeza del que no se le dejaban de escapar mechones, y que se apresuraba a meter detrás de las orejas con la mano.

—Debería cerrar la puerta con llave, señorita Winter —dijo Olivier con un punto de autoridad en la voz—. A estas horas puede entrar cualquiera y darle un susto.

—Lo siento —dijo Noah.

«¿Lo siento?, ¿lo siento? —se repitió en silencio—. ¿Por qué narices he tenido que decir “lo siento”? ¿Qué narices le importa a Olivier Brooks si dejo la puerta de la tienda abierta o cerrada? ¿Si alguien me da un susto o no? —se preguntó con reproche».

Pero el tono que había utilizado había sido tan autoritario que la respuesta le había salido automáticamente, como si se disculpara por haber hecho algo mal.

—No pretendía asustarla —dijo Olivier.

Noah no sabía si eso era una disculpa. Supuso que no. No se imaginaba a Olivier Brooks disculpándose por nada.

—No... No importa.

—¿Pensaba defenderse con un brazo de maniquí? —le preguntó Olivier con media sonrisa irónica en los labios.

Noah bajó el objeto al darse cuenta de que todavía lo empuñaba contra el pecho de Olivier, como si fuera una espada medieval.

—Cualquier cosa vale para defenderse —respondió.

—Le diré que un brazo de maniquí como arma defensiva es bastante lamentable —apuntó Olivier con mordacidad.

Noah encajó la extremidad en el maniquí con un movimiento seco. Si lo seguía sujetando en la mano probablemente acabaría estrellándolo contra la cabeza de Olivier Brooks. Ese hombre era insufrible. Decidió que lo más

sensato era ignorar su comentario.

—Si ha venido a seguir torturándome, lo mejor es que se vaya —dijo, recurriendo a una mezcla de valor y temeridad.

—Señorita Winter, eso es una insolencia teniendo en cuenta que ahora soy el propietario de su tienda —repuso Olivier.

Noah alzó ligeramente la barbilla. En su cabeza cobraba fuerza la idea de darle con el brazo del maniquí.

—Señor Brooks, he consultado este asunto con un abogado; tengo pagado este mes de hipoteca, por lo que todavía sigo siendo oficialmente la propietaria de esta tienda, por lo menos hasta el día 31 —señaló.

Las comisuras de Olivier se elevaron en una sonrisa indescifrable. Noah se fijó involuntariamente en sus labios. Tenían una sensualidad brutal. Eran de esos labios que te están pidiendo que los beses. Paradójicamente contrastaban con la seriedad que transmitía su caro y solemne traje.

—¿Señorita Winter, va a echarme de la tienda? —le preguntó Olivier. Mientras la miraba, alzó una ceja sugestivamente. Noah no supo si la expresión de su rostro era interrogativa o retadora. Tragó saliva.

—Yo no soy como usted —le espetó, sin poder reprimirse—. Le recuerdo que el otro día me invitó a que me fuera de su despacho.

Olivier se percató de que Noah le estaba mirando la boca.

De pronto, sin saber muy bien el imperioso motivo que lo estaba asaltando, tenía la morbosa necesidad de ponerla nerviosa, de intimidarla... Metió las manos en los bolsillos de su pantalón y erguido en toda su estatura dio un paso hacia adelante.

Noah retrocedió y clavó los ojos de nuevo en el maniquí, para no seguir comprobando que su boca era tan perfecta como le parecía.

—Tiene razón, usted no es como yo —atajó Olivier.

Noah carraspeó, nerviosa. No había logrado descifrar que significaba el tono que Olivier había utilizado.

—Señor Brooks, tengo mucho trabajo que hacer... —dijo, ansiosa por verlo desaparecer. La incomodaba no ser capaz de interpretar sus emociones por más que lo intentara.

Olivier sonrió para sí. Había conseguido lo que pretendía: poner nerviosa a

Noah Winter.

CAPÍTULO 13

Olivier había pillado la indirecta, pero no se movió un centímetro del sitio. Miraba el rostro de Noah con fijación. Ella intuyó que no tenía la intención de irse, por lo menos no porque ella se lo dijera. Así seguía dejando claro que él era el nuevo propietario de su tienda.

—¿Qué es para usted esta tienda? —le preguntó de pronto Olivier.

Noah se sorprendió ante su pregunta. Lo miró unos instantes antes de responder.

—No creo que le interesen unos cuantos sentimentalismos —dijo—. Lo que representa esta tienda para mí está por encima de lo que usted podría llegar a entender.

—Inténtelo —la instó Olivier. Al ver que Noah permanecía en silencio, insistió—. Inténtelo, señorita Winter.

—Todo —dijo Noah, transcurridos unos segundos—. Esta tienda lo es todo para mí. —Dejó caer los hombros—. Todo por lo que he luchado; es mi trabajo, mi carrera, mi sueño, mi ilusión, mis ahorros, los ahorros de mis padres...

Olivier se fijó en que sus ojos azules chispeaban de ilusión.

—Si usted alguna vez ha luchado por un sueño, sabrá a qué me refiero —concluyó Noah.

Olivier permaneció unos segundos reflexionando sobre aquellas palabras. Sí sabía lo que era luchar por un sueño. Lo sabía perfectamente, y sabía lo duro que podía ser el ascenso hasta alcanzarlo. Desde niño había soñado con estar exactamente en el lugar en el que se encontraba ahora. Muy arriba en la escala del poder; manejando parte del mundo a su antojo. El control que ejercía sobre los demás era lo único que mantenía en orden su vida.

—Tengo una oferta para usted —dijo, rompiendo el silencio.

Noah lo miró sorprendida.

—¿Una oferta? ¿Va a dejar que le pague a usted la hipoteca? —preguntó con un viso de impaciencia en la voz.

—No exactamente —respondió Olivier.

—¿Y entonces qué...? ¿Qué va a ofrecerme?

Olivier se lanzó entonces a la yugular.

—Usted seguirá manteniendo la tienda, pero trabajará para mí —le propuso.

Noah recibió la noticia con cautela.

«¿Trabajar para Olivier Brooks?», se preguntó para sí.

La idea no la convencía. No era difícil presumir que Olivier Brooks sería insufrible como jefe. No quería ni que él ni que nadie participara en su negocio ni que pudiera tomar decisiones concernientes a él.

—No quiero que nadie forme parte de mi negocio ni tampoco de mis logros —dijo.

Olivier sonrió sin despegar los labios.

—Señorita Winter, en Nueva York hay miles de chicas como usted.

—Gracias —masculló Noah con ironía.

«Qué forma tan poco sutil de decirme que soy una de tantas, que mi trabajo es tan poco especial como el de las demás », pensó enfurecida.

Por la expresión de la cara de Noah, Olivier supo que su comentario no había sido el adecuado.

—No es cuestión de talento, sino de oportunidades —aclaró—. Y yo puedo proporcionarle esas oportunidades.

—Ya le he dicho que no quiero que nadie participe de mis logros. Además, no me gusta que me den órdenes —insistió Noah.

Olivier tuvo que contener una sonrisa cuando vio el gesto terco y firme de Noah. Sabía que aquel asunto iba a ser algo arduo, pero iba a salirse con la suya.

—Esa es mi oferta: o la toma o la deja —dijo, tratando de presionarla para que aceptara.

—Pero yo no quiero...

—¿Lo toma o lo deja, señorita Winter?

Noah tragó saliva. Miró a Olivier con aprensión en los ojos azules.

—No... No puedo aceptar su oferta, señor Brooks. No quiero aceptarla —

respondió al cabo de un rato.

El rostro de Olivier se convirtió en una máscara de seriedad.

—Debería considerarse una afortunada por que esté interesado en su negocio —afirmó, visiblemente molesto por que Noah hubiera declinado su ofrecimiento.

Las manos de Noah empezaron a temblar. Se las retorció por delante del estiloso pantalón bombacho de color verde que llevaba puesto.

—Quizá, pero ya le he dicho que no quiero que nadie me ayude a subir, prefiero hacerlo sola —dijo, esperando que su voz sonara normal.

—Una actitud muy loable, pero hasta que suba tendrá que pagar las facturas de algún modo.

Noah se aclaró la garganta.

—Su ofrecimiento no es la única oportunidad que tengo. —Olivier enarcó las cejas—. Voy a presentarme al concurso de diseños que organiza la Semana de la Moda de Nueva York y si gano podré, aparte de que mi firma comience a ser conocida, pagar el alquiler de un local con la beca que conceden.

—Pero tiene que ganar... —apuntó Olivier.

—¿No cree que tengo talento? —le preguntó Noah, cansada de la nula fe que mostraba en ella.

—Le he dicho antes que no es cuestión de talento sino de oportunidades.

Noah alzó un poco la barbilla.

—Le demostraré que el talento es el que crea las oportunidades, señor Brooks. El que abre las puertas —dijo, como si le arrojara un desafío.

Observó unos segundos a Olivier, tratando de descifrar lo que había en el fondo de sus ojos oscuros, pero su mirada era impenetrable. Olivier Brooks era un misterio.

—Mi oferta seguirá vigente durante este mes, señorita Winter —sentenció él, mirándola con gesto glacial. Se le veía extrañamente impaciente—. Pasado este tiempo, si no acepta, recogerá sus cosas y se irá.

Aquellas últimas palabras fueron como un golpe en el estómago. Olivier parecía enfadado por algo. Noah había albergado la esperanza de que le diera una oportunidad a su tienda, incluso había jugueteado con la idea de poder tocar su sensibilidad confesándole que para ella no era solo un negocio, sino

su sueño, su vida... Pero el hecho de que se hubiera negado a que dirigiera su tienda le había molestado.

Solo tuvo fuerzas para asentir con la cabeza.

—Que tenga buena noche, señorita Winter —se despidió Olivier.

—Gracias —dijo Noah en tono neutral.

Olivier se volvió después de estirarse la chaqueta del traje con cierto aire de suficiencia y se dirigió a la puerta con paso tranquilo. Noah no pudo evitar fijarse en sus hombros anchos, en la forma trapezoidal de su espalda y en su culo respingón mientras salía de la tienda como si nada.

Respiró hondo, intentando relajarse. Olivier Brooks le ponía muy nerviosa. Siempre acababa con el cuerpo en tensión.

CAPÍTULO 14

Olivier llegó al despacho con un humor de perros, y ni siquiera se molestó en saludar a los empleados con los que se cruzaba en el camino.

—Señor Brooks, en un cuarto de hora tiene la reun... —le informó su secretaria.

—Ahora no, Karen —le cortó bruscamente Olivier, pasando a zancadas por delante de su mesa.

—Pero...

Olivier giró el rostro hacia su secretaria, cuyos ojos castaños asomaban por encima de la pantalla del ordenador.

—¡He dicho que ahora no! —la frenó, fulminándola con la mirada.

—¿Qué mosca le habrá picado hoy? —murmuró Karen cuando Olivier se internó finalmente en su despacho y no podía oírla.

Olivier se desabrochó el botón de la chaqueta del traje y se sentó en el sillón de cuero. Dio una palmada con frustración en el antebrazo mientras apretaba los dientes. ¿Por qué Noah Winter no había aceptado su ofrecimiento? ¿Por qué no había aceptado trabajar para él? Era el único capaz de salvarle el culo, y aún eso lo había rechazado. Pero a él nadie le negaba nada, porque no había nada que él no pudiera tener.

El concurso de la Semana de la Moda de Nueva York había abierto una probabilidad con la que no había contado. Una probabilidad a la que Noah estaba dispuesta a aferrarse como quien se aferra a un clavo ardiendo.

Mientras esa posibilidad estuviera ahí, mientras Noah creyera que podía ganar ese concurso, no aceptaría su oferta.

—Y lo peor es que quizá lo gane —masculló Olivier para sí.

Noah era una trabajadora incansable.

Antes de entrar en la tienda había estado observándola desde el coche. Era tenaz y perfeccionista hasta la desesperación. La había visto hacer y deshacer

el escote del vestido que después presumió iba a presentar al dichoso concurso como unas quince veces, y ninguna parecía convencerla, pero lo intentaba una y otra vez de forma inagotable.

La había visto mover la cabeza de izquierda a derecha para desentumecer el cuello, caminar de un lado a otro de la tienda y colocarse con impaciencia detrás de las orejas los mechones de pelo que no dejaban de soltársele del moño informal que tenía hecho en lo alto de la cabeza, mientras daba forma al modelo que envolvía al maniquí...

Alguien llamó a la puerta con un par de toques de nudillos. El sonido hizo que Olivier saliera de sus cavilaciones.

—Adelante —dijo permiso.

La puerta se abrió y un hombre trajeado, de mediana edad, con el pelo ligeramente rizado y hebras plateadas en las sienes entró en el despacho.

—Señor Brooks, le estamos esperando en la sala de juntas —dijo en tono apremiante.

Olivier bajó la mirada y consultó la hora en la enorme esfera de su Tissot T-Classic, el carísimo reloj que rodeaba su muñeca con una correa de piel negra.

—¿No le ha avisado su secretaria? —le preguntó el hombre—. Le ordené expresamente que se lo recordara cuando llegara.

Olivier puso los ojos en blanco.

—La junta administrativa... —murmuró.

El hombre, llamado Roger, enarcó las cejas con cierto asombro en la expresión.

—¿Se le ha... olvidado? —dijo.

Estaba desconcertado. En todos los años que llevaba trabajando para Olivier Brooks, y ya eran varios, nunca se le había pasado por alto una cita, una llamada pendiente o una reunión... ¿Por qué se había olvidado de la reunión con la junta administrativa? ¿Cuál había sido el motivo?

—Ahora voy —fue la respuesta de Olivier.

Roger permaneció en silencio unos segundos, estudiando el rostro de su jefe.

—Le esperamos en la sala, señor —dijo al fin.

Olivier asintió indiferente con la cabeza.

Roger se giró y salió del despacho. Cuando la puerta se cerró con un leve ruido, Olivier inspiró hondo, se pasó la mano por el pelo y se levantó del enorme sillón de cuero.

—¿No estás en la junta de administración? —le preguntó Helen al verlo de camino hacia la sala.

—No —negó Olivier.

Helen miró su reloj mientras echaba a andar al lado de su hermano.

—Vas a llegar tarde —comentó.

—Lo sé.

—¿Estás bien? —le preguntó Helen.

—Sí.

—Entonces, ¿te has dado un golpe en la cabeza?

Olivier dirigió una mirada a su hermana.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo.

—Porque nunca, jamás, desde que tengo memoria, has llegado tarde a... nada. Eres tan meticuloso con la puntualidad que es enfermizo.

—Para todo hay una primera vez —dijo únicamente Olivier mientras seguía con pasos firmes avanzando por el pasillo.

—Lo bueno es que no te van a despedir —bromeó Helen.

Olivier le dedicó una breve sonrisa a su hermana antes de posar la mano en el pomo, abrir la puerta de madera de roble e internarse en la sala donde estaba a punto de celebrarse la reunión.

CAPÍTULO 15

Todd empujó la puerta con el culo y entró en la tienda de Noah con dos vasos de café de Starbucks en las manos.

—Buenos días, guapa —dijo.

Noah levantó los ojos de los documentos que estaba revisando y sonrió al ver a Todd.

—Buenos días, Todd —le devolvió el saludo.

—¡Quema, quema, quema! —exclamaba Todd mientras salvaba a la carrera la distancia que lo separaba de Noah. Rápidamente apoyó los vasos en el mostrador. Casi estuvo a punto de derramar el líquido.

—¿Cómo se te ocurre traer los cafés tan calientes? —bromeó Noah—. Un día te van a salir ampollas en las manos.

—Porque a mí me gusta muy caliente —dijo Todd.

—¿Incluso con el calor que empieza a hacer?

—Incluso con el calor que empieza a hacer.

Noah miró a Todd con ojos divertidos.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un poquito raro?

—Uy, si yo te contara... —rió Todd, al tiempo que estiraba el brazo y le ofrecía a Noah uno de los vasos blancos con el logotipo verde característicos de Starbucks—. Ten cuidado para no quemarte —le advirtió.

—Mil gracias por acordarte de mí —le agradeció Noah, cogiéndolo.

—Jamás me olvidaría de tu café —afirmó Todd, esbozando una sonrisa seductora.

Noah le devolvió el gesto.

—¿Qué tal llevas el modelo para el concurso de la Semana de la Moda de Nueva York? —se interesó Todd, desviando la mirada hacia el maniquí que había en uno de los rincones de la tienda.

—Bien, aunque ayer apenas pude avanzar —respondió Noah.

—¿Por qué?

—Olivier Brooks estuvo aquí.

—¿Vino otra vez a la tienda?

—Sí. Y no sabes el susto que me dio. Se me olvidó cerrar la puerta con llave y entró si llamar. Por poco me muero del susto. Incluso le amenacé con el brazo del maniquí.

—¿Cómo dices?

Todd estaba a punto de romper a reír a carcajadas imaginándose la escena.

—Era lo que tenía en la mano cuando me saludó.

—Me encantaría haberte visto por un agujerito.

—No se me puede dejar sola —bromeó Noah.

—No, desde luego que no. Menudo peligro tienes. —Todd terminó soltando una risilla.

—Y te aseguro que de buena gana le hubiera atizado con él. Es insoportable.

—No, por favor, que no quiero ir a verte a la cárcel.

—Por suerte me contuve.

—¿Y qué quería? —quiso saber Todd, dejando la broma a un lado.

—Putearme —contestó Noah.

—¿Putearme? ¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Todd con el ceño fruncido.

Se llevó el vaso de cartón a los labios.

—Quiere que trabaje para él.

Todd se apartó el vaso de la boca de inmediato, antes siquiera de beber.

—¿Qué?!

—Como lo oyes.

—Pero ¿por qué?

Noah rodeó su vaso de café con las dos manos.

—Porque quiere putearme, ya te lo he dicho —respondió.

—Yo no creo que quiera putearme. Quizá esté verdaderamente interesado en la tienda —opinó Todd.

Noah alzó los ojos por encima de su vaso de Starbucks.

—Viniendo de él, ese ofrecimiento es un regalo envenenado —dijo.

Todd sorbió finalmente un trago de su café.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no quiero que nadie participe en mi negocio ni en mis logros y que no me gusta que me den órdenes —contestó Noah. Hizo una mueca con la boca—. Y a él no le gustó nada que declinara su ofrecimiento —agregó. Se quedó un rato reflexionando—. Hay algo extraño en Olivier Brooks... —dijo de pronto.

—¿Algo extraño? —repitió Todd, apartándose el pelo de la cara.

—Sí, pero no tengo ni idea de qué es. —Noah suspiró—. Tengo la sensación de que tiene su vida planeada al milímetro y de que cuando alguno de sus planes no sale como quiere, se... desestabiliza.

—¿Crees que es un obseso del control? —lanzó al aire Todd.

—Quizá...

—¿Entonces no vas a aceptar su ofrecimiento?

Noah dio un trago de su café y negó con la cabeza.

—No —dijo—. No quiero que Olivier Brooks sea mi jefe. No quiero estar sometida a él. Es un cretino. No sabe tratar a la gente. Se cree que todo el mundo tiene que estar a sus pies. Eso es lo que quiere precisamente de mí; tenerme a sus pies, pero no se lo voy a permitir. —Noah dirigió una mirada a su amigo—. ¿Sabes qué me gustaría, Todd?

—¿Qué?

—Ganar el concurso de la Semana de la Moda de Nueva York. El dinero del premio me permitiría alquilar otro local en el que abrir mi tienda y darle en las narices a Olivier Brooks. Demostrarle que tengo talento —dijo con voz anhelante. Que Olivier no creyera en ella la había enfurecido—. Él se cree que es el único que puede darle oportunidades a mi firma de ropa, y yo quiero demostrarle que las oportunidades las crea el talento.

—Y tú tienes mucho talento, Noah —aseveró Todd para animarla—, y más tarde o más temprano ese talento te va a abrir todas las puertas del mundo. La primera, en la Semana de la Moda de Nueva York. Estoy convencido de que vas a ganar.

Noah se inclinó hacia adelante, dejó el vaso de café y apoyó los codos en el mostrador.

—Yo creo que tengo muchas posibilidades, Todd —dijo en tono de ensoñación—. Voy a poner todo de mi parte para alzarme con el premio.

—Y seguro que lo vas a conseguir.

Noah se incorporó, aferró el rostro de Todd y le dio un afectuoso beso en la mejilla.

—Ay, ¿qué haría sin ti? —murmuró, estrechándolo contra su cara.

Los labios de Todd se curvaron en una sonrisa de idiota.

«Eso es lo que me pregunto yo: ¿qué haría sin ti?», se dijo a sí mismo en silencio.

CAPÍTULO 16

Estimado señor Brooks, como directora de la revista VOGUE, tengo el placer de invitarlo a la fiesta que se va a celebrar con motivo del centenario de nuestra publicación y que va a tener lugar el próximo sábado 25 de junio. Para nuestra revista sería un honor contar con su presencia.

Olivier echó un último vistazo sin interés a la invitación. La introdujo de nuevo en el sobre plateado y la dejó sobre la superficie de cristal de la mesa, junto a otra decena de invitaciones más que había recibido ese día.

Apoyó la espalda en el respaldo del sillón de cuero y se giró hacia los ventanales desde donde se podía ver parte de Central Park.

—¿Por qué perderán el tiempo enviándome invitaciones para sus fiestas, si saben que no tengo ninguna intención de ir? —lanzó al aire, molesto.

Recorrió con la mirada la silueta de los edificios que se recortaba contra el cielo del atardecer. Siempre delegaba esa tarea en su hermana, que iba a las fiestas en su nombre, pese a que era a él al que requerían.

—Y de moda... —seguía quejándose por la última de las invitaciones que había leído—. ¿Qué tengo que ver yo con la moda?

No había terminado de hacerse aquella pregunta, cuando una idea cruzó su mente como un relámpago. Él no tenía nada que ver con el mundo de la moda, —aunque todos los años ocupaba uno de los primeros puestos en la lista de los hombres con más estilo del país y los dos últimos la había presidido—, pero Noah sí. Ella tenía mucho que ver.

Noah no estaría invitada al centenario de la prestigiosa revista VOGUE. Era diseñadora, pero su nombre aún no contaba con la suficiente fuerza para que la invitaran a una fiesta de la categoría de las que hacía la publicación de moda más importante de EE. UU. Pero él podía cambiar eso; podía hacer que la

invitasen.

Giró el sillón, tomó el sobre plateado de la revista VOGUE, y extrajo la invitación. Al pie de la cartulina encontró el teléfono de Claire Coffman, la directora. Sacó el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y marcó su número con el pulgar.

—Dígame —contestó una voz madura al otro lado de la línea.

—¿Señora Coffman?

—Sí, soy yo.

—Soy Olivier Brooks.

Los ojos grises de Claire, surcados por breves arrugas a su alrededor, se abrieron ligeramente, atónitos por la llamada de Olivier.

—Señor Brooks, es un placer hablar con usted —se adelantó a decir con voz deferente—. ¿Puedo...? ¿Puedo ayudarlo en algo?

—Acabo de recibir la invitación para la fiesta del centenario de la revista.

—Sí, hemos empezado a enviarlas esta semana. Me alegro de que ya haya recibido la suya.

—Me gustaría que mandaran una a Noah Winter —dijo Olivier directamente, sin preámbulos. No iba a molestarse en andar dando rodeos inservibles.

—¿Noah Winter? —Claire hizo memoria—. Su nombre no me suena de nada. ¿Quién es? —preguntó con curiosidad.

—Una joven diseñadora que estaría encantada de acudir a su glamourosa fiesta —respondió Olivier.

—Señor Brooks, discúlpeme, pero VOGUE es una revista de prestigio, no podemos invitar a todos los jóvenes que empiezan en el mundo de la moda.

Olivier echó el torso hacia adelante.

—Señora Coffman, no le estoy pidiendo que invite a todos los jóvenes que empiezan en el mundo de la moda, le estoy pidiendo que invite a Noah Winter —dijo Olivier en tono determinante.

Claire Coffman carraspeó nerviosa.

—No sé si será posible —dijo.

Olivier trazó en los labios una sonrisa lobuna.

—¿Me está diciendo que no puede hacer nada? ¿O que no quiere hacer nada,

señora Coffman? —La voz de Olivier sonaba mordaz.

Claire volvió a carraspear. El cuello de la distinguida camisa de seda que llevaba puesta y que tenía abotonada hasta arriba, comenzaba a presionarle la garganta.

—Si es así, hablaré con el señor Clayton, el presidente de la compañía —continuó Olivier—. Pero no creo que le haga gracia saber que usted no ha accedido a cumplir una de mis peticiones, lo que supondría perder la posibilidad de un futuro patrocinio de mi empresa... —la presionó.

—¡No! —negó rápidamente Claire—. No es necesario que hable con el presidente, señor Brooks, me encargaré personalmente de que Noah Winter reciba una invitación.

El señor Clayton la despediría de modo *ipso facto* si llegara a enterarse de que había echado a perder la oportunidad de que Olivier Brooks fuera uno de los patrocinadores de la revista.

—Y asegúrese de que asiste a la fiesta —añadió Olivier con calma.

—Por supuesto.

Olivier dictó a Claire la dirección de la tienda de Noah.

—Por cierto, no quiero que la señorita Winter sepa que yo he tenido algo que ver con su invitación. Supongo que cuento con su discreción —le advirtió Olivier.

—Claro —asintió ella.

—Ha sido un placer hablar con usted, señora Coffman —se despidió Olivier. En sus palabras reverberaba una nota de ironía.

—Para mí también ha sido un placer, señor Brooks —dijo Claire, aunque en su tono de voz solo había una cordialidad forzada.

Cuando Olivier colgó, Claire salió de su despacho.

—Elsa, envía una invitación a Noah Winter —ordenó a su secretaria—. Aquí tienes su dirección —indicó, pasándole el papel donde la había copiado.

—Sí, señora Coffman —respondió la chica, cogiendo la nota.

«¿Quién será Noah Winter y por qué Olivier Brooks tiene tanto interés en que acuda a nuestra fiesta? —se preguntó Claire en silencio cuando volvió de nuevo a su despacho—. ¿Será su pareja? —elucubró—. No, sino la hubiera invitado a ir con él».

Claire movió la cabeza. ¿De qué servía tratar de dar con la respuesta? Olivier Brooks era uno de los hombres más misteriosos y herméticos de Nueva York. Era inútil intentar averiguar qué pasaba por su cabeza. Sus excentricidades tenían tanto peso y eran tan notables como su poder.

CAPÍTULO 17

Estimada señorita Winter, como directora de la revista VOGUE, tengo el placer de invitarla a la fiesta que se va a celebrar con motivo del centenario de nuestra publicación y que va a tener lugar el próximo sábado 25 de junio. Para nuestra revista sería un honor contar con su presencia.

—¿Pero qué...? —A Noah no le salían las palabras y empezó a balbucear.

Dio la vuelta al sobre plateado y leyó de nuevo la dirección. Sí, era correcta. La invitación estaba a su nombre. Era para ella. «Noah Winter», lo ponía muy claro. Pero ¿qué hacía la revista VOGUE invitándola a la fiesta de su aniversario?

Volvió a leer el mensaje de la invitación con incredulidad en los ojos y una sonrisa tonta en la cara. ¡Pero es que no salía de su asombro! Cuando al fin asimiló lo que significaba acudir a una fiesta de ese calibre soltó una pequeña exclamación y comenzó a dar saltos arriba y abajo con el sobre apoyado en el pecho.

Un par de mujeres que estaban en la tienda giraron los rostros hacia ella y la miraron sorprendidas por la algarabía que había montado. Noah se encogió de hombros y se rascó ligeramente la nuca mientras trataba de calmarse. Las mujeres le sonrieron.

Estaba deseando de que llegara la hora de cerrar al mediodía para ir a contárselo a Todd. Así que cuando las manecillas del reloj marcaron las dos en punto y aprovechando que no había clientela, echó la llave en la puerta y se fue a la floristería donde trabajaba su amigo.

—¿A qué no sabes qué es esto? —le preguntó entusiasmada, al tiempo que le mostraba el sobre plateado de la invitación.

—¿La invitación para ir a alguna boda real? —bromeó Todd.

Noah pasó al lado de una mesa larga llena de macetas con una flor alta y puntiaguda preciosa, de la que desconocía el nombre.

—No, es algo infinitamente mejor —respondió sin disimular su alegría. Sus ojos azul cielo brillaban con un destello de felicidad—. Es la invitación para asistir a la fiesta que este sábado va a dar la revista VOGUE con motivo de la celebración de su centenario.

—¿Lo dices en serio?

Noah estiró el brazo y le ofreció el sobre a su amigo.

—Compruébalo tú mismo —dijo.

Todd cogió el sobre, lo abrió y extrajo la cartulina que contenía.

—¡Joder! La revista VOGUE.

—¡Sí! ¡La revista VOGUE! ¿Te lo puedes creer, Todd? Porque no es el día de los Inocentes, sino pensaría que es una broma —comentó Noah.

—Pues es real, muy real —apuntó él, dando la vuelta a la cartulina una y otra vez—. ¿Por qué la revista VOGUE está interesada en ti?

Noah se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé. Quizá han invitado a todos los que participamos en el concurso de la Semana de la Moda de Nueva York —caviló—, pero sea por la razón que sea es una oportunidad que no voy a desaprovechar. ¿Tienes idea de lo que significa para una diseñadora ir a la fiesta de la revista VOGUE?

—No, pero puedo imaginármelo —dijo Todd, devolviéndole la invitación a Noah.

—Son oportunidades y visibilidad para mi firma de ropa. —Noah cogió el sobre y lo guardó en el bolso—. Tengo que elegir muy bien el vestido que me voy a poner porque esa va a ser mi mejor carta de presentación.

—Te pongas lo que te pongas estarás preciosa —afirmó Todd.

Los labios de Noah se elevaron en una sonrisa que mostró sus dos filas de dientes.

—Como se nota que eres mi amigo y que me ves con buenos ojos —dijo.

—Me pregunto qué pensaría Olivier Brooks si supiera que la revista de moda más prestigiosa del país está interesada en que acudas a una de las fiestas que organiza —dijo Todd, dejando entrever cierta suficiencia en su

VOZ.

Noah lo miró con ojos sonrientes.

—No lo sé, pero me encantaría ver su cara por un agujerito. Él, que se cree que puede poner el mundo a sus pies solo con chasquear los dedos —apuntó—. Pero no pensemos ahora en Olivier Brooks. No quiero que se me estropee el día. Te invito a comer. ¿Qué te parece una hamburguesa para celebrarlo? —le preguntó a Todd.

—Me parece perfecto —contestó él—. Termino de recoger esto y nos vamos.

Noah asintió, conforme.

—¿Te ayudo?

—Pon estos lirios en esa estantería de ahí, por favor —le indicó Todd, señalando la repisa con la barbilla—. Estas otras las coloco yo aquí y ya está. Todo listo.

Noah cogió las flores y se las llevó a la nariz para inhalar su olor mientras las llevaba al sitio que le había indicado Todd.

—Qué bien huelen.

—Los lirios son unas de las flores que mejor fragancia tienen —comentó Todd.

—Y son muy llamativos. Me encantan.

—Coge uno —dijo Todd.

—¿No te regañarán?

—¿Por coger un lirio? No, tranquila. —Todd hizo un gesto con la mano—. Mi jefa no se dará cuenta.

Noah alargó el brazo y tomó la flor por el tallo.

—Gracias —agradeció.

—Por cierto, ¿cuando seas rica y famosa te acordarás de mí? —dijo Todd en tono de broma mientras salían de la floristería.

—No seas tonto, Todd —respondió Noah.

—Te lo digo muy en serio, Noah. Cuando uno de tus diseños se venda al mismo precio que el sueldo que yo gano en un año, ¿te acordarás de mí?

Noah lo miró sonriente.

—Yo jamás me olvidaría de ti, Todd —contestó humilde—. Jamás. Eres mi

único amigo aquí en Nueva York y la persona que aguanta todas mis paranoias.
Además, te adoro.

Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

CAPÍTULO 18

El sábado llegó pronto, en lo que a Noah le pareció poco más de un suspiro.

Tras infinitas deliberaciones consigo misma, finalmente se decidió por un vestido largo en color verde manzana de corte asimétrico, que dejaba al descubierto uno de sus hombros mientras que por el otro pasaba un tirante de minúsculas flores hechas con piedrecitas brillantes.

El verde siempre le había gustado; según la Psicología de los colores que había estudiado durante el Curso de Diseño, era un color vitalista, refrescante, e inducía a la armonía y a la relajación a quien lo contemplaba, aparte de ser el símbolo de la vida, y además era un tono que le favorecía. Lo había elegido porque tenía que sentirse segura de sí misma, si era confianza lo que quería transmitir a los asistentes a la fiesta.

—¡La Virgen Santa, Noah! ¡Estás espectacular! —exclamó Todd cuando subió en su coche, ya que se había ofrecido a llevarla al salón de uno de los hoteles Hilton, donde se celebraba la fiesta.

—Eres un exagerado —dijo ella.

—Te aseguro que no. No va a haber nadie en esa fiesta que no te mire.

—Anda, arranca y vámonos, que se va a hacer tarde —indicó Noah, que se estaba empezando a poner colorada.

—Suerte —le deseó Todd con un guiño al dejarla en la puerta del Hilton.

Noah sonrió, cómplice.

—Gracias —dijo.

Abrió la puerta del coche y se apeó de él.

Noah sacó la invitación de su bolso de mano y se la tendió al portero apostado en las puertas acristaladas del hotel. Estaba nerviosa y le sudaban las manos.

—Que se divierta, señorita Winter —le deseó el hombre blandiendo una sonrisa de cortesía.

—Gracias —dijo Noah.

A unos metros por encima de ella, en el primer piso, Olivier permanecía con la mano apoyada en la balaustrada de piedra de una de las terrazas que poseía el lugar, observando cada uno de sus movimientos. Se preguntó en silencio quién era el chico que la había llevado hasta allí. ¿Sería un amigo? ¿O su novio? Había tratado de ver si se despedían con un beso, pero la oscuridad del interior del coche no se lo había permitido.

Noah se sintió como si estuviera entrando en otro mundo. Miró a su alrededor maravillada.

El lujo y el glamur saltaban a la vista en aquel enorme salón del Hilton; en los cuadros, en las lámparas de araña, en el mobiliario, en los altos jarrones de flores... A través de los ventanales se divisaba Rockefeller Center y Time Square. Una tenue luz iluminaba puntos estratégicos del salón, proporcionándole un toque íntimo.

Noah avanzó unos metros con las piernas temblorosas. Aquello era impresionante. Algunas cabezas se giraron a su paso. Ella ofrecía sonrisas tímidas a unos y a otros.

Miró a los invitados. Se repartían a lo largo del lugar formando grupos aquí y allá. Todos iban elegantemente vestidos, a cual más distinguido. En especial las mujeres. En su interior se alegró de haber elegido el vestido verde manzana, aunque se preguntó si lograría que alguien se fijara en él.

—¿Una copa de champán, señorita? —le ofreció un camarero.

—Sí, gracias —respondió Noah, cogiendo una de las copas de la bandeja.

Dio un trago largo con la esperanza de que un poco de alcohol consiguiera calmar sus nervios. De pronto se sintió observada. Giró la cabeza y repasó con los ojos el perímetro del enorme salón. Palideció y casi dejó de respirar cuando vio a Olivier en un rincón. Observándola. Sus ojos oscuros y agudos la recorrieron de arriba abajo, deteniéndose en su melena recogida en uno de los lados de la cabeza, en su rostro dulce y en las curvas sutiles de sus pechos.

Sus pechos...

La forma intensa en que Olivier la miraba hizo que Noah sintiera un cosquilleo en la piel. Mecánicamente se acercó la copa a los labios y sorbió otro trago de champán.

«¿Qué hace aquí?», se preguntó sorprendida.

No es que le asombrara verlo en la fiesta de la revista VOGUE. De hecho, estaba más fuera de lugar ella que él, dada la ilustre categoría de la publicación, pero no pensaba que fuera un hombre de ir a saraos. Parecía estar por encima de ese tipo de actos, y además no tenía pinta de ser una persona muy divertida.

Le lanzó una mirada furtiva.

Estaba apoyado contra la pared del fondo y ni siquiera se molestaba en fingir que le interesaba la fiesta. Noah se dio cuenta de que toda la atención de Olivier estaba sobre ella. Su presencia, incluso a tantos metros de distancia, era apabullante.

Noah bajó la cabeza y dejó que la parte de melena que llevaba suelta le cayera sobre el rostro para ocultarse de su inspección.

¿Por qué no dejaba de mirarla?

Su escrutinio la estaba poniendo nerviosa. Apretó entre los dedos la copa de champán.

—Buenas noches. —Una voz masculina y profunda sonó a su espalda.

Noah se giró.

Frente a ella se encontró con un hombre sofisticado, de más de metro ochenta, con el pelo color azabache y una sexy perilla al estilo Johnny Depp. Iba vestido con un elegante traje gris oscuro y una corbata del mismo color verde que poseían sus ojos. Era tremendamente atractivo pese a que no tenía unos rasgos físicos dentro de los típicos cánones de belleza.

—Soy Sandro Santoro —se presentó con un inevitable acento italiano.

Noah estrechó la mano que le ofrecía.

—Buenas noches. Me llamo Noah Winter.

—Encantado de conocerla, Noah.

—Igualmente. Pero, por favor, tutéame —le pidió ella.

El hombre asintió con una sonrisa radiante que exhibía su blanca dentadura. Noah intentó olvidarse de la mirada de Olivier y centró su atención en Sandro Santoro.

CAPÍTULO 20

—Corrígeme si me equivoco, ¿es la primera vez que vienes a una fiesta de la revista VOGUE? —le preguntó Sandro, amable.

Noah sonrió ante su acierto.

—No te equivocas. De hecho, es la primera vez que vengo a una fiesta de este tipo —respondió.

—Una novata en estas lides...

—Así es.

—No te preocupes, ya somos dos.

—Me alegra compartir mal —bromeó Noah.

—Y a mí, créeme —dijo Sandro.

Al otro lado del salón, Olivier vio reír a Noah, algo que no había hecho en ninguno de sus encuentros. Debía sentirse amenazada por él. No podía esperar otra cosa. En realidad, todos se sentían así ante su presencia. No caía bien a la gente. Eso era un hecho. Pero ya estaba acostumbrado. Era un tipo despiadado y duro, y su reputación lo respaldaba allá donde fuera. Siempre se había beneficiado de una fama que infundía miedo y respeto a sus adversarios, y a las mujeres.

Apoyó la copa en una de las mesas y avanzó con paso determinante a través de la gente en dirección a Noah y al hombre que estaba hablando con ella.

Noah alzó la vista y abrió los ojos como platos cuando vio a Olivier a solo un metro de ella.

—Discúlpenos —dijo Olivier a Sandro en tono áspero.

—Por supuesto —respondió él con amabilidad. Dirigió una mirada a Noah—. Llámame cuando quieras que te asesore. Será un placer —añadió.

Sandro sonrió con dulzura. Noah le estrechó la mano que le ofrecía.

—Sí, te llamaré. Muchas gracias, Sandro —le agradeció, despidiéndose de él con una amplia sonrisa en los labios—. Ha sido un placer hablar contigo.

Sandro se alejó.

—No esperaba verlo aquí —dijo Noah, cuando se quedó a solas con Olivier.

Intentó ocultar su nerviosismo alisándose la falda del vestido con la mano.

—No suelo asistir a fiestas —contestó Olivier.

—Pues a esta ha venido —repuso Noah. Su voz sonaba casi como un reproche.

—Sabía que se alegraría de verme —dijo Olivier con ácida ironía.

Noah forzó una sonrisa.

—No lo sabe bien —comentó, tirando de sarcasmo, al igual que estaba haciendo él.

Olivier sonrió con seguridad en sí mismo.

—Cuide sus palabras, señorita Winter. Me va a romper el corazón —dijo.

Noah fijó la mirada en Olivier. En sus ojos, oscurecidos por la escasa iluminación del lugar, asomaba una nota de burla. Ese tono socarrón que utilizó la enfureció. Tuvo la sospecha de que solo lo estaba haciendo para molestarla. Pues si lo que quería Olivier Brooks era jugar, jugarían.

—No sabía que tenía corazón —repuso.

A Olivier no pareció importarle el comentario de Noah.

—Ni yo que usted tuviera respuestas para todo. —Mientras hablaba, reparó en que varias mujeres les estaban mirando con curiosidad.

—Venga conmigo —le dijo de pronto a Noah.

—Estoy bien aquí, gracias —contestó ella.

—Quiero hablar con usted. —Noah percibió en el tono de Olivier cierta impaciencia.

—Pues hable. Soy toda oídos —dijo.

Olivier se inclinó lentamente sobre Noah y se acercó a su oído, tanto que ella notó su cálido aliento en la piel.

—No debería de ser tan insolente —le susurró sugestivamente—. Sobre todo conmigo. No se olvide quien soy.

Noah sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. La voz de Olivier era acariciadora. Sin dejarla protestar, él dijo:

—Quiero hablar con usted y quiero que sea en privado.

Ante la mirada curiosa de los que les rodeaban y la perplejidad de Noah, Olivier agarró su mano y tiró de ella. La vio abrir los ojos azules por la sorpresa del contacto.

Noah no rechazó, pero avanzaba a regañadientes por el salón y con el cuerpo en tensión. Olivier tiró de ella con más fuerza, hasta que la llevó a un lujoso vestíbulo apartado de la fiesta.

La puso contra la pared y apoyó la mano en uno de los lados de su cabeza. Noah parpadeó, perpleja. Intentó retroceder, pero no había espacio. La respiración comenzó a acelerársele.

Olivier la miró con los ojos entornados.

Verla acorralada contra la pared, como un cervatillo acobardado al ver a un cazador; incluso ligeramente asustada, lo hizo crecerse, ganar seguridad. Era así como quería tener a Noah Winter, contra las cuerdas, bajo su control... Ese que tanto necesitaba.

CAPÍTULO 21

Pero Noah, lejos de amedrentarse, cambió la expresión del rostro y su actitud se volvió desafiante. Conocía perfectamente a los hombres como Olivier Brooks, tipos acostumbrados a que todo el mundo se pusiera a sus pies, a controlar a todas las personas de su alrededor.

Ignoró el calor que le hacía sentir su cercanía y alzó la barbilla.

—¿De qué quiere hablar? —dijo en tono sosegado, sosteniéndole la mirada.

El rostro de Olivier era un ejercicio de autocontrol. Algo que se le daba muy bien.

—¿Ha pensado en mi ofrecimiento? —le preguntó.

«¿Otra vez con eso? ¿Por qué insiste?».

—Ya le dije que no quiero que forme parte de mi negocio —respondió Noah.

Le estaba costando mucho mantener la compostura. La cercanía de Olivier era suficiente para dispararle el pulso y ponerle en alerta los sentidos. Se apartó un mechón de pelo de la cara con un movimiento tenso de la mano.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó a Olivier antes de que le contestara—. ¿No está acostumbrado a que lo rechacen?

Un músculo se movió en la dura mandíbula de Olivier.

—No —negó arrogante—, y usted no va a ser la primera en hacerlo —dijo serio.

Noah sonrió con amargura.

—¿Siempre tiene que quedar encima? —dijo.

Olivier desplegó en la boca una sonrisa sensual mientras se acercaba unos centímetros al rostro de Noah. A esa distancia tan corta, ella confirmó que sus labios eran espectaculares; definidos y llenos. Un calor comenzó a subirle por los pies a toda velocidad. Se movió incómoda en el sitio y trató de alejar los pensamientos que deambulaban por su mente.

—Yo siempre me pongo encima —respondió Olivier con ambigüedad.

Noah se ruborizó de forma violenta cuando interpretó la doble intención de sus palabras.

«¿Me está gastando una broma?», se preguntó, sintiendo que perdía las riendas de la situación.

Pegó la espalda a la pared, como si tratara de mimetizarse con ella y desaparecer. Olivier flexionó ligeramente el brazo y se acercó más a su rostro, invadiendo por completo su espacio. Noah inhaló su embriagadora fragancia a sándalo. Los ojos oscuros de Olivier se habían detenido peligrosamente sobre sus labios, pintados de un rabioso rojo.

Noah intentó mantener la calma, pero era difícil. Su corazón tañía con fuerza contra sus costillas. Quería salir corriendo de allí, pero estaba paralizada, como si los pies estuvieran clavados en las baldosas brillantes.

Olivier, consciente de lo que estaba sintiendo Noah, se inclinó hasta rozar su boca. En ese momento ella reaccionó: se obligó a girar la cabeza y a apartarse. Su cuerpo estaba tenso.

—¡No! —dijo.

Bordeó a Olivier y echó a andar. Pero Olivier la agarró del brazo y tiró de ella para hacerla volver. Sus ojos le lanzaron una mirada sombría y tan intensa que Noah se estremeció.

—Señorita Winter... —comenzó Olivier.

—No va a jugar conmigo —atajó Noah, interrumpiéndolo con vehemencia—. No se lo voy a permitir. —Lo miró directamente a los ojos. Una expresión sagaz surcaba su penetrante mirada—. No sé qué pretende, pero sea lo que sea no lo va a conseguir. —Sonrió con amargura—. Supongo que tiene la costumbre de tomar lo que quiera en el momento que quiera; ya sean locales, negocios o mujeres... Sin que ni siquiera se le pase por la cabeza tener en cuenta lo que opine la gente, pero yo no voy a plegarme a sus deseos. Sus caprichos me importan un bledo, señor Brooks.

La mirada de Olivier se volvió fría. Noah lo sorteó y se apartó de él.

—Señorita Winter, es mejor para usted que sepa algo —sonó la voz de Olivier a sus espaldas—: las cosas se hacen a mi manera o no se hacen.

Las palabras flotaron un rato en el aire.

Noah se giró hacia él. Había captado perfectamente la nota de advertencia de su tono. En la mirada de Olivier había un destello desafiante, como un león eligiendo su presa.

—Pues conmigo no le vale esa premisa, señor Brooks. Yo no voy a hacer lo que usted diga —aseveró concluyente Noah—. No me voy a rendir a sus pies, como hace todo el mundo.

Arrancó de nuevo a andar y se alejó de allí, intentando salir de aquella situación con la máxima dignidad posible. Olivier la observó marcharse de soslayo mientras mantenía los ojos entornados.

—Eso habrá que verlo, señorita Winter —masculló impaciente.

Apretó los dientes, intentando contener la frustración.

CAPÍTULO 22

Noah cruzó el salón de la fiesta todo lo rápido que le daban de sí los pies subidos en los altísimos tacones que llevaba, y salió del hotel. Necesitaba espacio desesperadamente. Agradeció que la brisa fresca le diese en la cara. Necesitaba volver a la realidad y aliviar el calor que le quemaba la piel. Se le iba a salir el corazón por la garganta. Inspiró hondo y dejó que el aire vigorizante le llenara los pulmones.

¿Cómo podía Olivier Brooks ser tan gilipollas? ¿Tan insufriblemente arrogante? ¿Qué tenía en la cabeza para ser así? No era más que un puto creído.

Bufó con exasperación.

—Capullo —musitó con rabia.

¿Y por qué pese a ser un jodido arrogante no podía dejar de pensar en él?

—¿Qué cojones me pasa? —se preguntó.

Enfadada consigo misma, se puso recta. Se acarició los brazos con las manos para paliar el frío y cerró los ojos. La imagen del rostro de Olivier apareció en su mente. Se le encogió el estómago y sintió un intenso calor en la cara cuando recordó el instante en el que sus labios casi se habían rozado. ¡Había estado a punto de besarla!

Sacudió la cabeza de un lado a otro e intentó tranquilizarse. Los encuentros con Olivier Brooks hacían que se sintiese vulnerable. Y no le gustaba.

—Noah.

Noah reconoció a su espalda la voz con acento italiano de Sandro Santoro, que la sacó de sus cavilaciones. Se dio media vuelta.

—Hola, Sandro —lo saludó con una sonrisa.

—¿Estás bien? —le preguntó él, cuando la alcanzó.

—Sí, solo quería respirar un poco de aire —respondió—. En el fondo no sé si ha sido buena idea venir —dejó caer, aunque lo hizo como un pensamiento

en alto. No tenía ninguna pretensión de decirlo, pero el encuentro con Olivier la había dejado desbordada, y eso hizo que escapara de sus labios.

—¿Por qué dices eso? ¿No has estado cómoda?

Noah se encogió de hombros.

—No deja de ser un ambiente nuevo para mí —se excusó con lo primero que le vino a la cabeza.

No iba a confesar que el motivo de su incomodidad tenía nombre y apellido y que era Olivier Brooks. Miró el reloj, era pronto aún, pero no quería quedarse allí.

—Es mejor que me vaya —dijo.

—¿Me dejas que te lleve? —se ofreció Sandro.

Noah sacudió la cabeza.

—No te molestes, llamaré a un taxi.

—No es ninguna molestia. Es un placer llevarte. Además, tardarás un buen rato en conseguir un taxi. A estas horas Nueva York todavía está imposible.

—La ciudad que nunca duerme —comentó Noah.

—Nunca —asintió Sandro.

Alzó el brazo y con los dedos hizo una señal al chico que se encargaba de aparcar los coches, que asintió obsequiosamente en cuanto lo vio.

Un par de minutos después apareció con el Audi de Sandro.

—Aquí tiene, señor.

—Gracias —dijo él, tomando las llaves de la mano del chico.

Sandro rodeó el vehículo y abrió la puerta del copiloto.

—¿Vamos? —le preguntó a Noah, arqueando las cejas en un gesto elocuente.

Noah se preguntó si sería sensato que un desconocido la llevara a casa. Pero la sonrisa sexy de Sandro lanzó al fondo de su cabeza sus reticencias.

Asintió con la cabeza.

Sandro cerró la puerta del Audi cuando Noah se sentó en el asiento, antes de entrar en el coche y ponerse al volante. Puso en marcha el motor y se introdujo en el denso tráfico de La Gran Manzana.

Olivier observó toda la escena en la misma terraza desde la que había visto llegar a Noah. Su rostro de rasgos esculpidos tenía una expresión severa, como la de un capitán de guerra. Apretó la copa que sostenía con tanta fuerza

que estuvo a punto de que se hiciera mil pedazos en la mano.

Se quedó inmóvil un instante mientras veía como el Audi de Sandro se alejaba por 6th Avenue. El encuentro con Noah le había dejado frustrado y con toda la sangre en la entrepierna. Había provocado una reacción en su cuerpo que incluso le había sorprendido a él mismo, un impulso primitivo, algo elemental que le era imposible ignorar.

Él no había intercedido por ella con la intención de que Claire Coffman la invitara a la fiesta para que terminara yéndose con otro. Desde luego que no. Pero ese tal Sandro Santoro parecía haberle caído bien. En esos momentos, una inexplicable e inesperada punzada de celos lo atravesó. Sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón y llamó a uno de sus asistentes.

—Dígame, señor Brooks.

—Quiero saber todo de Sandro Santoro. Todo —ordenó con impaciencia.

—Me pondré con ello —dijo su asistente.

—Lo quiero ya —sentenció Olivier.

CAPÍTULO 23

Noah volvió el rostro hacia Sandro. Desde que se había subido al coche no había dejado un solo segundo de pensar en Olivier y en el exaltado encuentro que habían tenido. No podía dejar de darle vueltas por más que trataba de relegarlo a un rincón de su mente. Tal vez lo consiguiera entablando una conversación con Sandro.

—Gracias por acercarme a casa —le agradeció—. La verdad es que no me apetecía mucho quedarme en la fiesta.

—¿Por qué? ¿Algo o alguien te ha molestado? —preguntó Sandro, mirando alternativamente a Noah y a la carretera.

Ella carraspeó.

—No, no —se apresuró a negar—, es simplemente que me encontraba fuera de lugar —contestó—. No estoy acostumbrada a este tipo de fiestas.

—¿Quién te invitó?

—La directora de la revista, Claire Coffman, a través de una invitación de esas impersonales y estereotipadas. Aunque no sé muy bien el motivo...

—¿Qué quieres decir? —Sandro no entendía.

Noah se encogió de hombros.

—Al principio pensé que me habían invitado por ser una de las participantes del concurso que organiza la Semana de la Moda de Nueva York, pero no he visto en el salón a ninguno de los otros concursantes —conjeturó.

—Bueno, eres diseñadora, no es tan extraño que te inviten a la fiesta de una revista de moda —dijo Sandro, tirando de lógica.

—No soy una diseñadora de renombre. Apenas estoy empezando... —dijo Noah con modestia.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que mi nombre no está a la altura de una revista como es VOGUE.

—Pues está claro que algún motivo, aunque lo desconozcas, ha llevado a

Claire Coffman a invitarte.

Noah frunció el ceño.

—Quizá se equivocaron al enviar la invitación —bromeó Noah.

De la garganta de Sandro escapó una risilla.

—Fíjate que lo dudo. No creo que una revista como VOGUE cometa ese tipo de equivocaciones.

—No, supongo que no —dijo Noah, riéndose—. Despedirían de inmediato a quien hubiera cometido el error —añadió.

Sandro giró el volante y se desvió a la derecha. Mientras conducía por Greene Street observó unos instantes a Noah. Su mirada se deslizó a lo largo de sus curvas. Tenía un buen cuerpo y poseía una bonita cara dominada por unos enormes ojos azules. La nariz era pequeña y respingona y la boca sensual. A esas alturas no podía negar que había llamado su atención desde el primer momento que la había visto en la fiesta.

—¿Así que has presentado uno de tus diseños en el concurso que organiza la Semana de la Moda de Nueva York? —le preguntó.

—Sí. Es la primera vez que me presento a un concurso y... reconozco que estoy nerviosa.

Noah hizo una mueca con los labios.

—¿Por qué? Si el modelo que has presentado es como el que llevas puesto, no tengo ninguna duda de que vas a ganar —afirmó Sandro.

Noah no pudo evitar sonrojarse con ese comentario. Bajó la mirada y disimuló metiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Por qué sabes que el vestido que llevo puesto es un diseño mío? —preguntó.

Las comisuras de Sandro se levantaron en una sonrisa de condescendencia.

—Eres una chica inteligente, y como chica inteligente, no desperdiciarías la oportunidad de lucir un diseño propio en una fiesta como la de la revista VOGUE.

—Eres muy observador —dijo Noah, obsequiándole con una sonrisa.

—Soy diseñador de joyas, ser observador es deformación profesional —respondió Sandro, devolviéndole una sonrisa de lo más seductora.

Noah no pudo evitar reír. Le gustaba el humor inteligente de Sandro.

—Y no es lo único que he observado... —agregó.

—¿Ah, no? —dijo Noah.

—No —negó Sandro—. La mejor modelo que podía lucir el vestido que llevas puesto eres tú.

Noah notó que volvía a ruborizarse.

—Oh, vaya... Gracias.

—Estás preciosa, y creo que no soy el único invitado de la fiesta que lo pensaba.

Noah arrugó el entrecejo.

—¿A quién te refieres?

—A Olivier Brooks.

CAPÍTULO 24

Noah comenzó a toser.

—¿Estás bien? —le preguntó Sandro, ante su repentino ataque de tos.

—Sí, sí... es que se me ha ido la saliva por otro lado —se justificó, dándose unos golpecitos en el pecho.

—Olivier Brooks no te ha quitado el ojo de encima en ningún momento —apuntó Sandro.

—¿Lo...? ¿Lo conoces? —quiso saber Noah.

—¿Hay alguien que no conozca a Olivier Brooks? —preguntó a su vez Sandro como algo obvio.

«Yo, antes de que se presentara en mi tienda diciéndome que era el nuevo dueño», pensó Noah para sus adentros.

—Supongo que no —dijo en voz alta, para no quedar como una idiota—. Pero dudo mucho que el señor Brooks mire a alguien más que no sea a él mismo. Se cree el ombligo del mundo.

—Bueno, se puede decir que casi lo es. Olivier Brooks es muy poderoso.

Noah llevó la mirada al frente. El resplandor de las decenas de luces de los coches que circulaban por la calle destellaba en el negro de la noche.

—No lo discuto, pero es muy soberbio y extraordinariamente engreído —dijo, hablando más para ella misma que para Sandro.

—No parece que le tengas en muy buena estima —comentó Sandro en tono distendido.

—La verdad es que no —respondió Noah con franqueza.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Porque no me gusta cómo es.

—¿De qué lo conoces? —curioseó Sandro.

Noah se movió incómoda en el asiento del coche. No iba a mentirle. Sería una estupidez hacerlo.

—Su empresa ha absorbido el banco con el que tengo el préstamo que pedí para comprar el local donde está mi tienda, así que oficialmente es el dueño de ella —explicó de mala gana.

—Entonces se ha convertido en tu jefe.

—No —cortó Noah de inmediato—. Jamás dejaría que Olivier Brooks fuera mi jefe. Estar a sus órdenes tiene que ser una experiencia traumática.

Sandro se echó a reír. Su carcajada, jovial y sexy, resonó en el interior del coche.

—Nunca he tenido la oportunidad de tratarlo, pero ¿tan horrible es? —preguntó con un deje de curiosidad en la voz cantarina.

Noah frunció los labios.

—Dices que todo el mundo lo conoce, supongo entonces que has oído hablar de él... —comenzó.

Sandro asintió en silencio.

—Sí —dijo.

—Pues todo eso que has oído de él es cierto, absolutamente todo. —Noah movió las manos. No quería hablar de Olivier, pero las palabras salían de su boca a borbotones sin que pudiera frenarlas. Necesitaba desahogarse. Escupir todo lo que pensaba de él—. Y creo que se quedan cortos. Desde luego hace gala a su mala fama. Olivier Brooks es el hombre más creído y más arrogante que he conocido en mi vida. Es odioso.

«Tanto que deseas abofetearle la cara», pensó para sí.

—Un dechado de virtudes, vamos —ironizó Sandro.

—Sí, todo son virtudes en él —continuó Noah con la ironía—. Pero es mejor que dejemos de hablar de él.

—Está bien, no quiero que te pongas de mal humor. Prefiero verte sonreír.

Aquel comentario hizo que involuntariamente Noah sonriera. Sandro Santoro era encantador.

—Sí, definitivamente prefiero verte sonreír —apostilló él con sensualidad.

—Lo siento, no he debido hablar así de Olivier Brooks —dijo Noah en tono de disculpa.

«Quizá me he excedido», se dijo.

—No tienes que disculparte, he sido yo quien ha sacado el tema, pero es que

creo que te miraba con mucha atención —dijo Sandro, enfatizando las últimas palabras.

—Como te he dicho, no creo que sea un hombre que mire nada ni a nadie que esté más allá de su ombligo.

En esos momentos el GPS del coche anunció la calle de Noah. Sandro condujo hasta el número 187.

—Gracias por traerme —le agradeció Noah de nuevo, cuando Sandro se detuvo frente al bloque donde vivía.

—Ha sido un placer, ya te lo he dicho —dijo Sandro, parando el motor—. Como también ha sido un placer conocerte, Noah —agregó franco.

—Para mí también ha sido un placer conocerte, Sandro. Además, me has salvado la noche. —Noah habló con el corazón en la mano.

Sandro esbozó una sonrisa. Sus dientes blancos resplandecieron en las sombras que poblaban el interior del coche.

—Me alegro —dijo con un guiño cómplice—. Tienes mi teléfono, llámame cuando necesites algo o simplemente cuando desees. Incluso si quieres quejarte de Olivier Brooks —bromeó.

Noah se echó a reír.

—Lo tendré en cuenta.

—Hasta pronto —se despidió Sandro, que no quería que aquel fuera el último encuentro con Noah.

—Hasta pronto —dijo ella.

Noah se giró, abrió la puerta del coche y salió de él. Cuando entró en el edificio, Sandro arrancó el Audi y se alejó calle abajo.

CAPÍTULO 25

Olivier miraba el techo con el ceño fruncido mientras una inminente erección coronaba su entrepierna. Despertarse excitado pensando en Noah Winter había sido toda una sorpresa. Pero lo más asombroso es que iba a tener que masturbarse invocando su imagen si quería que su miembro volviera a un estado normal.

—¡Puta mierda! —masculló entre dientes, enfadado consigo mismo.

¿A qué venía pensar en la señorita Winter de aquella forma?, se preguntó.

Venía a cuento de lo que había sucedido la noche anterior. Venía a cuento de la cercanía con ella, de sus enormes ojos azules, de su envolvente olor a jazmín, de su maldito vestido verde; ese que se ajustaba a su cuerpo, ciñendo sus curvas como una segunda piel; venía a cuento de haberla querido besar llevado por un impulso y de que ella lo había rechazado.

Eso lo había sacado de sus casillas. Su negativa a aceptar su ofrecimiento lo sacaba de sus casillas. Noah Winter lo sacaba de sus casillas. Nadie lo había sacado tanto de quicio como ella.

Pero no podía perder el control. No podía permitírselo.

«La próxima vez será distinto», pensó.

—Un momento. ¿«Próxima» vez?, ¿He dicho «próxima» vez?

¿Quería que hubiera un nuevo encuentro con Noah? Sí, por supuesto que sí. Tenía que dejarle claro quién mandaba, quién tenía el control...

De un tirón malhumorado apartó las sábanas, echándolas a un lado, y se levantó de la cama. Tenía que acabar con aquello; tenía que hacerlo. Se daría una ducha y se masturbaría bajo el agua pensando en la desquiciante señorita Winter.

Salía del cuarto de baño cuando sonó el teléfono. Atravesó la lujosa habitación a grandes zancadas con la toalla alrededor de la cintura y el pelo húmedo y cogió el móvil de encima de la mesilla.

—Señor Brooks... —dijo una voz al otro lado de la línea cuando este descolgó.

—¿Tienes lo que te ordené? —le apremió Olivier al asistente.

—Sí —respondió este.

—Dime.

—Sandro Santoro es un importante empresario del mundo de la alta joyería; solo trabaja con piedras preciosas. *Santoro Precious Stones* es la empresa familiar que él se ha encargado de hacer crecer.

—¿Y qué más? —dijo Olivier con impaciencia.

—Tiene treinta años, es hijo de padres italianos; vivió en Italia hasta los dieciocho años y reside en una de las mejores zonas de Manhattan desde hace más de una década —continuó el asistente—. Habla cuatro idiomas, tiene la licenciatura de Administración y Dirección de Empresas y dos másteres, y cuenta con una «pequeña» fortuna nada desdeñable.

El asistente enfatizó la palabra «pequeña», porque la fortuna de Sandro lo era comparada con la de Olivier Brooks, pero no porque realmente fuera un patrimonio nimio. Sandro Santoro era uno de los hombres más ricos de Nueva York.

—¿Qué me puedes decir de su estado civil? ¿Está casado? ¿Comprometido? —quiso saber Olivier.

—Ninguna de las dos cosas —respondió el asistente—. En la actualidad está soltero. Tuvo una novia, la hija de un importante ejecutivo de las finanzas de Nueva York, pero rompieron hace un par de años. Desde ese entonces no se le conoce ninguna relación.

—¿Qué clase de carácter tiene?

—Afable. Nadie habla mal de él. Según he podido saber, es un empresario ejemplar.

Olivier puso los ojos en blanco, molesto por aquella definición. Sandro Santoro era un epítome de virtudes. Todo lo contrario que él. Eran como el blanco y el negro, la noche y el día, la luz y la oscuridad, solo que, en este caso, él era la oscuridad; la noche, el negro, el antagonista. En una película romántica, Sandro Santoro sería el protagonista bueno y a él le adjudicarían el papel del malo. Era algo que se había ganado a pulso con el paso de los años.

—Si te enteras de algo más, comunícamelo —ordenó al asistente, dando por concluida la conversación.

—Sí, señor —dijo el hombre, solícito.

Olivier colgó la llamada y depositó el teléfono de nuevo en la mesilla. Dejó que la mirada se perdiera en un punto de la nada que se veía al otro lado de los enormes ventanales.

Tenía que hacer algo con Noah Winter.

CAPÍTULO 26

Noah sacó unos vestidos del pequeño almacén. Los estaba colocando en la barra de una de las paredes para ponerlos a la venta cuando la melodía de su teléfono llenó el aire. Se giró sobre sí misma, cogió el móvil, apoyado en el mostrador, y se lo sujetó con el hombro mientras colocaba las prendas en la barra de metal.

—Dígame... —contestó.

—Buenas tardes, ¿es usted Noah Winter? —preguntó una mujer.

—Sí, soy yo.

—Soy Emma Holden, encargada general del concurso de la Semana de la Moda de Nueva York...

Noah notó que el pulso se le disparaba. Una llamada de la encargada de la Semana de la Moda de Nueva York a esas alturas era buena señal. Muy buena señal. Una brizna de esperanza se abrió paso en su mente.

—Me complace comunicarle, señorita Winter —prosiguió la mujer—, que es usted finalista del concurso de la Semana de la Moda de Nueva York.

El corazón de Noah se paró de repente. Cogió el móvil con la mano para que no se le cayera.

—¿Finalista?! ¿Eso quiere decir que soy la ganadora?! —preguntó en tono de incredulidad. El teléfono le temblaba en la mano.

—Sí, es usted la ganadora —ratificó la mujer con una sonrisa—. El jurado se ha decantado por unanimidad por el diseño que ha presentado. He de decir que tiene usted mucho talento —apostilló.

Noah gritó sin poder evitarlo.

Como un ser automático, caminó hasta una silla y se sentó en ella. Las piernas se le habían vuelto de gelatina y apenas eran capaces de sostenerla en pie.

—¡Dios mío! —musitó, llevándose una mano al pecho—. No... No me lo puedo creer...

—Pues créaselo —sonrió la mujer.

—Gracias. Mil gracias —agradeció vehemente Noah.

—No tiene que dárnoslas. Para nosotros es un placer descubrir nuevos talentos, y como le he dicho, usted tiene mucho. —Después de una breve pausa, la mujer dijo—: En los próximos días me pondré en contacto con usted para comunicarle qué día tendrá lugar la celebración en el que se le otorgue el premio y la aguja de oro. Esté pendiente, por favor.

—Sí, por supuesto que sí. Estaré pendiente de su llamada —repuso Noah—. Gracias, señora Holden.

—A usted, señorita Winter.

Noah colgó la llamada y se quedó un rato mirando el móvil. Las palabras de Emma Holden resonaban en su cabeza.

«Es Finalista del concurso de la Semana de la Moda de Nueva York».

«Finalista».

No podía creerlo. Definitivamente no podía creerlo. Era cierto que confiaba en su diseño y que había fantaseado con la idea de alzarse con el galardón, pero en el fondo no creía que pudiera ganarlo.

Se levantó de la silla como un resorte.

—Tengo que contárselo a Todd —dijo, sin poder contener la alegría.

Salió disparada de la tienda sin reparar en nada. A los pocos segundos volvió para coger las llaves.

—Será mejor que cierre para que no me roben —murmuró.

Finalmente cerró la puerta de la tienda con llave y se fue escopetada a la floristería donde trabajaba Todd.

Entró y esperó impaciente a que Todd terminara de atender a un cliente que se llevaba un enorme ramo de rosas rojas. En cuanto el hombre cruzó el umbral y salió, Noah exclamó:

—¡He ganado! ¡He ganado! ¡Todd, he ganado el concurso de la Semana de la Moda de Nueva York!

—Joder, ¿lo dices en serio?

Noah afirmó reiteradamente con la cabeza.

—Sí, sí, sí...

—Te dije que eras buena, Noah. Siempre te lo he dicho —apuntó Todd.

Cerró la caja registradora de un empujón que dio con la mano, salió de detrás del mostrador y le dio un afectuoso abrazo.

—Es cierto, siempre lo has dicho. Gracias —dijo Noah contra su hombro—. Muchas gracias.

—¿Cuándo te lo han dicho? —le preguntó Todd, deshaciendo el abrazo.

—Ahora mismo. Me acaba de llamar la encargada del concurso para decírmelo —respondió Noah, que no podía estarse quieta en el sitio—. No me lo creo, Todd. Te juro que no me lo creo. —Nerviosa, se metió algunos mechones de pelo tras las orejas—. Y encima me ha dado la enhorabuena y me ha dicho que tengo talento. ¿Te lo puedes creer? —Noah parecía una niña con zapatos nuevos—. ¡La encargada del concurso de la Semana de la Moda de Nueva York diciendo que tengo talento!

—Sí, me lo creo porque es cierto —respondió Todd—. Tienes mucho talento.

—Dios, ¿sabes lo que significa eso? —lanzó Noah al aire—. Sí, sí que lo sabes porque no paro de repetirlo —se respondió a sí misma antes de que lo hiciera Todd.

Todd la observaba mientras mantenía aquel particular monólogo con ella misma. Su alegría era contagiosa. Le encantaba verla en ese estado: se le iluminaba el rostro como el de una niña delante de una chocolatina y los ojos azules le brillaban con un destello mágico.

—¿Y sabes que es lo mejor de todo? —dijo Noah, levantando la mirada y fijándola en Todd—. Que puedo darle una patada en el culo al capullo de Olivier Brooks —anotó con satisfacción—. ¡Sí! Puedo mandar a ese cabrón a tomar viento fresco. Con el dinero del premio alquilaré otro local en el que poner la tienda...

—No hay duda de que eso te va a dar una satisfacción enorme.

—Ni te lo imaginas...

El rostro de Todd adquirió una expresión seria.

—Me va a dar mucha pena no tenerte al lado, como vecina —anotó, sonriente—, aunque me alegro mucho por ti.

Noah también sonrió.

—No te preocupes, vendré a verte todos los días y nos tomaremos uno de

esos cafés que me traes a media mañana y que me revitalizan —bromeó—. No te vas a librar de mí tan fácilmente. Además, no se me olvida que eres mi amigo... bueno, mi único amigo aquí en Nueva York.

—Eso espero —dijo Todd, fingiendo un tono amenazante mientras la apuntaba con el dedo índice.

CAPÍTULO 27

Los nudillos de Helen golpearon un par de veces la puerta del despacho de Olivier.

—Adelante —oyó decir a su hermano desde el interior.

Helen abrió y asomó la cabeza. El sol de julio entraba a raudales por los ventanales, inundando cada rincón de la estancia de una luz blanca y brillante.

—¿Estás ocupado? —preguntó.

—No, pasa —respondió Olivier.

Helen cerró la puerta maciza a su espalda y enfiló los pasos hacia la mesa de cristal, detrás de la cual estaba sentado su hermano, tan imponente como era su costumbre. Alargó la mano y le tendió un sobre de un vistoso azul claro.

—¿Qué es esto? —quiso saber Olivier, apartando la vista de la pantalla del ordenador y posándola en el sobre que le brindaba su hermana.

—La invitación para asistir a la celebración que organiza la Semana de la Moda de Nueva York la semana que viene —contestó Helen.

Olivier tomó el sobre con desinterés y lo dejó encima de la mesa sin molestarse en abrirlo. Helen se sentó en una de las sillas de cuero.

—Me pregunto por qué narices todas las organizaciones relacionadas con la moda se empeñan en invitarme a sus eventos —dijo Olivier con un incipiente fastidio, echándose hacia atrás en el asiento.

Helen sonrió.

—Porque eres un exponente de ella, Olivier. Todos los años lideras las listas de los hombres más elegantes y mejores vestidos del país —le explicó —. Es normal que te inviten.

Olivier alzó los hombros.

—Pero saben que no voy a asistir.

—Eso no es del todo cierto, a la fiesta de la revista VOGUE acudiste —dejó caer Helen.

—Pero eso es una excepción que no se puede tomar como confirmación de la regla —aseveró Olivier.

—Pues deberías acudir más a este tipo de fiestas —le aconsejó Helen—. Se de buena fuente que tu presencia en la fiesta de la revista VOGUE suscitó mucha expectación. —Enarcó una ceja en un gesto elocuente.

Olivier se detuvo unos instantes a pensar en aquella noche. Había acudido a esa fiesta movido por una sola intención: tener un encuentro con Noah Winter. Pero no había salido como había planeado y ella había terminado yéndose con Sandro Santoro. Ese hecho seguía provocando que le hirviera la sangre.

—¿Por qué no te animas y vas a la fiesta que organiza la Semana de la Moda de Nueva York para anunciar al ganador de su concurso? —le propuso Helen en tono travieso.

Helen siempre trataba de avivar la vida social de su hermano, pero nunca lo conseguía. Olivier era poco dado a saraos y demás galas. Prefería pasar la velada en casa, deleitándose con un buen vino y un buen libro, escuchando de fondo alguna de las magistrales composiciones de los maestros clásicos.

Aquellas palabras llamaron la atención de Olivier. Ese era el concurso al que Noah Winter había presentado un diseño. Cogió el sobre, abrió la solapa y sacó la cartulina de su interior.

—¿Sabes el nombre del ganador o ganadora? —preguntó Olivier a su hermana al tiempo que leía la invitación.

—No —negó Helen—. ¿Te interesa? —preguntó después con expresión de extrañeza en el rostro.

—No, era simple curiosidad —dijo Olivier, tratando de sonar lo más despreocupado posible.

No estaba dispuesto a decirle a Helen que sí le interesaba saber aquel dato, pero no quería dar a la señorita Winter más importancia de la que merecía y tampoco quería montar un cisma con todo ese asunto.

—¿Vas a ir? —le preguntó Helen optimista, al detectar un viso de interés en el rostro de Olivier.

Olivier lanzó el sobre con la invitación dentro encima de la enorme mesa.

—No —respondió tajante. Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la superficie de cristal—. No tengo ninguna intención de ir a ninguna fiesta más

—aseveró.

Y no tenía pensado asistir, con la fiesta de la revista VOGUE había tenido más que suficiente. Pero tenía mucho empeño en saber quién había ganado el concurso de la Semana de la Moda de Nueva York. De eso iban a depender muchas cosas.

—Bueno, aparte de traerte la invitación he venido a dejarte las hojas de cálculo con los datos que me pediste para la reunión con el equipo corporativo que tenemos esta tarde —dijo Helen.

Después de entregar a Olivier un dossier, se levantó.

—Tengo trabajo que hacer. ¿Te vengo a buscar para la reunión?

—Sí.

—Luego nos vemos —se despidió Helen.

—Hasta luego —dijo Olivier.

Había sacado el teléfono del bolsillo de la chaqueta y lo tenía de la mano cuando Helen salió del despacho.

—Dígame, señor Brooks —respondió su asistente al descolgar la llamada.

—Averigua quién ha ganado el concurso de diseño de la Semana de la Moda de Nueva York y también quién está a cargo de dicho concurso —le ordenó Olivier al hombre que estaba al otro lado de la línea.

—Enseguida.

—Lo quiero saber antes de que termine la mañana —apremió Olivier a su asistente.

CAPÍTULO 28

A última hora de la mañana, el móvil de Olivier sonó.

—Dime —le dijo a su asistente.

—Señor Brooks, tengo los dos nombres que me ha pedido —anunció el asistente.

—Habla —le urgió Olivier.

—La encargada del concurso es Emma Holden y la ganadora de este año es una tal Noah Winter.

Olivier apretó los labios.

Finalmente había ganado, como se temía. Eso no le gustaba porque la alejaba de él. Noah había dejado muy claro que si ganaba el concurso de la Semana de la Moda de Nueva York no aceptaría su ofrecimiento, y lo había ganado. Estaba claro lo que significaba eso.

Colgó la llamada sin despedirse de su asistente y dejó el móvil sobre la mesa de cristal de mala gana. Tenía que hacer algo con aquella situación... No podía dejarla así.

Inmediatamente descolgó el teléfono fijo del despacho y pulsó con el índice la extensión que le comunicaba con su secretaria.

—Dígame, señor Brooks —dijo Karen, sin dar tiempo a que sonara un solo toque.

—Averígueme el número de teléfono de Emma Holden, es la encargada del concurso de diseño que ha organizado la Semana de la Moda de Nueva York —le ordenó—. Dese prisa —agregó impaciente.

—Sí, señor.

Olivier devolvió el auricular a su sitio.

Lo único que tenía que hacer era impedir que Noah recibiera ese premio y para ello solo tenía que hacer una llamada.

Unos minutos después, Karen apareció en el despacho de Olivier con una

nota en la mano en la que estaba apuntado el teléfono de Emma Holden, tal como le había ordenado que hiciera.

—Aquí tiene.

Olivier esperó a que Karen saliera de su despacho para coger el móvil y marcar el número de la encargada del concurso de la Semana de la Moda de Nueva York.

—¿Señora Holden?

—Sí, soy yo. ¿Con quién estoy hablando?

—Soy Olivier Brooks...

Noah miró el reloj después de hacer y cuadrar la caja del día. Las manecillas ojivales de color plata pasaban de las ocho y cuarto.

—Es hora de cerrar —murmuró, lanzando al aire un resoplido.

Había sido una buena jornada; no le habían faltado clientas en la tienda y habían entrado varios pedidos online que había atendido sin problemas. Satisfecha, se echó el bolso al hombro y cogió las llaves de la tienda, que descansaban en esos momentos sobre el mostrador. Se dirigía hacia la puerta cuando la melodía de su móvil sonó.

Se detuvo a un par de pasos de la puerta y de pie, abrió el bolso y metió la mano en su interior para localizar el móvil. Tuvo que sacar varios enseres antes de dar finalmente con él. Lo cogió, descolgó y se lo acercó a la oreja.

—Dígame...

—¿Noah Winter?

Noah reconoció de inmediato la voz de Emma Holden. El corazón le dio un vuelco. Seguro que iba a comunicarle el día de la celebración del evento en el que le entregarían la aguja de oro. No cabía en sí de alegría.

—Sí, soy yo —respondió protocolariamente.

—Buenas tardes, señorita Winter. Soy Emma Holden —se presentó.

Noah percibió algo raro en la voz de la mujer. Algo que no supo interpretar pero que no le gustó.

—Buenas tardes —la saludó.

—Señorita Winter, llamo para pedirle disculpas...

Noah frunció el ceño. Definitivamente algo no iba bien. Nada bien. Notó que se le encogía el estómago hasta el tamaño de una canica.

—¿Disculpas? ¿Por qué? —preguntó con una mezcla de confusión y miedo.

—Hubo un error en el recuento de las votaciones del jurado... —comenzó Emma Holden.

—¿Qué? —balbuceó Noah, que no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Lo siento, señorita Winter —acortó Emma, que supuso que Noah ya se había percatado de lo que iba a decir—. En nombre de la organización de la Semana de la Moda de Nueva York y en el mío propio le pedimos disculpas.

Noah sintió que se mareaba. De pronto todo en la tienda le daba vueltas. ¿Qué le estaba diciendo Emma Holden? ¿Que no era la ganadora del concurso? ¿Que todo había sido fruto de un error en el recuento de las votaciones del jurado? ¿Qué clase de puta broma era aquella?

—Pero...

Emma Holden no la dejó hablar.

—Sentimos mucho las posibles molestias que le hayamos podido causar.

Y nada más decir aquello colgó.

—¿Señorita Holden? ¿Señorita Holden?

Un silencio sepulcral llenó la línea.

CAPÍTULO 29

Noah se apartó el teléfono de la oreja y con él en la mano, se quedó un rato mirándolo. No podía creerse lo que acababa de suceder. Después de haberle comunicado que era la ganadora del concurso de la Semana de la Moda de Nueva York le habían arrebatado el premio. Le habían puesto la miel en los labios para quitársela cruelmente de una bofetada.

Así se sentía. Como si alguien le hubiera pegado una hostia en plena cara.

—¿Qué...? ¿Qué cojones acaba de pasar? —farfulló.

Se pasó la mano por la cabeza y se sentó en la silla que tenía para las clientas. Seguía aturdida y las rodillas le temblaban, impidiéndole que se pudiera sostener. De inmediato los ojos se le llenaron de lágrimas. Hundió el rostro en las manos y rompió a llorar desconsoladamente.

—Por Dios, Noah, ¿qué te pasa?

Noah levantó la cabeza. Todd estaba de cuclillas a su lado con expresión preocupada.

—Me acaba de llamar Emma Holden, dice que ha habido un error en el recuento de los votos del jurado del concurso... —comenzó a explicar entre lágrimas—. Al final resulta que no soy la ganadora.

—¿Cómo que no eres la ganadora? —dijo Todd visiblemente confuso.

—Como lo oyes. Suena a chiste, ¿verdad? —se burló Noah.

—¿Pero eso es posible? —Todd seguía confundido.

—Pues parece ser que sí, aunque reconozco que no lo entiendo. No lo entiendo, Todd. —Noah se encogió de hombros al tiempo que enderezaba la espalda en la silla—. No sé cómo una organización tan relevante y seria como la Semana de la Moda de Nueva York comete un error de semejantes características. Es garrafal —afirmó con vehemencia—. Además, Emma Holden me comentó que el jurado se había decantado por mi diseño de forma unánime. Es decir, que todos los miembros me votaron a mí. Entonces, ¿qué

clase de error cabe?

—No le des vueltas, Noah. Lo único que consigues es hacerte daño.

Noah sacudió la cabeza.

—¿Y dónde quedan sus palabras de que yo tenía mucho talento? —se lamentó.

—Y lo tienes, Noah —aseveró Todd—. Eso no ha cambiado. Sigues teniendo mucho talento, hayas ganado o no ese estúpido concurso.

Noah se enjugó las lágrimas con las manos. Se sentía derrotada. Todos los planes que había hecho en relación con el premio se habían venido abajo estrepitosamente, como un castillo de naipes al que se le da un pequeño toquecito en la base.

—Dios mío, ¿qué voy a hacer ahora? —susurró agobiada, metiéndose el pelo detrás de las orejas.

—Tranquila, Noah —la consoló Todd, acariciándole cariñosamente la cabeza—. Seguro que todo se soluciona de alguna forma.

Noah se levantó de la silla de golpe.

—¡No, Todd! ¡No hay solución! ¡No hay ninguna forma de solucionar esto! —exclamó nerviosa, empezando a caminar de un lado a otro de la tienda.

Todd se puso de pie. Sus ojos seguían el movimiento del cuerpo de Noah.

—Todo tiene solución menos la muerte, y tú no estás muerta, Noah —insistió.

Todd no estaba dispuesto a dejar que Noah se diera por vencida. Sabía todo lo que había luchado por llegar hasta donde estaba.

—Pero voy a estarlo —lo contradijo—. Ya no podré alquilar otro local para poner la tienda ni mi diseño desfilará por la pasarela... —Suspiró ruidosamente—. ¡Joder, todo se ha ido a la puta mierda! —exclamó entre dientes. Se pasó la mano por la nuca.

—Ya, Noah —la detuvo Todd—. Encontrarás una solución. No te puedes venir abajo ahora.

—¿Qué está pasando últimamente? ¿Qué? —lanzó al aire Noah. Dejó caer los hombros—. ¿Por qué todo sale mal? Es como si una mano macabra estuviera manejando los hilos de mi vida.

—No digas eso. Solo es una mala racha, pero pasará —apuntó Todd.

—Una tonelada de mierda para el maldito tuerto que me ha mirado —dijo Noah.

—Es mejor que te lo tomes así: con humor —dijo Todd.

Noah se detuvo en mitad de la tienda, echó la cabeza hacia atrás y resopló ruidosamente. Cuando se enderezó, miró a Todd.

—Lo siento, Todd. Siento mucho darte la brasa todos los días —se disculpó.

—No seas tonta.

—Pero es que es cierto. Todos los días tengo alguna historia. Estoy harta.

—Es solo una mala época. Pero pasará, ya lo verás —repitió Todd.

Noah dejó caer los brazos a ambos lados de los costados y miró a su alrededor.

—Tengo ganas de llegar a casa. Necesito urgentemente un baño relajante y una copa de vino —dijo con un suspiro.

Todd movió la cabeza.

—Venga, te acompaño a coger el metro —se ofreció.

—Vale —asintió agradecida Noah.

—Vamos.

CAPÍTULO 30

Frente a la tienda de Noah, Olivier observaba desde el interior de su coche, como había hecho en otras ocasiones, lo que ocurría dentro. En silencio se preguntó por qué el chico de la floristería de al lado siempre estaba con Noah. ¿Sería su novio?

Sintió una punzada en el pecho. Pensar en aquella posibilidad le... ¿enfadaba? No estaba seguro de lo que era, pero enfado era lo que más se parecía.

—Relájate, Olivier —se dijo a sí mismo—. Nunca los has visto besarse ni mostrarse afecto más allá del que se muestran dos buenos amigos.

Y, de todas formas, ¿qué más daba la relación que hubiera entre ellos?

—No, no da igual. No me da igual. —Dio un golpe en el volante con las palmas de las manos—. ¿Por qué no me da igual? ¿Por qué? —se preguntó con rabia.

Aquel tema le ponía de un humor de perros. No sabía qué demonios le pasaba, pero tenía que admitir que últimamente estaba insoportable. Más de lo normal en él. Aunque no entendía por qué.

Quería tener a la señorita Winter bajo su control, a sus pies. Era algo que se había propuesto y era algo que tenía que conseguir... del modo que fuera.

Era momento de volver a presionarla.

Cuando se había enterado de que había ganado el concurso de la Semana de la Moda de Nueva York había llamado a Emma Holden y la había obligado a que le quitasen el premio. Ella se había opuesto aduciendo que ya le habían comunicado a Noah que era la ganadora, pero Olivier la había amenazado sutilmente con arreglárselas para que los patrocinadores de la famosa pasarela retirasen su apoyo a la organización. Y solo Dios sabe que habría sido capaz de hacerlo si finalmente Emma Holden no hubiera accedido a su petición.

Aquella acción estaba mal. Era consciente de ello. Pero no le importaba

actuar de aquella manera tan indecorosa. Él ya tenía muchos pecados a la espalda y un infierno entero esperándole. Lo que no tenía era a Noah Winter bajo su bota y era lo que quería conseguir.

Bajó del coche dando un portazo y lo cerró con el mando a distancia mientras echaba un vistazo rápido a un lado y a otro de la calle y se dirigía a la tienda de Noah.

Abrió la puerta y entró con sus pasos regios sin pararse a pensar si su llegada era inoportuna o no.

—¿Molesto? —preguntó con ironía, al tiempo que se enderezaba la corbata con un gesto de suficiencia.

Noah y Todd se giraron a la vez para mirarlo.

—Usted siempre molesta —masculló Noah en un tono inaudible.

Olivier no alcanzó a entender lo que decía, pero por la expresión de su rostro intuyó que no era nada bueno. Sonrió para sí. Un segundo después lanzó una mirada a Todd.

—¿Nos deja a solas? —le dijo, aunque no era una petición sino más bien una orden.

Todd miró a Noah, que asintió imperceptiblemente.

—Claro —le respondió a Olivier, dejando entrever su reticencia—. Estaré al lado por si me necesitas —le dijo seguidamente a Noah.

—Gracias, Todd —le agradeció ella.

Todd sorteó a Olivier y salió de la tienda mientras él se mantenía firme en mitad de la estancia.

—¿Es su novio? —le preguntó directamente a Noah cuando Todd estaba ya fuera.

Noah contrajo las cejas hasta formar una línea rubia en su cara.

«¿Quién se ha creído Olivier Brooks que es para preguntarme algo así?».

—No creo que eso sea algo de su incumbencia —le espetó.

Haciendo gala de toda la indiferencia de que fue capaz, continuó doblando la pila de camisetas desordenadas que había sobre una mesa alargada blanca.

—¿Qué cree su... amigo que le voy a hacer? —dijo Olivier con una sonrisa malévola en los labios.

—Viniendo de usted, a saber —respondió Noah.

Se inclinó hacia adelante y dejó una camiseta rosa encima de las demás.

—¿Mi presencia le pone de mal humor? —ironizó Olivier.

Noah tomó aire, e hizo acopio de toda su templanza. Con Olivier Brooks iba a ganarse la estancia eterna en el paraíso.

—Digamos que su presencia no me alegra el día —contestó.

—Siento que tenga tan mal concepto de mí.

Noah se giró hacia Olivier y fijó la mirada en sus ojos oscuros y profundos.

—¿Por qué hace una burla de todo? —le preguntó.

Olivier repasó con la mirada una fila de vestidos floreados que estaban colgados en el frontal de una pared pintada de un sofisticado color burdeos.

—La vida sería muy aburrida sin sentido del humor —repuso, tirando de uno de los vestidos para sacarlo—. Además, el sentido del humor es proporcional al nivel intelectual —añadió—. De todas formas, es simple curiosidad saber si es mi presencia la que le pone de mal humor o está así porque no ha ganado el concurso de la Semana de la Moda de Nueva York.

Noah alzó la cabeza a aquel último comentario como si le acabasen de dar una bofetada en la cara, y fulminó a Olivier con la mirada.

—Eso ha sido un golpe bajo, señor Brooks —dijo sin que le temblara la voz.

CAPÍTULO 31

Olivier soltó la prenda y permaneció unos instantes mirando a Noah. Ella le sostuvo la mirada sin apartarla y sin ni siquiera pestañear. No iba a consentir que Olivier Brooks pasara por encima de ella. ¿De qué demonios iba ese hombre?

Olivier bajó el tono. Sus palabras habían hecho daño a Noah, a juzgar por la expresión dolida de sus ojos azules.

—Tiene razón, señorita Winter. No he estado acertado con mi comentario —dijo, mirándola con una expresión de disculpa.

Noah movió la cabeza, cansada. En esos momentos se sentía como si una apisonadora le hubiera pasado por encima.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó a Olivier.

El tono suave, casi de sumisión con el que Noah le hizo esa pregunta, lo excitó.

«No es el momento ni el lugar», se reprochó en silencio a sí mismo, cuando una incipiente erección amenazaba con dejarlo en evidencia.

—Ya lo sabe: ayudarla —respondió.

—¿Por qué?

—¿Eso qué importa? Quiero ayudarla y punto.

—A mí sí me importa —replicó Noah—. Usted es de esas personas que cuando ayuda a alguien, espera recibir algo a cambio. Lo que no sé es qué puede querer de mí... Además —dijo seguidamente—, usted mismo dijo que mi tienda no le interesaba.

—He cambiado de opinión —atajó Olivier. Avanzó unos cuantos metros hacia Noah con las manos metidas en los bolsillos. Cuando estaba a unos centímetros de ella, se inclinó sobre su rostro—. Señorita Winter, ¿por qué no deja que me gane el cielo con usted? —dijo.

Noah tragó saliva con dificultad. La voz profunda de Olivier y notar su

aliento cálido en la mejilla hizo que sintiera un escalofrío a lo largo de la columna vertebral. Su boca estaba muy cerca de su rostro. Tanto, que si se giraba podría tocar sus labios.

Alejarse de él suponía un esfuerzo, pero tenía que hacerlo o corría peligro. Así que dio media vuelta, se apartó un metro de Olivier y se puso a colocar los pantalones que había en el extremo de la mesa.

—No estoy en este mundo para salvar a nadie, señor Brooks, sino hubiera estudiado medicina, o hubiera sido policía o bombero —apuntó.

Las comisuras de Olivier se elevaron en una sonrisa socarrona.

—Tengo que reconocer que su agudeza mental es brillante —dijo.

—¿Otra vez se está burlando? —dijo Noah, levantando la vista para mirarlo.

—No, le aseguro que no. Señorita Winter, volviendo al tema que nos atañe: ¿por qué su negativa es tan rotunda?

—Ya se lo he dicho muchas veces, no quiero que nadie forme parte de mi negocio ni de mis logros.

—Puedo entenderlo, de verdad que puedo entenderlo, pero ¿qué hará si no acepta mi oferta?

Noah guardó silencio unos segundos. En el fondo no se había parado a pensar en lo que haría. Las cosas habían cambiado de forma diametral desde que Emma Holden la había llamado para decirle que había habido un error en el recuento de las votaciones del jurado y que finalmente no era la ganadora. Había puesto todas sus esperanzas en el concurso de la Semana de la Moda de Nueva York, pero sus ilusiones se habían hecho pedazos y no tenía ni idea de qué iba a hacer. Después de esa llamada había estado evitando hacerse la pregunta que ahora le planteaba Olivier Brooks.

Se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo en un arranque de sinceridad, tratando de que el nudo que tenía en la garganta no la estrangulara.

Olivier sintió una extraña punzada de ternura. Sin embargo, no se dejó llevar. Tenía que aprovechar el momento para conseguir lo que quería. Noah estaba empezando a flaquear.

—No sea tan cabezota, señorita Winter. Mi oferta es una oportunidad como

otra cualquiera de salir adelante. Su sueño y su trabajo van a seguir creciendo.

Noah negó ligeramente con la cabeza, aunque el gesto parecía poco convincente.

—No creo que sea una buena idea —señaló.

—¿Por qué?

En esos momentos la puerta se abrió.

—Noah, ¿nos vamos? —La voz de Todd sonó en la tienda.

Noah lo miró por encima del hombro de Olivier.

—Sí, enseguida estoy, Todd —dijo, aliviada por la interrupción—. Señor Brooks, tengo que irme —añadió, invitándole a que se fuera.

Olivier maldijo en silencio. ¿Cómo podía ser ese chico tan terriblemente inoportuno? ¿Acaso no sabía que seguía hablando con Noah? Su impertinente presencia le agrió el humor.

—Señorita Winter, le he ofrecido mi ayuda para salvar su tienda, pero no voy a estar esperando una respuesta toda la vida. Tiene dos días para decidir qué hacer. Medítelo. Si no acepta, puede ir empaquetando las cosas para dejar libre el local —dijo en tono serio.

Se abrió la chaqueta del traje y sacó una tarjeta de visita del bolsillo interior y, lanzándole una mirada sombría a Noah, la depositó sobre el mostrador.

—Aquí está mi número —concluyó.

Sin dejar que Noah replicara y sin molestarse en despedirse, se giró sobre sus talones, miró a Todd una última vez y enfiló los pasos hacia la puerta, que cerró tras de sí con un ruido sordo.

—¿Cómo puede ser tan gilipollas? —dijo Todd con expresión indignada en el rostro cuando Olivier salió finalmente de la tienda.

—Ni idea —respondió Noah.

—¿Qué vas a hacer, Noah? —le preguntó.

Ella se apartó el pelo de la cara.

—No lo sé. Te juro que no lo sé —dijo en tono agobiado.

CAPÍTULO 32

Noah y Todd caminaron en silencio por las calles de Nueva York hasta la boca del metro, en silencio bajaron las escaleras y en silencio esperaron la llegada del tren en los andenes de la estación.

Todd miró a Noah.

—No dejas de darle vueltas, ¿verdad? —le preguntó al apreciar lo pensativa que estaba.

—No —negó—. Es que no sé qué voy a hacer, Todd... —comenzó—. Si acepto la oferta de Olivier Brooks se va a convertir en mi jefe, con todo lo que eso significa, y si no la acepto, ya le has oído, tengo que recoger las cosas y marcharme, y ahí acabará mi sueño y todo por lo que he luchado hasta ahora.

—Olivier Brooks no me cae bien, bien lo sabes tú, pero si aceptas su ofrecimiento, al menos tendrás la oportunidad de seguir cumpliendo tu sueño —dijo Todd, tratando de poner sentido común al asunto.

Noah se mordió el labio inferior mientras reflexionaba sobre las palabras de su amigo. Soltó el aire que tenía en los pulmones.

—Supongo que aceptaré —dijo, encogiéndose de hombros—. Tienes razón. La única oportunidad que tengo de seguir luchando por mi sueño viene a través de Olivier Brooks. Me guste o no.

—Entonces no te lo pienses mucho más, Noah —le aconsejó Todd—. Es tu sueño el que está en juego.

Todd quería ayudar a Noah de la manera que fuera y lo más sensato, dada la situación, parecía que era que aceptase la oferta de Olivier Brooks, aunque fuera un tipo detestable.

—Mi sueño, mi trabajo, mi carrera... —enumeró Noah con pesadumbre. Levantó la vista y miró a Todd—. Olivier Brooks tiene mi vida en sus manos.

Todd apoyó la mano en su hombro.

—Anímate —le dijo—. ¿Por qué no piensas que es algo temporal?

Noah enarcó las cejas.

—¿Algo temporal? —repitió.

—Seguro que en pocos meses te abres camino con tu firma de ropa y puedes darle una patada en el culo a Olivier Brooks.

Los labios de Noah se abrieron en una ligera sonrisa.

—Es una buena solución —dijo.

—¡Claro! ¿Qué esperabas viniendo de mí? Soy un hacha del positivismo.

La sonrisa de Noah se amplió en su rostro. En esos momentos el metro mostró la cara a través de las sombras oscuras que habitaban en el túnel.

—Este es el tuyo —anunció Todd a Noah.

Noah le pasó amistosamente el brazo por los hombros, lo acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Hasta mañana —se despidió de forma expedita.

—Hasta mañana —correspondió Todd.

Noah echó a correr hacia las puertas abiertas y se subió en el vagón mientras Todd la veía fundirse entre la multitud.

Noah se recogió la larga melena rubia en un moño informal y fue sumergiéndose poco a poco en el agua caliente de la pequeña bañera del cuarto de baño. Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en la toalla doblada a modo de almohada que descansaba en el borde.

—Esto es vida... —susurró.

Cerró los ojos y dejó que los músculos se relajaran.

La tranquilidad le duró hasta que la imagen de Olivier Brooks apareció en su mente. Su cuerpo se tensó involuntariamente.

Abrió los ojos.

Tenía que pensar detenidamente qué iba a hacer, y qué implicaba ponerse a las órdenes de Olivier Brooks. Era un hombre exigente, frío, perfeccionista y tremendamente sexy. Noah sacudió la cabeza. ¿De dónde había salido ese pensamiento?

No era un pensamiento era una realidad. Palpable, además. Olivier Brooks era tremendamente sexy. Hasta un ciego lo vería. Era el hombre más guapo que había visto en su vida. Eso no era discutible. A esas alturas sería inútil negar que era inmune a su encanto. Y su cuerpo no era indiferente a ello. Cuando lo

tenía cerca se le aceleraba el pulso, le sudaban las manos; y para colmo de males provocaba que se le mojaran las bragas. Había sucedido cuando intentó besarla en la fiesta de la revista VOGUE y unas horas atrás cuando le había susurrado al oído que por qué no dejaba que se ganara el cielo con ella.

Sus suaves palabras reverberaron en su mente:

«Señorita Winter, ¿por qué no deja que me gane el cielo con usted?».

Había sentido su aliento cálido en la mejilla junto con un escalofrío y eso había hecho que mojara las bragas.

—¿Pero qué coño me pasa? —se reprochó, dando un respingo en el agua—. Debería odiarle por lo que me está haciendo; por no tener misericordia conmigo... ¡Y le odio! ¡Sí! ¡Le odio con todas mis fuerzas! —exclamó, presa de una rabia instantánea. Hizo una breve pausa en su monólogo—. Pero también me atrae —admitió con angustia. Se pasó las manos por la cabeza—. Estoy entrando en terreno fangoso, muy, muy fangoso.

Necesitaba quitarse de la cabeza a Olivier Brooks. ¡Necesitaba quitárselo ya! Era peligroso pensar en él. Cerró los ojos y metió la cabeza bajo el agua, como si así fuera a conseguirlo.

CAPÍTULO 33

La tarjeta le temblaba en la mano.

Noah miró la hora en la pantalla del ordenador. Solo faltaban treinta minutos para que expirara el plazo que Olivier Brooks le había dado para que tomara una decisión.

Resopló, tratando de disipar los nervios.

Contempló el número de teléfono de Olivier en la pequeña cartulina rectangular y, decidida, lo marcó con el pulgar en el móvil, pero antes de dar a la tecla de llamada lo borró de la pantalla.

—Tienes que hacerlo, Noah —se dio ánimos a sí misma—. Tienes que hacerlo. Es la única forma de seguir adelante con tu carrera y con tu sueño. De otro modo, todo terminará.

Sin pararse a pensarlo volvió a teclear el número de teléfono, pulsó el botón de llamada y se llevó el móvil a la oreja. Mientras escuchaba el sonido monocorde de los tonos se mordía el labio inferior, inquieta.

—Dígame...

El corazón de Noah dio un vuelco cuando escuchó la voz de Olivier al otro lado de la línea.

—Señor Brooks, soy Noah. Noah Winter —se presentó.

—Señorita Winter, es un placer hablar con usted —dijo Olivier, dejando entrever en el tono de su voz una nota de sarcasmo.

Noah respiró hondo. Iba a tener que aprender a convivir con la constante ironía de Olivier Brooks.

—Espero que me llame para darme una respuesta —dijo él.

—Sí, así es.

Olivier contuvo la respiración en la garganta durante unos segundos.

—¿Y qué ha decidido? —la apremió impaciente.

—Acepto su oferta, señor Brooks —respondió únicamente Noah.

Los labios de Olivier se abrieron en una sonrisa de triunfo. Tenía el poder de nuevo, el control absoluto y, sobre todo, el control sobre Noah Winter.

—Es una buena elección, señorita Winter —afirmó, echándose hacia atrás en el asiento.

Mientras hablaba, consultó su reloj de muñeca. Noah había apurado al máximo el tiempo que le había concedido. Tanto era así que ya había dado por hecho que no llamaría. Por lo menos no para decirle que aceptaba su oferta.

—Yo no estoy tan segura de eso, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? —se le escapó decir a Noah. Aquel pensamiento en alto atravesó la línea telefónica.

«¡Por Dios, Noah, cierra la boca!» se recriminó.

—Admiro su franqueza —dijo Olivier pausadamente.

—Señor Brooks, antes de aceptar quiero poner sobre la mesa algunas condiciones —anunció Noah, tratando de que su voz sonara lo más firme posible. No podía mostrarse débil a ese respecto.

Olivier enarcó una ceja.

—¿Condiciones?

—Sí.

Estaba claro que Noah iba a morir matando.

—¿Por qué no se acerca a mi despacho? Estaré encantado de discutir esas condiciones con usted —propuso Olivier de buen humor.

—No... No son discutibles, señor Brooks —se atrevió a decir Noah.

«Eso habrá que verlo, señorita Winter», afirmó él para sus adentros.

—Aún todo es mejor que se pase por mi despacho —insistió Olivier.

—No puedo ir ahora, tengo que cerrar la tienda —se excusó Noah.

No estaba segura de que verse a solas con Olivier fuera una buena idea.

—No importa, la esperaré —atajó él, sin dar lugar a una réplica o una negativa.

Noah tardó unos segundos en responder. Las dudas seguían gravitando por su cabeza.

—Está bien —accedió finalmente—. Cuando cierre la tienda iré a su despacho.

Noah colgó, dejó caer los brazos a ambos lados de los costados y lanzó un largo suspiro visiblemente aliviada, apartando algunos mechones de su rostro.

Ya había dado el primer paso, aunque no el más importante. Ahora tenía que convencer a Olivier Brooks de que aceptara sus condiciones. Sabía que no iba a ser fácil. Sería un hueso duro de roer. No era uno de los hombres más poderosos del país por casualidad, y su fama... Sacudió la cabeza. Olivier jugaba en otra liga. Pero al menos tenía que dejarle claro que no iba a aceptar su ofrecimiento a cualquier precio ni bajo todas las condiciones que él impusiera. Ella tenía el suficiente criterio como para tomar decisiones.

Olivier dejó el móvil encima de la mesa, echó hacia atrás la silla, se puso en pie y se dirigió hacia los ventanales. Frente a los cristales, metió las manos en los bolsillos y buscó con la mirada la familiar panorámica que le regalaba Park Avenue.

—Ya la tengo en mis manos, señorita Winter —susurró enigmáticamente con los ojos entornados.

CAPÍTULO 34

Noah ascendió los cinco escalones de piedra que le llevaban a la entrada del edificio de *Brooks Corporation*. En cuanto traspasó la puerta giratoria le vino a la cabeza la última vez que había estado allí: había ido a ver a Olivier Brooks con un informe en la mano confiada de que lo convencería de que su tienda era un buen negocio. En aquella ocasión el señor Brooks se había limitado a tirarlo a la basura, al igual que sus ilusiones y su sueño.

—Señorita Winter...

La voz de Olivier la devolvió a la realidad. Desorientada momentáneamente y absorta en sus pensamientos, alzó la vista y lo encontró en mitad de la recepción, de pie, con un impoluto traje azul oscuro, una camisa blanca y una corbata con un estampado de rayas en tonos granate. Olivier le hizo un gesto con los dedos para que se acercara a él.

El edificio estaba casi vacío. Se notaba que la hora de salida de trabajo ya había pasado, y se respiraba un aire tranquilo incluso íntimo. Mientras Noah caminaba hacia Olivier, el eco cadencioso del sonido de los tacones de sus sandalias resonaba contra el suelo de mármol.

Olivier la miró de arriba abajo según se acercaba. La falda del vestido blanco con flores negras de estilo Pin up que llevaba puesto se agitaba danzarinamente alrededor de sus estilizadas piernas. El movimiento de sus caderas resultaba hipnótico. La melena rubia, que llevaba suelta y ondulada, ondeaba brillante y dorada alrededor de su rostro.

—Buenas noches —la saludó cuando lo alcanzó.

—Buenas noches —dijo Noah.

—Acompáñeme —indicó Olivier, dándose la vuelta y dirigiéndose a la zona de los ascensores, situada en frente.

—Sí —dijo Noah, siguiéndolo.

Olivier pulsó el botón de bajada del ascensor. Unos segundos después las

puertas metálicas se abrieron y ambos se introdujeron en el cubículo revestido de espejos.

A Noah se le cortó ligeramente la respiración cuando las puertas del ascensor se cerraron completamente, dejándola encerrada a solas con Olivier. No sabía qué hacer ni qué decir. Solo tenía capacidad para dejarse embriagar por su característico aroma a sándalo. El ascensor se puso en marcha y Olivier se volvió hacia ella.

—Me imagino que ha venido con todo el arsenal preparado —dijo, rompiendo el silencio.

—Me gusta defender mis ideas, sobre todo si creo que son buenas —contestó Noah, mostrándose confiada.

—No esperaba menos de usted —dijo Olivier.

Y no mentía, realmente lo esperaba. Sabía que Noah Winter no se iba a rendir tan fácilmente.

—Aunque le confieso que no se lo voy a poner fácil —repuso seguidamente con un toque mezcla de arrogancia y malicia.

Noah dejó escapar una risa corta, pero sin gracia.

—Las cosas se hacen a su manera o no se hacen —dijo, parafraseando las palabras que le había dicho Olivier la noche que tuvo lugar la fiesta de la revista VOGUE, justo antes de que saliera huyendo.

Olivier sonrió de medio lado. Noah tenía buena memoria.

—Aprende rápido —apuntó mordaz.

Noah abrió la boca para decir algo, pero en ese instante el timbre del ascensor sonó y las puertas de acero se abrieron, interrumpiendo sus palabras. En cierto modo agradeció la pausa.

En aquella última planta el silencio se hacía más patente que en cualquier otra parte del edificio. Quizá porque el ruido de la ciudad se desvanecía casi por completo debido a la imponente altura. Las luces de las lámparas de diseño emitían un resplandor tenue que trataba de abrirse paso a través del azul oscuro de la noche que ya había hecho acto de presencia en Nueva York.

Mientras se dirigían al despacho, Noah miró instintivamente hacia el lugar donde debería estar la secretaria de Olivier. La chica que amablemente le había ofrecido un vaso de agua cuando salió con el rostro descompuesto de su

despacho. La silla estaba vacía y la mesa pulcramente ordenada. En el ambiente se respiraba una calma y una intimidad extrañas.

Olivier giró el pomo plateado de la puerta de su despacho.

—Pase —indicó a Noah, cediéndole el paso.

Ella notó que las pulsaciones se le disparaban cuando sintió la mano de Olivier en la parte baja de su espalda. Pese a la tela del vestido, sintió una suerte de corriente eléctrica a lo largo de la espina dorsal.

—Gracias —dijo apocada.

Olivier cerró la puerta y se apoyó ligeramente en ella para observar a Noah, que caminaba intentando no perder el equilibrio hacia las sillas de cuero. Contempló su esbelta figura, su diminuta cintura, sus torneadas piernas...

—Siéntese, por favor —le dijo justo en el momento en el que Noah se giraba para ver si estaba detrás de ella.

Cuando Noah tomó asiento, Olivier echó a andar lentamente sin dejar de mirarla.

—Coménteme esas condiciones, señorita Winter, a ver qué podemos hacer... —dijo, sentándose en su enorme sillón de cuero al tiempo que se enderezaba la corbata.

CAPÍTULO 35

Noah sabía que tenía que mostrarse segura si quería que Olivier no pusiera reparos a sus condiciones. No podía dudar. De otro modo no tendría nada que hacer. Carraspeó e intentó mantener una expresión firme en el rostro.

—Señor Brooks, no sé qué planes tiene, pero no quiero perder el control de mi tienda —dijo, escogiendo las palabras con sumo cuidado.

«Control... Si supieras que eso es precisamente lo que quiero, porque si controlo tu negocio te controlaré a ti», pensó Olivier para sus adentros.

—Explíquese... —instó a Noah en tono sosegado, mirándola con los dedos apoyados en el labio inferior.

Ella se enderezó en la silla.

—Quiero estar al tanto en todo momento de cuáles son sus planes, de qué pasos da y... quiero tener la última palabra en la toma de decisiones —dijo, sin dejarse intimidar por Olivier.

«Es hora de jugar», pensó él.

—¿No cree que son demasiadas condiciones, señorita Winter? —le preguntó.

Noah se encogió de hombros y se infundió valor para pronunciar las siguientes palabras.

—No puede pretender que haga sin rechistar todo lo que usted diga.

Olivier entornó ligeramente los ojos, atrapando los de Noah y manteniéndole la mirada durante unos cuantos latidos.

—¿Por qué no? —dijo, retándola con expresión indescifrable.

—Porque es mi tienda —replicó Noah.

—Ahora es mía —dijo Olivier, poniéndola a propósito contra las cuerdas. Quería ver cómo reaccionaba.

—No, señor Brooks, el local es suyo, pero la tienda es mía —atajó Noah, sosteniéndole la mirada con gesto desafiante y obstinado.

—Excelente puntualización —reconoció Olivier—. Pero como sea, en estos momentos soy parte de su negocio y, como ya sabe, busco beneficios.

—¿Con qué tanto por ciento de esos beneficios se quedará?

—Con el sesenta.

—¿El sesenta? Pero eso... eso es un robo —replicó Noah.

—No es un robo si tiene en cuenta la inyección de capital que voy a invertir en el negocio.

Noah tenía la boca seca.

—¿Podría darme un poco de agua? —le pidió a Olivier.

—Claro.

Olivier se levantó de la silla y se dirigió a una mesa situada en el fondo del despacho y en la que descansaba una máquina expendedora de agua de color plata.

—¿La prefiere fría o del tiempo? —le preguntó a Noah.

—Fría, por favor —respondió ella.

Olivier cogió un vaso de cartón de la pila que había al lado de la máquina, giró la manilla y llenó el vaso.

—Aquí tiene —dijo, tendiéndoselo a Noah.

—Gracias.

Bajo la atenta mirada de Olivier, Noah cogió el vaso y dio un sorbo de agua. Olivier advirtió que le temblaban ligeramente las manos. No podía negar que aquello no le gustase.

—¿Está bien? —le preguntó.

—Sí, es solo que hace calor.

Olivier tomó de nuevo asiento y se quedó mirando unos segundos a Noah. Quizá estaba apretando demasiado las cuerdas.

Noah alzó la vista.

—¿Qué planes tiene? —preguntó a Olivier, temerosa de la respuesta.

—Para empezar... ¿qué le parece una valla publicitaria en Time Square?

Noah tosió al oír aquello. El corazón se le paró de golpe. Tuvo que ponerse la mano en la boca para no escupir sobre Olivier el sorbo de agua que estaba bebiendo.

—Lo siento —se disculpó, al tiempo que se limpiaba las gotas que le

escurrían por la barbilla—. ¿Lo...? ¿Lo está diciendo en serio? —balbuceó perpleja.

«¿Time Square? —repitió con incredulidad—. ¿Olivier Brooks está hablando de Time Square? Una valla de publicidad en el centro comercial de Nueva York, en un icono mundial como lo es Time Square sería... —Solo pensarlo le produjo un escalofrío—. ¡Ufff...!».

De pronto se sintió aturdida.

—Totalmente —contestó Olivier con toda naturalidad, echando la espalda hacia atrás.

Olivier quería impresionar a Noah; mostrarle la amplitud de su poder, que fuera consciente del alcance que tenía su dominio, hasta dónde llegaba su sombra y, por la expresión de su rostro, lo había conseguido.

Sonrió para sí.

—Me gusta apostar fuerte —afirmó.

—¿Siempre juega con ases? —preguntó Noah.

—Siempre, aunque normalmente me guardo alguno bajo la manga —dijo Olivier.

¿Qué rayos quería decir con eso? ¿Por qué era siempre tan enigmático? ¿Y por qué la atraía tanto que lo fuera?

Mientras Olivier hablaba, Noah pensó que tenía que mantener la distancia profesional y personal con él. No le iba a permitir que se le acercara. Involucrarse emocionalmente en cualquiera de sus acepciones solo la llevaría al desastre.

CAPÍTULO 36

—Después negociaremos algún reportaje en VOGUE, alguna portada en otras publicaciones relevantes y el próximo año estará en las pasarelas más importantes del mundo: París, Cibeles, Milán... —enumeró Olivier—. ¿Qué le parecen mis planes, señorita Winter? —preguntó con arrogancia.

—Estoy sin palabras —respondió únicamente ella. —Estaba sorprendida y abrumada por todo lo que decía Olivier—. Pero no sé si eso es compatible con mis condiciones.

—Trataré de escuchar sus opiniones en todo momento —dijo Olivier.

Noah lo miró pensando en la capacidad de desenvolverse con un mínimo de dignidad ante él.

—Señor Brooks, no voy a acceder a que únicamente escuche mis opiniones —dijo rotunda.

Olivier se inclinó hacia adelante.

—Es usted realmente muy obstinada —observó.

—Ya le he dicho que me gusta defender mis ideas, sobre todo si son buenas. Olivier sonrió.

—Señorita Winter, si voy a invertir en su firma de ropa; si creo que merece mi tiempo y mi dinero, es porque pienso que sus ideas son buenas, si no fuera así, le aseguro que no estaría aquí —dijo.

Noah se sintió repentinamente halagada. ¿Olivier Brooks la había elogiado? Si no era un elogio, desde luego se parecía mucho.

—¿Eso significa que acepta mis condiciones? —preguntó Noah con inocencia.

—Eso significa que debatiremos las ideas como dos buenos profesionales y que haremos lo más beneficioso para el negocio —respondió Olivier. Su voz sonaba condescendiente, y Noah supo que, en cierta manera, aceptaba sus condiciones—. Aunque no voy a dejar que se salga demasiado con la suya —

añadió después en broma.

Echó la silla hacia atrás y se levantó. Alargó el brazo por encima de la superficie de cristal de la mesa.

—¿Hay trato, señorita Winter? —le preguntó a Noah, ofreciéndole la mano, mientras la miraba directamente a los ojos.

Noah imitó su gesto y se incorporó.

—Hay trato, señor Brooks —dijo, estrechando la mano de Olivier.

Incluso en aquel momento, Noah evitaba mirarlo. Aunque lo intentaba, en determinados momentos la intimidaba. A Olivier, en cambio, le resultaba divertido.

—Me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo —dijo Noah con una sonrisa en los labios.

—Yo también —repuso Olivier, sin apartar los ojos de ella. Algo se lo impedía.

Repasó las suaves facciones que componían su rostro ovalado. Sus pómulos altos, sus mejillas sonrojadas, su mirada azul, su boca pequeña...

Sin saber por qué, se imaginó empujándola contra la mesa de cristal, tirándole del pelo y follándosela salvajemente hasta que gritara su nombre. Un dardo de intenso calor le atravesó el cuerpo. Su mirada se volvió como la de un halcón observando a su presa.

—Es tarde, tengo que irme —dijo Noah, bajando la mano y rompiendo el contacto entre ambos. Olivier volvió a la realidad. Tenía la polla dura.

—Yo la acercaré a casa —se brindó, cuando la sangre comenzó a regar de nuevo su cerebro.

Noah lo miró desconcertada. Lo que menos hubiera esperado es que Olivier Brooks se ofreciera a llevarla a casa.

—Oh, no, no. No es necesario, pediré un taxi —se adelantó a decir mientras cogía el bolso, recostado en la silla.

Olivier rodeó la mesa y salió a su encuentro.

—Señorita Winter, otra cosa que debe aprender es que no me gusta que me lleven la contraria —le informó en tono serio.

Noah tragó saliva.

—No le estaba llevando la contraria, es solo que puedo pedir un taxi —

repuso.

Cuando salían del despacho, apareció Helen vestida con un ajustado traje de chaqueta y una falda de tubo negra.

—Venía a buscarte para que nos fuéramos juntos —dijo.

Miró a Noah con una ligera expresión de sorpresa en el rostro. Noah se puso de repente a la defensiva. Su cuerpo se tensó. ¿Quién era aquella mujer? ¿Era la novia de Olivier? ¿Era su esposa? Tenía que ser alguien muy cercano para irle a buscar y marcharse juntos. Apretó los labios, molesta. Era muy guapa: alta, elegante, con una larga melena morena y unos profundos ojos oscuros.

A Olivier no le pasó desapercibida su expresión. ¿Qué le pasaba a Noah? ¿Por qué había reaccionado así al ver a Helen?

—Voy a llevar a la señorita Winter, Helen. Así que le diré a Jake que te lleve a casa —le indicó Olivier a su hermana.

Noah se giró hacia Olivier.

—Ya le he dicho que no es necesario que me lleve, señor Brooks. No es responsable de mí. Pediré un taxi —saltó en tono defensivo—. Puede irse con ella sin problema.

Las comisuras de Olivier delinearon una sonrisa irónica, intuyendo qué le pasaba a Noah. Se inclinó sobre ella y pegó sus labios a su oído.

—Es mi hermana —le susurró con voz extremadamente suave.

¿Su hermana? ¿Esa mujer era su hermana?

«¡Dios, nunca me he sentido tan abochornada!», exclamó Noah para sus adentros.

Había pensado que era su novia o su mujer y se había puesto... celosa.

«Joder, soy una idiota».

Carraspeó nerviosa.

—Yo... no... —tartamudeó sin saber qué decir.

Olivier se quedó mirándola y deleitándose con el rubor que cubría sus mejillas. Apenas era capaz de contener la risa.

—Me iré con Jake, no hay problema —dijo Helen de buen humor.

Olivier sacó el móvil del bolsillo de su pantalón.

—Jake, ven a recoger a mi hermana y llévala a casa.

—Estoy en la puerta del edificio, señor —dijo Jake.

—Bien, Helen bajará ahora mismo. —Olivier colgó y se dirigió a su hermana—. Jake te espera en la puerta.

—Entonces me voy —anunció Helen—. Encantada —le dijo a Noah en tono afable.

—Igualmente —respondió ella con una sonrisa.

—Te veo mañana, Olivier —se despidió de su hermano.

—Hasta mañana —dijo él.

A Noah solo le hizo falta ese encuentro para saber que Helen no se parecía en nada a Olivier. Ella era amable, cordial y natural. Una actitud alejada de la impostura, la arrogancia y la descortesía de su hermano. Aunque su parecido físico era evidente, pese a que ella no lo había visto en un primer momento.

CAPÍTULO 37

Olivier giró el rostro y observó durante unos segundos a Noah, que contemplaba el paisaje urbano a través de la ventanilla del Bentley.

—No es de Nueva York, ¿verdad? —le preguntó de pronto.

Noah giró el rostro hacia Olivier.

—No —negó, enfatizando el movimiento con la cabeza—. ¿Por qué lo ha adivinado? ¿Tanto se me nota que soy de pueblo? —dijo en tono de broma, sonriendo.

La sonrisa de Noah provocó una extraña reacción en Olivier. Soltó una pequeña carcajada.

—Claro que no, lo he dicho por el modo en que contempla la ciudad. Es como si la viera por primera vez —respondió.

—Bueno, casi, casi.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Cuatro meses, pero apenas salgo. Mi vida social no es gran cosa. Me paso el día trabajando en la tienda o haciendo los diseños de ropa que luego voy a confeccionar. Así que se puede decir que sí es la primera vez que veo Nueva York.

—¿Y qué le parece?

—Espectacular. Sobre todo de noche —contestó Noah con un brillo en los ojos—. Nueva York me encanta —añadió con cierto tono de ensoñación.

En ese instante la melodía de *Roar* de Katy Perry empezó a sonar en el móvil de Noah, avisándole de una llamada. Metió la mano en el bolso y buscó el teléfono. Olivier la miró con expresión divertida.

—¿Katy Perry? —le preguntó, con una ceja arqueada.

—Sí, bueno... —murmuró Noah con sonrojo.

Rápidamente descolgó.

—Hola, Todd —lo saludó.

La mandíbula de Olivier se tensó al escuchar el nombre de Todd.

—Hola, guapa —saludó Todd—. Quería pedirte un favor.

—Dime...

—Dentro de dos días es el cumpleaños de mi madre y me gustaría que me acompañaras para elegir un regalo.

—Sí, claro. Me encantará acompañarte —respondió Noah con voz distendida.

—Mañana es mi día libre en la floristería, ¿así que te paso a recoger cuando cierres?

—Perfecto. Te veo mañana, Todd.

—Hasta mañana. Un beso —dijo él.

—Un beso —se despidió Noah.

Colgó y se volvió hacia Olivier, que miraba a la carretera con gesto serio. Sus rasgos se habían endurecido.

—Era mi amigo Todd. Quiere que lo acompañe a comprar un regalo a su madre.

Noah ignoraba por qué le estaba dando explicaciones a Olivier, pero se las estaba dando. Quizá solo fuera para romper el hermético silencio que mantenía.

Olivier no dijo nada, se quedó unos instantes mirando a Noah. Ella, visiblemente nerviosa, metió el móvil en el bolso.

—Voy a poner remedio a su problema —dijo de pronto Olivier.

Noah frunció el ceño.

—¿Qué problema? —preguntó confusa.

—Que, gustándole tanto Nueva York, todavía no lo haya visto —contestó Olivier.

La llamada que había realizado Todd a Noah lo había irritado, pero volvía a tener el control de la situación. Se relajó.

—No entiendo... —dijo Noah.

—Esta noche voy a ser su guía turístico, señorita Winter.

Noah abrió mucho los ojos.

—Señor Brooks, no tiene que molestarse. Tendrá muchas cosas que hacer y... —se adelantó a decir nerviosa.

Olivier volvió el rostro hacia ella y se llevó el dedo índice a los labios.

—Shhh... —siseó autoritario.

Noah tuvo ganas de poner objeciones, pero la expresión de Olivier era decidida y resuelta, así que se limitó a sonreír.

Olivier le devolvió la atención a la carretera. Condujo durante unos metros más hasta desviar el coche hacia la Quinta Avenida.

—Vamos a empezar por Central Park —anunció.

Noah miró hacia su derecha. El parque urbano más famoso del mundo se extendía en forma rectangular a lo largo de centenares de metros como un gigantesco pulmón verde. Tras los muros de árboles podían vislumbrarse los senderos de tierra que serpenteaban por el suelo de césped y el reflejo de los altos edificios en el agua sosegado de los lagos.

—Es inmenso... —susurró Noah sin apenas pestañear.

—Es más grande que dos de las naciones más pequeñas del mundo —apuntó Olivier—; es dos veces más grande que Mónaco y ocho veces más grande que la Ciudad del Vaticano.

—Me encantan ese tipo de datos curiosos.

—¿No le aburren?

—Para nada. —Noah hizo un gesto con la mano—. Soy muy curiosa en ese sentido. Siempre que tengo un poco de tiempo me meto en Internet y me pongo a buscar historias...

—Interesante afición —opinó Olivier—. ¿Ha visto el castillo Belvedere?

—¿El qué está en el centro de Central Park? —dijo Noah.

—Sí.

—Solo en fotos.

—Solucionemos ese problema también —atajó Olivier.

—Señor Brooks...

Noah intentó hablar, pero Olivier se lo impidió.

—¿Siempre es tan quejica? —le preguntó.

Olivier la miró fijamente durante lo que a Noah le pareció una eternidad.

—No —se defendió ella.

—Pues es lo único que hace: quejarse.

—Bueno, es que...

—¿Mi presencia le molesta, señorita Winter? —le preguntó Olivier, directo como una bala.

Noah titubeó unos instantes.

Hubiera contestado que sí. Cada vez que entraba en la tienda se le hacía un nudo en el estómago. Su presencia había llegado a ser en algunas ocasiones insoportable, como un hueso de pollo atascado en la garganta. Pero en esos momentos no era cierto que le molestara. Más bien todo lo contrario... Se sentía extrañamente cómoda con él, aunque aquella sensación intimidante que le generaba no parecía que fuera a remitir nunca.

—No, señor Brooks. No me molesta —respondió al fin.

—Entonces deje de quejarse y disfrute de la ruta turística —bromeó Olivier. Noah lo miró con una sonrisa a medio camino de los labios, y asintió.

CAPÍTULO 38

Olivier estacionó el coche en un hueco libre que había entre dos furgonetas aparcadas en una zona de carga y descarga y se bajó de él. Noah se apeó del vehículo un instante después imitando su acción. Ambos se encontraron en el sendero de tierra que salía a sus pies después de bajar un par de escalones de piedra.

La noche estaba serena. Apenas corría el aire y el calor todavía protagonizaba esas horas.

—¿Así que es una chica de pueblo? —dijo Olivier mientras caminaban por el camino de tierra.

—Sí —afirmó Noah.

—¿De dónde?

—No creo que lo conozca.

—Pruebe.

—De Telluride, en Colorado. Es un pequeño pueblo rodeado de montañas de 2500 habitantes.

—¿Dejó algún novio allí? —quiso saber Olivier.

Noah hizo una mueca con la boca. ¿Por qué narices Olivier Brooks le preguntaba eso? ¿Por qué quería saber un dato como ese?

—¿Por qué quiere saberlo? —le preguntó, mirándolo con expresión astuta.

Olivier introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y siguió andando.

—Solo quiero conocer a mi nueva socia —contestó, poniendo su mejor sonrisa en la cara.

Pero esa no era la verdadera razón. Había algo más...

—No, nada importante —respondió Noah a su pregunta.

—¿Y qué hace una chica de pueblo en Nueva York? ¿A más de 2700 kilómetros de casa? —continuó Olivier con su interrogatorio.

—Cumplir mi sueño. —Noah fue tajante. Siempre lo era con respecto a sus

sueños. Tenía muy claro lo que quería—. Si quiero ser alguien en el mundo de la moda, tenía que venirme a una de sus capitales.

—Buena decisión —apuntó Olivier—. ¿Sus padres estaban de acuerdo?

Noah dejó escapar un suspiro.

—No, ellos querían que estudiara una carrera que me proporcionara un trabajo estable. Ya sabe cómo son los padres...

—Entiendo —dijo Olivier sin más.

—Pero al final terminaron apoyándome. —Noah volvió a tomar la palabra. Hizo una breve pausa—. ¿Y usted? ¿Es de aquí? ¿O también vino a Nueva York para cumplir su sueño?

—Sí, soy de aquí.

—¿Y cómo es la infancia en la Gran Manzana?

De repente la expresión de Olivier se transformó, ensombreciéndose.

—Supongo que como en cualquier otro lugar —respondió serio.

—Bueno, no creo que mi infancia en Telluride haya sido como la suya en Nueva York —comentó Noah, risueña—. Las diferencias son más de ocho millones y medio de habitantes y un millar de rascacielos.

—Eso seguro —dijo Olivier—. No conozco su infancia, pero con toda seguridad no tuvo nada que ver con la mía.

Noah advirtió un matiz extraño en la voz de Olivier. Parecía resentido, molesto, incluso ofendido, pero ¿por qué? La pregunta que le había hecho era de lo más inocente. No había pretendido curiosear sobre su vida. De hecho, no era una persona cotilla. No era ninguna vieja del visillo. Tras darle unas cuantas vueltas en la cabeza, llegó a la conclusión de que lo mejor sería que no le hiciera más preguntas.

—Hemos llegado —dijo Olivier.

Noah levantó la vista y se encontró con un pequeño castillo de aire victoriano ante sus ojos. Siguió el perfil de la construcción con la mirada fascinada, reparando en cada piedra, cada torre y cada esquina. Los haces de luz acaramelada de los focos que lo iluminaban formaban un halo a su alrededor que le otorgaban un aire mágico, recortado contra el cielo negro.

—Qué bonito —afirmó con expresión risueña.

—¿Te gusta?

Noah se balanceó sobre los talones. Tenía los pies clavados frente aquel pequeño castillo encantado.

—Mucho. Es mágico... —dijo.

Olivier contempló la coqueta construcción. Él estaba acostumbrado a ver la fortificación, —un híbrido entre el estilo gótico y el romano, obra de Frederick Law Olmsted y Calvert Vaux—, y no suponía ninguna novedad. Sin embargo, en esos momentos lo veía de otro modo. Como si al hacerlo junto a Noah hubiera cambiado algo, o fuera diferente.

Sacudió la cabeza.

¿Qué diablos le pasaba?, se preguntó.

Un estallido de luces multicolor llenó las retinas de Noah mientras observaba el centro neurálgico de Nueva York, cautivada por las decenas de carteles que atestaban Times Square. Aquello parecía otro mundo: estaba lleno de coches, de taxis y de gente.

—¿Le gustaría ver un diseño suyo en uno de estos carteles luminosos? —preguntó Olivier a Noah.

Noah no pudo evitar fantasear con aquella idea. Su firma de ropa compartiendo espacio con anuncios de musicales, teléfonos móviles, refrescos, películas...

—¿A quién no? —dijo inocente, al tiempo que se le iluminaban los ojos.

Suspiró. Pensar que Olivier Brooks tenía en sus manos aquella posibilidad le provocó un escalofrío. Disimuladamente se acarició los brazos para aliviar la sensación.

Olivier mantuvo silencio y cambió de carril para continuar con el tour por la ciudad.

CAPÍTULO 39

Noah estaba pegada a la ventanilla. Nueva York pasaba por delante de sus ojos y ella la contemplaba en silencio, embelesada, como si fuera una película. Olivier no decía nada, simplemente la dejaba disfrutar de la ciudad.

—Es magnífica... —dijo Noah mientras bordeaban el East River por FDR Drive.

—A veces tienes la impresión de que ya conoces todos los rincones de esta ciudad, pero no es así, Nueva York siempre tiene algo nuevo con lo que sorprenderte —comentó Olivier.

Noah era incapaz de pestañear cuando enfilaron la larga pasarela del puente de Brooklyn con las impresionantes vistas de Manhattan y el *Financial District* como telón de fondo.

—¿No me diga que no es impresionante? —le preguntó a Olivier, con el asombro pintado en el rostro.

Olivier tardó unos segundos en responder mientras estudiaba sus reacciones.

—Sí, realmente lo es —dijo con voz sosegada, transcurridos unos segundos.

Olivier condujo hasta el extremo sur de Brooklyn, donde la gran playa de Coney Island descansa sobre el océano Atlántico.

—¿Quiere dar un paseo por el bulevar Riegelmann? —preguntó Olivier.

Noah vaciló unos instantes. ¿A qué venía tanta amabilidad? ¿Qué pretendía Olivier Brooks con su cortesía?

—¿Si me niego me lo va a ordenar? —dijo a su vez.

—No, señorita Winter, no la voy a ordenar que pasee conmigo —contestó Olivier—. Nunca obligo a las mujeres a hacer nada, ellas hacen todo lo que quiero voluntariamente —añadió con voz sugestiva.

Noah notó que las mejillas se le llenaban de rubor. Tragó saliva. La voz de Olivier había adquirido una entonación aterciopelada que producía escalofríos.

—No sé muy bien por qué está haciendo todo esto... —dijo de repente, sin poder contenerse. —Quizá no debería haber dicho eso, quizá se debería haber callado, pero era lo que pensaba.

Olivier volvió el rostro hacia ella.

—Creo que le está dando importancia a algo que no lo tiene —apuntó, con el rostro desprovisto de cualquier emoción y cierta burla en la voz.

Noah se quedó inmóvil, como si se hubiera petrificado. Sintió el envite de la indignación.

«¿Qué significa eso?», se preguntó en silencio.

De todas las respuestas que Olivier le podía dar, esa es la única que no se hubiera esperado. ¿Que le estaba dando importancia a algo que no lo tenía? ¿Eso es lo que había dicho? ¿Había oído bien?

Y el tono burlón con que lo había pronunciado...

«Ufff...», bufó con rabia para sus adentros.

Olivier estaba dando a entender que era una bobalicona que se ilusionaba con cualquier cosa, que estaba viendo fantasmas donde no los había, o construyendo castillos en el aire. ¿Por qué era tan arrogante? ¿Tan estúpido? ¿Por qué tenía que quedar constantemente por encima? ¿Por qué nunca se relajaba? ¿Por qué parecía que siempre estaba a la defensiva? ¿Como si el mundo estuviera en su contra?

—Es posible —dijo en el tono más aséptico que pudo, tratando de no dejar entrever su malestar. Guardó silencio unos instantes. Por nada del mundo iba a dejar que viera lo desconcertada que estaba por su actitud—. Se está haciendo tarde —agregó monocorde, aunque ni siquiera había mirado la hora.

La magia de Nueva York se había esfumado de pronto.

Olivier observó a Noah insistentemente durante unos segundos. Ella bajó la cabeza para que no viera la expresión de decepción que esbozaba su rostro.

—La llevaré a casa —dijo Olivier, que había captado la indirecta.

El trayecto hasta el apartamento de Noah lo hicieron en completo silencio, cada uno embebido en sus pensamientos. Olivier se había dado cuenta de que no había estado acertado con su comentario, pero no iba a pedirle disculpas a Noah. Era mejor así; no quería que pensara lo que no era.

Noah se pasó todo el camino arrepintiéndose de haber aceptado que Olivier

Brooks la llevara a casa y, sobre todo, de que le enseñara Nueva York. ¡Maldita la hora en que había accedido! ¡No había sido más que un error! ¡Una torpeza!

Olivier y ella jamás se podrían llevar bien.

«Me tenía que haber cogido un taxi y haberme ido directamente a casa», se reprendió para sus adentros mientras mantenía la cabeza vuelta hacia la ventanilla, ignorando a Olivier y al mundo.

Él la oyó suspirar irritada, pero hizo caso omiso.

—¿Vive aquí? —preguntó Olivier, al llegar al edificio que señalaba el GPS del coche.

—Sí —afirmó Noah sin más—. Gracias.

—Señorita Winter... —dijo Olivier, al ver que Noah apoyaba la mano en la manecilla del coche dispuesta a salir.

—Que tenga buena noche, señor Brooks —atajó ella únicamente.

Abrió el coche, se bajó de él y se alejó indiferente, sin preocuparse si Olivier se había marchado calle abajo o estaba esperando a que entrara en el portal.

CAPÍTULO 40

—Eres una estúpida, Noah. Una completa estúpida —se dijo enfadada, nada más de entrar en el piso.

Colgó el bolso en el respaldo de una silla y se dejó caer en el sofá. Estaba al borde del agotamiento.

Resopló con fuerza.

—¿Qué cojones le pasa a ese hombre? ¿De qué va? ¿De qué coño va? —se preguntó, totalmente descolocada.

Echó la cabeza hacia atrás, recostándola en el reposacabezas del sofá, y cerró los ojos. Trabajar con Olivier Brooks iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Era un hombre severo, arrogante, dominante y enigmático. Profundamente enigmático, y sus silencios no hacían más que nutrir el misterio que lo rodeaba. Nunca sabía por dónde iba a salir. No le entendía ni entendía por qué actuaba como actuaba.

—¿Qué voy a hacer? —se dijo.

Durante un segundo pensó que haber aceptado su oferta para que formara parte de su negocio había sido otra metedura de pata. Presentía que Olivier Brooks le iba a traer muchos quebraderos de cabeza. Muchos.

Pero lo peor no era eso, lo peor es que perdía el control de las situaciones cuando estaba con él. Ni siquiera podía controlar las reacciones de su cuerpo. Eso la enfadaba y la asustaba al mismo tiempo. No podía negar que era tremendamente atractivo y cuando la miraba fijamente hacía que se le encogiesen las tripas.

Sintió un enorme peso en el estómago.

Olivier abrió la puerta de su ático y entró en él. Dejó las llaves en el aparador y se dirigió al enorme salón de estilo minimalista. No encendió la luz, guio sus pasos a través de la oscuridad, solo rota por las brechas que

abría el resplandor plateado que manaba de la luna llena que se alzaba en el cielo.

Mientras observaba las espléndidas vistas que le ofrecían los ventanales panorámicos movió el cuello de un lado a otro para desentumecerlo.

Noah se había enfadado por la respuesta que le había dado.

CAPÍTULO 41

—¿Te gusta Olivier Brooks? —le preguntó Todd a Noah sin dar rodeos, cuando le contó que la había llevado a ver Nueva York.

Noah se apartó el pelo de la cara y se lo colocó detrás de las orejas.

—¿Gustarme? Pero ¿qué dices, Todd? —dijo, bajando la mirada mientras caminaban por el centro comercial buscando un regalo para la madre de Todd —. No, de ninguna manera —negó reiteradamente con la cabeza.

—Entonces ¿por qué dejaste que te llevara a casa?

—Me negué, le dije que no hacía falta, que me cogería un taxi, pero insistió. No sabes lo persistente que es.

Noah introdujo la cucharilla de plástico en la tarrina del helado con sabor a coco que tenía en las manos.

—¿Y también insistió para hacer de guía turístico? —siguió curioseando Todd.

—Sí... Pero bueno es normal, tenemos que conocernos. Ahora vamos a trabajar juntos —se justificó Noah poco convencida. Después de una pausa, que aprovechó para meterse la cucharada de helado en la boca, alzó la vista y miró a Todd con los ojos entornados—. ¿Te molesta? —le preguntó.

—No, no me molesta. —Todd carraspeó, nervioso—. Solo que no creo que enamorarte de Olivier Brooks sea una buena idea —respondió.

Noah dejó escapar una leve carcajada, tratando de no escupir el helado de la boca.

—No me voy a enamorar de Olivier Brooks, Todd. ¿Qué estás diciendo? —dijo risueña—. ¿Qué te han puesto en el helado? —bromeó.

Todd la miró a los ojos, tratando de ver lo que había en el fondo de su clarísimo azul. Sabía que pasaba algo con ese hombre. No sabía el qué, pero pasaba algo. A ella con él o a él con ella.

Una punzada de celos le atravesó el cuerpo.

Olivier Brooks era un tiburón de los negocios y probablemente el hombre más intratable del mundo, pero no se podía negar que era muy atractivo y que contaba con los suficientes recursos físicos e intelectuales para llevarse a la cama a la mujer que quisiera, simplemente chasqueando los dedos.

—Noah, soy tu amigo —comenzó en tono suave—. Es verdad que no nos conocemos desde hace mucho...

—Desde hace cuatro meses y medio —le recordó Noah socarronamente.

—Sí, desde hace cuatro meses y medio —repitió Todd—, pero para mí es como si fueras... —se detuvo unos segundos, luchando entre la cabeza y el corazón—... una amiga de toda la vida —dijo finalmente.

—Lo sé, Todd —asintió Noah, después de meterse otra cucharada de su helado en la boca.

—Noah, te quiero mucho —afirmó Todd de pronto.

Todd lo dijo involuntariamente en un tono amoroso, pero Noah no se lo tomó como tal, sino como el afecto que hay entre dos buenos amigos. Sonrió.

—Y yo a ti —dijo.

Todd suspiró con actitud resignada.

—Lo que quiero decir es que ese hombre solo te traería problemas. Te haría daño —apuntó.

—Soy consciente de ello, te lo aseguro. Por eso no tienes que preocuparte. Soy consciente de que Olivier Brooks no es un hombre del que enamorarse —contestó Noah.

Y pese a todo, esas palabras se las decía más a ella misma que a Todd.

—Los hombres como él no aman a las mujeres. Solo las usan para satisfacer sus necesidades y después las tiran. Lo único que les preocupa es su trabajo y a lo único que aman es al dinero. Nueva York está lleno de ellos.

Noah volvió el rostro hacia Todd, pensativa. No podía negar que Todd tenía razón. Olivier Brooks era un hombre peligroso, más incluso de lo que podía imaginar. Además de arrogante y despiadado. Ella lo sabía bien. Era por él y por su falta de misericordia que se había convertido en una especie de empleada suya. Y tampoco ignoraba que los hombres como Olivier Brooks tomaban a quien querían, poseían a su gusto, utilizaban para darse placer y tiraban como un simple pañuelo de papel. De todas formas, no era su tipo y

estaba totalmente fuera de su alcance.

Todd alargó el brazo y lanzó lo que le quedaba de helado en una papelera.

—Está derretido y se ha calentado —dijo.

Noah se sintió incómoda; quería cambiar de conversación.

—¿Sabes que está pensando en poner una valla publicitaria en Times Square? —le contó a Todd.

—¿Olivier Brooks?

—Sí.

—¿Lo dices en serio, Noah? —Todd no daba crédito.

—Parece increíble, ¿verdad? —dijo Noah, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Y tanto. ¿Tú sabes lo que cuesta una valla publicitaria en Times Square?

—No, pero supongo que muchísimo —contestó Noah, con expresión de admiración. Se adelantó unos pasos por delante de Todd y se colocó delante de él—. ¿Te imaginas? ¡Mi firma de ropa en Times Square! ¡Nada más y nada menos que en Times Square! —exclamó ilusionada, abriendo de par en par los brazos.

—Sería increíble, Noah —murmuró Todd en tono neutro.

Él no pudo contagiarse del entusiasmo de Noah, aunque le hubiera gustado, pero nada que viniera de las manos de Olivier Brooks con respecto a ella le hacía gracia. Él era el primero que la había animado a aceptar su oferta, pero por alguna razón que en esos momentos desconocía, o quizá por un sexto sentido, tenía anclado en la cabeza el pensamiento de que había una intención solapada en las buenas acciones relacionadas con Noah. No creía que el señor Brooks estuviera jugando al buen samaritano si no hubiera una razón oculta detrás.

O quizá solo fueran celos...

Ojalá él pudiera poner una valla publicitaria en Times Square con la firma de ropa de Noah, solo por ver la cara de admiración que había mostrado cuando se lo estaba contando.

CAPÍTULO 42

Noah mostró a la señora Quinn, una cliente habitual, el vestido de fiesta de color champán que había sacado del pequeño almacén.

—¿Qué le parece este color? —le preguntó.

—¡Dios mío! ¡Es precioso! ¡Precioso! —exclamó la mujer en tono teatral—. ¡Tienes unas manos prodigiosas, querida! ¡Prodigiosas! Siempre te lo digo —añadió, haciendo aspavientos con las manos—. Vas a llegar muy alto si sigues diseñando modelos así —la halagó—. Me lo puedo probar, ¿verdad?

—Claro —respondió Noah.

La mujer, de unos cincuenta y cinco años, de pelo rubio ceniza y andares aristocráticos, cogió el vestido de las manos de Noah y puso rumbo al probador mientras seguía murmurando elogios hacia la prenda. Noah esbozó una sonrisa al tiempo que la veía desaparecer tras la cortina del probador.

—Haga las maletas.

Noah dio un respingo, sobresaltada. Se aferró al borde del mostrador para no perder el equilibrio.

—¡Joder! —masculló.

El corazón le latía a mil por hora. Enderezándose, se giró.

—Señor Brooks, le encanta entrar sin avisar, ¿verdad? —inquirió a Olivier, que permanecía de pie en mitad de la tienda con las manos metidas en los bolsillos del pantalón—. Un día va a matarme del susto.

—Es una tienda, la gente entra sin avisar. ¿O tiene timbre y no lo he visto? —se burló Olivier.

Noah dejó escapar un débil resoplido lleno de resignación.

«Olivier Brooks y su sarcasmo...», pensó para sí.

—Déjese de bromas, por favor —le pidió.

Los labios de Olivier delinearon una sonrisa irónica.

—¿Todavía está molesta por el comentario del otro día? —le preguntó.

Noah hubiera puesto los ojos en blanco, pero hubiera sido un gesto demasiado revelador.

—No, no estoy molesta —se limitó a decir.

Olivier levantó una ceja.

—¿Segura? —insistió con voz divertida.

Noah suspiró imperceptiblemente.

—¿Por qué tengo que hacer las maletas? —preguntó, con la intención de cambiar de tema, obviando su comentario.

—Porque nos vamos a Malibú —contestó Olivier sin más.

Las cejas de Noah se contrajeron.

—¿A Malibú? ¿Por qué?

—Envié el enlace de su página web a Taylor May para que le echara un vistazo a sus diseños...

—Un momento, un momento, un momento... —lo interrumpió Noah, alzando las palmas de las manos. ¿Había oído bien?—. ¿Ha dicho a Taylor May? ¿La directora de moda de la revista Elle? —preguntó con cautela.

—La misma —confirmó Olivier con voz sosegada—. Ha visto sus diseños y...

—¿Y? —le apremió Noah, que estaba empezando a hacer visible su impaciencia. El pulso le golpeaba con tal fuerza que le retumbaba en los oídos.

—Quiere hacer un reportaje en las páginas interiores de la revista con su firma de ropa y que usted lo supervise —terminó de decir Olivier.

Noah sintió que se le salían los ojos de las órbitas.

—¿Qué?! —chilló.

La clienta que estaba en el probador asomó su cabeza rubia por la cortina.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó al oír su grito—. Me he asustado.

Noah volvió el rostro hacia ella.

A pesar de la interrupción, Olivier mantenía la mirada fija en Noah, como si no pudiera ver ni oír nada más.

—Sí, sí, estoy bien. Siento haberla asustado, señora Quinn —se disculpó Noah.

La señora Quinn se metió de nuevo en el probador, no sin antes reparar en

Olivier Brooks, a quien escrutó concienzudamente con la mirada de arriba abajo con ojos golosos.

—¿Lo está diciendo en serio? ¿No es una broma? Porque si es una broma no tiene ninguna gracia —dijo Noah con incredulidad.

—¿Acaso me estoy riendo? —dijo Olivier—. Nunca bromearía con algo así, señorita Winter. El trabajo y los negocios es algo que me tomo muy en serio —señaló.

Noah se apartó de la cara algunos mechones de pelo que se le habían soltado de la coleta.

—Dios mío... —murmuró—. Es que... Es que no me lo puedo creer. Estamos hablando de Taylor May, la directora de moda de la revista Elle. Creo que estoy a punto de empezar a hiperventilar.

Olivier sacó las manos de los bolsillos y se adelantó un par de pasos. Una expresión arrogante reverberó en su rostro de facciones varoniles.

—Señorita Winter, no se le olvide que soy Olivier Brooks, y que mi apellido abre todas las puertas que se pueda imaginar —afirmó como una sentencia.

—Sí, ya, bueno... —balbuceó Noah, nerviosa por el poder que poseía Olivier.

En ese instante salió la señora Quinn del probador.

—Me lo quedo, querida —afirmó.

Noah miró a Olivier.

—Voy a atenderla —dijo.

Él asintió con cortesía inclinando la cabeza.

—Entonces, ¿le gusta como le queda? —dijo Noah, dirigiéndose a la mujer.

—¿Que si me gusta? Esta joyita tiene que ser mía —atajó ella, entusiasmada—. Por favor, no le vendas a nadie un modelo igual, quiero ser la única que lo luzca —le suplicó.

Noah sonrió ante su petición.

—No lo haré, no se preocupe. Ya sabe que trato de que mis diseños sean exclusivos.

—Eres una bendición de Dios, querida —dijo la mujer.

CAPÍTULO 43

Noah se ruborizó y Olivier no pudo evitar sonreír al ver su reacción ante el halago que le había expresado aquella mujer. Mientras atendía a la clienta, se dedicó a observarla en silencio sin ningún tipo de reparo, sentado en una de las sillas con las piernas cruzadas. Noah era amable, risueña, sincera y extraordinariamente natural. Sabía que su mirada le hacía sentirse incómoda; que le ponía nerviosa, que le imponía, pero él era una de esas personas que se crecía generando ese tipo de emociones en los demás; estaba acostumbrado a nadar en esas aguas. Porque así era como sus adversarios cometían errores. Y esos errores lo ayudaban a ganar y a conseguir sus objetivos.

Noah sentía sus intensos ojos clavados en ella, como si fueran dos ascuas. Involuntariamente, le lanzó una mirada furtiva por encima del hombro de la señora Quinn. Olivier se cruzó de brazos y le sostuvo la mirada.

«Convertiré su nombre en una firma internacional de éxito y prestigio y eso hará que esté en deuda conmigo toda su vida, señorita Winter», pensó Olivier para sus adentros.

Finalmente, Noah bajó los ojos.

—Aquí tiene —le dijo a la señora Quinn, alargando el brazo y ofreciéndole la bolsa donde había metido el vestido.

—Gracias, querida —le agradeció ella, aferrando las asas de tela.

—Hasta la próxima, señora Quinn.

—Adiós, querida.

Cuando la mujer salió, Noah rodeó el mostrador y caminó hasta la mitad de la tienda.

—Aún no me lo puedo creer... —comentó—. Es una oportunidad muy importante. Puedo darme a conocer en todo el país...

Realmente no había nada que Olivier Brooks no pudiera conseguir, pensó.

Olivier se levantó de la silla.

—Tenga todo listo para el viernes, pasaré a recogerla a las dos —le indicó.

—¿El viernes? ¿Tan pronto? Si hoy es miércoles...

—Sí, lo publicarán en el número del mes que viene.

—¡Joder! —se le escapó decir a Noah.

Se pasó la mano por la frente cuando un incipiente vértigo se apoderó de ella. ¿Qué estaba pasando? ¿Era un sueño o su firma de ropa iba a formar parte de las publicaciones del mes de agosto de la revista Elle?

—¿Está bien? —le preguntó Olivier.

Noah reaccionó a su voz.

—Sí, sí, por supuesto que sí —respondió—. No he estado mejor en toda mi vida.

—Alguien de la revista se pondrá en contacto con usted para comunicarle qué diseños quieren que salgan en el reportaje. Si tiene alguno nuevo, muéstreselos. La novedad siempre llama la atención.

—Así lo haré —asintió Noah.

—¿Tiene alguna objeción que poner? —dijo Olivier con ironía.

Noah supo que aquel comentario lo había hecho por las condiciones que ella le había puesto para aceptar su oferta. Sobre todo, por la que decía que ella tendría la última palabra en la toma de decisiones. Pero solo una idiota pondría objeciones.

—No, ninguna —respondió, bajando la mirada al suelo.

—Me alegra saber que no tiene ninguna objeción —apuntó Olivier en el mismo tono irónico que había utilizado anteriormente.

Noah carraspeó.

—¿Y ya ha reservado los billetes de avión? —le preguntó para cambiar de tema.

Olivier sonrió. La ingenuidad de Noah era enternedora.

—Iremos en mi avión privado —respondió.

Noah tragó saliva.

Durante unos segundos se sintió como una tonta. ¿Cómo se le había pasado por la cabeza que Olivier Brooks viajaría a Malibú —o donde fuera—, en un avión comercial como cualquier mortal? ¿Esperando en la cola para pasar por los interminables controles de seguridad y respirando el mismo aire que el

resto de los pasajeros? Era ridículo.

—Está bien —dijo.

Olivier consultó la hora en su reloj de muñeca. Las manecillas pasaban diez minutos de las dos.

—¿La acerco a casa? —se ofreció, al ver que era la hora de cierre.

Noah abrió la boca para responder, pero en esos momentos Todd entró en la tienda.

—¿Te acerco a casa? Hoy he traído el coche —preguntó, sin reparar en que Olivier Brooks estaba allí—. Buenos días —lo saludó después, pero él no le devolvió el saludo.

Noah miró alternativamente a uno y a otro.

Todd y Olivier Brooks.

Olivier Brooks y Todd.

Ambos se habían ofrecido a llevarla a casa.

¿Qué hacía? Durante unos segundos barajó la respuesta en su cabeza. Para ser franca, no quería que Olivier la llevara porque siempre acababa molesta con él. Era un hombre que no tenía medida. La desconcertaba, y esa sensación no le hacía sentir cómoda.

—Sí, Todd, te lo agradezco —contestó finalmente, dirigiendo una mirada a su amigo.

Todd sonrió y el rostro de Olivier se ensombreció de repente, como si un espectro hubiera pasado por delante de él.

CAPÍTULO 44

Olivier se enderezó y se estiró la chaqueta del traje.

—Que tengan un buen día —dijo seco, sin mover un solo músculo de la cara.

Echó a andar y enfiló los pasos hacia la puerta.

—Señor Brooks... —lo llamó Noah. Olivier se giró en el umbral, justo antes de salir—. Gracias —le agradeció.

Olivier no dijo nada, únicamente se volvió y se fue.

—Veo que sigue siendo tan desagradable como siempre —comentó Todd—. ¿Qué puta mosca le ha picado?

Noah se encogió de hombros.

—No lo sé... —respondió—. Pero siempre encuentra formas nuevas de ser insufrible.

Aunque en el fondo sí que lo sabía. No le había gustado nada que se hubiera decantado por Todd para que la llevara a casa. Lo había visto en sus gélidos ojos. Estaba enfadado por su elección. Suspiró. Era increíble. Olivier Brooks era como un niño pequeño. Solo esperaba que aquello no tuviera consecuencias.

—¿Por qué le has dado las gracias? —curioseó Todd.

—El viernes me voy a Malibú —dijo Noah. Todd abrió los ojos—. Le ha enseñado mis diseños a la directora de moda de la revista Elle y le han gustado lo suficiente para querer hacer un reportaje sobre mi firma en las páginas interiores.

—¡Joder, Noah! —exclamó Todd, que se había quedado sin palabras.

—Es alucinante, ¿verdad?

—Desde luego que sí.

Aunque a Todd le pesara, tenía que reconocer lo que era evidente.

—Olivier Brooks tiene todos los defectos del mundo, pero lo que está claro

es que puede conseguir lo que quiera. Tiene más poder que todos los habitantes de Nueva York juntos —dijo Noah, reflexiva—. Yo no hubiera logrado salir en un reportaje de la revista Elle.

—Sí lo hubieras logrado, Noah —intervino Todd, rotundo—. Que no se te olvide que el talento es tuyo.

—Sí, puede que sí, pero no lo hubiera logrado tan pronto —apostilló Noah con sentido común.

—Vale, hasta ahí estamos de acuerdo, pero vuelvo a decir lo mismo: el talento es tuyo. Y solo tuyo. Si a esa directora no le hubieran gustado tus diseños, hubiera dado igual que Olivier Brooks estuviera por medio y lo que hubiera dicho.

—Supongo... —murmuró Noah.

—¿Y va a ir el señor Brooks contigo? —preguntó Todd, con un deje de preocupación en la voz que Noah no llegó a percibir.

—Sí. De hecho, vamos a ir en su avión privado —dijo Noah.

—Vaya... No va a reparar en gastos —ironizó Todd.

—No creo que Olivier Brooks lo haga nunca —puntualizó Noah.

Olivier conducía por las calles de Nueva York aferrado al volante forrado de cuero como si el coche fuera a precipitarse por un abismo de un momento a otro. ¿Por qué ese tal Todd siempre estaba *ahí*, en medio, como una puñetera mosca cojonera? ¿Por qué Noah lo había elegido a él para que la llevara a casa? Tenía las ofertas de ambos, pero había aceptado la de Todd.

Apretó los dedos contra el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—No me cae bien, Todd. Nada bien. Y no me gusta que esté tan cerca de Noah —masculló pausadamente, reflejando una incipiente rabia en sus palabras—. Y es hora de actuar...

Alargó la mano derecha y la dirigió al sofisticado ordenador de a bordo del Bentley. Apretó varios botones táctiles con el dedo índice y se puso en contacto con uno de sus asistentes.

—Dígame, señor Brooks... —respondió de inmediato una voz masculina.

—Averigua quién es el propietario o propietaria de la floristería *Roses & Blooms* y consígueme su número de teléfono —le ordenó Olivier.

—Sí, señor —asintió el hombre al otro lado de la línea.

—Quiero tener la información antes de una hora —dijo Olivier.

—Pero... —El asistente intentó replicar, pero Olivier le cortó la intención de cuajo.

—Una hora —repitió, sin que su tono de voz dejara lugar a réplicas.

—Sí, señor. Lo tendrá en una hora —respondió el asistente.

Olivier dio por terminada la conversación y colgó.

—Lo mejor será quitarle de en medio, Todd —susurró, mirando al frente y hundiendo el pie en el acelerador—. Empieza a resultarme muy molesto.

CAPÍTULO 45

La acción de Olivier no se hizo esperar.

Al día siguiente, a media mañana, Todd entró en la tienda de Noah con semblante apesadumbrado. Ella estaba recostada en el mostrador, eligiendo telas del catálogo de proveedores para los nuevos diseños. Alzó la vista cuando oyó el ruido de la puerta. Fuera, el día estaba caluroso y con un cielo azul y desnudo de nubes.

—Todd, ¿qué te ocurre? —le preguntó, al ver la extraña expresión que había dibujada en su rostro.

—Ha venido mi jefa a la floristería... —comenzó a decir él en tono abatido —... Me ha despedido —soltó.

Noah se enderezó y salió de detrás del mostrador, preocupada.

—¿Despedido? ¿Por qué, si estabas contratado indefinidamente?

Todd alzó los hombros, aún estaba desconcertado por la noticia.

—No lo sé —respondió sinceramente, mesándose el pelo con las manos. Su cara estaba llena de confusión—. Te juro que no lo sé.

—Pero ¿qué te ha dicho? ¿Qué motivo te ha dado?

—Ninguno.

—¿Cómo que ninguno? ¿Alguna explicación tendrá tu despido?

—La habrá, pero ella no me la ha dado. Simplemente se ha limitado a decirme que estoy despedido y que en los próximos días tengo que firmar el finiquito.

—¡Menuda impresentable hija de puta! —exclamó Noah en un impulso.

—¿De qué coño va la gente? —lanzó al aire Todd. Su voz sonaba impotente.

—Joder, Todd, no tengo ni idea de qué decirte. —Noah estaba tan desconcertada como el propio Todd—. No lo des muchas vueltas. Aunque parezca mentira, hay gente que es así: sin valores, sin integridad, sin una pizca de empatía.

—Eso parece...

Noah puso las manos sobre los hombros de Todd en actitud fraternal.

—No te preocupes. No tengo ninguna duda de que pronto encontrarás otro curro. Eres un buen trabajador y un tío guay —dijo.

Todd resopló.

—Me va a dar mucha pena no verte cada mañana —afirmó.

Noah le tomó las manos con cariño.

—Y a mí. Tú has sido mi ángel de la guarda estos meses que llevo en Nueva York. No sé qué hubiera hecho sin ti.

Todd esbozó una débil sonrisa. Noah apretó con más fuerza sus manos.

—Te voy a echar de menos, Noah.

—Y yo a ti, Todd. —Noah lo abrazó afectuosamente—. Pero no pienses que te vas a deshacer de mí tan fácilmente. Iré a verte a tu nuevo trabajo, así esté en la otra punta de la ciudad —añadió en broma, separándose de él.

—Eso espero. Te daré un tirón de orejas si no lo haces —dijo Todd, agitando el índice delante de su cara como si la estuviera amenazando.

Olivier miraba con denostada indiferencia la pantalla de su ordenador. Podía afirmar que, por primera vez en su vida, las cifras que reflejaban los informes de las últimas licitaciones que le acababa de enviar su hermana por email le daban lo mismo.

Se levantó del sillón de cuero y empezó a dar vueltas por el despacho. Intentaba aclarar sus ideas. Se sentía confuso y desconcertado.

¿Qué cojones le pasaba con Noah Winter? ¿Qué?

No era la primera vez que se hacía esa pregunta, pero la respuesta no terminaba nunca de llegar a su mente. Solo sabía que esa chica hacía que perdiera ligeramente el control; la férrea disciplina que regía sus actos, y que eso no le gustaba. No le gustaba en absoluto.

Y detestaba no poder dar una explicación.

—No puedo permitir que tenga el más mínimo control sobre mí, señorita Winter —masculló para sí mientras miraba a través de los ventanales.

El control constituía el eje principal de su vida, la piedra angular que le permitía mantener intacto el equilibrio interno. Pero no solo le gustaba el control, sino que lo necesitaba. Tanto como respirar.

También tenía claro que deseaba a Noah. En su mente ya la había atado al forjado de su cama, le había arrancado la ropa y la había follado hasta que le había suplicado que parara porque no podía más.

—Pero ese detalle voy a tratar de solucionarlo en nuestro viaje a Malibú —susurró ladino—. Ya se me ocurrirá la forma de meterla en mi cama.

Había utilizado todo su poder y todas sus artimañas para llevarla justo donde quería tenerla, y en ese punto no podía quejarse de que no hubiese funcionado. Había sido listo, porque le había ofrecido en bandeja de plata el principio de su sueño.

El cristal le devolvió el reflejo de su rostro con el esbozo en los labios de una sonrisa maliciosa.

Unos nudillos golpearon un par de veces la puerta. Por el modo de llamar, Olivier no dudó de que era su hermana.

—Adelante —dijo al tiempo que tomaba asiento en el sillón de cuero.

Tal y como pensaba, era Helen, que segundos después abrió la puerta y entró.

—Hola, Olivier —lo saludó con su habitual buen humor.

—Hola, Helen —respondió él.

—¿Para qué me has llamado? ¿Pasa algo?

—Quiero que vayas por mí a la reunión del comité que va a tener lugar el sábado —comenzó Olivier.

—Sí, claro —dijo Helen.

—Voy a estar fuera todo el fin de semana y yo no podré asistir —le explicó Olivier.

—No sabía que tenías que viajar. No está en tu agenda —apuntó Helen.

—Ha sido algo de última hora —respondió Olivier, colocando la pila de documentos que había sobre la mesa.

—¿Hay algún problema con la empresa? —curioseó Helen con insistencia.

Olivier dejó los papeles a un lado y alzó la vista hacia ella. Sabía que su hermana no se daría por vencida tan fácilmente.

—No tiene nada que ver con la empresa, sino con uno de los negocios que adquiriré con la OPA de ABank.

—Pensé que no tenías interés en ninguno de los negocios que había en la

cartera de créditos.

—Y era así, pero finalmente decidí quedarme con una tienda de ropa.

Helen frunció el ceño. ¿Desde cuándo le interesaba a Olivier invertir en moda?

—¿Una tienda de ropa?

—Sí, la firma de una diseñadora nueva.

A Helen se le iluminó una bombillita en el cerebro.

—¿Es la misma diseñadora de la que me pediste opinión sobre sus diseños?
—preguntó.

—Sí. Hablé con Taylor May, la directora de la revista Elle, y va a hacerle un reportaje.

—¿Dónde?

—¿En Malibú?

—¿Y tú vas a acompañarla?

—Sí.

Helen estudió el rostro de Olivier durante unos segundos.

—Porque una de tus inquebrantables reglas es no mezclar jamás negocios con placer, sino diría que hay un interés sexual entremedias —comentó.

Olivier sonrió de medio lado. Helen no tenía remedio.

—¿Nunca has oído eso de que la curiosidad mató al gato? —dijo.

Helen suspiró, resignada.

—Está bien, ya no cotilleo más —dijo en tono distendido—. Pero que conste que sé que hay algo raro en todo esto —añadió, mientras se levantaba del asiento—. No es normal que hagas lo que estás haciendo.

—No estoy haciendo nada. Solo voy a supervisar un buen negocio.

Helen frunció los labios.

—Que no se te olvide lo que te digo siempre, Olivier...

—¿Qué?

—Que alguien aparecerá un día y te hará perder el control —dijo—. Ese al que tan férreamente te agarras.

Helen echó a andar sin esperar la réplica que seguro le iba a dar Olivier y se marchó.

—Jamás —aseveró Olivier con voz extremadamente seria cuando se quedó

a solas en el despacho.

Nadie era capaz de entrar en su cabeza ni en su corazón. Nadie podía ir más allá de sus trajes caros y su actitud distante. Y así seguiría siendo.

CAPÍTULO 46

El viernes, Olivier se presentó en la tienda con una puntualidad británica.

—Señorita Winter, ¿está lista? —le preguntó a Noah al entrar.

—Sí, lo estoy —respondió ella, con la emoción a flor de piel.

Olivier dirigió una mirada a su chófer.

—Jake, mete la maleta de la señorita en el coche —le ordenó resuelto.

—Sí, señor —dijo el hombre, adelantándose unos pasos.

Saludó a Noah con un asentimiento de la cabeza y cogió su maleta, colocada al lado de la puerta.

—Gracias —dijo ella con una sonrisa.

—Un placer, señorita —contestó el chófer antes de coger su equipaje y meterlo en el maletero.

—Antes de irnos, voy a despedirme de Todd —dijo Noah, risueña, dirigiéndose a Olivier—. Solo serán un par de minutos.

Olivier mantuvo silencio unos segundos. Le molestaban las atenciones que Noah le dispensaba a ese chico. Le molestaban profundamente.

—Que solo sean dos minutos —señaló con mal humor—. La espero en el coche.

—Vale —asintió ella.

Olivier se giró y salió de la tienda con cara de pocos amigos. Noah se dio cuenta de que Todd no le caía muy bien, aunque no sabía el motivo. De todas formas, ¿había alguien que le cayera bien a Olivier Brooks?

Echó aquellos pensamientos al fondo de su mente, cerró la puerta de la tienda y enfiló los pasos hacia la floristería.

—Me voy, Todd —se anunció.

Todd dejó de cortar los tallos de un ramo de rosas y miró a Noah.

—¿El señor Brooks ha venido ya a recogerte? —le preguntó.

—Sí —asintió Noah.

Todd miró a través de la cristalera del escaparate. El pesado Bradley negro de Olivier Brooks estaba aparcado al otro lado de la acera.

—Pásatelo muy bien —le dijo a Noah.

—El lunes quedamos para tomar un café y te cuento, ¿vale?

—Vale.

Noah se abalanzó sobre Todd y le abrazó por el cuello.

—No te preocupes por lo de tu despido, antes de que te des cuenta estarás trabajando otra vez —lo animó.

—Gracias —le agradeció Todd, deshaciendo el abrazo—. No hagas esperar al señor Brooks —añadió.

—Sí, será lo mejor, sino me echará una bronca —bromeó Noah—. Hasta el lunes —se despidió, regalándole una sonrisa a Todd.

—Hasta el lunes —dijo él con voz apagada. Por alguna extraña razón que no lograba comprender, tuvo la sensación de que aquella despedida era, de algún modo, definitiva, y no solo porque no fuera a verla cada mañana como llevaba haciendo los últimos cinco meses.

Noah agitó la mano en el umbral y finalmente se marchó.

—Adiós, Noah —susurró Todd, cuando la vio subir al lujoso coche de Olivier Brooks.

Noah se pasó el trayecto hasta el aeropuerto mirando por los cristales tintados del lujoso Bentley de Olivier. Las formas rectangulares de los vertiginosos edificios se sucedían una tras otra por la ventanilla, recortadas contra el cielo azul como los fotogramas de una película.

Mientras Nueva York desfilaba por sus ojos azules, trataba de contener los nervios, aunque le resultaba imposible. Apenas había dormido algo desde que Olivier Brooks le había dado la noticia de que haría un reportaje con su firma de ropa para la revista Elle. Era muy consciente de que era una oportunidad de oro para empezar a darse a conocer. Pero no solo eso le tenía los nervios de punta, que el viaje fuera junto a Olivier no ayudaba mucho a tranquilizarse. Iba a costarle horrores mantener la compostura. Imaginárselo a su lado mientras ella revisaba la sesión fotográfica le formaba un nudo en el estómago... Le iba a destrozar los nervios. Iba a ser estresante... y agotador.

Olivier observaba en completo silencio como se retorció los dedos de las

manos con visible nerviosismo. Se preguntó si él tendría algo que ver en ese estado.

Noah se sintió ciertamente cohibida cuando subió al avión privado de Olivier. Era un aparato opulento, moderno e intimidante; con asientos reclinables de suave cuero de color beige y acabados de lujo.

—Póngase el cinturón —le ordenó Olivier cuando se sentó frente a él.

—Sí, claro —dijo ella, asintiendo con torpeza.

—Me gusta que me obedezca —comentó Olivier de pronto, mirándola fijamente.

—Me lo hubiera puesto de todas formas, aunque no me lo hubiera ordenado —se defendió Noah, que no estaba dispuesta a ofrecerle sumisión.

Olivier sonrió para sí con malicia. No podía negar que era obstinada. Muy obstinada. Si supiera cómo le excitaba su obstinación, cómo se le endurecía la polla, y las cosas escandalosas que se le pasaban por la cabeza que le haría, quizá se mostraría más dócil. Pero todavía no había existido persona sobre la faz de la Tierra a la que él no pudiera doblegar.

Y la señorita Winter no iba a ser una excepción.

Solo era cuestión de tiempo...

Noah se acomodó en el comfortable asiento y se abrochó el cinturón de seguridad sin mirar a Olivier. ¿Por qué le gustaba tanto mandar? ¿Por qué no se podía quedar callado? ¿Por qué tanto control?

Estar a solas con él, tan cerca, no era fácil. Le costaba mantener la compostura. Su masculinidad, su porte serio y su característico olor a sándalo la turbaban. Ningún hombre la había afectado así antes, pero tenía que demostrar que era capaz de guardar las distancias con él.

Respiró hondo y trató de tranquilizarse.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Olivier.

Noah levantó los ojos hacia él.

—Sí —respondió.

—La noto inquieta.

Noah dejó escapar un suspiro.

—No le voy a negar que estoy nerviosa —dijo en un arranque de sinceridad. De pronto necesitaba soltar lo que tenía dentro, a ver si de ese modo

conseguía calmarse—. Apenas he sido capaz de pegar ojo estos días... Esta oportunidad es muy importante para mí y no quiero fastidiarla —señaló con aprensión.

—No va a fastidiar nada, no se preocupe —repuso Olivier en tono comprensivo, intentando tranquilizarla. Verla en aquel estado de vulnerabilidad le pareció adorable—. Tiene mucho talento, y eso es algo que sabe Taylor May.

—Eso espero —dijo Noah con un viso de anhelo en la voz.

Hizo una pequeña pausa antes de volver a tomar la palabra.

—Señor Brooks, no sé cómo agradeceréelo, no sé cómo expresar cuánto significa esto para mí.

Olivier ladeó ligeramente la cabeza.

—Se cómo se siente —repuso. Noah no esperaba un comentario de ese tipo. Más bien esperaba algo arrogante, en su línea—. Todo el mundo tiene sueños, metas... —continuó Olivier—. Y todo el mundo desea tener oportunidades para alcanzarlos.

—Así es. Pero las oportunidades son caprichosas. No siempre llegan, aunque te esfuerces para ello —apuntó Noah—. El talento no siempre va de la mano del trabajo duro. Pasa lo mismo con la suerte.

—Señorita Winter, la suerte hay que buscarla. Si esperas que ella te encuentre, probablemente no lo haga nunca —objetó Olivier—. Posee un sentido de la orientación algo defectuoso —bromeó.

Noah sonrió. Sus dientes perfectamente alienados aparecieron tras los labios rosados.

—Aunque salgas a buscarla, no siempre se deja encontrar —repuso.

Olivier echó el torso ligeramente hacia adelante.

—Si la suerte se resiste, entonces hay que actuar. El éxito es para quienes hacen que las cosas ocurran.

—Supongo que eso es muy fácil de decir cuando tienes todo el dinero del mundo.

En cuanto esas palabras salieron de la boca de Noah, deseó haberla mantenido cerrada.

—Lo siento —se apresuró a disculparse, azorada—. Mi comentario no ha

sido acertado.

—Estoy acostumbrado a lidiar con los prejuicios que hay contra los ricos. No es ninguna novedad para mí —anotó Olivier con voz sosegada—. Lo que ignora la gente en muchos casos es por qué somos ricos... y lo que hay detrás de nuestra historia.

—¿Usted por qué es rico, señor Brooks? —se atrevió a preguntarle Noah.

Los ojos oscuros y profundos de Olivier se clavaron en los suyos.

—Por una promesa —respondió.

Noah frunció el ceño.

—¿Una promesa? —repitió con extrañeza.

—Sí, una promesa que me hice a mí mismo.

CAPÍTULO 47

Mientras Olivier trabajaba con su portátil, Noah sacó un libro de su bolso y aprovechó para leer.

Olivier le lanzaba miradas furtivas de vez en cuando por encima de la pantalla del ordenador, hasta que Noah se dejó vencer por el sueño acumulado en las noches anteriores y se quedó dormida con el libro encima.

Olivier contemplaba como respiraba acompasadamente, como el libro subía y bajaba ligeramente en su pecho, y la calma que irradiaba su rostro. Dejó que sus ojos repasaran sus rasgos faciales. Las cejas rubias, las frondosas pestañas, la suave forma de la nariz, los pómulos altos, el relieve rosado de los labios, la barbilla...

Dejó el portátil a un lado, se incorporó y se quitó la chaqueta del traje. Después se inclinó sobre Noah, le retiró el libro de encima y con cuidado para que no se despertara, la arrojó con ella. Noah se movió un poco, acurrucándose en el asiento de cuero, cuando sintió el tacto de la tela en la piel.

Olivier se descubrió con ganas de tocarla, de acariciarle la mejilla... Y de algo más.

Rápidamente se sentó de nuevo en su asiento al tiempo que apretaba las mandíbulas. Sacudió la cabeza e intentó ignorar la pulsión que golpeaba debajo de la tela de su pantalón. No podía permitirse el lujo de ceder a aquel deseo que le hacía perder el control.

—Contrólate, Olivier. Joder, contrólate —se dijo en tono amargo, llevando la mirada a la ventanilla—. Solo es deseo. Un fuerte deseo, nada más. Un instinto básico que satisfarás pronto.

Sí, lo satisfaría ese mismo fin de semana.

Había obligado a Taylor May a que le hiciera un reportaje en la revista Elle a la firma de ropa de Noah, solo para pasar con ella un fin de semana. La quería lejos de Nueva York, de la tienda, de Sandro Santoro y de Todd. Taylor

May le había planteado estudiar su propuesta; le gustaban los diseños de Noah, pero era una desconocida, y eso no siempre convencía a los lectores. Pero Olivier no se lo había permitido. Había sido tajante al respecto. No tenía tiempo ni ganas de esperar más, necesitaba que fuera ya.

Desde entonces se había pasado las horas enteras imaginando como se la follaba, con sus ojos azules brillando de deseo por él. Solo podía pensar en Noah atada, desnuda, debajo de él, poseyéndola una y otra vez sin descanso mientras ella le suplicaba que por favor la acariciase, que la hiciera suya salvajemente.

Eso había provocado que se despertara en más de una ocasión con la polla dura como una piedra y el cuerpo dolorido, frustrado por no tenerla y porque todo fuera fruto de su puta imaginación, que lo torturaba incansablemente.

Noah Winter se estaba convirtiendo en una obsesión, pese a que se había jurado mil veces que jamás dejaría que nadie traspasara determinadas líneas autoimpuestas, porque le haría perder el control y hacerle consciente de que, en el fondo, era débil, como cualquier mortal.

Volvió a mirar a Noah. El deseo que sentía por ella era tan fuerte que le resultaba molesto.

Tenía que mantener el control, se volvió a decir a sí mismo. Conocía las consecuencias si no lo hacía.

—Tengo que ser capaz de manejar los tiempos a mi antojo, de manejar las situaciones...

—Señor Brooks, ¿desea tomar algo? —le preguntó un azafato de los que formaban parte de la tripulación del avión.

Al oír la voz, Noah abrió los ojos. El chico, de pelo rubio ceniza, ojos grises, espaldas anchas y estatura media, dirigió una mirada de disculpa hacia ella.

—Siento haberla despertado —dijo.

Noah enderezó la espalda en el asiento, algo desorientada, y se colocó el pelo detrás de las orejas.

—No importa —susurró, pestañeando un par de veces para desperezarse.

—¿Desea tomar algo? —aprovechó el azafato para preguntarle—. ¿Vino? ¿Café? ¿Zumo? ¿Algún refresco? —enumeró.

—Un zumo estará bien —respondió Noah.

—¿Y algo para comer?

—No, gracias.

El azafato miró después a Olivier.

—Yo quiero una copa de vino —dijo él.

—¿Quiere algo para comer, señor Brooks?

—Nada.

El azafato asintió.

—Enseguida les traigo las bebidas —repuso solícito.

Cuando el chico desapareció tras la puerta que había al final del pasillo, Noah reparó en que estaba arropada con la chaqueta de Olivier. El tejido desprendía un sutil aroma a sándalo.

«¿Me ha arropado él? —se preguntó en silencio—. ¿Se ha quitado la chaqueta para taparme a mí?».

Abrió los ojos con asombro, aunque trató de que la expresión del rostro no la delatara.

—Creo que esto es suyo —dijo con un atisbo de vergüenza en la voz, alargando la mano y devolviéndole la chaqueta a Olivier—. Gracias.

—No hay de qué —dijo él.

Cogió la prenda y la apoyó en el respaldo del asiento.

Noah consultó el reloj.

—No sé cuánto he dormido...

—Apenas una hora —respondió Olivier.

—¿Falta mucho para llegar?

—Un par de horas más o menos.

En esos momentos llegó el azafato con las bebidas que le habían pedido.

CAPÍTULO 48

Malibú era la conjunción perfecta e increíble de playa y montaña que formaba esos paisajes espectaculares que tanto atraían a la gente. Aunque si por algo era conocida esta ciudad del oeste del condado de California era por las mansiones de las estrellas que vivían en ella, como Lady Gaga, Robert Downey Junior o Sean Penn.

—¿Ha estado alguna vez en Malibú? —preguntó Olivier a Noah de camino al hotel.

A la bajada del avión les esperaba puntualmente en el aeropuerto un largo y pesado coche negro con chófer incluido.

Ella movió la cabeza en respuesta a la pregunta de Olivier.

—No, nunca —negó.

—Aquí va a deleitarse con algunas de las vistas más majestuosas del mundo —comentó Olivier.

—Estoy deseando verlas —dijo una emocionada Noah, que no se acababa de creer que estuviera en Malibú para hacer un reportaje para la revista Elle.

«Pero no va a ser lo único que va a ver...», se dijo para sí Olivier, mirándola fijamente a los ojos.

El hotel era una preciosa y lujosa construcción moderna de color blanco y varios niveles que se alzaban en primera línea de playa. A solo unos pocos metros uno podía mojarse los pies con las olas que arrastraba el mar.

La habitación de Noah, situada en la sexta planta, justo al lado de la de Olivier, era una estancia enorme, espléndida, con muebles de diseño y paredes acristaladas que permitían la entrada de luz a raudales y ver el océano Pacífico en toda su magnificencia.

A esas horas, el sol se ponía sobre la línea azul del horizonte en uno de los ocasos más bellos que sin duda Noah había visto en su vida. En ese momento del final del día el mar era una suave balsa anaranjada, cuyo reflejo teñía a su vez las nubes de una tonalidad ámbar, haciendo que el cielo pareciera un

caramelo gigante.

—¿Le gusta la habitación que he elegido para usted? —Noah se giró al oír la voz profunda de Olivier a su espalda, que había entrado porque la puerta estaba abierta de par en par.

—Sí, es preciosa.

—¿Y las vistas?

Noah se volvió de nuevo hacia los ventanales y, acariciándose los brazos, suspiró.

—Maravillosas —respondió con sinceridad.

Y eran maravillosas.

Olivier avanzó con pasos pausados hasta llegar a su lado. Miró por las cristaleras. En ese instante estaba viendo Malibú a través de la mirada de Noah. Una mirada que se encontraba fascinada, y que no le importaba en absoluto que se le notase que estaba encantada. Sin disimulos, sin engaños, sin tretas.

—Me alegro —dijo Olivier, satisfecho por la elección de la habitación—. Hemos venido por trabajo, pero voy a tratar de que este fin de semana sea inolvidable para usted, señorita Winter —añadió de pronto muy cerca de su oído.

Aquel cambio de conversación pilló desprevenida a Noah. La voz de Olivier había adquirido una entonación que no supo descifrar pero que le sonó sensual. ¿Se estaba volviendo loca o qué? ¿Por qué su cabeza se empeñaba en llevarlo todo por el mismo camino?

«Pero ¿qué diablos me pasa? —se preguntó—. Voy a tener que hacérmelo mirar, porque esto no es normal».

Sacudió la cabeza, mirándolo con desconfianza.

—Voy a darme una ducha. Estoy cansada del viaje —dijo, con la esperanza de que aquello le ayudase a cortar la conversación. Era peligroso continuar con ella.

Olivier cogió la indirecta al vuelo. Miró a Noah a los ojos, divertido. Su cercanía la ponía nerviosa, no podía evitarlo, aunque lo intentaba, y ese era su mayor triunfo. Hacerle perder el control a la señorita Winter era su mayor triunfo.

—Descanse, mañana va a ser un día muy largo —dijo a modo de despedida.

—Igualmente, señor Brooks, que descanse —dijo Noah de la forma más templada que pudo.

Olivier asintió levemente con la cabeza, se dio media vuelta y con el sonido cadencioso que hacían sus caros zapatos contra el suelo enfiló los pasos hacia la puerta. En cuanto salió de la habitación, Noah abrió la boca y soltó el aire que había estado reteniendo en los pulmones.

Algo le decía que iba a ser un fin de semana muy largo... e inolvidable.

CAPÍTULO 49

La jornada de trabajo el día siguiente arrancó con el amanecer. El equipo encargado de hacer el reportaje, con el fotógrafo Leonard Lamar a la cabeza, uno de los mejores y más célebres del mundo, quería aprovechar las distintas luces naturales del día que regalaba Malibú para sacar las secuencias de fotos.

Bajo la atenta mirada de Noah, que lo observaba todo como una niña que ve el mundo por primera vez, las modelos posaban individualmente con varios vestidos de fiesta. El contraste de la playa y otros escenarios formados por rocas, con la elegancia, el brillo y el glamur de los vestidos, era fascinante. Noah no dudó en ningún momento de que su colección estaba en las mejores manos.

La gente iba de un lado para otro con pasos resueltos para que todo saliera como tenía que salir.

—Noah, ¿te gusta este diseño de lentejuelas en esta modelo? —pidió su opinión Berta, la directora creativa encargada de que el reportaje saliera redondo.

—Sí, claro que sí, es muy guapa.

—¿Y el escenario?

Noah miró el paisaje que le mostraba Berta en el iPad.

—Es perfecto. El contraste de las rocas oscuras con el color rosa del vestido es un deleite para los ojos —respondió—. Va a quedar genial.

—Bien, entonces vamos adelante con ello —afirmó Berta.

Hizo una señal con la mano al resto del equipo y al fotógrafo para continuar con la sesión.

Noah se sentía como si caminara por nubes de algodón. Tuvo que pellizcarse el brazo para ver que todo aquello no se trataba de un sueño. Gracias a Olivier Brooks la realidad había superado con creces lo que su imaginación había estado tejiendo durante años.

Al final de la tarde todos sudaban por culpa del calor y de las intensas horas

de trabajo que llevaban a las espaldas. Todos, menos Olivier, que se mantenía imperturbable controlándolo todo desde una distancia prudente.

Al llegar a la zona donde estaba teniendo lugar aquella sesión, se había encontrado a Noah de espaldas, pendiente de cada uno de los disparos que salían de la cámara de Leonard Lamar. Su imagen desde atrás era tan sexy como de frente. El vestidito corto de color rosa palo, salpicado de flores de diferentes tonalidades y superpuesto a una capa transparente que cubría las mangas, se le ceñía a la cintura de un modo tentador y dejaba ver sus esbeltas piernas.

—¿Qué le parece el trabajo que estamos haciendo, señor Brooks? —le preguntó Berta, que había ido hasta él.

De mala gana, Olivier apartó los ojos de Noah para fijarse en Berta.

—¿La señorita Winter está satisfecha? —preguntó a su vez.

—Sí, la verdad es que está como una niña con zapatos nuevos. No he visto a nadie tan ilusionado por un reportaje como a ella.

—Si a la señorita Winter le parece bien, a mí también —apuntó Olivier.

—Me alegro —dijo Berta, que también era la encargada de que Olivier Brooks estuviera conforme con el trabajo—. Voy a volver a la tarea —añadió. Olivier asintió.

Cuando Berta se alejó de allí, Olivier se acercó a Noah, se inclinó y le dijo al oído:

—¿Todo se está haciendo a su gusto?

—Señor Brooks... Hola —contestó Noah, volviendo el rostro hacia él—. Sí, todo está siendo perfecto. Además, en todo momento están teniendo en cuenta mi opinión.

—Si no es así, hágamelo saber —comentó Olivier en tono de advertencia.

—No, no, todo está bien —se adelantó a decir Noah—. El equipo es fantásti...

Noah no pudo terminar de decir la frase, dejándola suspendida en el aire. De repente, sintió que se mareaba y que las piernas le flojeaban como si fueran de gelatina. La vista se le nubló y perdió ligeramente el equilibrio. Tuvo que sujetarse a la pared de rocas para no caerse.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó Olivier, alarmado—. Está pálida.

—Estoy bien —respondió Noah, enderezando el cuerpo como pudo—. Me he mareado un poco, pero es por el calor...

—Por el calor, por el intenso trabajo y porque no ha ingerido nada desde que ha desayunado, y de eso hace más de doce horas —intervino Berta, informando a Olivier.

Había escuchado a Noah porque en ese instante se acercaba a ella para preguntarle sobre el efecto de la luz en las fotografías que acababan de hacer, pero dado su estado, decidió dejarlo para más tarde.

Olivier bajó la vista hacia Noah y la miró con ojos inquisitivos.

—¿Eso es cierto? —le preguntó muy serio.

—¿Qué?

—¿Que lleva más de doce horas sin comer?

Noah se pasó la mano por la nuca, nerviosa.

—No lo sé... —titubeó con voz débil—. Hay mucho trabajo que hacer y las horas se me han pasado volando...

Sin dejar que terminara de hablar, Olivier le cogió la mano en un impulso y tiró de ella.

—Vamos —dijo autoritario.

Noah se quedó sin respiración.

—¿Adónde? —balbuceó, asombrada por el contacto que había provocado Olivier.

—A comer —respondió él—. ¿Cómo se le ocurre estar tantas horas sin llevarse un alimento a la boca? —la regañó.

—Pero todavía hay trabajo que revisar... —se opuso Noah, tratando de frenarlo.

—Me da igual —atajó Olivier, arrastrándola con determinación con él.

—Por favor, señor Brooks, no puedo dejar la sesión ahora...

Olivier se detuvo en seco y se giró hacia ella con brusquedad. Sus ojos se clavaron fulminantes en el rostro de Noah.

—¿Me está llevando la contraria, señorita Winter? —le preguntó—. ¿Me está llevando la contraria a mí?

Noah tragó saliva con dificultad al ver la expresión grave que mostraba su cara.

—No —negó.

—Entonces, deje de protestar y obedézcame —dijo Olivier, tirando de nuevo de ella.

CAPÍTULO 50

Noah sentía un hormigueo en la piel al contacto con la mano de Olivier. Una oleada de calor empezó a recorrerle el cuerpo como si fuera una hiedra trepadora. Estaba tan cerca de él que podía oler su aroma a sándalo y palpar esa masculinidad que casi le arrebatava el juicio.

Olivier la llevó de la mano hasta la terraza de un restaurante vanguardista que había al lado de la playa, a solo unos metros del lugar donde se estaba haciendo la sesión de fotos.

—Siéntese aquí —le ordenó, soltándole la mano y retirando una silla de mimbre de color negro.

—Gracias —dijo Noah, al tiempo que tomaba asiento.

Olivier rodeó la mesa y se sentó frente a ella. Durante un rato la escrutó con la mirada.

—Es usted muy irresponsable, señorita Winter —le dijo.

Noah alzó la cabeza hacia él. Los colores iridiscentes del atardecer se reflejaban en sus profundos ojos oscuros.

—¿Va a seguir regañándome? —le preguntó.

—Sí —afirmó tranquilamente Olivier—. Está bajo mi protección. Durante este fin de semana tengo que cuidarla. Quiero que vuelva a Nueva York entera.

Noah se puso tensa.

—No necesito que me cuide, señor Brooks, ya soy mayorcita —repuso en tono defensivo.

—Supongo que con eso quiere decirme que es capaz de cuidar de sí misma, pero no lo parece, la verdad —se mofó Olivier.

Un camarero vestido con un elegante uniforme negro se acercó en ese momento hasta ellos.

—Bienvenidos —los saludó con amabilidad—. Aquí tienen la carta. — Tanto Noah como Olivier alargaron la mano para coger las respectivas carpetas que les ofrecía el hombre—. Les dejo unos minutos para que elijan.

Olivier bajó la mirada hasta la carta e intentó concentrarse en otra cosa que no fuese la forma en que el sol del atardecer iluminaba a Noah, haciéndola parecer un ángel.

«Me tomaré una ensalada y volveré a la sesión de fotos de inmediato. Así no tendré que pasar mucho tiempo con él», pensó Noah para sus adentros mientras repasaba la carta rápidamente.

—Y no piense que va a comer una simple ensaladita y va a volver a la sesión de fotos —dijo de pronto Olivier.

Noah se quedó pasmada.

«Pero ¿qué cojones...? ¿Cómo...? ¿Este hombre tiene capacidad para leer el pensamiento, es adivino o qué?», se preguntó en silencio.

Olivier enarcó una de sus cejas negras.

—Es lo que estaba pensando hacer, ¿verdad? —inquirió.

Noah no le iba a dar el gusto de concederle la razón. De ninguna forma.

—No —mintió con algo de altanería en la voz, tratando de sonar convincente.

Olivier le lanzó una última mirada y sonrió para sí al darse cuenta de que estaba en lo cierto. Después le devolvió la atención a la carta.

El camarero se acercó con una libreta y un bolígrafo en la mano.

—¿Han decidido qué van a pedir? —les preguntó.

—Señorita Winter... —le dio la palabra Olivier.

—Yo tomaré una sopa de cebolla y el salpicón de bogavante —dijo Noah.

El camarero tomó nota.

—¿Y usted, caballero?

—Yo también tomaré la sopa de cebolla y los calamares marinados.

—Enseguida se lo traigo.

—Gracias —dijo Noah.

Cuando el camarero se alejó, el silencio se instaló entre Noah y Olivier. Solo oían a las gaviotas revoloteando por el cielo y los leves sonidos que les llegaban de la ciudad.

Noah se revolvió incómoda en el sitio.

¿Por qué Olivier la estaba mirando de ese modo? ¿Por qué? Ella no se consideraba una persona tan interesante para ser el centro de atención de

Olivier Brooks.

Olivier se recostó en el respaldo del asiento.

—¿La pongo nerviosa, señorita Winter? —soltó.

—¿Nerviosa? No... ¿Por qué...? ¿Por qué habría de ponerme nerviosa? —titubeó.

Olivier sonrió al verla tan frustrada consigo misma por quererle explicar a toda costa y no poder.

—No sé... Dígamelo usted —dijo.

—No tengo ninguna razón para ponerme nerviosa —afirmó Noah, aunque en realidad tenía muchos motivos, demasiados, quizá, pero no se los iba a confesar. Antes se cortaba la lengua.

—Desde que hemos llegado a Malibú no ha hecho otra cosa que evitarme —refutó Olivier.

Noah carraspeó. ¿Por qué le divertía tanto ponerla contra las cuerdas? Llevarla siempre un poquito más allá. No era más que un puto sádico que disfrutaba intimidando y haciendo sentir incómoda a la gente.

Abrió la boca para responderle, pero apareció el camarero con una bandeja. Noah agradeció enormemente la interrupción.

—Aquí tiene, caballero —dijo el camarero, colocando un plato de sopa de cebolla delante de Olivier—. El suyo, señorita —dijo seguidamente, poniendo el otro plato al lado de Noah—. Buen provecho —les deseó.

—No me ha contestado —insistió Olivier, que no tenía ninguna intención de zanjarse el tema.

Noah cogió una cucharada de sopa y se la metió en la boca para retrasar la respuesta. Olivier esperó pacientemente mientras la observaba con detenimiento. El resplandor de la puesta de sol le confería un toque cada vez más sexy. Su pelo rubio parecía una cascada de oro.

—Señor Brooks, he venido a trabajar. Hay muchas cosas que hacer; ya ha visto lo largas que son las sesiones de fotos que se han hecho —contestó Noah al fin—. No tengo tiempo para nada, ni siquiera para estar pensando en evitarle —añadió con un viso mordaz en el tono. Agarró la copa de agua para intentar disimular su nerviosismo.

Alzó los ojos hacia Olivier para ver su reacción. Él atrapó su preciosa

mirada azul con la suya. Durante unos segundos ella fue incapaz de apartar la vista de él. Notó un suave y cálido cosquilleo en el estómago. Intimidada, bajó la cabeza y se concentró en el plato.

—Esta sopa está deliciosa —dijo.

Y realmente lo estaba. No había sido hasta que no había empezado a comer que se había dado cuenta del hambre que tenía. En el fondo Olivier y Berta tenían razón, había estado demasiado tiempo sin comer. Pero eso tampoco lo reconocería delante de Olivier. No quería que se lo creyera más de lo que ya se lo tenía creído.

CAPÍTULO 51

La terraza del restaurante era amplia, sin embargo, la tenue luz del sol que comenzaba ya a morir y las lámparas que había en las esquinas del recinto le daban un aire íntimo y seductor. Todas las mesas estaban ocupadas a pesar de que aún era temprano.

—Veo que tiene apetito —dijo Olivier con suspicacia mientras Noah se preparaba, cuchillo y tenedor en mano, para empezar a atacar con inminente gula el salpicón de bogavante que se había pedido.

—Es que todo está riquísimo —respondió ella, con la boca hecha agua.

Pinchó un trozo del salpicón en el tenedor y se lo metió en la boca.

—¡Joder! —exclamó de repente, medio ahogada. Hizo una mueca desagradable con los labios, como si acabara de chupar un limón.

El salpicón picaba tanto que, por no escupirlo en el plato, se lo tragó sin masticar. Sentía que la boca y la lengua le ardían como si tuviera fuego en ellas, y le lloraban los ojos.

Olivier la miraba con expresión divertida en el rostro. Tuvo que apretar los labios para no romper a reír en carcajadas.

Noah tomó la copa de agua y dio un largo sorbo, pero el ardor no se aliviaba.

—Es mejor que beba vino —le aconsejó Olivier, alargando el brazo y ofreciéndole su copa.

Noah lo miró con extrañeza.

—Pero... es su copa —dijo con apuro.

—No importa, beba —insistió Olivier.

Noah cogió la copa de su mano y se bebió el vino que contenía de un trago. El líquido tinto calmó por fin un poco el picor.

—¿Por qué demonios no pone en la carta que es picante? —protestó, cuando logró recuperar la compostura. Dejó la copa vacía al lado del plato.

—La verdad es que sí que lo pone —apuntó Olivier con media sonrisa en la

boca.

Noah lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿En serio?

Olivier asintió con la cabeza un par de veces. Noah cogió una de las cartas que descansaba en una esquina de la mesa y lo consultó.

—Vaya... sí que lo pone —reconoció en voz baja, al darse cuenta de que se había dejado media frase sin leer.

Se sintió un poco tonta.

—Sí, lo pone, y además especifica claramente que lleva tabasco. Debería hacerse mirar su comprensión lectora, señorita Winter —apostilló Olivier, socarronamente.

—¿Le hace gracia? —le preguntó seria Noah.

—Sí —afirmó Olivier—. No se lo voy a negar. Pero lo más gracioso de todo es que lo ha elegido usted solita. Si hubiera sido yo quien le hubiera hecho la recomendación, estoy seguro de que hubiera dicho que lo hacía para putearla —añadió.

Noah se echó a reír de forma espontánea.

—Tiene razón —reconoció con naturalidad entre risas. Se ocultó el rostro con las manos—. Dios mío, tengo que aprender a leer las frases enteras.

Olivier se quedó unos segundos mirándola como si acabara de despertar de un sueño. Recorrió con los ojos el modo en que las ondas del pelo le acariciaban las clavículas y los hombros...

—Es tan diferente... —comentó de manera involuntaria en tono sumamente dulce.

Noah se destapó la cara. Cuando alzó la mirada, él esbozó una tibia sonrisa llena de sinceridad.

—¿Tan diferente de quién? —preguntó Noah, confusa por su afirmación.

—De todo el mundo —respondió Olivier, repasando con la mirada los rasgos de Noah.

La respuesta y el tono que había utilizado Olivier la dejaron muda. ¿Qué quería decir? ¿Por qué lo había hecho? Definitivamente ese hombre quería volverla loca. Le costó unos instantes recuperarse para poder hablar.

—Espero que no lo diga porque me ve como un *rara avis* —comentó

desenfadada.

—No lo digo en sentido despectivo —puntualizó Olivier.

—Con usted nunca se sabe...

«Mierda, ¿acabo de decir lo que creo que acabo de decir?», se preguntó a sí misma.

Olivier se echó hacia adelante y apoyó la barbilla en las manos.

—Señorita Winter, no se tome a la defensiva todo lo que le digo —dijo.

—¿Y de qué manera debo tomármelo, señor Brooks? —preguntó ella.

—En este caso, como un elogio.

Las mejillas de Noah se tiñeron de rubor.

«¿Olivier Brooks, elogiándome? ¿Habrá fumado algo raro? ¿Su sopa de cebolla llevaba setas alucinógenas?», se preguntó en silencio.

—Hay muy poca gente que sepa diferenciarse del resto —continuó hablando Olivier, al tiempo que se llenaba de nuevo la copa de vino.

—Si es así, gracias —dijo Noah.

—Es también muy atrevida —añadió Olivier—. No todo el mundo se metería en la boca un trozo de salpicón de bogavante con tabasco como si fuera una hoja de lechuga.

—Creo que la próxima vez me limitaré a pedir una ensalada de pasta —dijo Noah con una sonrisa en los labios.

CAPÍTULO 52

Road de Katy Perry comenzó a sonar en el móvil de Noah. Cogió el bolso del respaldo de la silla, lo abrió, metió la mano en él, y sacó el teléfono del fondo.

«Mamá». Apareció en la pantalla.

Una bombillita se encendió en la cabeza de Noah. La llamada de su madre era la mejor excusa para irse.

—Es mi madre... —le dijo a Olivier.

Echó la silla hacia atrás y se levantó.

—Gracias... Gracias por la cena, señor Brooks —le agradeció antes de coger la llamada mientras se colgaba el bolso en el hombro.

Olivier asintió en silencio sin cambiar la expresión del rostro. Maldijo por dentro la inoportuna llamada de la señora Winter. Le había venido perfecta a Noah para salir huyendo de él, como siempre.

Cogió la copa de vino y se recostó en la silla, se la llevó a los labios y bebió pausadamente mientras veía por encima del borde de cristal como la figura de Noah se perdía camino del hotel.

—Ya caerá, señorita Winter. Ya caerá. Me encargaré personalmente de ello... No va a escapar de mí con tanta facilidad —murmuró.

Dio un último trago de vino y dejó la copa vacía sobre la mesa.

—¿Qué tal, hija? ¿Qué tal en Malibú? —le preguntó su madre a Noah.

—Muy bien, mamá —respondió ella sin poder disimular su entusiasmo.

—Cuéntamelo todo con detalle —le pidió Emilie, como se llamaba la madre de Noah, que estaba tan entusiasmada como su hija.

—Hemos estado todo el día trabajando. Desde antes del amanecer, para captar todas las tonalidades de luz —comenzó a relatarle Noah a la carrerilla—. El equipo es maravilloso, mamá. Tienen mi opinión en cuenta en todo momento. Me preguntan por el escenario, las modelos... ¿Sabes quién es el fotógrafo? —dijo sin poder contener la emoción.

—¿Quién?

—Leonard Lamar, mamá.

—Ay, hija, por la manera en que me lo dices, sé que debería sonarme su nombre, pero no me suena de nada —dijo Emilie con sinceridad.

Noah dejó escapar una carcajada.

—Es uno de los mejores fotógrafos del país. El mejor, diría yo —explicó Noah—. Y está haciendo las fotos para mi reportaje. ¡Para mi reportaje, mamá! ¿Te lo puedes creer?

Noah se giró sobre sí misma.

—Todavía no me lo creo. Todo esto me parece un sueño. Un sueño del que no quiero despertar.

—Y no vas a despertar, Noah —dijo Emilie con cariño al otro lado de la línea—. Has luchado mucho para conseguirlo. Te mereces todo lo bueno que estás viviendo. Por favor, disfrútalo.

—Lo estoy haciendo, mamá. Estoy tratando de disfrutarlo al máximo —dijo Noah.

—¿Estás comiendo? —le preguntó su madre—. Te conozco, y sé que cuando te concentras en el trabajo no te acuerdas de comer y casi ni de beber, y luego te dan bajadas de azúcar y te mareas.

Noah puso los ojos en blanco. Las madres tenían que hacer siempre de madres.

—Sí, mamá, estoy comiendo —respondió.

—¿Has cenado ya?

—Sí, ya he cenado.

«Olivier Brooks se ha encargado personalmente de que cene. Incluso me ha regañado por no haber comido nada en todo el día —pensó para sus adentros—. Se ha preocupado por mí».

—¿Y papá qué tal está? —preguntó Noah a su madre.

—Está bien. Ya sabes cómo es... —respondió Emilie—. Siempre liado con sus cosas... Ahora no sé qué está haciendo con unas tablas de madera que le ha pedido al carpintero.

—Seguro que se presenta con una nueva estantería —rio Noah.

Su padre era un apasionado de la carpintería y cada vez que podía se

presentaba en casa con un mueble nuevo.

—Al final vamos a tener que salirnos de casa para dar cabida a todo lo que hace —apuntó Emilie.

—Bueno, por lo menos está entretenido.

—Sí, eso sí.

—Dale un beso de mi parte.

—Lo haré.

—Y otro para ti, mamá.

—Descansa, cariño —se despidió Emilie—. Un beso.

Noah colgó y suspiró.

—¿Todo bien en su casa? —La voz de Olivier sonó como un trueno detrás de ella.

A Noah le dio un vuelco el corazón. Se dio la vuelta de inmediato.

Olivier estaba de pie en la semipenumbra del opulento vestíbulo. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón y un hombro apoyado contra la pared.

¿Por qué siempre estaba tan asquerosamente guapo?, se preguntó Noah. Ella debía estar echa un desastre después de haberse pasado todo el día trabajando bajo el cálido sol de Malibú, pero él estaba impecable.

—Sí, todo bien. Gracias —contestó.

Olivier echó a andar.

—Me alegro —dijo, caminando hacia ella.

CAPÍTULO 53

—Tengo que irme —se apresuró a decir Noah, tratando de alejarse de Olivier antes de que la alcanzara. Tenía que poner distancia entre los dos.

Pero Olivier no se lo permitió. La agarró de la mano, la empujó hacia él y con un movimiento ágil la puso contra la pared. Dio un paso hacia adelante y se colocó frente a ella. Los latidos del corazón de Noah se desbocaron hasta el punto de descontrolarse.

—¿Tanto miedo me tiene? —le preguntó Olivier.

Noah intentó no cambiar la expresión del rostro. Sonrió, para quitarle hierro a la pregunta, pero el resultado no fue muy convincente.

—¿Miedo a qué? —dijo.

—A quedarse a solas conmigo... A estar indefensa ante mí... A ser vulnerable... A ser incapaz de controlarse cuando me tiene cerca... —dijo Olivier, inclinándose hacia ella lentamente.

Noah se revolvió en el sitio, aunque apenas tenía espacio vital; Olivier se había adueñado de él.

—¿De qué habla?

—Vamos, señorita Winter, ¿me va a decir que todavía no se le ha pasado por la cabeza la posibilidad de acostarse conmigo?

Noah se quedó sin aliento. Bufó, indignada.

—Pero ¿qué se ha creído? —alcanzó únicamente a decir.

Olivier se inclinó aún más hacia ella hasta que la nariz rozó su mejilla.

—¿Me lo va a negar? —susurró en tono sugestivo.

Noah sintió el aliento en su cuello como si fuera una caricia. Se estremeció de los pies a la cabeza. Olivier pudo oír como tragaba compulsivamente saliva.

Y eso le gustó. Le gustó mucho, por el control que ejercía sobre ella.

Sonrió maliciosamente para sí.

Se sentía como un cazador jugueteando a placer con su presa; llevándola

exactamente por donde él quería. Era un león enredando con un conejito antes de hincarle el diente.

Lentamente, acercó sus labios a los de Noah y respiró sobre ellos. Noah notó que el mundo desapareció a su alrededor. Solo era consciente de la existencia de Olivier Brooks, que la quemaba con su mirada de ojos profundos.

Olivier la apretó contra la pared.

—Niéguelo, señorita Winter —dijo en voz extremadamente baja—. Niéguelo que no lo ha pensado.

—Señor Brooks... —susurró Noah sin aliento.

Olivier continuó.

—Niéguelo que no quiere que la folle... Niéguelo.

Noah tenía en esos momentos las mejillas ardiendo, los labios secos, y el calor de los cuerpos le resultaba insoportable.

—Ya, por favor... —musitó en tono de súplica.

—Sí quiere que pare, niéguelo. Es tan fácil como eso —dijo Olivier.

Noah trató de tomar aire, pero no pudo.

—Yo no he pensado en usted de esa... de esa forma —balbuceó con poca convicción.

Olivier sonrió ladinamente. El resplandor plateado de la luna incidía en su rostro, destacando sus pómulos, la línea marcada de sus mandíbulas y el color negro de su cabello.

—Miente fatal, señorita Winter —se mofó.

—¿Está disfrutando esto? —le preguntó Noah.

—¿El qué? —dijo Olivier, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—Este momento tan... tan... No sé cómo definirlo —dijo frustrada.

—Sí, lo disfruto mucho, porque percibo su lucha interna, porque veo el deseo en sus ojos —dijo Olivier, dejando que su cálido aliento rozara las mejillas de Noah.

Ella apenas podía respirar.

—Yo no... —No le salía la voz.

—Si quiere que la folle, pídamelo, señorita Winter. Pídamelo «por favor», y lo haré —dijo Olivier en tono ronco y sugestivo, recorriendo el borde de sus

labios con el pulgar.

Noah alzó la mirada hacia sus ojos. Estaban entornados y poseían un destello oscuro y lobuno. Trató de esbozar algunas palabras, pero se negaban a salir. Tenía la sensación de que se había quedado sin cuerdas vocales.

¿Cómo podía ser Olivier Brooks tan cretino? Cometía tantos pecados que tenía ganado el infierno.

La mirada de Olivier se posó en los labios de Noah. Su voz se tornó más suave y extrañamente oscura.

—¿Se rinde? —le preguntó.

Noah lo miró a los ojos, enmarcados por un enorme abanico de pestañas y ensombrecidos por algo que parecía deseo.

—No —respondió, y bajó la cabeza hasta que su melena le cubrió el rostro.

Olivier no podía negar que era obcecada y tremendamente terca.

—Solo es cuestión de tiempo que se rinda a mí, señorita Winter —afirmó con suficiencia. Su seguridad era aplastante—. Yo lo sé y usted también. ¿Cuánto tiempo cree que va a aguantar? ¿Una hora? ¿Un día? ¿Una semana?

Noah no dijo nada. Sabía que Olivier estaba en lo cierto. No había dicho una verdad tan grande en toda su vida.

Y lo odiaba por tener razón. ¡Lo odiaba!

Sus cimientos estaban tambaleándose como si fueran de plastilina y la coraza que había levantado a su alrededor comenzaba a resquebrajarse como una presa que muestra fisuras por las que empieza a pasar peligrosamente el agua.

Durante un largo instante no sucedió nada. Ambos permanecían inmóviles, como si el tiempo se hubiera detenido. Noah quería irse de allí, correr despavorida, pero sus piernas no respondían a la orden que les lanzaba su cerebro.

Se dio cuenta de que aquello era una batalla de voluntades y de que su armadura estaba empezando a agrietarse. Era hora de batirse en retirada. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se preparó para irse de allí, si las piernas no le fallaban. Dio un paso hacia adelante y finalmente echó a andar, sorteó a Olivier y se fue. No aguantaba más. Si permanecía un minuto más terminaría sucumbiendo a él.

Él se quedó de pie donde estaba, observando cómo se alejaba por el estrecho pasillo con aquel contoneo de caderas que tanto le excitaba, mientras el sonido rítmico de los tacones se apagaba poco a poco.

CAPÍTULO 54

Ansiosa por alejarse de Olivier, Noah corrió como perseguida por las Furias hasta llegar a su habitación. Introdujo la tarjeta-llave en la ranura con dedos trémulos y a duras penas abrió la puerta. La cerró rápidamente y apoyó la espalda en la madera maciza.

Entonces cerró los ojos un momento y soltó el aire que había estado reteniendo en la garganta.

—¿Qué ha pasado? ¡Maldita sea, ¿qué coño ha pasado?! —se preguntó, abriendo los ojos y mirando de un lado a otro.

Le temblaba todo el cuerpo, desde los pies hasta el último pelo de la cabeza. Tenía las mejillas ardiendo y el corazón amenazaba peligrosamente con salirse por la boca.

—Respira, Noah. Respira... —se dijo a sí misma, al sentir que los pulmones le quemaban como si el aire fuera fuego.

Inhaló profundamente un par de veces. Durante un minuto entero se quedó inmóvil, dándole vueltas a la cabeza.

¿Por qué no había mandado a Olivier Brooks a la mierda? ¿Por qué no le había mandado a tomar por culo, que es donde debería estar? ¿Por qué había permitido que le dijera todas aquellas cosas?

Los pensamientos se le detuvieron de golpe.

—Porque son ciertas... —reconoció con miedo.

Había llegado el momento de que dejara de mentirse a sí misma. Le angustiaba pensar que deseaba que Olivier Brooks la follara. Pero lo deseaba. Sí, lo deseaba.

Y sí, se le había pasado por la cabeza la posibilidad de acostarse con él. ¿Cómo podía ser de otro modo, si era el hombre más atractivo, sensual y sexual que había visto en su vida? Y la forma en que la miraba... no es que le gustase mucho, es que le gustaba demasiado.

Se pasó las manos por la cabeza y se aplastó el pelo, agobiada.

Cuando estaba cerca de Olivier se convertía en una persona a la que le costaba reconocer. No era ella misma. ¿Dónde se quedaba la mujer sensata, cauta y segura que era?

No lo sabía. No tenía ni idea de qué pasaba con ella. Solo sabía que desaparecía por completo para convertirse en una persona insegura, vulnerable y miedosa.

Olivier Brooks le daba miedo porque resultaba un hombre abrumador. Terriblemente abrumador. Y, por si fuera poco, parecía tener el don de leer su mente como si fuera un libro abierto.

Necesitaba un respiro. Recordar quién era ella y, sobre todo, quién era él. Por nada del mundo se le podía olvidar quién era él.

Vio el mar sereno al otro lado de los ventanales.

—Un paseo por la playa me vendrá bien... —musitó—. Me ayudará a calmar los nervios y... —se acarició las mejillas—... y el calor que noto en el cuerpo.

Sintió una enorme vergüenza ante sí misma cuando se dio cuenta de que tenía las braguitas empapadas.

—Dios mío...

Sacudió la cabeza enérgicamente para ahuyentar el palpitante deseo que amenazaba con dejarla sin aliento. Se giró deprisa sobre sí misma, abrió la puerta y salió de la habitación con la mente en Olivier Brooks, en la situación que acababa de vivir con él y en sus braguitas mojadas.

Unos nudillos tocaron suavemente la puerta.

Olivier dio un último trago al whisky con hielos que tenía en la mano y dejó el vaso sobre la mesa. Atravesó la habitación con paso determinante, alargó la mano y abrió.

Noah apareció ante su mirada con semblante abatido. La luz del pasillo dibujaba su silueta en el umbral.

—No sé qué hago aquí... —dijo con una timidez desbordante—. Yo iba... iba a dar un paseo por la playa.

—No se lo he preguntado —respondió Olivier, firme e imperturbable.

Hubo una pausa de unos instantes en los que se sostuvieron la mirada.

—Aunque puedo hacerme una idea —dijo Olivier, rompiendo el silencio.

Y antes de que Noah pudiera reaccionar, le agarró la mano, tiró de ella hacia dentro, cerró la puerta de un portazo y la puso contra ella de un envite. Noah sintió la madera fría en la espalda.

El juego comenzaba de nuevo.

Olivier la recorrió con los ojos, dejando un rastro de fuego a su paso. Inclino la cabeza sobre ella. Parecía que iba a besarla, pero no lo hizo. Solo suspiró en su boca. Noah, imposible de controlar aquel deseo que le abrasaba las venas, se puso de puntillas e intentó besarla, pero Olivier levantó un poco la cabeza, dejando que apenas rozara sus labios. Noah se estiró todo lo que pudo y trató de conseguir un beso.

—Así no, señorita Winter —dijo Olivier con malicia en la voz, mirándola con expresión desafiante—. Me lo tiene que pedir... Me tiene que pedir que la folle, y no se le olvide el «por favor».

Noah tragó saliva.

«¿Cómo puede ser tan cretino? —se preguntó de nuevo—. ¿Y cómo puede ponerme tanto que lo sea?».

«¡Dios mío, estoy loca!».

Abrió la boca y sus labios empezaron a verbalizar las palabras que Olivier quería que dijera. Tuvo que ceder para no seguir prolongando más aquella agonía, porque Olivier no iba a parar hasta que no hiciera las cosas como él quería que las hiciera.

«Las cosas se hacen a mi manera o no se hacen», recordó.

—Fólleme... —dijo.

La vergüenza le apagaba la voz, haciendo que hablara en un susurro.

—Dígalo más alto. Apenas la oigo —apuntó Olivier, burlón.

Noah apretó los dientes y lo fulminó con la mirada, pero sus labios se movían como si tuvieran vida propia.

—Fólleme —repitió, elevando la voz unas octavas.

A Olivier le pareció que Noah estaba tremendamente atractiva en ese momento, con el rostro sonrojado, la expresión llena de timidez y vulnerabilidad y los ojos brillantes de deseo.

—¿Qué más? —le preguntó. Al ver que Noah permanecía callada dijo—: Venga, sea buena chica y pídamelo «por favor».

Noah no aguantaba más. Si no lo remediaba, el deseo iba a hacerla estallar en mil pedazos. ¿Qué otra cosa podía hacer que cumplir sus exigencias? No vencería a Olivier. Nadie lo hacía ni lo había hecho nunca.

—Fólleme, por favor —suplicó en un suspiro—. Por favor...

El rostro de Olivier se endureció de repente.

—Así está mejor. Mucho mejor... —aseveró contundente en tono grave.

CAPÍTULO 55

Noah se quedó petrificada, conteniendo el aliento. Los latidos del corazón marcaban cada uno de los segundos.

Todo ocurrió muy deprisa.

Olivier pasó de la seriedad y el autocontrol al caos y la pasión en una décima de segundo. Mascullando algo que Noah no entendió, aferró sus manos, se las levantó por encima de la cabeza y se las colocó contra la puerta justo cuando estrellaba sus labios contra los de ella.

Noah cerró los ojos cuando la lengua de Olivier inició una invasión impetuosa y apasionada. Apenas era capaz de seguir el frenético movimiento de su boca y el baile impulsivo y delirante de sus labios. Olivier parecía estar exigiendo con ese beso una rendición incondicional. Y ella, indefensa, le dio lo que reclamaba. No podía hacer otra cosa; no quería hacer otra cosa.

Olivier oyó gemir a Noah cuando se separó unos centímetros de ella.

—¿Se rinde, señorita Winter? —le preguntó a ras de la boca, sin soltarle las manos.

El susurro de Olivier envió una ola de pequeñas vibraciones de placer por todo su cuerpo.

—Sí, señor Brooks, me rindo —afirmó Noah, vencida por él, por la situación y por el beso, asintiendo al mismo tiempo con la cabeza.

La sonrisa de Olivier fue creciendo poco a poco.

Sus besos eran tan devastadores como Noah se había imaginado que eran. ¡Dios! Era una locura. Aquello era una locura que tendría consecuencias catastróficas. Estaba segura. Pero no le importó. Ya pensaría acerca de ello más tarde. En esos momentos solo quería estar con Olivier.

Olivier metió uno de sus muslos, duro y fuerte, entre las piernas de Noah y lo acercó a su sexo. Noah reaccionó al estímulo con un cosquilleo que le subió por la espina dorsal.

Después de apresar de nuevo su boca y deleitarse un rato en ella, Olivier

inclinó la cabeza y deslizó los labios por su cuello, mordisqueándolo suavemente.

El corazón de Noah se aceleró cuando Olivier bajó la cremallera de su vestido rosa y este calló hasta el suelo, quedando como una maraña de tela en sus pies.

Él sabía qué tenía que hacer para que Noah se estremeciera de la cabeza a los pies.

Con suma habilidad le desabrochó el sujetador sin tirantes, dejando sus pechos libres. Durante unos segundos estuvo observándolos.

—Son preciosos —dijo.

Noah arqueó la espalda y gimió cuando Olivier capturó un pezón con los labios. Luego lo hizo con el otro, mordisqueándolo con los dientes y succionándolo con pasión. Tanto que le produjo una punzada de dolor.

—Ah... —musitó, encogiéndose.

Olivier aflojó los dientes y la dejó respirar mientras trazaba un camino de besos húmedos entre ambos pechos.

—¿Está bien? —le preguntó.

—Sí —respondió Noah.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, Olivier le soltó las muñecas, introdujo las manos entre la puerta y su cuerpo, le levantó las piernas de un envite y la hizo enroscarlas alrededor de su cintura.

Olivier comenzó a besarla en la boca y fue descendiendo por el cuello hasta llegar a sus pechos, donde se deleitó durante unos minutos. Los lamió con furor hasta que los pezones de Noah se endurecieron.

Ella dejó escapar un jadeo.

En un arrebato de pasión, Olivier aferró su trasero y la apretó contra su pelvis.

—Mire cómo me tiene, señorita Winter —susurró con voz ronca—. Estoy así casi desde la primera vez que la vi.

Noah notó de inmediato la palpitante erección que yacía bajo su pantalón. Ahogó un gemido de sorpresa en los labios de Olivier, que permanecía pegado a su boca.

—¿Le gusta tenerme así? ¿Con la polla dura todo el día? —le preguntó

Olivier al oído.

Noah se respondió a sí misma que sí, y lo hizo sonriendo maliciosamente en silencio. Ese era su particular triunfo sobre Olivier.

—Sí —reconoció en voz alta. No iba a negarlo. No quería negarlo.

Olivier apretó las mandíbulas. El sexo era también una forma de control, una de las más poderosas, y Noah tenía la capacidad de controlarlo a través de él, porque no podía sustraerse a la fuerte atracción que sentía por ella, aunque jamás se lo confesaría.

La sangre corría en torrente por su cerebro, bloqueando cualquier pensamiento racional que tuviese. Un gemido de frustración salió de su garganta mientras intentaba recuperar el control. Pero era imposible.

Suspiró violentamente y obligó a Noah a besarlo con frenesí. Sabía tan bien... Tan bien... Necesitaba más de ella. Mucho más.

CAPÍTULO 56

Olivier cogió en vilo a Noah, la llevó hasta la cama y la depositó sobre el colchón sin dejar de besarla un solo segundo. Un torrente de deseo circulaba por el interior de sus venas, consumiéndolo en una hoguera.

Deslizó las manos por su espalda y le acarició la curva de los glúteos. Impaciente, metió los dedos por el elástico de la braguita y las arrastró por sus piernas para quitárselas.

A Noah le ardía la piel bajo los dedos elegantes de Olivier, que se movían expertos por su cuerpo.

—¿Le gusta jugar, señorita Winter? —le preguntó él.

Noah lo miró en silencio frunciendo el ceño.

¿Qué quería decir con eso? ¿Jugar a qué?

Olivier enderezó el torso y sin dejar de mirar a Noah, deslizó el nudo de la fina corbata negra hacia abajo y se la sacó por la cabeza. El cerebro de Noah empezó a hacerse una idea de lo que significaba aquella pregunta cuando vio que la estiraba. Contuvo la respiración.

Olivier sonrió ante la expresión de desconcierto de su rostro.

—Puede decirme que pare cuando quiera —le advirtió.

Noah asintió con la cabeza mientras su cuerpo vibraba por la excitación que le provocaba la situación.

Olivier se estiró sobre ella, le aferró las manos y se las ató a la altura de las muñecas al catre forjado de la cama. Noah le observaba moverse sin perder detalle. Estaba claro que había hecho eso muchas veces antes.

—Cuando le pregunté si se rendía, lo dije completamente en serio —dijo Olivier en voz baja, al tiempo que hacía un segundo nudo con los extremos de la corbata—. Yo tengo el control. Todo el control —añadió.

—Está bien —susurró Noah, arrastrada por el deseo.

—Me gusta que me obedezca —apuntó Olivier—. Me excita.

Noah no se podía quitar de la cabeza que finalmente había caído en las

redes de Olivier Brooks, que había sucumbido a él, y tal y cómo él había querido. Apretó los ojos y trató de ahuyentar las dudas que la asaltaban.

Olivier se agachó y le dio un apasionado beso en la boca, que Noah correspondió del mismo modo, hasta que atrapó su labio inferior con los dientes y tiró de él para sí. Con aquello, el último rastro de sentido común de Noah desapareció.

Olivier se levantó y ante los ojos expectantes de Noah, comenzó a desnudarse.

Mientras se desabrochaba los botones de la camisa, se deleitó mirando su cuerpo desnudo. Por mucho que quisiera negarlo, tenerla así, rendida a él; a su voluntad, era lo que llevaba deseando desde hacía tiempo.

Sin prisa, dejando que Noah lo mirara a gusto, se quitó el cinturón de cuero, se bajó la cremallera del pantalón del traje y se deshizo de ellos con el mismo movimiento sutil que un tigre.

Noah abrió mucho los ojos y tragó saliva con dificultad cuando lo tuvo completamente desnudo frente a ella, con la erección apuntándola de forma insolente como si fuera un dedo acusador.

«Dios mío, su cuerpo es como el de un dios griego...»

Olivier advirtió la expresión mezcla de sorpresa y satisfacción que reflejaba el rostro de Noah y sonrió para sí con suficiencia. Sibilinamente comenzó a caminar hacia ella.

—Espero que esté preparada para mí, señorita Winter —dijo, tumbándose sobre ella, al tiempo que la fulminaba con su mirada de fuego.

Noah sintió que le hervía la sangre de deseo.

—Lo estoy —respondió.

Olivier introdujo la mano entre los cuerpos hasta encontrar su húmedo sexo. Noah gimió cuando sus dedos comenzaron a trazar círculos sobre su clítoris.

—Por favor, siga... —rogó, retorciéndose debajo de él.

Aquella súplica volvió loco a Olivier, provocando que un deseo voraz abrasara sus venas como si circulara por ellas un río de fuego.

CAPÍTULO 57

Olivier extendió la mano hacia la mesita de noche, abrió el cajón superior y buscó el paquete de preservativos. De rodillas entre las piernas de Noah, rasgó el precinto plateado, extrajo el condón y se lo colocó a lo largo de la erección.

Dejó escapar un jadeo gutural cuando por fin penetró a Noah. Sin embargo, se encontró con una resistencia. Sus músculos estaban tan contraídos que no podía ir más allá. Volvió a intentarlo, pero fue imposible. Decidió parar. Si insistía, le haría daño.

Levantó un poco la cabeza para mirarla a los ojos.

—No sé qué me pasa... Yo no... —musitó Noah con vergüenza. Las palabras no le salían—. Lo siento —se disculpó.

Al ver la aprensión en sus ojos, el corazón de Olivier se encogió. Sonrió. Pero no era una sonrisa arrogante ni irónica; era una sonrisa abierta, sincera, llena de indulgencia y comprensión.

—Yo sí que lo sé, Noah —dijo en un tono extremadamente dulce.

Noah oyó por primera vez su nombre de boca de Olivier y sintió como si, al decirlo, lo estuviera acariciando con la lengua.

Olivier alargó los brazos por encima de su cabeza, desanudó la corbata y le soltó las manos. Durante unos segundos le masajeó las muñecas.

Quizá había sido demasiado apabullante con ella; demasiado intimidante. Quizá la había puesto demasiado contra las cuerdas. Noah tenía una lucha interna entre la cabeza y el deseo casi desde que lo había visto por primera vez. Él lo sabía. Y eso era justamente lo que le estaba pasando. El deseo la desbordaba y su cuerpo era fiel reflejo de ello, porque estaba muy excitada, pero su cabeza estaba provocando que se cerrara a él.

Olivier Brooks no era un hombre cariñoso, pero en ese momento nació desde el fondo de su ser una ráfaga de ternura hacia Noah, que lo miraba con ojos compungidos. ¡Dios!, su persona irradiaba un halo de inocencia que no

había visto en ninguna otra mujer. Y era esa inocencia lo que lo desconcertaba.

—Ven aquí —susurró.

La cogió de la cintura y la colocó sobre de él.

—Yo... —comenzó Noah.

—Shhh... —la silenció suavemente Olivier—. No digas nada, solo siente.
¿Vale?

—Vale —dijo Noah, asintiendo.

Olivier le abrió las piernas para que las colocara a ambos lados de sus costados, agarró su miembro y lo dirigió hasta su interior.

—Relájate... Todo está bien —la tranquilizó.

Noah sonrió débilmente.

Fue penetrándola muy despacio, sin llegar al fondo. Apenas unos centímetros, hasta que su cuerpo cediera a él.

—Me encantas... —le susurró con deseo, para hacer desaparecer su inseguridad.

Poco a poco Olivier fue moviendo las caderas arriba y abajo, con suavidad, mientras sus manos acariciaban su piel perfecta.

—Estás tan cerrada... —murmuró con sensualidad, haciendo un esfuerzo para controlarse, para llevar un ritmo lento con el que Noah se fuera soltando.

Sus dedos descubrieron la curva de su espalda y con las yemas recorrió el engranaje de la columna vertebral. Fue bajando lentamente, deteniéndose en sus costillas y en su fina cintura, al tiempo que sus labios le besaban el cuello, la clavícula, el hombro...

Noah se dejó caer sobre el cuerpo de Olivier y hundió el rostro en su cuello, permitiendo que su aroma a sándalo la embriagara por completo. Él la rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho. No pudo evitar sonreír al escuchar los atronadores latidos de su corazón. Noah suspiró con su abrazo al sentir su piel ardiente contra la suya.

—¿Estás bien? —se preocupó Olivier, exhalando una respiración cálida contra su mejilla.

—Sí, solo estoy un poco nerviosa. No quiero decepcionarle —se atrevió a confesar Noah.

Olivier se paró dentro de ella.

—Noah, mírame —le pidió.

Ella apoyó los brazos a ambos lados de su cuerpo y lo miró. Olivier le cogió el rostro entre las manos.

—No vas a decepcionarme. Jamás. No podrías, aunque quisieras —dijo—. Y nada de llamarme ya «de usted», ¿de acuerdo? —bromeó—. Llámame Olivier.

—De acuerdo —sonrió Noah.

—De acuerdo, ¿qué? —jugeteó Olivier.

—De acuerdo, Olivier —dijo ella en tono suave.

—Eso está mejor —indicó Olivier con una pícaro sonrisa que consiguió estremecer a Noah.

Se quedaron en completo silencio.

Con la mirada clavada en ella, estudiando cada reacción de su rostro, Olivier reinició los movimientos y comenzó a mecerse de nuevo arriba y abajo. Sus rostros estaban tan cerca el uno del otro que los obligaba a compartir aire, aliento, mudez, respiración...

Inmerso en aquellos instantes de intimidad, el cuerpo de Noah empezó a aflojarse con cada caricia que le proporcionaban las manos expertas de Olivier, que dejaban un rastro de calor allí donde la tocaba. Los pezones se le endurecieron al rozarse contra su torso y la tensión desapareció.

Más relajada, Noah contrajo los músculos de la vagina alrededor del miembro de Olivier. La asombrosa sensación hizo que él cerrara los ojos con fuerza mientras gemía de placer.

—¡Joder, Noah! —exclamó.

Soltó el aliento bruscamente y le ordenó a su cuerpo controlarse para mantener un ritmo lento.

Noah bajó la cabeza y cubrió los labios de Olivier con los suyos. Él correspondió con un beso suave pero lleno de pasión. Olivier siguió con su vaivén delicado sin dejar de besarla. Al comprobar que su cuerpo no estaba tenso, levantó la pelvis y profundizó la penetración hasta que por fin llegó al fondo de su sexo húmedo.

Masculló un juramento y gimió de placer.

¡Dios, aquello era increíble!, pensó.

Olivier no recordaba haber follado nunca con tanta sensualidad ni intimidad como estaba follando con Noah. Él estaba acostumbrado al sexo duro y a que las mujeres gritaran su nombre mientras hacía que se corrieran salvajemente. Y, sin embargo, aquella sensación de intimidad era desconcertante, y liberadoramente placentera. Su cuerpo se había convertido en un manojito de nervios que reaccionaban a cualquier estímulo, por mínimo que este fuera.

Noah empezó a mover las caderas, buscando más contacto. Olivier le cubrió los pechos con las manos y le acarició los pezones con delicadeza hasta que se endurecieron.

Alzó la vista y la miró con deseo, provocando que a Noah se le erizase el vello de todo el cuerpo.

Ya estaba preparada.

La agarró de las caderas e incrementó el ritmo de los envites. Noah dejó escapar un profundo gemido. Durante unas décimas de segundo creyó que iba a desmayarse de placer. Las sensaciones eran imposibles de soportar.

Una palpitante tensión comenzó a alojarse en su entrepierna. Unos segundos después una gigantesca ola de calor chocaba con su cuerpo, sacudiéndola las entrañas con un intenso orgasmo.

—¡Olivier, dios mío, Olivier! —gritó sin poder contenerse.

Olivier apretó los dientes, tratando de mantener el control, pero fue inútil. Ya no pudo aguantar más. El placer se extendía por su cuerpo como un torbellino, consumiendo cada centímetro de su ser.

Levantó las caderas un par de veces más, hundiéndose en el fondo de Noah. Unos segundos después se precipitaba al abismo del placer. Un fuerte gemido que llevaba consigo el nombre de Noah brotó de su boca mientras las convulsiones le sacudían de la cabeza a los pies. Apretó a Noah con fuerza contra él. Necesitaba sentirla, necesitaba fundirse con ella, si eso era posible.

Abrió los ojos y se encontró con los de Noah, que lo miraba con una ingenuidad desbordante. Su color azul brillaba con luz propia, como si tuviera un mar en su interior.

Respiró hondo.

Olivier le apartó el cabello de la cara y se lo colocó detrás de las orejas.

—¿Estás bien? —le preguntó, mirándola con detenimiento.

Noah asintió varias veces con la cabeza.

—Muy bien —respondió, ofreciéndole una sonrisa de satisfacción.

Olivier levantó la cabeza y le dio un suave beso en los labios. Después la rodeó con las manos y volvió a abrazarla. Y se mantuvieron así, en silencio, durante un tiempo. Ninguno de los dos podría haber calculado cuánto.

CAPÍTULO 58

Olivier se metió en la ducha y dio el grifo. Mientras el agua fría le caía por la cabeza y el cuerpo, refrescándole, la imagen de Noah apareció de manera sorpresiva en su mente. Había ocurrido algo extraño con ella. No sabía explicar qué exactamente, pero había ocurrido algo.

No podía quitarse de la cabeza el modo en que habían follado... Aún sentía el temblor del cuerpo de Noah bajo sus manos, lo cerrada que estaba al principio y como finalmente se abrió a él. La intimidad que había compartido con ella no la había compartido con nadie.

Aferró el bote de gel, lo abrió, se echó un poco en las manos, hizo espuma en ellas y se frotó el cuerpo.

Había planeado todo aquello para acostarse con Noah, para que se le quitara aquella especie de obsesión que sentía por ella, pero no se esperaba lo que había sucedido. Nunca había follado así, pero es que nunca había estado con una mujer como Noah. Todas sus amantes eran mujeres experimentadas, avezadas expertas en las artes amatorias, dispuestas a satisfacer cada una de sus exigencias con tal de conseguir algún capricho: una carísima joya, un reloj, un vestido de alta costura de marca... Pero con Noah había tenido que sacar un lado tierno que ignoraba que tenía.

Se pasó las manos por el pelo y dejó que el agua arrastrara la espuma del cuerpo.

—Noah... —susurró entre las paredes alicatadas del cuarto de baño.

Pensar en el polvo que le había echado le provocó una brutal erección. En tales circunstancias tenía dos opciones: masturbarse o despertar a Noah y volver a follarla.

—Tienes que controlarte, Olivier —se ordenó a sí mismo—. No puedes dejarte llevar por la pasión como si fueras un adolescente.

Finalmente optó por masturbarse.

Apoyó la mano izquierda en la pared de azulejos y con la derecha comenzó

a acariciarse. Con la imagen de Noah en su cabeza, solo tardó unos minutos en correrse.

Cuando terminó, cerró el grifo y salió de la ducha. Asió una de las toallas blancas limpias y se la enrolló alrededor de la cintura.

Cogió el neceser negro de la estantería y sacó la espuma y la maquinilla de afeitarse de él. Alargó el brazo y pasó la palma de la mano para quitar el vapor que cubría el espejo. Su rostro apareció frente a él.

Abrió el bote de la espuma, se extendió un poco por la cara y comenzó a afeitarse.

—Buenos días. —La voz suave y somnolienta de Noah sonó al otro lado del cuarto de baño.

Olivier alzó los ojos y la miró a través del espejo. Se encontraba en el umbral, recostada ligeramente en el marco de la puerta. El vapor de la ducha había formado una especie de neblina en el cuarto de baño que le daba un aire de irrealidad.

—Buenos días —la saludó.

—Espero que no te importe que me haya puesto tu camisa —dijo Noah.

Noah vio en el espejo como Olivier deslizaba los ojos por su cuerpo con aquella mirada insondable tan característica suya, y que le provocaba que la sangre se le acumulara en la entrepierna.

—No me importa —respondió, poniendo la maquinilla debajo del grifo.

Olivier trató a toda costa de no pensar en lo sexy que estaba Noah con la melena despeinada ligeramente y su camisa puesta, apenas tapándole los muslos, y de mantener el control para no follársela contra la pared como un león en celo. Ni siquiera haberse masturbado unos minutos antes le había servido de algo.

—¿Has dormido bien? —le preguntó, aguantando el tipo como buenamente podía.

—Sí —contestó Noah—. ¿Y usted?

Olivier buscó su mirada en el espejo.

—Lo siento, es la costumbre —se apresuró a disculparse Noah con expresión risueña—. ¿Y tú? ¿Has dormido bien? —rectificó.

Olivier sonrió.

—Sí —dijo.

Noah lo había estado observando unos segundos en silencio antes de darle los «Buenos días». Incluso afeitándose y solo con una toalla enrollada en la cintura no perdía esa elegancia que lo caracterizaba. Olivier Brooks era el hombre más sexy del mundo hasta recién salido de la ducha.

Olivier estaba haciendo verdaderos esfuerzos por mantener a raya su lujuria, pero sus intentos estaban siendo infructuosos. La dureza de su polla era testigo de ello. ¡Joder!, no podía comportarse como un puto adolescente. Era un hombre. Debía de tener el autocontrol suficiente para dejarlo pasar y terminar de afeitarse tranquilamente.

Pero no pudo.

Suspiró para sí, rindiéndose a Noah y a lo que necesitaba su entrepierna.

—Ven —le indicó.

Noah echó a andar hacia él.

Olivier la agarró de la cintura con sus enormes manos y la subió de un envite a la encimera de mármol que había entre los dos lavabos. Noah soltó un gemido por la sorpresa.

Después de colocarse entre sus piernas, le pasó la maquinilla de afeitar. Noah la miró con el ceño fruncido. ¿Qué quería que hiciera con ella?

—Termina de afeitarme —le pidió Olivier.

Noah abrió los ojos, sorprendida por su petición.

—¿Y si te corto? —preguntó con preocupación.

—Si me cortas, te pondré sobre mis rodillas y te daré unos cuantos azotes.

—Te lo estoy diciendo en serio —apuntó Noah.

—Y yo también —aseveró Olivier.

Noah se quedó unos segundos mirándolo. No deseaba cortarle, por supuesto, pero la idea de que la pusiera sobre sus rodillas y le diera unos azotes le resultó sorprendentemente excitante.

Sacudió la cabeza ligeramente para ahuyentar esos pensamientos.

Finalmente cogió la maquinilla de los dedos de Olivier, alzó el brazo y comenzó a pasarla con mucho cuidado por la línea de la mandíbula. La mano le temblaba.

—Me gusta ponerte nerviosa —le confesó Olivier con una nota de malicia

en la voz.

Un golpe de rubor cubrió las mejillas de Noah.

—¿Es un fetiche? —bromeó.

—Se podría decir que sí.

—Es un fetiche un poco extraño.

Cuando Noah llegó a la barbilla, mojó la maquinilla para limpiarla y repasó el otro lado.

—Tengo otros más extraños —dijo Olivier con expresión enigmática.

—¿Como el control? —se atrevió a preguntar Noah, aunque evitó mirarlo.

La respuesta tardó unos segundos en llegar a los labios de Olivier.

—Sí —afirmó transcurrido un rato.

Noah le afeitó la parte baja de la mejilla.

—¿Por eso... nos atas?

—Por eso y porque me excita.

Noah dejó la maquinilla sobre la encimera de mármol, asió una toalla y se la pasó a Olivier por el rostro para quitarle los restos de espuma.

—¿No es demasiado cansado tenerlo todo siempre bajo control? —preguntó al terminar.

Olivier se encogió de hombros.

—Puede —contestó únicamente.

Noah dejó la toalla a un lado.

—Eres como un malabarista sujetando varios objetos a la vez. Nunca puedes parar. Tienes que estar constantemente en movimiento para que no se caigan los objetos al suelo. ¿No sería mejor relajarte y dejarte fluir?

Olivier entornó los ojos y la miró con picardía bajo la espesa línea de pestañas negras.

—Tengo otras maneras de relajarme —atajó en tono ronco.

CAPÍTULO 59

Agarró los glúteos de Noah con manos firmes y con un empujón la atrajo hacia sí, pegando la pelvis a la suya. Su instinto depredador necesitaba ser satisfecho. Pese a la tela gruesa de la toalla, Noah notó de inmediato su dura erección.

Olivier levantó la mano y le acarició la mejilla.

—¿Qué voy a hacer contigo? —dijo, mirándola fijamente a los ojos—. ¿Qué voy a hacer contigo? —repitió, como ausente, como si se lo estuviera preguntando a sí mismo.

Noah entreabrió los labios y se los humedeció con la lengua sin darse cuenta. Olivier lo tomó como una invitación para besarla.

Era una buena idea.

Inclinó la cabeza y acarició ligeramente la nariz contra la suya. Después le pasó sensualmente la lengua por los labios para probar su sabor. Su boca era dulce como la miel. Noah solo necesitó sentir el calor de sus labios para ponerse a temblar.

Se estremeció al notar que Olivier introducía la lengua en su boca, saboreándola como si fuese un manjar. Levantó las manos y enterró los dedos en su abundante pelo negro a medida que el beso cambiaba y se volvía más profundo. Tuvo la sensación de que el tiempo se detenía. De pronto se sintió como si estuviese siendo arrastrada por un torbellino oscuro y sensual.

Olivier se separó y deslizó la mano por la línea de su garganta. El contacto hizo que Noah se estremeciera como si nunca nadie la hubiera tocado.

—Noah, ¿eres consciente de cómo me pones? ¿Eres consciente? —dijo Olivier, serio.

—Olivier... —susurró ella con la respiración entrecortada.

—Y cuando dices mi nombre... —Olivier dejó la frase suspendida en el aire.

Su nombre en la voz melodiosa de Noah hizo que el miembro se le pusiera

aún más duro. No recordaba haberse sentido así antes. Estaba más excitado de lo que lo había estado nunca. La dulzura de Noah lo volvía loco. Y era muy dulce, de una forma increíblemente sexy y excitante.

La acarició a través de la tela de la camisa hasta alcanzar los pechos. De pronto, tiró de los bordes con fuerza y la abrió de golpe, haciendo que los botones salieran disparados y rebotaran por el suelo del cuarto de baño.

Desnudos, los apretó suavemente con las manos. Noah soltó un grito ahogado cuando Olivier se inclinó sobre ella y atrapó un pezón con los dientes.

Después de jugar un rato con ellos, se incorporó en toda su estatura. Bajo la atenta mirada de Noah, que no le quitaba los ojos de encima, tomó los cinturones de los albornoces que colgaban de las perchas y le ató las manos a los grifos dorados de los lavabos que tenía a ambos lados. Seguidamente le abrió las piernas y se colocó de cuclillas entre ellas.

—Esta vez voy a asegurarme de que estás lista —susurró grave, como si lo que fuera a hacer se tratara de un asunto de Estado.

Aproximó la boca al sexo de Noah y poniendo la punta de la lengua dura, comenzó a lamerle el clítoris. Un golpe de placer azotó a Noah como un látigo cuando notó la lengua juguetona de Olivier en su entrepierna.

—Oh, Dios, Olivier... —gimió.

Tiró de las ataduras de los cinturones, desesperada por seguir sintiendo aquel placer indescriptible.

Las manos grandes de Olivier se deslizaron por debajo de su culo para apretar aún más la vulva contra su boca. Atrapó los pliegues húmedos con los labios, mientras apoyaba la pierna derecha de Noah sobre su hombro, y los lamió hambriento una y otra vez.

Olivier sintió que Noah se estremecía bajo su lengua y vio cómo se preparaba para el orgasmo. Aceleró el ritmo de los movimientos y se sumergió más y más en su cálido interior, haciendo que se agitara y se retorciera de manera salvaje.

Noah dejó caer la cabeza hacia atrás, arqueó la espalda y luchó contra las ataduras de los cinturones dejando escapar una serie de profundos gemidos que llenaron el cuarto de baño. Inmediatamente después, notó que su cuerpo se

rompía en mil pedazos y que cada centímetro de su ser se sacudía, liberándose de la tensión con la oleada de espasmos que la recorría de arriba abajo.

—Sí. Oh, sí, Olivier... Sí... —gimió, abandonándose al más absoluto placer.

—Eso es... Córrrete, Noah. Córrrete para mí —murmuró Olivier, degustando con delectación los jugos que fluían de su interior.

Enderezó la figura hasta ponerse en pie y buscó la boca de Noah. Sus labios, humedecidos por su esencia, cubrieron los de ella, que suspiró vencida.

—Sabes tan bien. Tan bien... —afirmó Olivier—. Me hubiera quedado todo el día comiéndote el coño —añadió con voz áspera y ronca a la vez.

Noah no pudo evitar sonrojarse.

Olivier aferró sus piernas y la atrajo hacia sí. Noah sintió su erección contra el muslo. Olivier quería entrar en ella ya, pero había una cosa que necesitaba oír antes de abandonarse al placer.

—¿Quieres que te folle, Noah? —le preguntó con la respiración cálida y pesada pegada a su boca.

—Sí —respondió ella.

—Pídemelo «por favor», como te he enseñado, como sabes que me gusta...

—Por favor, fóllame. Fóllame, Olivier... —suplicó Noah casi con un sollozo.

Su cuerpo no aguantaba más. Acababa de correrse, pero necesitaba sentir a Olivier dentro de ella.

CAPÍTULO 60

Olivier metió la mano en el neceser y sacó un condón de los que guardaba siempre en él. Después de dar un tirón y deshacerse de la toalla, rasgó de forma rápida el envoltorio y se lo puso.

—Dime que me deseas, que me quieres dentro de ti, que necesitas que te folle —exigió a Noah con voz dura.

Noah no sabía por qué Olivier necesitaba que le dijera aquello. Ignoraba si era parte del juego o había algo más profundo, más oscuro, pero no se hizo de rogar. Estaba fuera de control, y lo único que quería era que él acabara con aquella agonía.

—Te deseo, Olivier. Te deseo mucho... Te deseo como no he deseado nunca a ningún hombre —gimió impaciente.

—Eso es lo que quería oír —dijo Olivier, esbozando media sonrisa de satisfacción.

Con la punta del miembro tanteó la entrada. No quería que ocurriera lo mismo que había ocurrido unas horas antes. Cuando comprobó que Noah estaba completamente receptiva a él, que su vagina estaba húmeda y resbaladiza, la penetró profundamente de una sola embestida.

—Ahhh... —gritó Noah.

Soltó el aire que estaba reteniendo en los pulmones.

—Dios, Noah, estás tan húmeda, tan cálida... —jadeó Olivier—. Qué bien se está dentro de ti.

—A mí me encanta que estés dentro de mí, Olivier —susurró Noah, rodeando su cintura con las piernas desnudas.

Olivier apoyó las palmas de las manos sobre el mármol y comenzó a bombearse contra Noah mientras la besaba apasionadamente. Entraba y salía de ella y volvía a entrar y a salir llevándola a cotas de placer que Noah jamás creyó que alcanzaría.

¿Qué le pasaba con ese hombre? ¿Por qué la excitaba tanto? ¿Por qué le

revolucionaba las hormonas con solo una mirada? El placer que le hacía sentir no era terrenal.

Olivier alzó la vista por encima del hombro de Noah y observó la imagen que se desarrollaba ante sus ojos a través del espejo. Era así como quería tener a la señorita Winter. Dominada por él, sometida a sus caprichos, a su merced...

Sonrió para sí mientras seguía hundiéndose en ella una y otra vez con fuerza. Sus caderas ganaron velocidad, introduciéndose más y más dentro. La sensación era increíble.

Noah comenzó a temblar de nuevo sacudida por el intenso placer que invadía su cuerpo. Se aferró con las manos a los grifos, clavando los dedos en el metal dorado.

—¡Olivier! —gritó.

Olivier la miró mientras se corría.

—Eso es, Noah. Córrete otra vez—susurró en tono grave casi sin aliento—. Quiero ver cómo te corres...

Las entrañas de Noah se contrajeron en torno al miembro de Olivier. Fue lo único que él necesitó para dejarse ir. Apretó las manos contra el mármol y besó a Noah en la boca mientras la embestía una última vez con un gruñido áspero y agónico.

Olivier apoyó la frente en la de Noah y respiró pesadamente en su boca mientras trataba de recuperarse y volver a la realidad. Noah buscó sus labios y lo besó con suavidad, apenas una leve caricia, intentando recobrar el aliento.

Transcurridos unos segundos, Olivier le deshizo los nudos que la ataban a los grifos de los lavabos y la liberó. Sin bajarla de la encimera de mármol, le cogió las manos y se las masajeó cuidadosamente para restablecer la circulación, pues las tenía enrojecidas de la presión que habían ejercido sobre las muñecas los cinturones de los albornoces que había utilizado. Noah se dejó hacer.

—¿Estás bien? —le preguntó Olivier, mirándola a los ojos sin dejar de masajear sus manos.

—Sí, estoy bien, Olivier —respondió Noah con dulzura—. Será mejor que me duche, si no, no llegaré a tiempo a la sesión de fotos que van a hacer hoy

—dijo, rompiendo el silencio que había ocupado el cuarto de baño—. Voy a por mi vestido.

Olivier se limitó a asentir sin decir nada. Se apartó a un lado y dejó que bajara de la encimera. Noah se arrebuja la camisa de Olivier sobre el torso para cubrirse los pechos y se deslizó hasta el suelo.

Él la siguió con la mirada hasta que desapareció tras la puerta. Volvió la cabeza hasta que su rostro aún sofocado apareció en el espejo. Resopló y se pasó una mano por el pelo.

«¿Qué está pasando?».

—Noah, Noah es lo que está pasando —se respondió a sí mismo.

Quizá Noah pensara que era él quien la controlaba, pero, paradójicamente, en el fondo era ella quien lo controlaba a él. Y lo hacía a través del sexo y de esa atracción extrema y obsesiva que sentía, solo que ella ignoraba que tuviera ese poder sobre él. Olivier controlaba las situaciones, sí, pero Noah controlaba a la persona.

Se quitó el preservativo y lo tiró en la papelera.

Nunca había dejado que nadie lo controlara. En ninguno de los aspectos de su vida, y menos una mujer por medio del sexo. Pero las circunstancias parecían estar cambiando de pronto y todo se estaba complicando de una manera extraordinaria.

No podía dejar que aquello fuera por esos derroteros. No podía perder el control. Él siempre estaba alerta, atento; nunca perdía de vista su objetivo. Era lo que lo definía.

—¿Puedo ducharme? —preguntó Noah en esos momentos, interrumpiendo sus pensamientos.

Olivier se quedó mirándola unos segundos.

—Sí, claro —accedió.

Seguidamente se agachó, recogió la toalla del suelo y se la colocó de nuevo alrededor de la cintura.

—Gracias —dijo Noah cuando lo vio salir del cuarto de baño.

CAPÍTULO 61

Noah apenas conseguía concentrarse. Su mente no podía dejar de pensar en Olivier. Estaba echa un lío. Un auténtico lío. Por un lado, estaba emocionada e ilusionada y por otro confundida y algo asustada. Había sido lo suficientemente imprudente para caer en las redes de Olivier Brooks.

Y pese a que su sentido común le decía que quizá hubiera cometido un error, un tremendo error, su cuerpo todavía evocaba con precisión de cirujano las maravillosas sensaciones que había sentido entre sus brazos.

Giró el rostro y miró hacia la modelo que Leonard Lamar fotografiaba sin parar, pero no la veía, su mente seguía dando vueltas a lo que había sucedido con Olivier. Nunca se habría imaginado que algo como lo que había ocurrido pudiera llegar a pasar entre ellos. Menos teniendo en cuenta el modo en que se habían conocido. No se había olvidado de la arrogancia y la suficiencia con la que Olivier había entrado en la tienda el día que fue a anunciarle que él era el nuevo dueño.

Pero ella había descubierto que debajo de su máscara de frialdad y de la apariencia de hombre distante y prepotente, había otro de carne y hueso: humano. De no ser así no la hubiera tratado con la delicadeza con la que lo había hecho cuando ella había creado de forma inconsciente una barrera para, metafóricamente, no dejarlo pasar. Su vagina se había cerrado en banda. No sabía por qué había pasado, pero había querido que la tragara la Tierra. No sabía dónde meterse. Sin embargo, Olivier había sido extraordinariamente paciente con ella. Otro en su lugar se hubiera exasperado, o incluso se hubiera molestado por no poder llevar a cabo su intención. Pero él había sido dulce como Noah nunca pensó que podía serlo, y se había preocupado en todo momento de cómo estaba y de cómo se sentía.

—Noah... Noah... —La voz de Berta se metió en su cabeza, interrumpiendo sus pensamientos.

Noah pestañeó, volviendo en sí. Giró el rostro y miró a la mujer.

—Lo siento, Berta. ¿Qué me decías? —dijo.

—¿En qué estás pensando? Hoy andas en las nubes —bromeó ella.

Noah movió la cabeza.

—En nada importante —respondió.

—Mira, Leonard y yo preferimos estos vestidos con la playa de fondo, mejor que en el paseo marítimo.

Noah bajó la mirada hacia el Ipad que sostenía en las manos Berta.

—Dios mío... —murmuró, abriendo mucho los ojos y llevándose las manos al pecho—. Estas fotos son preciosas, Berta —comentó asombrada.

—¿Te gustan?

—¿Que si me gustan? Madre mía... Gustarme es quedarse corta. El contraste de la arena, con el agua cristalina y los modelos con los vestidos de fiesta mientras se sumergen en la playa es... No tengo palabras. Y la luz con ese toque mágico del atardecer... Ufff...

—Entonces, ¿nos quedamos con ellas?

—Sí, por supuesto que sí. Son mucho más bonitas y expresivas que las que se han hecho en el paseo marítimo.

—Pues no se hable más —atajó Berta—. Nos quedamos con las de la playa. Alargó la mano y le dio el Ipad a Noah.

—Haz una selección de las que más te gusten —le pidió.

—Vale —contestó ella.

En cuanto Berta se alejó en dirección a Leonard, Olivier volvió a instalarse en los pensamientos de Noah.

«¿Es que no hay forma de que salga de mi cabeza?», se preguntó en silencio.

Vinieron a su mente las palabras que le había dicho antes de salir de su habitación.

—Iré a buscarla a la hora de comer, señorita Winter. No quiero que le pase lo mismo que ayer.

Lo había dicho en tono serio, pero Noah había advertido un viso de juego en su voz.

—Está bien, señor Brooks —había respondido ella con media sonrisilla en los labios antes de abrir la puerta y abandonar la habitación.

Sería tonto negar que esperaba con impaciencia el momento de volver a

verlo. De hecho, no dejaba de mirar el reloj. Menos mal que las horas estaban pasando volando embebida en la vorágine de la última sesión de fotos que se estaba llevando a cabo.

Dejó escapar un suspiro.

—Por Dios, céntrate, Noah —se ordenó a sí misma.

Le devolvió la atención al Ipad y comenzó a pasar las fotos una a una con el dedo para elegir las que más le gustaban.

—¿Ha terminado, señorita Winter? —la sorprendió Olivier.

La pregunta sonó apenas como un susurro mientras le daba un sensual lametón en el lóbulo de la oreja.

CAPÍTULO 62

El sonido profundo de su voz hizo que a Noah se le acelerara el corazón. El Ipad bailó en sus manos. Volvió la cabeza hacia él y su suave cabello acarició la cara de Olivier.

—Pueden vernos —dijo Noah, al reparar en que algunas personas se habían girado hacia el lugar donde estaban y los miraban con curiosidad, entre ellas, Berta.

—¿Y crees que me importa lo más mínimo? —respondió Olivier con suficiencia, ignorando quienes pudieran estar viéndolos.

Noah se movió en el sitio. A Olivier no le importaba en absoluto, pero ella no podía evitar sentir cierto pudor.

—No, ya sé que no, pero estoy trabajando —se excusó.

Olivier mantenía una expresión neutra en el rostro, pero eso no impidió que Noah sintiera que se le encendía la sangre como si tuviera fuegos artificiales dentro de las venas. ¿Cómo podía excitarla tanto solo con su mera presencia?

—Voy a tener que encargarme personalmente de quitarle ese pudor —apuntó Olivier.

Sus ojos oscuros devoraban el cuerpo de Noah como si quisiera follarla allí mismo. Ella carraspeó nerviosa. Notó como se ruborizaba hasta la raíz del pelo. Olivier se inclinó de nuevo sobre ella.

—Por cierto, no me ha contestado, ¿ha terminado? —repitió la pregunta en tono serio.

—Sí, he terminado —respondió Noah, metiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Entonces, nos vamos a comer —dijo Olivier.

—Antes voy a llevar el Ipad a Berta —apuntó Noah.

Olivier asintió.

Noah echó a andar y se acercó a Berta.

—He creado un álbum con las fotos que he seleccionado —le explicó.

—Perfecto. Gracias —le agradeció Berta.

—Me voy a comer.

Berta miró a Olivier por encima del hombro de Noah.

—Corre, no hagas esperar al señor Brooks —dijo con un matiz pícaro en la voz.

Noah bajó la cabeza antes de que Berta viera que se había puesto roja.

—Te veo más tarde —se despidió.

—Hasta luego —dijo Berta.

Fueron al mismo restaurante en el que habían estado la noche anterior, con la diferencia de que Olivier se había encargado personalmente de coger un reservado.

Condujo a Noah a través del comedor con la mano apoyada en la parte baja de la espalda. Aquel gesto le resultaba a ella protector a la par que sensual.

La estancia a la que los llevó el metre era un lugar íntimo y sofisticado, con paredes de ladrillo cara vista de color blanco satinado y elegantes asientos de cuero negro. La mesa, situada en el centro, era muy amplia pese a que estaba dispuesta para dos comensales. Estaba iluminada por varias velas de color plateado y decorada con una orquídea rosa de tallo largo que descansaba en un búcaro de cristal.

Mientras esperaban que les trajeran los platos que habían pedido, Olivier sirvió un poco de vino tinto en las respectivas copas.

—No debería beber vino —comentó Noah en tono distendido.

—¿Por qué?

—Porque enseguida se me sube a la cabeza.

Olivier sonrió.

—No creo que por una copa pase nada —apuntó.

—Conmigo nunca se sabe... —bromeó Noah, mirándolo con expresión risueña.

Olivier la observó con los ojos entornados.

—No me importaría verte bailar desnuda encima de la mesa —dijo.

—Eso no sería muy correcto —dijo Noah.

—Sería correcto si yo lo digo —atajó Olivier.

Noah no dudó ni por un momento que así sería. Olivier Brooks era una de

las personas más poderosas que conocía.

—Supongo que son las ventajas que tiene ser tan asquerosamente rico — dijo, como un pensamiento en alto.

De inmediato se mordió los labios.

—No lo sabes bien, aunque ser tan asquerosamente rico también tiene sus inconvenientes.

Olivier dejó la botella de vino a un lado.

—Ya... Supongo —murmuró Noah en tono de disculpa.

Alargó el brazo, cogió su copa y se la acercó a los labios. Fue en ese instante cuando Olivier reparó en las marcas rosadas que atenuaban sus muñecas. Dejó que Noah apoyara la copa de nuevo en la mesa y le cogió la mano.

—Las ataduras te han dejado marcas —dijo con visible apuro.

—Es lo que pasa cuando se tiene la piel extremadamente blanca —explicó Noah, restando importancia al asunto.

Olivier pasó el dedo pulgar por las huellas que había dejado el cinturón del albornoz en su piel. Noah lo miraba con suma atención.

—¿Te duele? —le preguntó.

CAPÍTULO 63

—No —negó ella. —Olivier observó de nuevo las marcas—. Tengo la piel un poco más sensible, pero nada más —quiso dejarle claro.

—No deberías tirar tanto de las ataduras —comentó Olivier.

—No... No puedo evitarlo —dijo Noah.

Olivier apartó los ojos de las marcas rosadas y la miró fijamente.

—Noah, ¿te gusta? —le preguntó directamente.

—¿Que me ates? —preguntó ella.

—Sí.

—Sí, Olivier. Me gusta.

—Quiero que me digas la verdad —insistió Olivier, lanzándole una mirada sombría—. No en todos los aspectos me gusta imponer mi voluntad. El sexo es uno de ellos. Me gusta que mis amantes disfruten tanto como disfruto yo. Me gusta que giman, que griten, que se retuerzan de placer, que se corran para mí...

—Te estoy diciendo la verdad. Me gusta —se apresuró a decir Noah, sin dudar—. Es... excitante —añadió en tono confidencial.

Y no mentía.

Ella misma se había sorprendido de su propia reacción. Pese a la vulnerabilidad y la indefensión que suponía tener las manos atadas, se había sentido muy excitada, y extrañamente libre. Libre. Solo tenía que dejarse llevar y disfrutar del placer que le brindaba Olivier.

Olivier volvió a pasar el pulgar por la fina piel de su muñeca. ¿Qué demonios le pasaba? No era la primera vez que veía marcas en el cuerpo de una mujer, incluso él mismo las había infligido. Pero verlas en Noah era distinto...

La puerta del reservado se abrió, interrumpiendo la escena. Noah aprovechó para recuperar la mano, aunque hubiera dejado que Olivier se la acariciara durante todo el día.

Una atractiva camarera morena, de largas piernas y figura escultural entró.

—Señor Brooks, bienvenido —dijo, regalándole una sonrisa coqueta. Olivier asintió con indiferencia.

La camarera después miró a Noah, pero no se molestó en saludarla. Estaba claro que solo le interesaba Olivier.

—Aquí tienen lo que han pedido —continuó, mientras dejaba los platos sobre la mesa—. Que les aproveche, señor Brooks —les deseó, aunque se había dirigido solamente a Olivier.

Enfiló los pasos hacia la puerta y finalmente salió del reservado. Noah puso los ojos en blanco.

—¿Ocurre algo? —preguntó Olivier, a quien no le pasó desapercibido su gesto.

—¿Has visto qué descarada? —Noah hubiera querido morderse la lengua, pero no pudo.

—¿Te refieres a la camarera?

—¿A quién sino? Estaba coqueteando contigo sin importarle siquiera que yo estuviera aquí. «Señor Brooks, bienvenido», «Aquí tienen lo que han pedido, señor Brooks», «Que les aproveche, señor Brooks» —se burló, imitando la voz cantarina de la camarera y haciendo muecas con la boca.

Olivier sonrió para sus adentros. Noah estaba celosa.

—No estaba coqueteando, estaba siendo simpática. Es parte de su trabajo —apuntó en tono pausado para picarla mientras cogía el cuchillo y el tenedor.

—Si usted lo dice, señor Brooks —dijo Noah, usando un tono irónico. Era evidente que Olivier sabía qué efecto tenía en las mujeres.

Olivier no pudo evitar soltar una carcajada. Noah lo miró con extrañeza.

—¿Está celosa, señorita Winter? —le preguntó Olivier.

Noah enderezó la espalda en la silla.

—¿Yo? ¿Celosa? Para nada —atajó rápidamente, fingiendo indignación.

—Yo creo que sí que estás celosa —se reafirmó Olivier—, como el día que viste a mi hermana en el despacho —agregó divertido, llevándose tranquilamente el tenedor a la boca.

«Oh, no... ¿Cómo puede acordarse de eso?», se preguntó Noah en silencio, al tiempo que su rostro se ponía rojo como un tomate evocando el momento en

que vio a Helen. Había sido el día que había acudido a su despacho para hablar sobre las condiciones del acuerdo que iban a llevar a cabo. Olivier tenía razón, lo primero que había pensado es que era su novia. Ni siquiera había reparado en el parecido físico que había entre ambos.

—No estaba celosa —se defendió como buenamente pudo—. Simplemente no veía necesario que me llevaras a casa si ya habías quedado con tu hermana para llevarla a ella.

—Si usted lo dice, señorita Winter —dijo Olivier, utilizando la misma frase que había utilizado ella.

Noah lo fulminó con la mirada. ¿Ya estaba de nuevo Olivier Brooks con sus ironías? Sí, sus ojos oscuros estaban llenos de humor.

—¿Nunca te han dicho que estás preciosa cuando te enfadas? —bromeó Olivier—. Tanto que me dan ganas de follarte aquí mismo —añadió tajante.

Noah tragó saliva.

—Será mejor que te comportes —le advirtió.

—¿Y si no quiero comportarme? —la desafió Olivier sin apartar la mirada de su rostro—. ¿Y si no quiero portarme bien?

—Eres como un niño —dijo Noah.

—Sí, soy como un niño caprichoso.

«Y mi capricho ahora eres tú», afirmó Olivier para sí.

El teléfono de Olivier sonó. Se abrió un poco la chaqueta y con ojos perezosos apartó la vista de Noah y la arrastró hasta la pantalla del móvil.

—Dime, Helen —contestó tras descolgar.

—Hola, Olivier. ¿Qué tal? —se interesó su hermana.

—Muy bien —dijo Olivier, mirando nuevamente a Noah, que había empezado a comer.

—Te llamo para preguntarte si vuelves hoy de Malibú.

—No, me quedaré hasta mañana. Hay un asunto del que me tengo que encargar aquí.

Por el tono sugestivo que había utilizado para responder a su hermana y el modo en que la miraba en esos momentos, Noah sabía que se estaba refiriendo a ella. De pronto sintió una oleada de deseo y notó como sus pezones se endurecían.

«Mierda...», se dijo, encorvándose ligeramente para que no se le notaran.

Pero Olivier debió de darse cuenta, porque sonrió travieso.

Noah bajó los ojos hasta el plato y disimuló.

—Entiendo... —dijo Helen con suspicacia, oliéndose lo que había detrás de la intención de Olivier de quedarse en Malibú un día más—. Entonces, ¿voy yo a la subasta que va a tener lugar a primera hora? —le preguntó.

—Sí —afirmó Olivier—, y asegúrate de que nuestra puja sea la más alta. Quiero ese edificio.

—Me aseguraré de que ganemos la puja —dijo Helen al otro lado de la línea—. Sé el interés que tienes en ese edificio.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —ordenó Olivier.

—Lo sé. Te llamaré en cuanto haya acabado. Hasta mañana —se despidió Helen.

—Adiós.

Olivier colgó la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta con un movimiento elegante.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó a Noah, acariciándose con los dedos la angulosa mandíbula.

—Estábamos comentando lo sabrosa que está la comida —respondió ella, risueña.

Olivier rio al ver el modo infantil en que trataba de cambiar el rumbo de la conversación.

—Eres fascinante —dijo de pronto.

Noah lo miró.

—¿Fascinante? ¿Cómo un unicornio? —bromeó.

—Como un unicornio —repitió Olivier transcurridos unos segundos, rendido a su encanto.

CAPÍTULO 64

—Que no nos moleste nadie —ordenó Olivier con voz seria a la camarera morena cuando les llevó el postre.

Ella lo miró extrañada, sin saber muy bien el significado de aquella petición, pero no dijo nada.

—Por supuesto, señor —asintió simplemente.

Olivier esperó a que la camarera saliera del reservado y cerrara la puerta, para dedicarse a mirar a Noah. Apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos y entornó los ojos. Decidida a que el minucioso escrutinio de Olivier no la intimidara, extendió la mano fingiendo despreocupación y cogió la cucharilla que había delante del plato. Pero no lo consiguió. Carraspeó, nerviosa.

—¿Qué? —preguntó incómoda.

—¿Sabes lo que va a pasar ahora? —le dijo Olivier.

—Sí.

—¿Y quieres que pase?

—Sí —afirmó Noah.

Olivier esbozó media sonrisa sin despegar los labios.

—¿Puedes dejar de mirarme así? —protestó Noah.

—Así, ¿cómo? —dijo pausadamente Olivier.

—Del modo en que lo haces. No sé lo que estás pensando y eso me pone nerviosa —contestó Noah, jugueteando con el pendiente que colgaba de su oreja.

La sonrisa de Olivier se amplió.

—En estos momentos estoy pensando en qué utilidad puedo darle a tu preciosa boca —dijo.

A Noah se le cortó la respiración al ver que él le miraba los labios.

—¿Y se te ha ocurrido algo? —preguntó, observándolo por debajo de la línea de las pestañas. Los ojos de Olivier rezumaban deseo.

—Sí.

—¿Qué?

—Quiero que me hagas una mamada —respondió sin rodeos.

Olivier estudió la reacción de Noah. No quería que hiciera nada de lo que no estuviera completamente convencida o no estuviera a gusto. A ella se le iluminó el rostro. Quería devolverle a Olivier algo del placer que él le daba a ella.

—Ven —le pidió Olivier.

Noah se levantó, rodeó la mesa y se dirigió a Olivier, que la esperaba con la mano extendida. Ella la tomó.

—Arrodíllate —indicó.

Noah hizo lo que le pidió y se postró de rodillas frente a él. Olivier deslizó el nudo de la corbata hasta el extremo y se la quitó.

—Pon las manos en la espalda —le ordenó.

Noah colocó las manos en su espalda tal como le dijo Olivier.

—Muy bien —murmuró él, satisfecho por la obediencia de Noah.

Le cogió las muñecas y se las ató por detrás con la corbata haciendo un par de nudos. Noah sintió una punzada de excitación al notar la suave seda sobre su piel.

—¿Está muy apretado? —preguntó Olivier.

Noah negó con la cabeza.

—No —verbalizó.

Olivier se reclinó sobre el respaldo de la silla, abrió ligeramente las piernas y se bajó la cremallera del pantalón, preparándose para el delicioso placer que iba a recibir.

Se sacó el miembro duro y enhiesto y acercó el rostro de Noah a él.

Noah abrió la boca y Olivier fue introduciéndole su erección. Lanzó al aire un suspiro de placer cuando notó sobre su pene los suaves labios de Noah.

—¡Dios mío, Noah! ¡Es maravilloso! —siseó entre dientes.

Poco a poco fue ganando profundidad y velocidad. A Noah le hubiera gustado utilizar también la mano, para incrementar el placer, pero era imposible dado que las tenía atadas a la espalda.

—Sí, así... Oh, sí, pequeña... —gimió Olivier mientras la lengua de Noah

lamía su miembro con avidez.

Olivier le pasó la mano por la nuca y empujó la cabeza de Noah hacia él. Quería meterse más en su boca. Tanteó el hueco, despacio. No quería que se ahogara.

Para su sorpresa lo aguantó bien.

La profundidad que estaba adquiriendo la mamada lo estaba volviendo loco de placer.

¿Cómo podía Noah tener ese efecto tan devastador en él? ¿Cómo podía llevarlo a esas cotas de placer solo por ser ella? Le habían hecho mil mamadas a lo largo de su vida, pero ninguna como aquella.

«¡Joder! ¡Es brutal!».

Echó la cabeza de Noah hacia atrás y sacó el miembro de su boca.

—No quiero correrme en tu boca —le dijo con la voz entrecortada—. No quiero correrme todavía; quiero disfrutar de ti un poco más...

Metió la mano en el bolsillo del pantalón, extrajo un condón de la cartera y se lo puso.

—Colócate encima de mí —le indicó a Noah.

Ella se sentó a horcajadas encima de él, dándole la espalda. Olivier le subió la falda, le apartó el tanga y fue introduciéndose poco a poco en ella. Noah lanzó al aire un fuerte gemido cuando la llenó por completo.

Mientras una de las manos de Olivier se colaba entre la camiseta y le acariciaba el pecho, la otra viajaba hasta su clítoris y con los dedos comenzada a trazar círculos sobre los pliegues húmedos, provocando que Noah se retorciera sobre él.

—¿Te gusta lo que te hago? —le susurró Olivier al oído, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Su voz recorrió las venas de Noah, haciendo que se estremeciera.

—Sí —respondió en un suspiro.

—¿Te gusta cómo te follo?

—Sí, Olivier, sí —jadeó ella, al borde del precipicio.

—Dímelo —le ordenó él.

—Me gusta cómo me follas —dijo Noah.

—Más alto, Noah —pidió, entrando y saliendo de ella mientras seguía

dándole placer en el clítoris.

—Me gusta como me follas —repitió ella.

—Así me gusta... —susurró Olivier.

Aumentó el ritmo de sus movimientos y se introdujo más dentro. Noah no podía aguantar más.

—No aguanto más, Olivier... —gimió en tono agónico, mordiéndose el labio inferior—. No... No aguanto más...

—Córrete... —dijo él—. Córrete ahora. Vamos, Noah, córrete ahora.

Ella sintió un escalofrío de placer a lo largo de la columna vertebral. La sensualidad de la voz de Olivier sonaba tan posesiva que parecía estar declarándose su dueño.

—Sí... Oh, sí... —dijo Noah.

Su cuerpo estalló. Echó hacia atrás la espalda, convulsa por los estremecimientos del orgasmo. Olivier la sujetó contra su torso mientras la abrazaba con fuerza.

—Eso es... córrete. Córrete para mí. Córrete ahora... Ahora, Noah —murmuró entre dientes, al tiempo que él también alcanzaba el orgasmo.

Se agitó en la silla con una oleada de intensísimas sacudidas que lo recorrieron de los pies a la cabeza. Soltó el aire de los pulmones y apoyó la frente en la espalda de Noah.

Durante unos segundos trató de regular la respiración, pero era imposible, su corazón iba a mil por hora.

—Dios mío, Olivier... —musitó Noah con el cuerpo flojo.

—No sabes cómo te deseo. No lo sabes... —dijo él, asombrado por la intensidad con la que Noah era capaz de ponerlo a mil en un segundo.

Noah suspiró largamente.

—Y yo a ti... —susurró.

Olivier llevó las manos hasta las ataduras de sus muñecas y con dedos ágiles quitó los nudos de la corbata para liberarla.

Durante un rato ambos se mantuvieron en silencio, mientras Olivier masajeaba las manos de Noah para restablecer la circulación.

—Puede entrar alguien y vernos, Olivier —dijo ella preocupada.

Olivier se limitó a volverle el rostro con los dedos y besarla

apasionadamente hasta dejarla sin aliento. No le importaba lo más mínimo que alguien del restaurante entrara en el reservado y los viera follando. Quien osara desobedecer su orden de que no los molestaran terminaría despedido. Él se encargaría personalmente de que fuera así. No le temblaría el pulso.

A Noah se le derritió el corazón cuando advirtió la mirada traviesa y pícara de sus ojos oscuros. Le encantaba que Olivier tuviera tanta seguridad en sí mismo; que controlara las situaciones de ese modo tan extraordinario. Como si tuviera el mundo a sus pies. Era excitante...

CAPÍTULO 65

Noah se dejó caer sobre la cama. Su pelo dorado se esparció por el edredón formando una especie de aura alrededor de su cabeza. Resopló, soltando todo el aire que tenía en los pulmones.

—Ha sido el fin de semana más maravilloso de mi vida —se afirmó a sí misma.

Y lo había sido.

En todos los aspectos imaginables.

El primer día, el viernes, nada más llegar a Malibú, Olivier le había dicho con voz firme que iba a tratar de que fuera un fin de semana inolvidable para ella; y lo había cumplido, con creces.

—Ya lo creo que ha sido un fin de semana inolvidable. El más inolvidable de mi vida —murmuró, pasándose la mano por la frente—. Él se ha ocupado personalmente de que no lo olvide jamás.

Se movió ligeramente encima del colchón. Le dolía la entrepierna y tenía agujetas en los muslos.

Olivier Brooks era un hombre abrumador. Tremendamente abrumador. Y tremendamente pasional. ¿Cuántas veces habían follado? No tenía ni idea. Solo se acordaba de que lo habían hecho otras dos veces en su avión privado cuando regresaban a Nueva York.

Pero ahora tenía que poner los pies en la realidad.

Levantó las manos y se observó las marcas rosadas que surcaban sus muñecas. Pasó las yemas de los dedos por una de ellas.

¿Por qué Olivier siempre la ataba? ¿Por qué siempre le pedía —ordenaba, más bien—, que le dijera que lo deseaba, que necesitaba que la follara? ¿Por qué se lo tenía que pedir «por favor»? ¿Era simplemente un juego? ¿O había algo más profundo? ¿Más oscuro?

¿A qué podía ser debido?, se preguntó.

Cogió el móvil y trató de buscar en Internet algo de información de Olivier

Brooks. Tecleó el nombre en *San Google* y esperó unos segundos para obtener una respuesta. Para su sorpresa, apenas había información personal de él, solo que todos los años era elegido como uno de los hombres más elegantes del país y que contaba con una de las mayores fortunas de EE. UU.

—Al parecer es muy celoso de su vida privada —dijo Noah, pinchando otros enlaces con la esperanza de obtener algún dato más interesante.

No tuvo suerte.

Era extraño que siendo un empresario tan poderoso hubiera tan poca información de él. Sobre todo, en los tiempos que se corren. En ningún lado se hablaba de sus ligues, de su infancia, de su familia... En ningún lado había una biografía de él, por mínima que fuera, excepto la que explicaba detalladamente su patrimonio actual.

Frustrada, dejó el móvil sobre la cama y suspiró. Olivier Brooks era todo un misterio. Un misterio que se comportaba como un diablo y que follaba como un ángel.

—El edificio es nuestro —anunció Helen, satisfecha, dejando una carpeta de solapas negras delante de Olivier—. Ahí tienes el precio final.

—Buen trabajo —dijo él.

Abrió la carpeta y echó un vistazo al informe que contenía.

—*Palm Group* nos lo puso difícil porque pujó hasta el último momento, pero al final pude con ellos.

—Esto merece que te suba el sueldo —bromeó Olivier.

Helen sonrió.

—Veo que estás de muy buen humor —observó.

Olivier no dijo nada, pero Helen no dejó de mirarlo.

—¿No tienes nada que contarme? —le preguntó, enarcando las cejas.

Olivier levantó la vista y la miró por encima del borde de la carpeta.

—Helen, no tengo quince años, no soy un adolescente —protestó—. Además, no hay nada que contar —repuso de inmediato.

Pero Helen sabía que no era cierto. Nunca había curioseado nada acerca de las mujeres que Olivier se llevaba a la cama. Era algo que le daba igual. Pero intuía que Noah Winter no era para él como las demás. Y eso abría una brizna de esperanza en ella...

—Venga, Olivier, reconoce que esa chica con la que has ido a Malibú no es para ti como otras —trató de sonsacarle—. ¿Cuándo le has concedido a una mujer más de una noche? ¿Cuándo has dejado de acudir a una reunión de trabajo por estar con una mujer? ¿Tú, que eres *Don Perfecto*? —le preguntó. Guardó silencio antes de decir—: ¿Te gusta Noah Winter?

Olivier cerró la carpeta y se echó hacia atrás en el enorme asiento de cuero.

—No, Helen, no. Noah Winter no me gusta. No del modo al que te refieres —respondió tranquilamente, haciendo añicos las esperanzas de su hermana—. Es cierto que siento una fuerte atracción sexual hacia ella, más de la que he sentido por otras mujeres, pero no hay nada más.

Helen dejó caer los hombros.

—¿Estás seguro?

Olivier esbozó media sonrisa.

—Siento decepcionarte —fue su irónica respuesta—. Pero no tengo ninguna intención de entablar una relación sentimental con Noah Winter —añadió—. Ni con Noah Winter ni con ninguna otra mujer.

Olivier no iba a implicarse emocionalmente con Noah. Él no era un hombre de compromisos ni de nada que se le pareciera, pero seguiría aprovechándose del placer que le proporcionaba su cuerpo y la fuerte atracción sexual que sentía. Y cuando se saciara por completo, cuando se cansara de ella, la mandaría donde mandaba a las demás.

Sonrió maliciosamente para sí.

Las mujeres, incluida Noah, no eran para él más que meros instrumentos con los que satisfacer sus instintos primarios. Nada más.

CAPÍTULO 66

—¿Te apetece un café? —La voz de Todd hizo que Noah se diera la vuelta.

Todd estaba en mitad de la tienda con su pelo por los hombros, su habitual aire despreocupado y dos vasos de café de Starbucks en las manos.

—¡Todd! —exclamó.

Corrió hacia él y lo abrazó.

—Cuidado, que se me van a caer los cafés —dijo él en tono de broma, tratando de no derramar el contenido de los vasos del famoso establecimiento.

—Ay, lo siento, lo siento... —dijo Noah frunciendo la nariz al tiempo que lo soltaba.

Todd alargó el brazo hacia ella.

—Uno con leche y mucho azúcar para ti —le ofreció.

—Mil gracias —le agradeció Noah—. No sabes cuánto echo de menos tus cafés a media mañana, y eso que no hace ni una semana que dejaste de trabajar en la floristería —dijo con anhelo.

—Y yo echo de menos traértelos —dijo Todd.

—Pero dime, ¿qué haces por aquí?

—Tengo una entrevista de trabajo en una cafetería que hay al final de la calle y antes quería pasar a verte.

—Pues ha sido una buenísima idea, así puedo desearte suerte antes de que la hagas —dijo Noah.

—Gracias —le agradeció Todd—. ¿Qué tal te ha ido en Malibú?

—¡Genial! ¡Ha sido genial! —exclamó Noah, entusiasmada. Los ojos le brillaban con un destello de júbilo—. El equipo que se ha encargado de realizar el reportaje se ha portado muy bien conmigo. No tengo palabras... De verdad que no las tengo... Han tenido en cuenta mi opinión en todo momento. ¿Y sabes quién ha hecho las fotos? —No dejó que Todd respondiera—. Leonard Lamar, uno de los mejores fotógrafos del panorama nacional e internacional.

—Me alegro un montón por ti, Noah —dijo Todd, contagiado por su alegría. Noah sonrió. Sabía que Todd era sincero y que se alegraba por ella.

—Lo sé —dijo.

—¿Y qué tal con Olivier Brooks? —curioseó Todd.

Noah carraspeó y, nerviosa, se apartó algunos mechones de pelo de la cara.

—Bien... Bueno, ya sabes... —titubeó. Carraspeó de nuevo.

Todd ladeó la cabeza, buscando su mirada, pero Noah la esquivó.

—Noah, ¿ha pasado algo? ¿Ese hombre te ha tratado mal? Porque si te ha tratado mal, voy a su despacho y le parto la ca... —dijo con los dientes apretados.

—No, no, no... —se apresuró a interrumpirlo Noah, al ver hacia donde iban sus pensamientos—. Olivier se ha portado... muy bien conmigo.

Todd notó algo extraño en el tono de voz de Noah.

—¿Olivier? ¿Ya no es el señor Brooks?

Noah tragó saliva e hizo una mueca con la boca.

—Ay, Todd... —comenzó—. A ti no puedo engañarte y, además, necesito contárselo a alguien.

—¿Contar el que?

Noah apretó los labios.

—Me he liado con Olivier Brooks —dijo al fin.

—¿Qué? ¿Te has liado con él? —repitió Todd con incredulidad.

—Sí. No sé cómo ha ocurrido, pero...

Todd sacudió la cabeza y miró a Noah con decepción en los ojos.

—Al final ese cabrón se ha salido con la suya y tú has sido lo suficientemente tonta para caer en sus redes —soltó, invadido por una ira que estaba haciendo efervescencia en sus venas.

Noah frunció el ceño, confusa por la reacción de Todd.

—¿De qué...? ¿De qué hablas, Todd? —le preguntó.

—Dijimos que ese hombre era peligroso, Noah, que solo usa a las mujeres para satisfacer sus necesidades, que solo se preocupa de su trabajo. ¿Es que no te quedó claro? —le reprochó.

—Deja de hablarme como si fuera estúpida, porque no lo soy —replicó ella—. Olivier no me ha engañado para llevarme a la cama como quien engaña a

una niña pequeña con un caramelo. Soy consciente de quién es y de lo que ha pasado entre nosotros.

Todd dio un paso hacia adelante y miró fijamente a los ojos a Noah.

—¿Te gusta ese hombre? ¿Estás enamorada de él? —le preguntó directamente.

Noah guardó silencio. Un silencio ensordecedor que lo decía todo. Todd bufó.

—Eres una ingenua —dijo, llevado por los celos que en esos momentos le quemaban el cuerpo.

Noah abrió los brazos.

—Pero ¿qué mosca te ha picado, Todd? —inquirió. No entendía la desmedida reacción que estaba teniendo su amigo.

—¡Ninguna! ¡No me ha picado ninguna mosca! —exclamó, dejando ver su enfado—. Pero sé que ese hombre te va a hacer daño, Noah. Lo sé. Te va a hacer mucho daño —enfaticó con el dedo.

—Ese es mi problema, Todd —atajó Noah, tratando de mantener la calma.

Todd apoyó la mano en la cadera y resopló, impotente.

—Tengo que irme, voy a llegar tarde a la entrevista —dijo en tono cortante.

Se giró y sin despedirse siquiera echó a andar. Noah guardó silencio mientras Todd salía de la tienda.

—¿Qué puta mosca le ha picado? —masculló, visiblemente molesta y confundida por la escena que acababa de desarrollarse.

CAPÍTULO 67

Todd iba por la calle echando chispas.

—¡Ese cabrón se ha salido con la suya! ¡Se ha salido con la suya! — mascullaba sin parar mientras avanzaba por la acera dando zancadas.

Llevado por una mezcla de rabia, celos e impotencia, dio una patada a una papelera. Varios transeúntes se le quedaron mirando, pero Todd no respondió a sus miradas reprobatorias. Únicamente se limitó a apretar los dientes y a seguir su camino.

¿Cómo podía ser Noah tan tonta? ¿Tan ingenua? ¿Cómo podía haber caído en su trampa? ¿Acaso no sabía lo que Olivier Brooks pretendía con ella desde el principio? ¿Acaso no lo sabía?

—Idiota. No has sido más que una idiota —refunfuñó.

Pero lo peor no es que Noah se hubiera liado con Olivier Brooks, lo peor es que ese tiparraco le gustaba. No le había negado que no fuera así, no le había negado que no estuviera enamorándose de él.

Todd resopló al tiempo que se pasaba la mano por el pelo.

¿Por qué las mujeres siempre se sentían atraídas por los chicos malos? ¿Por aquellos que sabían que les iban a hacer daño? ¿Qué veían en ellos? ¿Era la seguridad en sí mismos que tenían? ¿Era su narcisismo? ¿El peligro? ¿El desafío que supone conquistarlos?

«¿Qué?», no paraba de preguntarse.

Todd no se tenía por un santo. Desde luego no lo era. Así lo abalaba su lista de conquistas, pero para Noah él era el chico bueno comparado con Olivier Brooks; un simple amigo. Quizá ese era el problema, que eran amigos, y ella solo lo veía como tal, como un hermano al que contarle sus problemas y pedirle consejo.

Para Todd, en cambio, Noah era algo más, o pretendía que fuera algo más. Se había enamorado de ella el primer día que la había visto en la tienda. Había sido un flechazo; amor a primera vista. Había ido a media mañana a

verla para darle la bienvenida, y se había quedado obnubilado con sus ojos azules y su pelo dorado. Él, que era de morenas, se había enamorado de una rubia.

Pero había aparecido el magnánimo y atractivísimo Olivier Brooks en escena y a Noah le gustaba. Le gustaba...

—¡Joder!

Su predicción se había cumplido. Su intuición le había dicho que aquel viaje a Malibú iba a tener consecuencias, que no era solo un viaje de negocios, y no se había equivocado. Una vocecita interior le había advertido de lo que iba a suceder entre Noah y Olivier Brooks, y había dado completamente en el clavo. Olivier había aprovechado su posición, su poder y la proximidad que daba compartir espacio para llevarse a Noah a la cama.

—¡No eres más que un cabrón, Olivier Brooks! ¡Un cabrón! —dijo con rabia, apretando los puños.

¿Qué se pensaba Noah que iba a pasar ahora? ¿Creía que Olivier le iba a entregar su corazón? ¿Que se iba a enamorar de ella? ¿Que le iba a jurar amor eterno?

Los hombres como él no se enamoraban, y menos de chicas como Noah. A ellas solo las utilizaban para divertirse un rato. Nada más. ¿Cómo había caído en eso? ¿Cómo?

Y encima con un tipo tan despreciable como Olivier Brooks. Un tipo déspota, arrogante y mal educado que miraba a la gente como si fueran insectos molestos.

Todd negó para sí con la cabeza.

Noah era demasiado buena para él.

CAPÍTULO 68

Unos nudillos golpearon un par de veces el cristal de la puerta de la tienda. Noah se giró hacia el reclamo. El corazón le dio un vuelco. Una sonrisa se dibujó en sus labios rosados cuando vio que era Olivier. Lo saludó efusivamente con un gesto de la mano. Dejó la camiseta que estaba doblando encima del mostrador y se dirigió a abrirle.

—Hola —dijo.

—Hola —correspondió él.

Noah se hizo a un lado y Olivier entró. El sensual olor a sándalo de su colonia le invadió las fosas nasales. Olivier echó un vistazo al perímetro de la tienda mientras ella le seguía con la mirada. ¿Eran imaginaciones suyas o estaba más guapo que nunca?, se preguntó Noah.

Llevaba un traje ajustado negro con una camisa del mismo color y una corbata fina en una tonalidad anaranjada. Zapatos perfectamente lustrados y un pelo impecable, como un modelo de pasarela. Las facciones del rostro parecían haberse marcado más aún, haciéndolo más varonil. ¿Cómo podía ser un ser humano tan físicamente perfecto?

—¿Has acabado? —le preguntó Olivier a Noah, arrancándola de sus pensamientos.

—No —negó—, tengo que terminar de colocar en el almacén la ropa que hay en el mostrador. ¿Por qué? —preguntó ella a su vez.

Olivier la miró con ojos hambrientos, como un león a una gacela.

—Quiero llevarte a mi casa —dijo—. Tengo ganas de ti. Muchas ganas —confesó sin pudor. El deseo estaba impreso en su rostro.

Noah sintió que una ola de calor le trepaba por los pies hasta instalarse en la entrepierna. Echó a andar, para dejar atrás la tentación de saltarle encima a Olivier. Iba hacia el mostrador cuando él la interceptó. La aferró de la cintura con firmeza y dando un paso hacia adelante la atrapó contra la barra. Después hizo descender las manos y la apretó con fuerza el culo.

—Te follaría ahora mismo, Noah —dijo, exhalando el aliento cálido sobre sus labios.

La voz de Olivier se volvió peligrosamente sensual. Noah sonrió.

—Pero no podemos, nos verían a través de los cristales y escandalizaríamos a todo Nueva York —objetó risueña.

Olivier suspiró, conteniéndose las ganas.

—Lo sé... —anotó.

Noah vio en sus ojos la lucha interna entre el deseo y la cordura y decidió poner tierra de por medio. Le dio un beso fugaz en los labios y se giró, pero Olivier le cogió el rostro entre las manos y la besó desenfrenadamente. Antes de que Noah pudiera reaccionar, Olivier le había metido la lengua en la boca e inspeccionaba con ella cada recoveco. Noah no pudo hacer otra cosa que dejarse llevar.

—Olivier, no podemos hacerlo aquí... —susurró Noah, al tiempo que deshacía el beso.

—¿Cómo puedes ponerme así? ¿Cómo? —habló él en su boca, con asombro en la voz. El modo en que reaccionaba su cuerpo ante Noah no dejaba de sorprenderlo.

—Olivier... —volvió a susurrar Noah en un tono que rayaba la súplica.

En esos momentos carecía de la fuerza de voluntad suficiente para alejarse de él y cortar la situación.

—Deja que termine de recoger esto y me llevas donde quieras —propuso, al borde del precipicio.

Olivier pareció pensar en ello unos instantes. ¿Qué otra opción tenía?

—Está bien... —accedió, aunque no sin cierta reticencia.

Haciendo un esfuerzo dio un paso hacia atrás, separándose de Noah.

—Solo serán unos minutos —dijo ella.

—Te ayudo —se ofreció Olivier.

Noah enarcó una ceja.

¿Olivier Brooks cargando ropa y colocándola en el almacén con su caro e impecable traje? No lo terminaba de ver.

—Estooo... ¿estás seguro? —le preguntó.

Las comisuras de los labios de Olivier se elevaron en una sonrisilla.

—¿Crees que no soy capaz? —la retó.

—Sí, claro que sí —respondió Noah—, pero no te veo yo muy de trabajar en la parte baja de la escala —comentó con mordacidad.

—Anda, dime qué tengo que llevar al almacén —dijo Olivier.

Noah se dio la vuelta y cogió una pila de camisetas que había en el mostrador.

—Aquí tienes —dijo, poniéndola en las manos de Olivier.

Él asintió con la cabeza entre divertido y obsequioso. Noah se giró con una sonrisa y cogió la otra pila de camisetas que había sobre el mostrador.

—Sígueme —dijo.

Olivier sonrió y echó a caminar detrás de Noah, que se dirigía al almacén.

—Ponlas en esa estantería, por favor —indicó, señalando con la barbilla un estante de metal que había al fondo.

—¿Aquí? —quiso asegurarse Olivier.

—Sí. ¿Te importaría traerme los vestidos que hay en la silla de la tienda mientras abro hueco en la barra para colgarlos?

—Claro, jefa.

Olivier fue a la tienda y regresó con un montón de vestidos en las manos.

—Gracias —le agradeció Noah.

Los fue cogiendo de dos en dos y colgándolos en la barra de hierro en la que había abierto un hueco.

—¿Ya está todo? —preguntó Olivier, impaciente.

—Sí —afirmó Noah.

—Bien, entonces cierra la tienda porque nos vamos.

CAPÍTULO 69

El edificio en el que se encontraba emplazado el piso de Olivier era una imponente construcción de lujo situada en la zona más adinerada de Manhattan. Estaba iluminado como si fuese un hotel y contaba con portero físico. Un hombre de mediana edad perfectamente uniformado.

—Señor Brooks... —lo saludó al llegar.

Olivier asintió en silencio.

—Hola —dijo Noah, con su habitual expresión risueña.

—Buenas noches, señorita —dijo el portero con amabilidad.

El piso en cuestión era tan moderno y lujoso como el edificio. Curiosamente no daba tanta sensación de frialdad como Noah se esperaba de un hombre como Olivier Brooks.

El salón era una estancia amplia y diáfana decorada con muy buen gusto. Había sofás y sillones blancos y negros y altísimas estanterías abarrotadas de libros escritos en varios idiomas. Las paredes de cristal daban a una enorme terraza que Olivier tenía con muchas macetas.

—¿Las cuidas tú? —le preguntó Noah.

—No —contestó Olivier—. Se encarga la asistente.

Noah movió la cabeza con un gesto obvio. Era lo que pensaba. No se imaginaba a Olivier dando mimos a las plantas.

—¿Puedo? —pidió permiso Noah, aferrando el picaporte de la terraza. Quería ver las vistas que había al otro lado de los cristales y que se presumían preciosas.

—Después —dijo Olivier—. Ahora hay una cosa más importante que hacer... —añadió con voz voluptuosa.

Se acercó a Noah con pasos seguros, le cogió la mano en silencio y la llevó con él al dormitorio. La soltó en mitad de la estancia y él se sentó cómodamente en un sillón de cuero marrón, después de desabrocharse el botón de la chaqueta.

No encendió la luz. El resplandor blanco de la luna que entraba por los ventanales y las luces de la ciudad conferían a la atmósfera una semipenumbra íntima y tremendamente sensual.

—Quiero que te desnudes para mí —le ordenó a Noah.

Ella se mordió el labio inferior y lo miró vacilante.

—¿Empiezo ya? —dijo con las mejillas encendidas.

Olivier esbozó media sonrisa. Adoraba el control que ejercía sobre Noah, sobre su cuerpo, sobre su deseo, sobre sus emociones, incluso sobre el rubor de sus mejillas.

—Sí —respondió indulgente con su timidez.

Noah se llevó las manos a la cremallera lateral del vestido y comenzó a bajarla.

—Más despacio —indicó Olivier, al ver la prisa que tenía Noah por desnudarse—. Quiero deleitarme con el momento —añadió, poniendo una pierna encima de la otra tranquilamente.

Noah tragó saliva. La posición que había adoptado Olivier la imponía, por su majestuosidad.

Obediente, ralentizó los movimientos. Terminó de bajar la cremallera del vestido y lo dejó caer en el suelo suavemente, formando una maraña de tela alrededor de sus pies.

—Quítate el sujetador —le ordenó Olivier.

Los dedos de Noah temblaban al desabrocharse la prenda. Cuando se la quitó, la dejó caer a un lado.

—Ahora las braguitas —dijo Olivier, sereno como un buda.

Noah aferró el elástico de las braguitas y las fue deslizando poco a poco por las piernas. Cuando se quedó desnuda ante Olivier, tan solo con las sandalias, lo miró por debajo del espeso abanico de pestañas rubias, esperando algún comentario. Él no se hizo esperar.

—Preciosa... —murmuró con los ojos entornados. Hizo una breve pausa para admirar su cuerpo. Noah sentía como la mirada de Olivier le quemaba la piel allí donde la posaba—. Realmente preciosa.

Noah se agachó para quitarse las sandalias.

—No, no. —Olivier le quitó las intenciones—. Las sandalias no. Quédate

con ellas puestas.

Noah dejó la acción a medio camino y se irguió. No sabía por qué, pero en aquella situación, le gustaba el autoritarismo de Olivier. Y no solo le gustaba, sino que la excitaba.

Él continuó mirándola. Noah comenzó a sentir un hormigueo por el cuerpo, seguido de un flujo de calor que iba poseyendo cada centímetro. Se dio cuenta de que necesitaba que Olivier la tocara.

—¿Qué necesitas, Noah? —le preguntó él, leyéndole el pensamiento.

Noah se quedó asombrada, aunque trató de que su rostro no la delatara. ¿En serio Olivier le leía la mente? ¿Por qué sabía en cada momento lo que quería? ¿Lo que deseaba? ¿Lo que necesitaba? ¿Por qué la conocía tan bien?

—Que me acaricies. Olivier, necesito que me acaricies —confesó.

—Pídemelo —dijo él.

A Noah no le importaba nada, solo quería que Olivier la tocara como solo él sabía hacerlo.

—Acaríciame, por favor —suplicó—. Por favor, Olivier...

Lo oyó respirar hondo, como si se rindiera a ella, al tiempo que se levantaba del sillón. Vio aproximarse su imponente figura a través de las sombras que habitaban en la habitación con mirada expectante. Alzó los ojos hacia él cuando la alcanzó.

Olivier la abrazó, estrechándola contra su cuerpo. Noah notó que se le endurecían los pezones desnudos contra la suave tela de su camisa.

—Pídeme lo que quieras —susurró él contra su oído con voz ronca—. Te daré cualquier cosa, Noah, incluso la luna, si la deseas.

CAPÍTULO 70

—No quiero la luna, solo te quiero a ti —dijo Noah.

«Solo...», retumbó en su cabeza.

Olivier no dijo nada. La apretó más contra sí y empezó a besarla con pasión. Tener a Noah completamente desnuda entre sus brazos mientras él permanecía vestido con el traje era una de las experiencias más eróticas que había experimentado en su vida.

Fue deslizando las yemas de los dedos a lo largo de su espina dorsal, provocando un escalofrío en Noah, que se estremeció como si hubiera recibido un pequeño calambre.

Olivier la cogió en brazos y la depositó en el centro de la cama. Noah sintió la suavidad de la colcha de seda bajo su espalda. Olivier estiró el brazo por encima de ella y abrió el cajón superior de la mesilla. De él sacó cuatro esposas y una venda de seda negra.

El corazón de Noah se aceleró.

—Olivier, necesito tocarte —dijo ella.

Él negó con la cabeza.

—Noah, no tengo fuerza de voluntad suficiente para durar si me tocas — afirmó con sinceridad al tiempo que aferraba una de sus muñecas al catre de la cama.

Noah delineó en los labios una sonrisa traviesa. Antes de que le esposara la otra mano, la llevó hasta la entrepierna de Olivier y le acarició el duro miembro por encima de la tela tirante del pantalón. Él gimió de puro placer.

—No —dijo, apartando la mano de Noah.

Noah advirtió que Olivier estaba perdiendo el control, por eso no quería que lo tocara.

—Déjame —murmuró melosa, tentándolo—. Me encanta acariciarte...

Olivier le cogió la mano con un movimiento ágil, le puso las esposas y la ató a la cama antes de que siguiera con su propósito.

—No —volvió a decir.

Noah frunció los labios. Olivier entornó los ojos y la miró con expresión mordaz.

—Pórtese bien, señorita Winter, o me verá obligado a darle unos azotes —le advirtió, pícaro.

Para su sorpresa, vio un brillo de anhelo en los ojos de Noah.

—¿Quieres que te dé unos azotes? —le preguntó.

Noah no quería responder abiertamente que sí, que la idea de que le diera unos azotes la excitaba, pero tampoco podía negarlo. Olivier sonrió ante su silencio.

—Eres una caja de sorpresas —comentó, cogiéndole el tobillo y esposádoselo a la cama—. Toda una caja de sorpresas...

Cogió la venda, que había dejado encima de la cama, y se la puso a Noah alrededor de los ojos. Ella respiró hondo cuando se vio totalmente vulnerable frente a Olivier.

Olivier se inclinó sobre ella.

—Ya estás totalmente a mi merced —susurró en su oído, lamiéndole el lóbulo de la oreja.

Noah se estremeció con una suave sacudida cuando notó el aliento y la voz aterciopelada de Olivier acariciarle la piel. Movi6 las caderas, tratando de encontrar algún contacto con él. Lo necesitaba. El calor que viajaba por sus venas estaba ya en plena ebullición y tenía que sofocarlo de algún modo.

—Haz conmigo lo que quieras... —se rindió a él.

Escuchó la risa vibrante de Olivier.

—Así me gusta, que te rindas a mí y al placer que voy a darte —dijo él.

Se levantó de la cama y se quitó la chaqueta, la camisa y la corbata mientras admiraba con detenimiento el cuerpo desnudo de Noah. Ella se maldijo por no poder disfrutar de las vistas del torso de Olivier.

—No sé por dónde empezar —dijo Olivier en tono divertido mientras se sentaba de nuevo en la cama.

Estiró los brazos y empezó a masajearle los pechos, empujándolos hacia arriba y hacia abajo con las manos. Noah respiró agitadamente cuando Olivier le acarició los pezones. Inclinó la cabeza para lamer las aureolas rosadas. La

extrema suavidad de su piel era como saborear el almíbar. Mientras le chupaba un pezón con la boca, jugueteaba con el otro, apretando la punta con el índice y el pulgar, despertando en Noah un sonoro suspiro de placer.

Tenía las sensaciones a flor de piel. Estar con los ojos vendados intensificaba cada una de ellas al cien por cien, incrementando su excitación.

La boca de Olivier fue bajando por su torso, besando su estómago, su ombligo, sus caderas, sus ingles... Mientras disfrutaba del delicioso aroma de su feminidad, deslizó la mano por sus muslos abiertos, hasta los pliegues húmedos de su clítoris. Comenzó a frotarlo suavemente.

Un espasmo recorrió a Noah de la cabeza a los pies cuando Olivier sopló sobre su pubis y deslizó la punta de la lengua por su sexo.

—¡Por Dios, Olivier! —gimió Noah en alto.

Comenzó a mover las caderas mientras él la exploraba de manera incansable. Tiró de las esposas, tensionando los músculos al máximo. Un ruido metálico llenó la habitación.

Olivier se detuvo unos segundos para deshacerse de los pantalones y los bóxer y ponerse un preservativo. Noah aguzó el oído, tratando de captar cualquier ruido.

—¿Le gusta que le coma el coño, señorita Winter? —le preguntó Olivier para que la excitación no disminuyera mientras se colocaba el condón.

—Sí, claro que sí, por supuesto que sí —respondió Noah como algo obvio.

¿Cómo no iba a gustarle? Tendría que estar loca para que no le gustara.

—A mí me encanta comértelo —afirmó Olivier en tono sugestivo—. Eres ambrosía, Noah: comida de dioses —añadió.

Volvió a inclinarse y reanudó lo que estaba haciendo, lamiendo el nódulo escondido de su clítoris. Deslizó un dedo en su vagina, después otro. Los metió y los sacó varias veces, haciendo que Noah se retorciera jadeante con el doble placer que le estaba proporcionando.

—Olivier, fóllame antes de que muera de deseo —gimoteó.

Pero Olivier siguió torturándola tranquilamente, obviando su petición. Cuando advirtió que Noah no podía aguantar más aquella exquisita tortura a la que le estaba sometiendo, se incorporó, se colocó entre sus piernas y la penetró con fuerza, de golpe, llegando al fondo de una sola embestida.

Noah arqueó la espalda y tiró de las esposas, al tiempo que exhalaba un profundo gemido.

—¡Oh, Dios...! —gritó.

Se estremeció cuando sintió el cuerpo ardiente de Olivier deslizándose por el suyo. Él empezó a moverse encima de ella, jadeando. Mientras la penetraba una y otra vez, su boca la besaba con desesperación, como si no pudiera contener el deseo.

—¿Te gusta? —le preguntó al borde de la boca en tono posesivo.

—Sí —respondió Noah.

—Dime que te gusta.

—Me gusta.

—Más alto —le ordenó.

—Me gusta, Olivier. Me gusta... Me encanta —lo complació Noah al borde del abismo, elevando la voz unas octavas.

Noah disfrutaba con cada embestida, con cada envite, con cada golpe de cadera de Olivier, que la llenaba una y otra vez, llevándola a cotas de placer que nunca se hubiera imaginado. Todo era mucho más intenso privada de la vista, como si no tuviera distracciones, como si solo tuviera la opción de concentrarse en las sensaciones.

Y eso hacía: sentir, sentir, sentir...

Los dos estallaron en un intenso orgasmo al mismo tiempo. Los músculos de los cuerpos se tensaron como las cuerdas de una guitarra mientras las fibras nerviosas se sacudían sucesivamente en una oleada de placer.

CAPÍTULO 71

El corazón de Noah latía con fuerza contra las costillas. Olivier salió de ella y se dejó caer a un lado. Respiró hondo, tratando de regular la respiración. Unos segundos después, le quitó la venda de los ojos a Noah y la soltó.

Noah pestañeó un par de veces para enfocar la vista. Olivier estaba en su campo de visión, contemplándola como si fuera un animal exótico. Tenía el pelo negro revuelto y los ojos brillantes por el placer que acababa de experimentar.

—¿Estás bien? —le preguntó Olivier en tono dulce.

—Sí —contestó Noah.

Olivier se inclinó hacia adelante y le besó los labios con suavidad.

«¿Qué voy a hacer contigo?», se preguntó en silencio, sin dejar de mirar a Noah.

Una línea sombría surcó su expresión.

Había creído que el deseo sexual que sentía por ella desaparecería a medida que la tuviera en su cama. Que se cansaría, como había pasado con otras mujeres. Pero lejos de disminuir, el deseo aumentaba cada vez que se la follaba. Nunca terminaba de saciarse; quería más y más.

Noah se deslizó por el colchón, apoyó la cabeza en el pecho de Olivier y se acurrucó contra su cuerpo. Olivier pasó el brazo por su espalda, le cogió una de las muñecas y comenzó a masajearla.

Noah se quedó dormida con el suave movimiento que los dedos de Olivier hacían sobre su piel.

Olivier rodó la cabeza y la observó mientras dormía. Aún estaba sofocada y tenía las mejillas arreboladas. Inhaló profundamente, embriagándose con su aroma a jazmín. No quería pensar en ella, pero no podía sacarse de la cabeza el sabor de su piel, el sonido de sus gemidos, su expresión de placer cuando se corría; cuando gritaba su nombre...

Y tampoco podía sacarse de la cabeza su sonrisa.

Eso era lo más preocupante, que no podía sacarse de la cabeza su sonrisa; su jodida sonrisa.

Lo único que quería es que sus ojos azules brillaran de deseo por él. Ese se había convertido en su único objetivo los últimos días, como una obsesión que no abandonaba su mente. Una obsesión que no se sacaría de la cabeza con unas cuantas noches de buen sexo.

Se movió incómodo en la cama.

Odiaba con todas sus fuerzas desear tanto a una mujer. Le hacía sentirse débil. Y él no podía permitirse ninguna debilidad, mucho menos una con nombre femenino. No podía permitirse el lujo de ceder a aquel deseo que en ese momento le obligaba a tenerse que contener para no despertarla y follarla otra vez.

Necesitaba recuperar el control, ese que tenía la sensación de que había perdido.

«Tengo que liarme con otra mujer», se dijo a sí mismo. «Esa es la solución: otra mujer»

Sus pensamientos se interrumpieron cuando Noah se movió a su lado, acurrucándose más contra él. Antes de que pudiera evitarlo, Olivier alargó la mano y le retiró un mechón de pelo dorado que le caía por el rostro.

«Es tan suave...», pensó cuando sus dedos rozaron la mejilla de Noah.

—¡Ya, Olivier, ya! —se reprendió a sí mismo.

Apretó los dientes, y apartó la mano de su rostro como si acabara de recibir un calambre.

Olivier miraba por los ventanales con expresión seria. La habitación tenía unas vistas particularmente extraordinarias del *East River*. El conjunto de edificios apostados en la otra orilla reflejaba sus siluetas iluminadas en la superficie acerada que formaba el agua del río.

Noah abrió los ojos y pestañeó. Movi6 la cabeza y consultó la hora en el reloj despertador que Olivier tenía sobre la mesilla. Había estado dormida dos horas.

Se sentó en la cama, se colocó la sábana alrededor del pecho y paseó la mirada por la amplia habitación, buscando a Olivier. Lo encontró de pie al

lado de la ventana, sumido en la semipenumbra. Solo un brillante velo de luz proveniente de la luna que coronaba el cielo fragmentaba la oscuridad de la noche.

—Tu casa tiene unas vistas preciosas —comentó, rompiendo el silencio.

Olivier se volvió hacia ella.

—Ya te has despertado —dijo únicamente.

—Sí.

—Vístete, te llevaré a casa.

La voz de Olivier sonaba seria y autoritaria.

—Podemos cenar juntos, todavía es pronto —comenzó Noah, animada—. Puedo preparar algo rápido con lo que tengas en la neve...

—Tengo mucho trabajo pendiente —le cortó Olivier—. Voy a estar toda la noche revisando cuentas.

Noah pilló la indirecta.

—Entiendo —murmuró con visible desilusión.

Olivier se giró. Prefería no mirar a Noah, si no sucumbiría de nuevo a ella. Sabía que si la miraba no la dejaría irse, ni siquiera la dejaría salir de la habitación. La estaría follando hasta que amaneciera.

—Me voy a vestir —oyó decirle.

—Te espero en el salón —dijo él, echando a andar hacia la puerta.

—Vale... —asintió Noah. Pero antes de salir de la habitación, un impulso hizo que abriera la boca—. ¿Estás bien, Olivier? ¿Pasa algo? —le preguntó.

Olivier se detuvo con el pomo en la mano.

—Todo está bien. Simplemente tengo mucho trabajo y lo quiero acabar para mañana —se excusó.

—Vale —volvió a decir Noah—. Enseguida estoy lista —añadió.

Olivier salió de la habitación y cerró la puerta, dejando a Noah sola en la estancia.

CAPÍTULO 72

El trayecto hasta el apartamento de Noah lo hicieron en silencio. Olivier no tenía ganas de hablar y Noah parecía que tampoco tenía muchas.

Ella veía pasar Nueva York por la ventanilla del coche mientras se preguntaba qué había hecho cambiar a Olivier de humor.

«¿Habré dicho algo que le haya molestado?», se preguntó para sí.

Analizó la conversación que habían mantenido desde que la había ido a buscar a la tienda, pero no halló nada relevante. Además, si algo de lo que hubiera dicho no le hubiera gustado, Olivier no hubiera dudado un segundo en hacérselo saber.

Lo miró de reojo.

Estaba concentrado en el tráfico y ni siquiera se molestaba en reparar en ella.

«Pufff...», bufó Noah ligeramente, agobiada por la situación.

Olivier era un hombre tan reservado, tan hermético, que resultaba imposible saber lo que pensaba. Noah hubiera dado en esos momentos un ojo de la cara por saber qué estaba pasando por su cabeza. Pero era imposible. Olivier Brooks no dejaba que nadie accediera a su interior.

Volvió la vista de nuevo hacia la ventanilla, y deseó llegar pronto a casa.

Respiró con cierto alivio cuando Olivier aparcó frente a su bloque un rato después.

—Gracias —le agradeció.

—De nada —dijo él con voz neutra.

Noah aferró el tirador de la puerta del coche dispuesta a salir de él, pero llevada por un impulso que no atendía a razones, estiró el cuerpo hacia Olivier y le dio un beso fugaz en la mejilla.

—Hasta mañana —se despidió de forma expedita.

Después, sin dejar que él dijera nada, abrió la puerta y rápidamente se bajó del vehículo. A zancadas cruzó la acera y se metió en el edificio sin mirar

atrás.

Olivier llevó el rostro al frente tras asegurarse de que Noah había entrado en el bloque, y exhaló una bocanada de aire.

—¡Eres un cabrón, Olivier Brooks! —se reprendió a sí mismo, dando un violento golpe con la mano en el volante—. ¡Un puto cabrón!

Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el reposacabezas de cuero del asiento, tratando de tranquilizarse. ¿Cómo podía perder los papeles de aquel modo? ¿Él, que siempre se mantenía impasible ante todo? ¿Él, que se caracterizaba por ser un hombre frío y calculador?

Involuntariamente, su mano derecha se alzó hasta la mejilla en la que lo había besado Noah, y se pasó los dedos por ella.

Era tan dulce...

Él no estaba acostumbrado a ese tipo de cosas, no estaba acostumbrado a lo que le ofrecía Noah. Él no estaba acostumbrado a que lo cuidaran ni a dejarse querer. Jamás lo había hecho.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

No quería seguir pensando en Noah, y se la sacaría de la mente de cualquier forma, aunque tuviera que arrancarse la cabeza de cuajo.

Malhumorado, hundió el pie en el acelerador y se alejó de allí con su Bentley como alma que lleva el diablo.

El *230 Fifth Rooftop* era un pub de lujo de Nueva York desde el que se podía contemplar el famoso *Empire State*. Aunque contaba con una amplísima terraza al aire libre, situada en la azotea, Olivier prefirió quedarse en el interior, más tranquilo a esas horas de la noche.

Se sentó a la barra y le pidió un whisky doble al camarero. Dio un trago largo cuando se lo sirvió y dejó que los ojos se le perdieran en un punto indeterminado de la panorámica urbana que dejaba ver las cristaleras que había detrás del mueble donde estaban colocadas las bebidas, ajeno a la mirada llena de descaro que le lanzaba una mujer teñida de rubio platino, con cuerpo escultural hecho a base de bisturí y un exceso de maquillaje en el rostro. Aún todo, no dejaba de ser una mujer exuberante que había logrado captar la atención de otros hombres que también estaban en el bar. Pero ella tenía la vista fija en Olivier, como si estuviera hipnotizada.

Una copa más tarde, y tras comprobar exasperada que él no le había dirigido ni una mirada, se levantó de la silla en la que estaba sentada en el fondo del bar y enfiló los pasos, con movimiento rítmico de cadera incluido, hacia la barra.

—Espero no molestar —dijo, sentándose en el taburete que había libre al lado de Olivier.

Olivier giró el rostro hacia la voz femenina que acababa de hablarle.

CAPÍTULO 73

—No molesta —respondió Olivier al cabo de unos segundos en que había mantenido silencio mientras la observaba con ojos suspicaces.

—Me llamo Deborah —se presentó la rubia en tono insinuante.

—Olivier —hizo lo propio él.

Olivier alzó la mano para llamar al camarero.

—Dígame, señor —accedió solícito.

Los ojos de Olivier rodaron hasta Deborah.

—¿Qué quieres beber? —le preguntó.

—Un Martini —respondió ella sin dejar de mirar a Olivier.

Sonrió con sensualidad al ver que había aceptado su compañía.

—Un Martini para la señorita y otro whisky doble para mí —ordenó Olivier al camarero.

—Cuando un hombre va por su segundo whisky doble a estas horas de la noche, o quiere olvidar a una mujer o ha tenido un duro día de trabajo —comentó Deborah.

—Ha sido un duro día de trabajo —mintió Olivier.

Cogió el dedo de whisky que le quedaba en el vaso y se lo terminó de un trago.

—Yo conozco una forma de deshacerse de todo el estrés acumulado durante el día —insinuó Deborah.

Estiró el brazo por debajo de la barra y le acarició el muslo a Olivier. Él sonrió de medio lado con un gesto lobuno.

—Yo también la conozco —dijo.

Deborah se mordió el labio carnosos.

Ese hombre era mucho más atractivo de cerca de lo que ya parecía desde el fondo del bar. Quería echarle un polvo a como diera lugar.

Después de beberse la mitad de su Martini, se levantó del taburete.

—Voy... al servicio —dijo con una nota de provocación en la voz.

Deborah se giró, y con el mismo contoneó con el que se había acercado a Olivier, se alejó hacia el servicio, situado en el extremo del bar.

Olivier sonrió para sí. Esa mujer se lo estaba poniendo en bandeja de plata y no iba a desaprovechar la ocasión de follársela. Por supuesto que no.

Dio un sorbo largo del whisky, y tras dejar el vaso vacío en la barra, siguió los pasos de Deborah. Atravesó el local con paso regio y se internó en el vestíbulo que precedía a los servicios. Cuando abrió la puerta del servicio de las señoras, Deborah le esperaba impaciente apoyada en uno de los lujosos lavabos mientras jugueteaba con un mechón de pelo.

—Ya estoy lista —dijo.

Olivier cerró la puerta a su espalda, echando el pequeño pestillo que tenía en la parte superior, y sin pronunciar palabra se acercó a la mujer como un león al que acaban de soltar de la jaula.

Sin preámbulos, la empujó contra la pared y comenzó a besarle el cuello como si pretendiera devorarla. Quería quitarse de la cabeza a Noah y aquella era la única forma que encontraba.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó a Deborah con voz áspera y autoritaria.

—¿No te lo imaginas? —bromeó ella.

Pero Olivier no bromeaba.

—¿Qué quieres de mí? —repitió en su boca.

—Que me folles —respondió Deborah.

Sin apenas respirar, Olivier sacó un condón de la cartera y, tras bajarse la cremallera del pantalón, se lo puso. Agarró las manos de Deborah, que lo miraba con ojos de lujuria incontenida, se las colocó por encima de la cabeza y sin dilatar más el momento la embistió con fuerza, al tiempo que lanzaba al aire un gruñido gutural. Deborah se retorció sobre sí misma.

—Oh, sí... Así, así... métemela hasta dentro... —le suplicó a Oliver.

—Tus deseos son órdenes para mí —se burló él.

Deseaba sacarse la imagen de Noah de la cabeza, pero no lo conseguía. ¿Por qué coño no podía olvidar su rostro? ¿Su puto rostro?

Buscó la cara de Noah en la mujer a la que se estaba follando en los servicios públicos del *230 Fifth Rooftop*, pero no la vio. No era ella.

Agarró las caderas de Deborah con una mano, le dio la vuelta, empujándola de nuevo contra la pared. Cogió impulso, y sin soltarle las muñecas, volvió a penetrarla desde atrás. Lo hizo con tanta rudeza que Deborah tuvo que ponerse de puntillas para atenuar el duro envite.

—¡Oh, joder! —gimió con una mezcla de dolor y placer.

—¿Te gusta? —le susurró Olivier en el oído.

—Sí —respondió Deborah.

—Sí, ¿verdad? —repitió Olivier con suficiencia.

—Sí, sí, sí...

Olivier volvió a tomar impulso y con un nuevo golpe de cadera se clavó en la mujer con fuerza. Ella creyó que se iba a desmayar. Jamás en su vida la habían follado de aquel modo tan salvaje.

—Más, Olivier, más... métemela más —le rogó, extasiada por el placer.

Olivier comenzó a penetrarla una y otra vez en silencio. Más rápido, más fuerte... Estaba furioso, quería que la imagen de Noah desapareciera de su cabeza, pero no había forma de lograrlo. Se sentía frustrado porque no era capaz de mantener el control sobre sus pensamientos.

Inmerso en toda aquella vorágine, apenas reparó en que Deborah se estaba estremeciendo fruto del violento orgasmo que estaba teniendo.

Olivier, buscando su propio placer, embistió un par de veces más con fuerza, hasta que su cuerpo finalmente estalló. Apretaba tanto las manos de Deborah por encima de su cabeza, que ella pensó que le rompería los dedos.

CAPÍTULO 74

Después de darse una ducha relajante. Noah se puso el pijama y se metió en la cama. Aunque presumió que no iba a pegar ojo en toda la noche. La actitud de Olivier la había descolocado.

El hecho de que se mostrara tan frío después del encuentro sexual que habían tenido no era una buena señal. La había tratado como si no hubiera pasado nada entre ellos, como si no hubiera pasado nada en Malibú. Ni siquiera había tenido la delicadeza de mirarla.

Noah soltó el aire que tenía en los pulmones. Estaba dolida por el trato indiferente de Olivier.

Sintió una punzada de angustia.

Quizá Todd tenía razón, al fin y al cabo, y Olivier era uno de esos hombres que no aman a las mujeres, que solo las usan para satisfacer sus necesidades sexuales y nada más.

Aunque hacía calor, de pronto Noah tenía frío. Aferró las sábanas y se tapó con ellas hasta la nariz. Le temblaba todo el cuerpo como si estuviera desnuda en mitad del Polo Norte.

—He sido una idiota —murmuró—. Una completa idiota. ¿Cómo he podido pensar que Olivier Brooks quería conmigo algo más que unas cuantas noches de sexo? Es guapo, multimillonario y uno de los hombres más poderosos del país. ¿Cómo...? ¿Cómo he podido ser tan ingenua? —se lamentó.

Suspiró.

—Porque, aunque no quiera reconocerlo, me gusta, me gusta mucho, y eso está haciendo que no utilice el sentido común ni la poca sensatez que me queda. —Hizo una pausa. El estómago le dio un vuelco—. Noah, ¿te has enamorado de él? —se preguntó. Dio un salto y se sentó en la cama—. ¡Madre mía! —exclamó al darse cuenta de la situación.

Se llevó las manos al pecho. Los ojos parecían querer salirse de las órbitas.

—No, no... No puede ser. No puedo haberme enamorado de Olivier Brooks —negó reiteradamente para sí con tanto énfasis en la voz que lo único que quería era convencerse a sí misma de que no estaba enamorada de él, pero la realidad era otra muy distinta—. Eso sería un error. Un tremendo error.

Se pasó las manos por el pelo para apartárselo de la cara.

Pero, si no estaba enamorada de él, ¿qué otra cosa podía explicar su manera de comportarse cuando lo tenía cerca? ¿Y las puñeteras mariposas en el estómago?

—Eres una tonta, una tonta, una tonta... —dijo, dándose pequeños golpes en la frente con la mano.

Deborah tomó una servilleta del bar y con un bolígrafo apuntó claramente en ella su número de teléfono.

—Aquí tienes mi teléfono, llámame si quieres que lo repitamos —dijo, blandiendo en los labios una sonrisa insinuante.

Olivier cogió la servilleta que le ofrecía sin decir nada y con expresión indiferente en el rostro. Deborah se acercó a él y le dio un par de besos en las mejillas a modo de despedida.

—Ha sido un placer —le susurró al oído con voz sensual.

Olivier ni siquiera se molestó en esperar a que Deborah saliera del *230 Fifth Rooftop*. Antes de que la rubia platino cruzara el umbral, arrugó con los dedos la servilleta en la que estaba apuntado su teléfono y la tiró al suelo. La bola de papel cayó a sus pies.

Si esa mujer realmente pensaba que la llamaría es que no se había dado cuenta de qué clase de hombre era. No tenía ninguna intención de volverla a ver.

Alzó el vaso que había sobre la barra, se terminó de un trago el tercer whisky doble que se había pedido, y se marchó.

Noah seguía sin poder dormir, dando vueltas en la cabeza a la tormenta emocional —y sexual—, que Olivier desencadenaba dentro de ella.

—Lo mejor es que me olvide de todo lo que ha pasado entre nosotros y que me olvide de él —atajó en un momento de lucidez, como si fuera algo fácil.

De pronto, un pensamiento asaltó su mente. ¿Cómo iba a olvidarse de él si la tienda era suya? ¿Si tenían un acuerdo en común para sacar su firma de ropa

adelante?

—¡Maldita sea! —prorrumpió, dando un pequeño puñetazo en el colchón—. Tenía que habérmelo pensado dos veces antes de liarme con él. ¡Cállate, Noah! —se gritó furiosa, discutiendo consigo misma—. ¡Cállate de una jodida vez!

Se giró sobre la cama y se puso la almohada en la cabeza. No quería continuar escuchando la vocecita de su conciencia. Bufó frustrada al comprobar que sus intentos por acallarla no funcionaban.

—Ahora todo se va a complicar... ¿Qué voy a hacer ahora cuando lo vea? ¿Cuando lo tenga cerca?

La habitación, a oscuras, se llenó de silencio.

—Estoy jodida —le susurró al aire.

CAPÍTULO 75

Noah se recostó en el borde del mostrador, aprovechando que casi era la hora de cerrar la tienda y que no había clientela, cogió el móvil y buscó en la agenda el teléfono de Olivier. Durante unos segundos observó las letras que formaban su nombre reflejadas en la pantalla del móvil. Pasó la yema del pulgar por encima, como si así pudiera acariciar su piel.

Había intentado no pensar en Olivier. De verdad que lo había intentado, pero no había podido. Tenía unas ganas inmensas de escuchar su voz. Habían pasado varios días desde que había tenido lugar aquel tórrido encuentro sexual en su lujosa casa, y no había sabido nada de él.

Podría llamarle con cualquier excusa de la tienda. Sí, podría llamarle.

Los ojos se centraron de nuevo en su nombre en la pantalla.

—¿Lo llamo o no lo llamo? —dudó.

Resopló agobiada.

Quería llamarlo; deseaba hacerlo, pero sabía que no estaba bien. Claro que, ¿qué estaba bien o mal? Tras pensárselo unos segundos, cerró los ojos y apretó la tecla de llamada.

Sonó un tono, dos, tres...

El corazón de Noah latía aceleradamente.

«¿Cómo puedo estar tan nerviosa? Parezco una niña de quince años», se reprendió, al verse en ese estado de tensión.

—Noah, ¿qué ocurre? —La voz grave y profunda de Olivier la sorprendió de golpe.

—Olivier, yo... yo...

No le salían las palabras. Las tenía atoradas en el fondo de la garganta.

«Maldita sea, di algo. Di algo», se obligó.

—Lo siento, me he equivocado... Lo siento... —dijo de forma atropellada. Y sin más colgó.

Olivier se descubrió sonriendo con indulgencia cuando se retiró el móvil de

la oreja. Sabía que Noah no se había equivocado al llamarlo, sabía que lo había hecho a propósito y que en el último momento se había arrepentido. Algo así solo lo podía hacer Noah.

Sin pensárselo dos veces, le devolvió la llamada.

—Noah...

—Olivier...

—¿Vas a decirme qué querías? —le preguntó directamente él.

Menos mal que Olivier no podía verla en esos momentos, sino se hubiera dado cuenta de que estaba roja como un tomate.

—No quería nada, Olivier —comenzó titubeante—. Iba a llamar a un... a un proveedor y sin querer te he llamado a ti —mintió.

Oyó la risilla tenue de Olivier al otro lado del teléfono.

—Mientes muy mal, Noah —dijo en tono divertido.

Noah tragó saliva.

—No estoy mintiendo.

—Noah.

Noah barajó rápidamente en su cabeza las posibilidades que tenía de salir bien parada de aquello si seguía mintiendo. Con Olivier, ninguna.

Dejó caer los hombros, vencida, al tiempo que soltaba el aire que había estado conteniendo en los pulmones.

—Tienes razón, miento muy mal —dijo.

—Entonces, ¿me vas a decir para qué me has llamado? ¿Has tenido algún problema en la tienda?

—No, no, todo va bien. Es... Bueno...

«De perdidos al río», se dijo Noah para sí. Tomó aire.

—Solamente me apetecía escuchar tu voz —dijo con timidez mientras se acariciaba la nuca.

Ya estaba. Ya lo había dicho.

—Soy una tonta Olivier, siento haberte molestado... —Noah iba a colgar, muerta de vergüenza, pero Olivier habló:

—No eres una tonta —dijo en tono comprensivo.

—Yo no estoy tan segura de eso —bromeó Noah.

Olivier rio.

—No sé cómo te las arreglas para hacerme reír —comentó.

—Porque aparte de tonta también soy un poco payasa —respondió Noah con naturalidad.

Un extraño silencio llenó la línea.

—Noah, tengo que dejarte —dijo Olivier—. Tengo una reunión.

—Oh, sí, sí, claro. No... No quiero robarte más tiempo —dijo ella, algo sorprendida por el cambio repentino de conversación.

—Adiós —se despidió Olivier, sin ninguna emoción en la voz.

—Adiós —dijo Noah en tono automático.

Noah se quedó con el teléfono en la mano durante un rato.

—Vaya... Has triunfado, Noah —se burló con ironía de sí misma.

El intento de llamada a Olivier para reactivar lo que quisiera que hubieran tenido, aunque solo fuera sexo, había sido un completo fiasco.

—¿En qué momento creí que iba a ser lo contrario? —se preguntó.

Lanzó al aire un suspiro desanimado.

Lo mejor es que lo dejara correr. Tratar de llamar la atención de Olivier Brooks resultaba agotador y, además, hacía que se pusiera en ridículo.

Consultó la hora en el móvil.

—Me pondré a ordenar la tienda antes de cerrar.

CAPÍTULO 76

—¿Llego a tiempo para llevarte a casa? —La pregunta de Todd vino cuando Noah salía de la tienda.

—Hola, Todd —lo saludó.

—Hola —correspondió él—. ¿Te acerco a casa? —le preguntó con una sonrisa.

Noah dudó un instante. Estaba molesta con él, aunque bien pensado, el trayecto sería una oportunidad para hablar e intentar arreglar las cosas.

—Si no te importa —dijo.

—Vamos —la animó Todd—. Tengo el coche aparcado en frente.

Noah asintió y echó a andar junto a él.

—Noah, yo... —comenzó Todd—, quería pedirte perdón por... Bueno, por mi comportamiento del otro día. No debí hablarte así —se disculpó.

—Yo tampoco estuve muy acertada —reconoció Noah.

—Pero la culpa fue mía. En mi intento por protegerte me excedí; se me fue la mano, y te dije cosas que no tenía que haberte dicho —apuntó Todd.

Se detuvieron cuando llegaron al paso de peatones, ya que el semáforo estaba rojo. Todd seguía pensando lo mismo acerca de Olivier, pero con el paso de los días se había dado cuenta de que había sido muy duro con Noah. Los celos le habían cegado hasta el punto de insultarla, y eso le convertía en un mezquino. Y él no era un mezquino.

—Tú solo querías protegerme, como bien has dicho. Eres mi amigo y es normal que te preocupes por mí y que trates de advertirme de los peligros que me rodean —lo justificó Noah.

Cuando el semáforo se puso en verde, ambos cruzaron la calle.

A unos metros de ellos, Olivier los observaba sentado en el interior del coche. Había ido a buscar a Noah con la intención de llevarla a casa. Sin embargo, se le había adelantado Todd. Con la espalda recostada en el asiento y los dientes apretados pensó que no había valido de mucho hacer que lo

despidieran de la floristería si continuaba actuando como la sombra de Noah.

¿Por qué le seguía molestando tanto ver a Noah con ese chico? ¿Por qué le afectaba de esa manera? Él ya había conseguido de ella lo que quería. Ya se la había llevado a la cama, ya había disfrutado de su cuerpo...

Daba igual, Noah seguía siendo una tentación para él.

—Maldita sea —masculló.

Olivier se pasó la mano por la cara. Noah lo llenaba de deseo, y negarlo era una estupidez.

Enfadado, más consigo mismo por no haber llegado a tiempo, que con Noah, arrancó el coche, giró el volante con resolución y rapidez, y se incorporó al denso tráfico de Nueva York.

—¿Qué tal la entrevista? —preguntó Noah a Todd, una vez que habían montado en el coche.

—La entrevista bien, pero al final no me han cogido para el puesto —respondió él.

—Jo, lo siento —dijo Noah algo apenada.

—Aparecerá otra cosa —comentó Todd, alzando los hombros.

—Estoy segura. Tú eres un chico trabajador y responsable.

Una idea empezó a tomar forma en la cabeza de Noah.

—Todd...

—¿Dime?

—Si quieres, podría hablar con Olivier para que...

Todd levantó la palma de la mano.

—No, no, no... —la interrumpió tajante, al advertir por dónde iba—. No quiero trabajar para ese hombre.

—No trabajarías directamente para él —explicó Noah.

—Me da igual —dijo Todd—. No quiero deberle nada a ese tío.

—Pero, Todd...

Noah trataba de que entrara en razón.

—Pero nada, Noah. Lo siento, de verdad que lo siento —dijo en tono templado—, pero no quiero tener que ver nada con Olivier Brooks, ni mucho menos que le andes pidiendo favores por mí. No es una buena idea —concluyó.

—Al menos, piénsatelo —insistió Noah.

Todd negó sacudiendo la cabeza.

—¿Nunca te han dicho que eres muy cabezota? —bromeó.

—Más a menudo de lo que crees —dijo Noah—. Mira, si de aquí a un tiempo, ves que no encuentras nada o que la cosa se complica, lo utilizas como comodín. ¿Qué me dices? —le preguntó, con una amplia sonrisa en los labios.

—No sé... —Todd vaciló durante unos segundos.

—Olivier es... ya sabemos cómo es, pero estoy segura de que no tendrá ningún problema en ofrecerte un trabajo que se ajuste a tus capacidades.

Todd seguía negado a aceptar cualquier tipo de ayuda o favor de la mano de Olivier Brooks. Quizá no hubiera tenido problema alguno si no estuviera enamorado de Noah y ella no se hubiera liado con él. Pero con tales circunstancias sobre la mesa, era mejor no deberle nada a ese hombre.

—De momento es mejor que siga buscando trabajo por mi cuenta —dijo.

—Y luego la cabezota soy yo —comentó Noah en tono distendido.

Todd sonrió y se encogió de hombros, dándole la razón con el gesto. Noah puso los ojos en blanco.

CAPÍTULO 77

—Ven a mi despacho, tienes que firmar unos papeles —dijo Olivier a Noah cuando ella descolgó el teléfono.

—Vale, iré cuando cierre —respondió Noah.

—Te estaré esperando —apuntó Olivier.

Noah colgó y resopló.

—¿Por qué todo lo tiene que decir en ese tono autoritario? —se preguntó—. ¡Qué hombre! —exclamó, armándose de paciencia.

Cuando Noah entró en el despacho de Olivier, él ya tenía preparados encima de la mesa los documentos que tenía que firmar.

Noah cogió el bolígrafo que le ofrecía y se dispuso a firmar.

—Deberías leerlo antes —le advirtió Olivier.

Noah alzó la vista.

—Confío en ti, Olivier —dijo, como algo obvio.

—No deberías hacerlo —refutó él.

Noah frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Que tienes que acostumbrarte a leer los documentos antes de firmarlos —respondió Olivier en tono serio.

—No estoy firmando los papeles de un desconocido —repuso Noah—. Tú no vas a engañarme.

—Fírmalo ya —atajó Olivier.

Noah suspiró imperceptiblemente. ¿Qué leches le pasaba a Olivier? ¿Estaba enfadado? Por lo menos, lo parecía. En silencio, bajó la mirada a los papeles y garabateó su rúbrica en cada uno de ellos.

Cuando terminó de firmar todos los documentos, se levantó de la silla. Estaba claro que el horno no estaba para bollos.

—Te invito a comer —dijo Olivier, inesperadamente.

—No puedo, tengo mucho trabajo que hacer —se excusó Noah, declinando

la invitación.

—Pero tendrás que comer. ¿O vas a hacer lo mismo que en Malibú? —le reprochó Olivier sin apartar la vista de ella.

Noah suspiró.

—Olivier, comer juntos no... no es buena idea.

—¿Por qué? —quiso saber Olivier.

—Porque no —dijo únicamente Noah, de pie detrás del escritorio.

Olivier echó hacia atrás el sillón de cuero y se levantó.

—Supongo que ese «no» tiene unos motivos detrás —insistió.

—Da igual cuáles sean los motivos. No es una buena idea y punto —trató de imponerse Noah.

—A mí no me dan igual los motivos —le rebatió Olivier—. De hecho, quiero saberlos. ¿Has quedado con Todd para comer con él? —curioseó sin disimular su recelo.

—No, no he quedado con Todd ni con nadie —respondió Noah.

Resopló y dejó caer los hombros, cansada del comportamiento de Olivier.

—Ya está bien —dijo, sin poder frenar las palabras.

Olivier la miró desconcertado.

—¿Qué pasa, Noah? —le preguntó.

Noah levantó los ojos y abrió los brazos de par en par.

—¡Pasa que no te entiendo, Olivier! —estalló sin poder contenerse—. ¡Pasa que no sé de qué vas! Hoy te apetece hacerme caso y me invitas a comer, y obligatoriamente tengo que ir a comer contigo —enfaticó—, y otras veces ni siquiera quieres hablar conmigo por teléfono.

—El otro día, corté la conversación contigo porque quería ir a buscarte a la salida de la tienda para llevarte a casa, pero se me adelantó tu amiguito —le echó en cara Olivier a Noah en un visible tono de enfado.

«¿Olivier fue a buscarte? ¿Por qué no se dejó ver?», se preguntó Noah para sus adentros. No entendía nada.

—¿De qué hablas?

—De que Todd está pegado a ti como una puta sombra. Día y noche. Día y noche. Ni siquiera estando despedido de la floristería se despega de tu lado.

Noah arrugó las cejas.

—¿Por qué sabes que a Todd le han despedido de la floristería? Yo no te lo he contado.

—Porque yo lo sé todo —atajó Olivier sin inmutarse.

—Todd puede estar conmigo todo el tiempo que quiera, es mi amigo —apuntó Noah a la defensiva.

Olivier apretó los dientes.

—Ya lo veo —dijo de mal humor.

Noah lanzó al aire un bufido.

—No sé de qué va esto, Olivier —dijo con las manos en la cabeza—. No lo sé —repitió agobiada. Su actitud la tenía descolocada—. Pero no voy a jugar a tu juego —continuó—. No estoy dispuesta a que me digas quién puede llevarme a casa o no, ni a estar disponible solo cuando tú quieras. Es injusto. Es muy injusto para mí.

—Noah, yo... —comenzó Olivier, sorprendido por su confesión.

—Noah, nada —le cortó ella, cuadrando los hombros y haciendo un esfuerzo para no venirse abajo—. ¡Me voy a volver loca! ¡Te lo juro, Olivier, me voy a volver loca! No puedes actuar como un niño caprichoso. Estás jugando con mis sentimientos. ¿Es que no te das cuenta? ¡Me estás haciendo daño, joder!

Aquella frase hizo reaccionar a Olivier.

—Lo siento, Noah. Mi intención no es hacerte daño.

—Pues me lo estás haciendo.

Olivier guardó silencio unos segundos.

—Trato de alejarme de ti, Noah, pero no puedo. Me resulta imposible resistirme a ti —le confesó. Su voz sonaba como si él mismo estuviera sorprendido de lo que estaba diciendo.

Noah frunció el ceño.

—¿Por qué...? ¿Por qué quieres alejarte de mí? —le preguntó, confusa por sus palabras—. ¿Es porque no somos de la misma clase social? —se le ocurrió.

Olivier sonrió sin ganas.

—¿Crees que la clase social me importa? —dijo.

Noah se encogió de hombros.

—Bueno, no sé... Hay gente que es muy clasista —comentó.

—Soy un hombre que no te conviene —atajó Olivier.

—No te entiendo. ¿Por qué no me convienes?

—Porque tengo demasiados pecados a mis espaldas, demasiadas faltas que expiar... No hay redención posible para mí.

—¿De qué hablas?

—De que tú eres muy inocente y yo ni siquiera me acuerdo de cuándo perdí la inocencia. —Olivier se calló súbitamente. No quería seguir hablando de algo que sabía que le haría mucho daño—. Por eso he tratado de alejarme de ti, de mantenerme lejos.

Olivier dio un paso hacia adelante, aferró a Noah de la cintura y la atrajo hacia sí de un envite.

—Pero está este deseo... —dijo, exhalando su cálido aliento contra la boca de Noah—. Este intenso deseo que no he sentido nunca por ninguna mujer como lo siento por ti, y que me atrae hacia ti como un imán, sin poder escapar.

Un latigazo de excitación recorrió el cuerpo de Noah al oír aquella confesión de Olivier. Sus palabras la hicieron sentirse sexy, poderosa. Se había convertido en una debilidad para él. La sensación era embriagadora.

—Y trato de sacarte de mi cabeza. Trato de sacarte... Juro que trato de hacerlo cada minuto de cada hora. —Siguió hablando él en su boca, como si estuviera en trance, mientras le acariciaba la línea de la mandíbula con el dedo índice—. Trato de olvidarme de ti, pero no te olvido, y no puedo sacarte de mi cabeza...

Noah contuvo el aliento en la garganta.

—Olivier... —murmuró. Apenas le salían las palabras.

—Y te odio por ello, Noah —continuó Olivier, apoyando la frente en la suya. Hablaba como si se hubiera dado por vencido ante ella—. Te odio por hacerme sentir débil, por recordarme que soy vulnerable —susurró.

Lanzó un suspiro en su cuello. Su cálido aliento hizo que Noah se estremeciera.

—Y me odio a mí mismo por permitir que este deseo me haga perder el control.

Le agarró el culo y la subió con fuerza a la enorme mesa del despacho. Noah

vio como el deseo hervía en el fondo de los oscuros ojos de Olivier antes de que se inclinara hacia adelante y la besara. Los dientes de él apresaron el labio inferior de Noah y tiraron de él para sí.

—Tu sabor es como una droga, como una puta droga de la que no puedo desintoxicarme —dijo Olivier al soltarle el labio. La miró unos instantes a los ojos. El deseo ardía por el interior de sus venas como lenguas de fuego—. Tengo que follarte, Noah. Tengo que follarte aquí y ahora —aseveró con voz ronca.

CAPÍTULO 78

Apartó algunas cosas de ambos lados sin importarle si se caían al suelo y la hizo tumbarse sobre la superficie.

—Dios, Olivier... —masculló Noah, al sentir el frío cristal en la piel de la espalda que no cubría el vestido.

—¿Estás cómoda? —le preguntó él.

—Sí —asintió Noah con la cabeza.

Olivier sonrió en silencio con expresión lobuna mientras la miraba con los ojos ardiendo con un deseo que no se molestaba en ocultar.

Aquello era una locura, pensó Noah: iban a follar sobre la mesa del despacho de Olivier. Podría entrar su secretaria, o su hermana, o... ¿Qué más daba? Era una locura, sí, pero era una locura que no podía detener.

Olivier descansó las manos en las piernas de Noah y le fue subiendo poco a poco el vestido hasta las caderas, acariciándole los muslos. Notó a Noah temblar de deseo con su caricia. Al oír el suave gemido que escapó de su boca terminó de encenderse. La erección que latía en su entrepierna era casi dolorosa.

Sin demoras, se bajó la cremallera del pantalón y se sacó el miembro. Mientras se ponía el condón que había extraído de la cartera que llevaba en el bolsillo del pantalón y que había tirado sin cuidado encima de la mesa, Noah aprovechó para deshacerse del tanga.

—No aguanto más —susurró Olivier, introduciéndose hasta el fondo de Noah.

—Yo tampoco —masculló ella, enrollando sus esbeltas piernas alrededor de la cintura de Olivier. Las cruzó y lo apretó contra sí para sentirlo completamente en su interior.

Olivier echó la cabeza hacia atrás y lanzó al aire un suspiro, arrastrado por el placer que le había producido la intensa fricción contra la vagina de Noah.

Apoyó las manos en la superficie de cristal y comenzó a mover la pelvis,

clavándose con fuerza en el cuerpo de Noah. Ella perdió la noción del espacio. Las paredes y los muebles del despacho se difuminaron formando una nebulosa en su mirada azul. En esos momentos solo era capaz de ver a Olivier, embistiéndola una y otra vez como un animal salvaje.

Pero necesitaba más.

Levantó el torso, apoyó una mano en la mesa, para mantenerse en esa posición, con la otra aferró la corbata amarilla de Olivier y tiró de él. Después empezó a mover las caderas contra su pelvis.

—¡Santo Dios, Noah! —exclamó Olivier con la respiración entrecortada.

Sus pechos danzaban de arriba abajo con un movimiento extremadamente sexual bajo la fina tela del vestido. Aquella visión iba a volverlo loco de placer.

Noah tiró más de la corbata para aproximarle a ella. Alzó la cabeza y lo besó como si se fuera a acabar el mundo, jugueteando con la lengua en la boca de él. Necesitaba sentirlo en cada célula de su cuerpo, y tratar de apaciguar un deseo que parecía inagotable.

Los labios apenas les daban de sí para abarcarse las bocas con tanta pasión como sentían, mientras sus cuerpos se sacudían en la follada más intensa que habían experimentado jamás. Gemidos y suspiros de placer se escapaban de sus gargantas.

—Me corro... Olivier, me corro —jadeó Noah.

Olivier empujó unas cuantas veces más con fuerza hasta que Noah alcanzó el clímax. Notó que su cuerpo sudoroso y sofocado se convulsionaba al tiempo que se dejaba caer de nuevo sobre la mesa de cristal.

—Ya... Oh, ya... —dijo vencida.

Mientras los últimos coletazos de su orgasmo aún repicaban en su cuerpo, Olivier consiguió el suyo. El más brutal y frenético de toda su vida.

—¡Noah! —gritó, arqueando la espalda y echando la cabeza hacia atrás, penetrándola una y otra y otra vez, como si fuera incapaz de salir de ella.

Tiró de ella para levantarla, le rodeó la espalda con los brazos y la besó suavemente en los labios.

Noah puso las manos en el pecho de Olivier, lo apartó un poco y se bajó de la mesa.

—Esto no está bien, Olivier —dijo, peinándose el pelo con los dedos, nerviosa.

—¿El qué? —preguntó él.

—Andar follando en tu despacho, pueden vernos —respondió Noah. Se agachó y recogió el tanga del suelo—. Podía haber entrado tu secretaria.

—Pero no ha entrado —refutó Olivier, subiéndose la cremallera del pantalón.

—Pero podía haberlo hecho —insistió Noah.

—Karen siempre llama a la puerta antes de entrar —dijo Olivier, sin dar más importancia al asunto.

—¿Y crees que la hubiéramos oído? —dijo Noah con sarcasmo.

Olivier se tapó la boca para reprimir la risa.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —le reprochó Noah.

—Que tú tampoco puedes resistirte al deseo que hay entre nosotros —contestó Olivier con media sonrisa en los labios—. Si te hubiera preocupado que hubiera entrado mi secretaria, hubieras parado.

—Ay, Olivier, me confundes... —se quejó Noah, aunque con poca convicción. Más bien parecía una niña pequeña frustrada consigo misma.

Movió la cabeza como quien quiere aclararse las ideas.

—Hago que pierdas el control, ¿verdad? —adivinó Olivier, orgulloso.

—Sí, Olivier, sí. Haces que pierda el control —reconoció Noah—. Contigo cerca, mi sentido común sale por la ventana —añadió.

Olivier le cogió por la cintura y la acercó a él.

—No sabes cómo me gusta hacer que pierdas el control —dijo, travieso.

Noah hizo una mueca con los labios.

—A mí no me hace gracia —objetó disgustada.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Otra vez respondiéndome con monosílabos? —dijo Olivier en tono serio.

Noah rezó para que algo o alguien interrumpiera la conversación. Afortunadamente sus plegarias fueron escuchadas, porque Karen tocó la puerta con un par de golpes con los nudillos. Después de mirar alternativamente a

Olivier y a Noah al entrar en el despacho, dijo:

—Señor Brooks, el señor Greg ha llegado.

—Dígale que espere —ordenó Olivier, sin apartar la mirada de Noah.

—Pero... —comenzó Karen.

Olivier llevó la mirada hasta su secretaria.

—¿No me ha oído? Dígale que espere —repitió enfadado.

—Sí, señor —dijo Karen, servicial.

Se giró y salió del despacho.

La mirada de Olivier volvió a centrarse en Noah.

—Estoy esperando una respuesta, Noah —dijo.

—Olivier, tengo que irme —se excusó ella, cogiendo el bolso de la silla.

Quería irse de su despacho; quería irse de allí a como diera lugar.

Olivier dio un par de pasos para interponerse en su camino, pero la suerte parecía estar de parte de Noah. Las notas melódicas de *Roar* de Katy Perry comenzaron a sonar, avisando la entrada de una llamada.

Noah metió rápidamente la mano en el bolso y sacó el móvil de él.

—Lo siento, Olivier. Es mi madre, tengo que contestarle, si no lo hago, es capaz de llamar al FBI —dijo atropelladamente, al tiempo que abría la puerta —. Ya..., ya hablaremos... —añadió saliendo del despacho, dejando a Olivier con la palabra en la boca.

Él contrajo las mandíbulas al comprobar que Noah se había ido sin responder a su pregunta.

CAPÍTULO 79

Noah resopló cuando por fin se vio fuera del despacho de Olivier. No quería continuar con una conversación que terminaría dejándola mal parada.

—Mamá, ¿ocurre algo? —le preguntó a su madre, al descolgar el teléfono.

—No, hija, todo está bien. Solo quería saber cómo estabas —respondió ella.

—Entonces, te llamo en un rato, ¿vale? Ahora no puedo hablar —se disculpó Noah—. Por cierto, estoy bien —respondió a su pregunta con una sonrisa.

—Vale, cariño. Luego hablamos —dijo Emilie en tono comprensivo.

Noah colgó y guardó el móvil en el bolso. Pasó por delante de la mesa de Karen dando zancadas hasta la zona de los ascensores. Estaba segura de que, si Olivier la alcanzaba, la obligaría a responderle. Él siempre tenía que salirse con la suya.

Seguro que era una estupidez, pero notó que las mejillas se le llenaban de rubor cuando se despidió a media voz de Karen, como si supiera lo que había pasado en el interior del despacho de Olivier, o ella lo llevara escrito en la frente.

«Solo espero que el despacho esté insonorizado», se dijo Noah para sí, acelerando el paso.

Ya en el ascensor, a solas, se permitió el lujo de respirar aliviada. Estaba a salvo... de momento.

Había estado a punto de perder el poco sentido común que aún le quedaba. Olivier le había confesado que la deseaba y que no podía controlar ese deseo. Pero el deseo no era más que eso, deseo. Lo que había detrás era atracción sexual y un absoluto hedonismo, nada más, aunque hubiera confesado que nunca había deseado tanto a una mujer.

¿Qué pasaría cuando ese deseo desapareciera?, ¿cuando se saciara? No habría nada. No quedaría nada. Excepto un montón de dolor para ella. Lo que

Noah sentía por Olivier no era solo deseo. No sabía con exactitud qué era, pero estaba convencida de que no era solo deseo.

Se recostó contra la pared espejada del ascensor y, mientras soltaba ruidosamente el aire de los pulmones, se pasó la mano por el pelo.

—Estoy jugando con fuego y me puedo quemar —murmuró.

Para ella, Olivier también era el hombre que más había deseado en su vida, y era algo que no podía disimular. Lo había comprobado por enésima vez hacía solo un rato. Ni siquiera era necesario que la tocara, se encendía solo con una mirada de esas hambrientas que le dirigía con los ojos entornados.

Cuando el ascensor se detuvo en la recepción, un grupo de ejecutivos vestidos con sus immaculados trajes esperaba para entrar en él. Noah salió del cubículo y pasó por el medio del nutrido grupo de hombres a toda prisa. Los últimos metros hasta alcanzar la puerta los recorrió casi a la carrera, evitando pensar que acababa de echar el mejor polvo de su vida en la cúspide de aquel edificio de altura de vértigo en Park Avenue.

Cuando subió al metro para ir a casa, todavía no había podido sacarse de la cabeza nada de lo que había pasado en el despacho de Olivier.

Había una cosa a lo que no dejaba de dar vueltas. Olivier había dicho que trataba de alejarse de ella. Cuando le había preguntado por qué, él había respondido que tenía demasiados pecados a sus espaldas, demasiadas faltas que expiar; que no había redención posible para él...

«¿A qué se refería?», se preguntó en silencio.

¿Lo había dicho por el carácter que tenía?, ¿porque era un tiburón de los negocios? Bueno, tenía que reconocer que esas cosas no lo convertían, precisamente, en una persona amable. Pero quizá no lo afirmaba solo por eso... Quizá había algo más.

«Olivier es un hombre muy complicado —conjeturó Noah—. Le gusta controlarlo todo, incluso las cosas que no se pueden controlar, y cuando no puede, se siente débil... —seguía cavilando. Hizo una pausa en sus pensamientos—. ¿Olivier Brooks débil? —se preguntó de pronto—. Cuesta creerlo. Parece un hombre de acero, sin debilidades».

¿Y por qué se enfadaba cuando Todd la llevaba a casa? ¿O por estar cerca de ella? Acaso eran... ¿celos? Noah sacudió la cabeza. Olivier no era de los

que se ponía celoso por nadie. No era un hombre con inseguridades... ¿O sí?

«Quizá lo más sensato es que me aleje de él. El mismo Olivier me ha dicho que no me conviene... y puede que tenga razón — se dijo. Negó con la cabeza—. Pero no puedo apartarme de él. No puedo. Me gusta demasiado».

—Soy una suicida —masculló, consciente de donde estaba metida.

La viajera que iba sentada a su lado en el vagón del metro, una mujer de mediana edad, rubia y con rosácea en la piel, giró el rostro y la miró.

—Perdone, ¿ha dicho algo? —le preguntó.

Noah la miró extrañada al darse cuenta de que había puesto voz a sus pensamientos. Carraspeó y se movió en el asiento.

—No, nada. Lo siento —se disculpó, tratando de salir de atolladero.

La mujer asintió sin más y volvió la vista al frente.

CAPÍTULO 80

Olivier no podía concentrarse en la reunión que tenía con Jeff Greg, pese a que el tema que estaban tratando era de suma importancia para la empresa. Lo había echo esperar por Noah y ahora tenía la mente puesta en ella y no en Jeff Greg ni en el motivo por el que estaba allí.

Le había confesado a Noah que trataba de alejarse de ella, pero que le resultaba imposible, que el deseo era más fuerte. Incluso le había dicho de forma indirecta que era una debilidad para él, y que era un hombre que no le convenía, que tenía muchos pecados a sus espaldas. Le había hablado de las tinieblas que envolvían su vida...

Quizá le había proporcionado demasiada información, pensó.

Y la información era poder. Olivier se negaba a que nadie tuviera ningún poder sobre él. Pero, como ocurría siempre que estaba con Noah, no había podido controlarse. Es como si su cuerpo y su lengua tuvieran voluntad propia, como si no pudieran regirse por el cerebro, como si no atendieran a sus órdenes.

A esas alturas todavía ignoraba por qué.

«Por el deseo, porque te mueres de deseo por ella —se respondió—. Porque te intoxica como un puto veneno que te circula por las venas».

Negó para sí.

«¿Pero es solo deseo?».

«Sí, sí, sí... —se repitió con énfasis—. Por eso no puedo quitarle las manos de encima. Por eso cuanto más la follo, más ganas tengo de follarla».

«Tantas ganas tenía de ella que se lo he hecho encima de la mesa». Durante unos segundos, dejó que los ojos vagasen por la superficie de cristal, recordando. «Ni siquiera me habría importado que Karen o mi hermana, o cualquier otra persona nos hubiera pillado *in fraganti*. Solo quería estar dentro de ella. Solo quería follarla. Follarla. Follarla. Follarla una y mil veces hasta que me saciara de una vez por todas».

¿Qué mierda de obsesión era esa?

Al principio creyó que su obcecación por Noah Winter obedecía únicamente a que se estaba resistiendo a él. Y a Olivier Brooks nadie se atrevía a decirle que no. Le había ofrecido su ayuda, algo extraordinario, pero ella la había rechazado. Noah era muy orgullosa y quería salir adelante por su cuenta, sin contar con él. Pero no estaba dispuesto a permitirlo.

Sin saber cómo, Noah había llamado su atención, y, para bien o para mal, se le había metido entre ceja y ceja. Había hecho todo lo humanamente posible para llevársela a la cama y finalmente lo había conseguido. Pero había algo que no había planeado, y era que no le bastara con una sola noche. Pensaba que todo quedaría en el fin de semana que habían pasado en Malibú, pero estaban ya en Nueva York y Olivier no tenía visos de cansarse.

¿Por qué no se había deshecho ya de ella? Y lo más asombroso: ¿por qué no estaba buscando excusas para deshacerse de ella como hacía con las mujeres?

—Señor Brooks... Señor Brooks... —La voz madura de Jeff Greg lo devolvió a la realidad.

Olivier alzó la vista hacia él.

—¿He escogido un mal día para reunirme con usted? —preguntó Jeff—. No lo veo muy centrado. ¿Un mal día? —añadió el hombre moreno, peinado con gomina hacia atrás y con un traje gris claro.

Olivier se reclinó en el sillón de cuero negro.

—Sí —afirmó—. Hay un asunto personal que me trae de cabeza —confesó.

—Le diría que nos reuniéramos otro día para que pudiera encargarse de ese asunto personal, pero mucho me temo que no cuento con tiempo para ello. Mi agenda está muy apretada —dijo Jeff Greg.

—No se preocupe —se adelantó Olivier en tono formal—, nunca dejo que mis asuntos personales interfieran en mis negocios, por muy graves que estos sean. En esta ocasión no va a ser una excepción.

Olivier pronunció aquellas palabras con una seguridad aplastante, como el ejecutivo agresivo que era, sin darse cuenta de que Noah ya estaba interfiriendo en sus negocios. Ni siquiera le había estado prestando atención a Jeff Greg, y eso que el asunto que iban a tratar era de vital relevancia, pero nada parecía tener mayor importancia cuando Noah aparecía en su mente.

Se echó hacia adelante y apoyó los codos encima de la mesa.

—Continuemos —le pidió a Jeff Greg.

—Como quiera —accedió él.

Olivier trató de centrarse en la reunión.

—Estoy dispuesto a pagar por su torre de edificios 400 millones de dólares —dijo.

Jeff enarcó una ceja.

—Eso es mucho dinero —comentó.

—Sí, es mucho dinero, así le dejo claro el interés que tengo en ella —dijo Olivier, dirigiéndole una mirada suspicaz.

CAPÍTULO 81

Noah salió de la tienda cargada con una pila de vestidos, introdujo la llave en la cerradura, dio un par de vueltas y cerró la puerta. Tenía que darse prisa. El cielo estaba teñido de un gris plomizo que amenazaba agua. Noah presumió que iba a arrancarse a llover en cualquier momento.

—Ahora no voy a dejar que huyas de mí.

Noah dejó escapar un grito ahogado por la sorpresa. Los vestidos que llevaba en los brazos se cayeron al suelo. Al darse la vuelta, su mirada se encontró con los ojos oscuros e intensos de Olivier. Maldijo para sus adentros. Sabía para qué había ido allí. Para obtener su respuesta.

—Olivier, ¿por qué tienes la manía de asustarme? Eres como un gato sigiloso —le reprochó, al ver los vestidos y las fundas que los envolvían esparcidos por el suelo.

—Lo siento —dijo él.

Noah se agachó y comenzó a recoger los vestidos. Olivier imitó su acción, se puso de cuclillas y la ayudó.

—Deja que yo los lleve —se ofreció.

—Es mejor que los lleve yo, así no tendrás que acompañarme hasta el metro —repuso Noah.

Pero Olivier no le hizo caso y se quedó sujetando los vestidos que él había recogido.

—¿Cómo vas a ir en metro cargada así?

—Lo he hecho otras veces. Estoy acostumbrada.

—No vas a ir en metro estando yo aquí.

Noah se colocó los vestidos en el brazo.

—Es mejor que me vaya en metro —insistió.

Olivier la agarró del brazo para retenerla y la giró hacia él.

—Noah, ¿qué pasa? —le preguntó.

Noah suspiró.

—Esta mañana, en tu despacho, has dicho que tratas de alejarte de mí... — Olivier la escuchaba atentamente—. He estado pensando...

—¿Qué has pensado? —la apremió Olivier.

—Quizá lo mejor es que... que te alejes de mí, y que yo me aleje de ti — respondió Noah.

Olivier entornó los ojos.

—No voy a alejarme de ti, Noah —aseveró.

—Olivier, es lo mejor.

—He dicho que no me voy a alejar de ti.

Noah suspiró ruidosamente.

—¿No te das cuenta de que no puedo hacer siempre lo que tú digas? ¿De que no puedo seguir tu juego? No quiero, Olivier. Me niego. Me niego en rotundo —dijo, enfatizando cada una de sus palabras.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer.

—Tengo que irme, se van a mojar los vestidos —se apresuró a decir Noah.

—No quiero dejar así esta conversación —dijo Olivier—. Vamos a mi coche y hablemos.

—Olivier...

—Por favor, Noah...

La respuesta tardó unos segundos en llegar a los labios de Noah, aunque no podía demorarse mucho porque cada vez llovía con más fuerza y, además, estaba convencida de que Olivier no la dejaría en paz hasta que no se saliera con la suya.

—Está bien —accedió.

—Deja que lleve los vestidos —se volvió a ofrecer Olivier.

Noah le dio los suyos y salieron rápidamente hacia el coche, aparcado en una zona de carga y descarga contigua a la acera. Olivier colocó los vestidos en los asientos traseros y se metió en el Bentley.

Noah miraba al frente sin decir nada.

—Noah, mírame —le pidió Olivier.

—Olivier, por favor, llévame a casa —dijo, sin hacer caso a su petición.

—Te llevaré a casa, pero antes tenemos que hablar.

—Ya está todo hablado.

—Deja de comportarte como una niña enfadada y mírame.

Finalmente, Noah giró el rostro y lo miró.

—No estoy jugando contigo, Noah —afirmó Olivier, continuando la conversación que habían dejado en el aire cuando había empezado a llover.

—Sí lo haces —rebatió Noah, mientras las gotas de lluvia golpeaban con fuerza la luna del coche—. Lo haces porque yo para ti solo soy una especie de... —pensó la palabra—... capricho. Nada más. Tú mismo lo has dicho.

—Para mí no eres solo un capricho.

—Sí, sí lo soy. Entre nosotros solo hay sexo. Es lo único que te mantiene junto a mí; el sexo.

—¿Qué más quieres que haya entre nosotros? —le preguntó Olivier a Noah.

Noah dejó caer los hombros. En esos momentos se sentía como si sostuviera el mundo sobre ellos.

—Todo. Quiero que haya todo —confesó, abandonando toda cautela. Continuó hablando antes de que Olivier se pronunciara. Quizá era el momento de poner las cartas sobre la mesa—. Yo nunca había sentido esto. No sé qué me pasa cuando estoy contigo... Pero tengo miedo. Mucho miedo, Olivier —dijo—. No quiero que me rompas el corazón.

—Yo no pretendo romperte el corazón —dijo Olivier.

—A veces, aunque una persona no pretenda romperle el corazón a otra, termina haciéndoselo añicos —susurró Noah.

—Noah, yo tampoco sé qué me pasa contigo. Solo sé que todos los esfuerzos que haga por poner distancia entre nosotros van a fracasar. Lo sé, porque ya lo he intentado. He tratado de alejarme de ti, pero no lo he conseguido.

A Noah le hubiera gustado aferrarse a eso para pensar que Olivier sentía algo más por ella que una atracción física, pero su sentido común le decía que no lo hiciera. El sexo podía confundirse perfectamente con el amor, sobre todo por alguien como Olivier.

—¿Nunca te has enamorado? —le preguntó.

—No —respondió Olivier.

«Entonces, ¿por qué te ibas a enamorar de mí?», se preguntó Noah con pesimismo para sí.

—¿Por qué no me invitas a cenar en tu casa? —propuso Olivier, rompiendo el incómodo silencio que se había instalado en el interior del coche.

Noah enderezó la espalda en el asiento y asintió con la cabeza. Olivier se quedó mirándola unos segundos más sin decir nada, hasta que finalmente apretó el botón de arranque y puso el Bentley en marcha.

CAPÍTULO 82

—Puedes dejar los vestidos encima del sofá —le indicó Noah a Olivier cuando entraron en el salón.

Olivier hizo lo que le dijo y apoyó la pila de trajes en el respaldo. Echó un vistazo en derredor. El piso de Noah era un sitio modesto y acogedor en el que no había un solo rincón que no tuviera una nota de color. La atmósfera era chispeante.

—No es como tu ático, pero no está mal —comentó ella en tono de obviedad.

—Es muy bonito —dijo Olivier.

Noah no supo distinguir si Olivier decía la verdad o no; si solo estaba tratando de ser amable, pero sonaba sincero.

—Veo que te traes trabajo a casa —observó Olivier, al ver la mesa empapelada de diseños y algunos rollos de tela apoyados en la pared.

—Sí, bueno, en la tienda no hay taller, así que he improvisado uno aquí —dijo—. Por eso está todo un poco manga por hombro.

—Trabajas demasiado, Noah.

—Trabajo por mi sueño. Nunca es demasiado. —Sonrió ella—. Además, me lo dices tú, que no sales de tu despacho.

—Sí, quizá deberíamos dar prioridad a otras cosas —dijo Olivier con intención.

Noah no quería volver a retomar la conversación que habían tenido en el coche. Carraspeó.

—¿Tengo hechos unos canelones con bechamel? ¿Te gustan? —le preguntó.

—Sí, me gustan.

—Voy a calentarlos. Abre un poco de espacio en la mesa —le dijo Noah a Olivier—. Deja los diseños sobre alguna silla.

—Vale —dijo él.

Noah se dirigió a la cocina, separada del salón por una barra americana.

Olivier fue hacia la mesa, cogió un par de bocetos de los que había dibujado Noah y los observó. Era indiscutible que tenía talento. Mucho.

—¿Sabes una cosa? —dijo Noah mientras sacaba una bandeja de la nevera y la ponía sobre la encimera—. Estoy deseando de que salga el reportaje de mi firma de ropa en la revista Elle. No veo la hora.

Olivier sonrió al verla tan ilusionada.

—Ya solo quedan unos días. Sale a principios de mes, ¿no?

—Sí, el día 1 o el día 2 a más tardar está a la venta en todos los kioscos. ¡Aún no me lo creo!

Noah abrió el horno y metió en él los canelones para calentarlos.

Olivier cogió los diseños de encima de la mesa y los colocó en una silla. Al levantar la vista, su mirada reparó en unos juguetes de madera apoyados en el estante de un mueble. Uno era una muñeca sentada en un columpio y el otro una pequeña casita de vivos colores. Como si fuera un ser autómatas, enfiló los pasos hacia ellos. Quería verlos de cerca.

Noah lo contempló desde el otro lado de la estancia.

—¿Te gustan los juguetes de madera? —le preguntó, al reparar en el interés que habían suscitado en él.

Noah supuso que Olivier había tenido una infancia llena de juguetes de todo tipo, a cual más caro. Seguro que sus padres le daban todo lo que pedía.

—Sí, estos son preciosos —contestó, mirándolos como si fuera un niño—. De pequeño, todos los días pasaba por una tienda de juguetes —comenzó a relatar al tiempo que cogía la casita y le daba vueltas en la mano, contemplando sus vivos colores—. En el escaparate había una locomotora de madera. Era roja, azul y amarilla. Tenía dos vagones enganchados en la parte de atrás. Uno era amarillo y el otro verde, y transportaban pequeños bloques de madera de distintos tamaños.

Noah percibió una nota de anhelo en la voz siempre grave y profunda de Olivier. Él continuaba hablando, desgranando los recuerdos de su niñez.

—La parte delantera de la locomotora tenía una cuerda blanca con la que podías tirar del tren y rodarlo mientras caminabas. Me encantaba. Siempre me quedaba mirándola, embelesado. Era un juguete muy popular en la época; muchos niños tenían una.

—¿Te portaste mal y tus padres no quisieron comprártela? —bromeó Noah con ingenuidad.

Olivier volvió en sí. Su rostro se ensombreció. Alargó la mano y devolvió la casita a la estantería.

—No, no quisieron comprármela —dijo escuetamente.

No dio más explicaciones. Se giró y siguió despejando la mesa para poder cenar en ella.

—Olivier, ¿está todo bien? —preguntó Noah ante su extraña reacción.

—Sí, perfectamente —respondió seco.

Noah no quiso ahondar en el tema. Lo que Olivier había contado era una simple anécdota infantil, pero parecía haber algo más detrás.

—¿Están listos los canelones? —dijo Olivier, cambiando radicalmente de tema.

—Están terminando de calentarse —respondió Noah.

CAPÍTULO 83

Olivier apartó con delicadeza un mechón del dorado pelo de Noah de su mejilla, se inclinó sobre ella y sopló suavemente un poco de aire en su rostro. Noah arrugó la nariz, se movió ligeramente y abrió los ojos. En su campo de visión apareció la cara de rasgos perfectos de Olivier.

—Buenos días, pequeña —dijo él.

—Buenos días —dijo Noah en tono somnoliento.

—Tengo que irme a trabajar, pero antes de ir al despacho quería follarte otra vez.

—Olivier, esto está ma...

Noah trató de protestar. No con mucha convicción, eso sí, pero Olivier silenció sus palabras.

—Está muy bien. Esto está muy, pero que muy bien —susurró pícaro, dándole un beso en los labios.

—Tienes que irte a trabajar —dijo Noah.

—Soy el jefe, puedo llegar todo lo tarde que me dé la gana —dijo Olivier con suficiencia.

Noah dejó escapar un suspiro.

—¿Por qué no puedo resistirme a ti, Olivier? —lanzó al aire con pesadumbre mientras él le mordisqueaba el cuello—. ¿Por qué no puedo controlarme?

—Shhh... Déjate llevar... —dijo él con voz extremadamente sensual.

Una vocecita en la cabeza de Noah le decía insistentemente que parara aquello, que lo detuviera, pero en el momento en el que Olivier la besó, una llama de deseo le incendió el cuerpo, y se olvidó de todo. Lo único que quería era sentir a Olivier dentro de ella y que la transportara a ese reino de placer al que solo él sabía llevarla. Tomó aire profundamente y se rindió a su hipnótico encanto.

Las manos de Olivier comenzaron a acariciar su piel perfecta. Noah gimió cuando cubrió sus pechos con ellas y empezó a jugar con sus pezones, apretándolos con el índice y el pulgar. Al contacto, se endurecieron de inmediato.

Olivier fue descendiendo y le acarició el vientre, después lo besó, alternando los besos con delicadas succiones. Siguió bajando hasta alcanzar el corazón de su entrepierna. Con dedos hábiles, empezó a acariciarle el clítoris trazando suaves círculos sobre sus pliegues. Mientras Noah jadeaba, Olivier notaba como se iba humedeciendo cada vez más.

Así es como le gustaba verla.

Así es como le gustaba tenerla; mojada de deseo y placer por él.

Noah sintió que se quedaba sin aliento. Los dedos de Olivier la estaban enloqueciendo, y cuando sintió que le lamía al mismo tiempo los pezones pasó a ser una verdadera tortura. Un deseo ciego recorría el cuerpo de Noah de arriba abajo. Era como si la boca y las manos de Olivier estuvieran por todas partes, tocando cada centímetro de su piel.

—No aguanto más, Olivier. Me voy a correr —susurró al cabo de un rato.

Olivier alzó la cabeza.

—No, no... Todavía no —negó travieso con los ojos entornados.

Noah movió la cabeza, confusa.

—¿Qué...?

—Te vas a correr cuando yo diga.

Noah no daba crédito.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque quiero controlarte. Porque tu placer es mío, y tus orgasmos también. Cada uno de ellos es mío —le susurró al oído, haciendo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Noah.

—No voy a aguantar —gimió ella, desesperada.

—Por supuesto que vas a aguantar —dijo autoritario Olivier—. No se te ocurra correr, Noah —le ordenó mientras seguía acariciando su clítoris.

—Olivier, no...no puedo...

—Sí puedes, claro que sí —se burló Olivier.

Noah bajó la mano con la intención de apartar la de Olivier de su

entrepierna, pero él se lo impidió.

—Eso son trampas, señorita Winter, y no se las voy a consentir.

Atrapó su mano, le cogió la otra y se las inmovilizó por las muñecas por encima de la cabeza.

—¡Olivier! —protestó ella.

—Deja de protestar o te daré unos buenos azotes —le advirtió Olivier.

Noah intentaba que su cuerpo no se dejara ir; intentaba no correrse. Por alguna extraña razón, quería cumplir el deseo de Olivier. Pero no le hacía caso, aunque el cerebro le daba la orden, sus entrañas suplicaban por estallar.

Contuvo el aliento y apretó la vagina, sin embargo no sirvió de nada. Olivier no paraba de acariciarle y eso no ayudaba. No ayudaba nada. ¿Qué pretendía? Ya se lo había dicho: controlarla.

—¿Por qué me torturas así? —le preguntó a Olivier, lloriqueando.

—Porque me gusta —siseó él en su boca.

Noah gimió, y tomó una bocanada de aire. La voz de Olivier era como un azote a su deseo, para colmo de males. Cuanto más trataba de contenerse más difícil se lo ponía él. Iba a volverla loca.

—Olivier, ya... —gimoteó.

—Shhh... —la silenció él.

—Ya no aguanto más... No puedo contenerme más...

Olivier sonrió.

—Un poco más, Noah. Solo un poco más —la presionó, llevándola al borde del abismo.

El control que ejercía sobre ella lo estaba excitando de un modo insospechado, porque solo él podía apaciguar su deseo, porque solo él era el autor de su placer. Y el modo en que se retorció debajo de su cuerpo...

«Oh, Noah... Noah...», repetía en su mente.

—Pídeme «por favor» que deje que te corras —susurró en sus labios.

—Olivier...

—Pídemelo, Noah. Pídemelo de la forma que me gusta.

—Por favor, Olivier, deja que me corra. No aguanto más, por favor... No... No aguanto más... —le suplicó en un hilo de voz con la respiración entrecortada.

—Así me gusta —dijo Olivier. Aceleró el ritmo de los dedos, llevando a Noah al borde de ese lugar de no retorno—. Ahora puedes correrte. Córrete. Córrete para mí.

Antes de que Olivier terminara de hablar Noah estalló, como si mil fuegos artificiales explotaran en su interior. Se arqueó contra el cuerpo de Olivier mientras un profundo gemido se arrancaba de su garganta.

Olivier se inclinó y la besó tan apasionadamente que Noah sintió que no podía respirar.

—¡Joder, Olivier! —gritó cuando se separó.

—Esto no ha hecho más que empezar... —dejó caer Olivier.

Y Noah estaba completamente segura de ello.

CAPÍTULO 84

Noah entró casi corriendo en el despacho de Olivier. Las piernas no le daban más de sí y el pecho le subía y bajaba por la fuerte respiración. En la mano llevaba un ejemplar de la revista Elle.

—¡Mira, Olivier! ¡Mira! —exclamó entusiasmada dirigiéndose hacia su mesa—. ¡Ya ha salido el reportaje de mi firma de ropa en la revista Elle!

Dejó la revista abierta en mitad de la superficie de cristal y se lo mostró a Olivier mientras trataba de regular el latido de su corazón.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Está aquí —dijo, señalando con el dedo una de las páginas—. Ha quedado precioso. ¡Todavía no me lo puedo creer, Olivier!

Olivier cogió la revista y se la acercó para echar un vistazo. El reportaje se componía de varias páginas a todo color en las que aparecían los modelos diseñados por Noah, junto con una amplia entrevista.

—Felicidades —dijo, blandiendo una amplia sonrisa. La alegría de Noah, que estaba como una niña con zapatos nuevos, era contagiosa.

Al alzar la vista y mirarla, vio que tenía los ojos húmedos. Se levantó del sillón y fue hacia ella.

—Hey, pequeña... —susurró cariñosamente, al tiempo que la rodeaba con los brazos.

—Sé que soy una tonta —se apresuró a decir Noah, agarrando a Olivier por la cintura y apoyando la cabeza en su hombro—, pero es que estoy muy emocionada. Jamás pensé ver mis diseños en la revista Elle.

—No eres ninguna tonta —la consoló él—. Es normal que estés así.

Noah sacudió la cabeza y sorbió por la nariz.

—¿Y sabes qué? —dijo, mirándolo.

—¿Qué?

—En estas horas, desde que ha salido la revista, las visitas a la página han aumentado y también los pedidos. De hecho, estoy desbordada. No sé cómo

voy a organizarme... —dijo, visiblemente agobiada.

Resopló.

—¿Quieres que te ayude Helen? —propuso Olivier—. Puedo decirle que se acerque a la tienda y que te eche una mano.

Noah dio un paso hacia atrás y se separó de Olivier.

—No, Olivier. No le digas nada. Quizá Helen no quiera. Ella no tiene ninguna obligación de ayudarme y puedes ponerla en un aprieto.

—Helen estará encantada de ayudarte. Le caes genial. No para de decírmelo. Además, solo será durante unos días, hasta que te organices.

—No estoy convencida, Olivier, apenas me conoce...

En esos momentos se oyó el ruido de unos nudillos golpeando la puerta y Helen asomó la cabeza.

—¿Interrumpo? —preguntó de buen humor.

—No, pasa —dijo Olivier.

Helen entró, atravesó el despacho y se acercó a ellos. Dio un par de besos en las mejillas a Noah.

—Hola —la saludó, regalándole una sonrisa.

—Hola —dijo ella, devolviéndole el gesto.

Helen miró a Olivier y le ofreció una carpeta de plástico con las tapas negras.

—El informe que me pediste —dijo.

—Gracias —dijo Olivier, tomando la carpeta—. Helen, ¿te importaría ayudar a Noah unos...?

—No, Olivier, por favor —lo interrumpió Noah con expresión de apuro en el rostro.

Olivier la miró, pero ignoró su petición.

—¿Te importaría ayudar a Noah en la tienda durante unos días?

—Sí, claro —respondió Helen. Se dirigió a Noah—. ¿En qué necesitas ayuda?

—No es necesario, Helen, de verdad. Olivier siempre tiene que salirse con la suya, sino revienta —repuso Noah con sarcasmo, fulminándole de reojo con la mirada.

—Como ella no te lo va a pedir, te lo pido yo —intervino Olivier como si

nada—. Hoy ha salido el reportaje de la firma de ropa de Noah en la revista Elle y los pedidos se están desbordando.

—¿En serio? ¡Ay, Noah, no sabes cuánto me alegro! —Helen la abrazó—. ¡Felicidades! Te lo mereces. Tienes mucho talento.

—Muchas gracias. La verdad es que todo ha sido gracias a tu hermano —dijo Noah con franqueza.

—Bobadas. Si no tuvieras talento, no te hubieran hecho el reportaje —anotó Helen.

Noah se encogió de hombros con timidez.

—No sé... —murmuró.

—Pero, dime, ¿en qué necesitas ayuda?

—Estoy un poco desbordada. Necesito organizarme para atender a todas las clientas. Pero no tienes ninguna obligación de ayudarme, Helen. Además, tendrás mucho trabajo aquí, en la empresa.

—Estaré encantada de ayudarte, Noah. Es lógico que estés desbordada —afirmó Helen, comprensiva.

Noah la miró con cautela y algo de aprensión.

—¿De verdad no te importa? —le preguntó.

—Para nada —respondió Helen—. Además, así me quito de encima a mi hermano unos días —bromeó.

—Te dije que mi hermana estaría encantada de echarte una mano —dijo Olivier—. Por cierto, me apunto lo último que has dicho —añadió, mirando a Helen.

Helen se encogió de hombros y rio. En un impulso, Noah se echó a sus brazos. De pronto se sentía inmensamente aliviada de que hubiera accedido a ayudarla. Eran muchos los pedidos que tenía que atender y estaba realmente agobiada.

—No sabes cuánto te lo agradezco, porque la situación me está desbordando un poco y no quiero que ninguna clienta se quede sin atender —habló.

—Tranquila, pondremos los pedidos al día y atenderemos sin problemas a las clientas —la calmó Helen. Guiñó un ojo a Olivier con complicidad por encima del hombro de Noah, que seguía aferrada a ella como si fuera una tabla salvavidas. Olivier asintió ligeramente.

—Gracias, gracias, gracias —le agradeció reiteradamente Noah, deshaciendo el abrazo.

Helen esbozó una sonrisa.

—Y ahora enséñame ese reportaje, que estoy deseando verlo —comentó.

CAPÍTULO 85

—Hola —saludó Noah a Helen, cuando esta entró en la tienda la mañana siguiente dispuesta a ayudarla. Se acercó a ella y le dio un par de besos.

—Hola, cariño —correspondió Helen.

—Siento haberte metido en este lío —dijo una apocada Noah, arrugando la nariz—. Apenas nos conocemos...

Helen sonrió, comprensiva. La verdad es que estaba encantada de estar allí y de poder echarle una mano. Le encantaba la moda y Noah le caía genial.

—Te conoce mi hermano y eso es suficiente para mí —dijo. Guardó silencio unos instantes antes de decir—: Además, sé que eres especial para él.

Noah no pudo evitar sentirse sorprendida por su afirmación.

—¿Tú crees? —se le escapó decir con incredulidad.

La sonrisa de Helen se amplió en su rostro.

—Quizá él no lo reconozca, pero te aseguro que sí. Mi hermano es... mejor dicho, no es una persona fácil. Aunque supongo que tú misma lo has podido comprobar...

Noah afirmó con la cabeza.

—Sí —dijo en tono obvio dibujando una sonrisa cómplice en los labios—. Y permíteme que te diga que no te pareces nada a él. Físicamente sí, pero nada más —añadió.

Helen soltó una risilla.

—La verdad es que tengo que darte la razón, porque ciertamente no nos parecemos; yo soy mucho más divertida que él —bromeó—, pero también es cierto que nuestra niñez no fue igual para mí que para él. —La voz de Helen se tornó seria y su rostro adquirió cierta tristeza—. A Olivier no le gusta hablar de ello y yo no me acuerdo mucho porque era muy pequeña, pero tuvo que cuidar de mí siendo solo un niño, y eso... —se detuvo un segundo—... le ha convertido en una persona excesivamente controladora e introvertida. Es un hombre duro e implacable, pero en el fondo tiene corazón, aunque a veces no

lo parezca.

Noah dejó escapar un suspiro. Quizá el frío y despótico carácter de Olivier se había fraguado en una niñez dura. Tuvo la tentación de preguntarle a Helen cuál era su historia, pero no se atrevió. Algo le decía que había sido una experiencia peliaguda. Tenía que serlo si Olivier no quería hablar de ello. Helen miró a Noah, se acercó a ella y le agarró la mano afectuosamente, envolviéndola con las suyas.

—Noah, no sé exactamente qué eres para él, porque yo no estoy en su cabeza, pero sí puedo asegurarte que eres especial. Ignoro en qué medida, pero mi hermano nunca le ha prestado atención a una mujer más de un par de noches. Es más, él jamás ha mostrado interés por ninguno de los negocios que obtiene a través de las adquisiciones o de las OPAS. Jamás, ni siquiera por los que podían reportarle más beneficios. Sin embargo, por tu tienda lo mostró, o tal vez fue por ti. Si quieres que sea sincera, yo prefiero que sea por ti. Me encantaría que Olivier se enamorara, y mucho más que se enamorara de ti.

Noah esbozó una sonrisa amarga.

—Quizá soy especial para Olivier... A su manera —matizó—. Pero él no está enamorado de mí ni se va a enamorar, Helen —afirmó con pesimismo—. Entre nosotros solo hay... —Noah no sabía cómo decirlo—... atracción sexual. Es muy fuerte, sí, pero eso no es amor.

—¿Y qué? —se apresuró a decir Helen—. Muchas historias empiezan así. De hecho, yo creo que todas empiezan así.

—No es lo mismo, Helen. Olivier no está dispuesto a ir más allá. Ni siquiera se quiere enamorar. Huye de todo lo que implique un compromiso sentimental. Huye de todo lo que implique al corazón.

Helen miró fijamente a Noah. Noah observó que sus ojos eran igual de intensos que los de Olivier. No podían negar que eran hermanos, aunque ella creyó que era su novia el primer día que la vio en su despacho. Todo lo que había llovido desde aquel entonces...

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo Helen.

—Sí, claro —respondió Noah.

—¿A ti te gusta Olivier?

Noah se limitó a inclinar la cabeza.

—Entonces, no tires la toalla, por favor. No te des por vencida —le pidió Helen, que había vuelto a tomar la palabra.

Noah tardó unos segundos en hablar.

—No quiero que Olivier me haga daño —dijo.

—Él nunca te haría daño. A ti, no.

Noah hizo una mueca con la boca. En esos momentos, Helen le pareció una persona que pecaba de ingenuidad, o tal vez sus ganas de ver a su hermano enamorado no le dejaban percibir cómo era exactamente la realidad.

—Yo no estoy tan segura de ello —repuso.

—Yo sé que no te haría daño a propósito —dijo Helen.

—Eso lo sé, Helen. Sé que no me haría daño a propósito, pero muchas veces las personas te hieren sin intención de hacerlo, y no por eso deja de ser doloroso, muy doloroso. Intentar mantener una relación sentimental con Olivier es un acto kamikaze.

Helen dejó caer los hombros y resopló.

—No sé, Noah. Yo veo en Olivier algo hacia a ti que no he visto nunca, por eso creo que tú puedes hacer mucho por él.

Noah soltó todo el aire que tenía en los pulmones

—Lo malo es que esto no es una novela romántica, Helen, donde la chica salva al protagonista. Esto es la vida real, donde los fantasmas no desaparecen ni los problemas se solucionan solo con la fuerza del amor. Las personas no cambian.

—Soy consciente de ello —dijo Helen con sinceridad—. Pero pensé que... bueno, nunca he visto a mi hermano tan interesado en una mujer —insistió—, y eso ha hecho que mi imaginación vuele...

—A mí también me gustaría ser para Olivier algo más de lo que soy, pero...

—Noah frunció los labios—... no es posible.

La puerta se abrió y una mujer de mediana edad entró en la tienda, interrumpiendo la conversación. Noah se adelantó un par de pasos con la intención de atenderla.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

Mientras Noah atendía a la clienta, Helen se giró sobre los talones y se dirigió al almacén. Noah no dejaba de tener razón. Enamorarse de Olivier era

peligroso. Su hermano no era un hombre al uso; tenía demasiados fantasmas en su interior y había cometido muchos pecados. Incluso ella misma dudaba de que tuviera capacidad para enamorarse.

Chasqueó la lengua.

Tenía muchas ganas de que Olivier se enamorara, y Noah era la candidata perfecta. Era inteligente, luchadora, íntegra, discreta y, además, muy guapa. Pero no iba a ser posible...

De pronto se acordó de que no le había comentado nada acerca de la fiesta de cumpleaños que le iba a preparar a su hermano.

—Noah... —dijo, cuando la clienta se fue.

—Dime —contestó Noah, volviéndose hacia ella.

—La semana que viene es el cumpleaños de Olivier. No es muy dado a celebrarlo, pero quiero hacer una pequeña fiesta y me gustaría que fueras. Estoy segura de que, si sabe que tú irás, se animará a celebrarlo.

—Sí, por supuesto, cuenta conmigo. Y si necesitas que te ayude a preparar algo, me lo dices. Te ayudaré encantada.

—Gracias —le agradeció Helen.

—Es lo mínimo que puedo hacer después de la ayuda que me has ofrecido con todo esto —dijo Noah.

CAPÍTULO 86

¿Qué podía regalarle a Olivier?, se preguntó Noah. ¿Qué podía regalar a un hombre que lo tenía todo? ¿Absolutamente todo? ¿Yate y avión privado incluidos?

Dejó escapar un suspiro.

Alzó la vista y vio los juguetes de madera que descansaban en la estantería del salón. Entonces se le ocurrió una idea...

Cogió el móvil y buscó en Internet la locomotora de madera de la que había hablado Olivier el día que había estado en su piso. Encontró fotografías de ella antes de lo que pensaba, pues, como había dicho Olivier, era un juguete muy popular en la época. Era sencilla, lejos del lujo que podía esperarse, y llena de color. Noah sintió una extraña punzada de ternura al verla, sobre todo, relacionándola con Olivier. Con el duro e implacable Olivier Brooks.

Quizá todavía las fabricaran o pudiera comprar una de segunda mano.

Aunque la hora siguiente trató por todos los medios de hacerse con el juguete, le fue imposible. Habían dejado de hacerlos; solo encontraba réplicas modernas que no tenían nada que ver con el modelo original, y nadie vendía ninguna. Al parecer, eran pequeños tesoros que la gente guardaba como recuerdo de la infancia.

—Papá... —musitó de pronto, encendiéndosele una bombillita en la cabeza.

Entró en la agenda del teléfono, buscó el número de móvil de su padre y le llamó.

—Cariño, ¿qué tal estás? —le preguntó su padre al descolgar.

—Bien, papá. ¿Y tú?

—Muy bien, hija. Aquí ando, liado con mis cosas. ¿Ocurre algo?

—Necesito que me hagas un favor... —comenzó Noah.

—Claro, hija, dime.

—¿Podrías hacer un juguete de madera?

—¿Un juguete? ¿Qué clase de juguete?

—Una locomotora con dos vagones. Era muy popular hace un par de décadas. Puedo mandarte una foto para que sepas cómo es.

—Vale, con una foto seguro que puedo fabricarla.

—Lo que pasa es que la necesito para dentro de dos días.

—Dos días es muy poco tiempo.

—Por favor, papá. Es un regalo que quiero hacerle a un amigo y su cumpleaños es el viernes.

—Está bien —accedió finalmente el padre de Noah—. Mándame la foto para poder empezar cuanto antes.

—Sí, sí, ahora mismo te la envío por WhatsApp. Gracias, papá. Mil gracias. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Eres el mejor padre del mundo.

Su padre rio al otro lado de la línea.

—Ahora no seas pelota —bromeó.

Noah se echó a reír.

—Pero es que eres el mejor padre del mundo —repitió.

Sam, como se llamaba su padre, sacudió la cabeza sin poder dejar de sonreír.

—Te quiero, cariño —dijo.

—Y yo a ti —se despidió Noah.

Cuando Noah colgó, abrió la aplicación de WhatsApp y envió a su padre un par de fotos de la locomotora de las que había encontrado en Internet.

El viernes por la tarde, unas horas antes de la fiesta de cumpleaños de Olivier, un mensajero dejaba en la tienda de Noah el paquete que le había enviado su padre desde Telluride, en Colorado.

Noah lo puso encima del mostrador, quitó rápidamente el plástico que lo envolvía y abrió la caja como si el juguete fuera para ella en vez de para Olivier.

Se quedó pasmada cuando vio la locomotora. Su padre había hecho una réplica exacta. La tomó entre las manos y la observó detenidamente.

—Madre mía, es igual que la de las fotos —dijo—. Mi padre es un manitas —añadió orgullosa—. Solo espero que a Olivier le guste.

En esos momentos la puerta se abrió y entró una clienta en la tienda. Noah se apresuró a dejar la locomotora en la caja y a cerrarla. Lo cogió todo y lo

guardó detrás del mostrador. Luego la envolvería en papel de regalo.

CAPÍTULO 87

Noah le había dicho a Olivier que iría en metro hasta su casa, pero él se había empeñado en mandar a Jake, su chófer, a recogerla a la salida de la tienda. Noah lo había dejado por imposible.

—Buenas noches, señorita Winter —la saludó formalmente Jake cuando la vio—. Soy Jake, el chófer del señor Brooks.

Noah le estrechó la mano que el hombre le ofrecía.

—Buenas noches —correspondió.

—Si es tan amable —dijo Jake amable, abriéndole la puerta del Bentley.

—Gracias —dijo Noah.

Subió al coche y se acomodó en el asiento trasero. Hubiera preferido ir en metro, aquel tipo de formalidades no terminaban de convencerla. No estaba acostumbrada a que le sirvieran.

Tocó el timbre y esperó a que le abrieran la puerta resoplando, para intentar calmar los nervios.

—Hola, Noah —dijo alegre Helen.

Estaba elegantemente vestida con un vestido blanco ajustado.

—Hola —la saludó Noah.

—Gracias por venir —le agradeció Helen. Noah sonrió—. Estás guapísima —la elogió con complicidad mientras la agarraba del brazo y la llevaba dentro.

—Gracias.

—Ha llegado Noah —anunció Helen al entrar en el enorme salón.

Todos los presentes se giraron hacia ella. Noah levantó el brazo y saludó tímidamente con la mano que tenía libre, en la otra llevaba el regalo. Olivier la recibió con una amplia sonrisa en la boca. Echó a andar hacia ella, abriéndose paso entre un pequeño grupo de hombres con los que estaba hablando, y fue en su busca.

—¡Felicidades! ¡Que cumplas muchos más! —exclamó Noah cuando Olivier

la alcanzó, aunque lo felicitó discretamente para no llamar la atención de los presentes.

Se puso de puntillas y le dio un beso corto en la mejilla. Olivier sonrió.

—No soy de felicitaciones, pero agradezco la tuya —dijo—. Bienvenida —añadió—. Estás preciosa —le susurró en el oído.

—Gracias —dijo Noah, metiéndose un mechón de cabello rubio detrás de la oreja.

Lanzó un vistazo a su alrededor, afortunadamente no era una fiesta al uso ni concurrida, solo una pequeña reunión de amigos íntimos, lo cual Noah agradeció, aunque se notaba a la legua que todos eran de clase alta.

—Ven, voy a presentarte a unos socios —dijo Olivier.

—Vale —murmuró Noah.

Después de que Olivier le presentara al resto de invitados, Noah se fijó en que ya le habían dado los regalos. La mesa auxiliar estaba llena de papeles de envolver rotos y complementos de lujo que parecían carísimos. Entre ellos, Noah alcanzó a ver una corbata y un reloj de pulsera.

De pronto se sintió ridícula. ¿Qué hacía ella con un tren de madera? ¿Cómo iba a regalarle un juguete a un multimillonario?

«Voy a quedar fatal —se dijo para sus adentros—. Lo mejor es que se lo dé cuando no me vea nadie».

Las manos le sudaban profusamente.

—Olivier...

—Dime.

—¿Tienes un momento?

—Sí, claro —dijo Olivier con voz suave—. ¿Estás bien, Noah? —se preocupó, al tiempo que la agarraba por el codo y la llevaba hasta un rincón.

—Sí, sí, estoy bien —respondió Noah—. Solo quería darte mi regalo.

Extendió el brazo y le ofreció la bolsa de papel en la que estaba la caja con la locomotora.

—No tenías que haberte molestado —dijo Olivier.

—Es una tontería —se apresuró a decir Noah con apuro, para que no se creara falsas expectativas—. No es nada... Solo una... una tontería.

Olivier le sonrió, cogió la bolsa y sacó la caja de su interior. Bajo la mirada

expectante de Noah, que no podía contener los nervios, rasgó el papel de fantasía que la envolvía. La sujetó con una mano y con la otra quitó la tapa. Noah no supo descifrar la expresión de su rostro cuando vio la locomotora y los vagones de madera.

—Como te he dicho, es una tontería, Olivier... —dijo de nuevo, ante su silencio.

—Es preciosa, Noah —se apresuró a decir él con asombro.

—¿Te..? ¿Te gusta? —preguntó ella con cautela.

—Claro. Claro que me gusta. Pero ¿cómo la has conseguido? Tengo entendido que ya no las fabrican y que se han convertido en piezas de coleccionista —curioseó Olivier, sin apartar la mirada del juguete.

—Bueno, no es la original, es una réplica que ha hecho mi padre —le explicó Noah—. Le dije que fuera lo más fiel posible.

—¿Lo dices en serio? ¿La ha hecho tu padre? Entonces, tiene más mérito aún, porque es artesanal. —Olivier sacó el juguete y dejó la caja a un lado. Los ojos le brillaban como a un niño pequeño.

—Sí, es un manitas. Anda todo el día con su madera y sus cachivaches de carpintería —sonrió Noah, empezando a tranquilizarse. Quizá no había sido tan mal regalo.

Olivier alzó los ojos y la miró con dulzura.

—Gracias. Gracias de verdad.

La sonrisa de Noah se amplió.

—No sabía si era un buen regalo, es algo muy modesto...

—Es el mejor regalo, Noah —dijo Olivier con sinceridad. Se esforzó para no dejar ver que lo había impresionado, pero no lo consiguió—. Es mejor que cualquier corbata, que cualquier reloj, que cualquier perfume... Estoy sin palabras.

—Me alegro mucho de que te haya gustado.

Olivier se quedó mirando a Noah.

—Eres maravillosa —susurró—. Maravillosa y fascinante.

—¿Como un unicornio? —bromeó Noah, como siempre que le decía eso.

—Como un unicornio —afirmó Olivier.

Le cogió la barbilla, se acercó y le dio un suave beso en los labios. Cuando

se separó, volvió la cabeza, buscando a su hermana.

—Helen —la llamó—. Ven.

Helen se acercó hasta ellos.

—Mira lo que me ha regalado Noah —le dijo Olivier con visible admiración, mostrándole el colorido juguete.

Helen abrió la boca y miró a Noah.

—Noah, es precioso —dijo—. Pero ¿cómo has sabido...?

—Se lo dije yo. Le conté que siempre me quedaba mirando la que había en el escaparate de una juguetería —intervino Olivier—. La ha hecho su padre. ¿Verdad que es una maravilla?

Helen miró a Noah.

—Lo es —afirmó—. Tu padre es un artista.

El piropo no iba para ella, pero Noah no pudo evitar ruborizarse. Jamás había visto a Olivier tan entusiasmado. Era como si hubiera retrocedido un par de décadas y fuera el niño el que había recibido el juguete y no el adulto. Había un brillo inocente en su mirada que no había visto nunca.

—¡Helen! ¿Puedes venir? —Un hombre joven de aspecto distinguido la llamó desde el otro lado del enorme salón.

—Sí —afirmó ella. Antes de marcharse se dirigió a Noah—. Creo que es el mejor regalo que le podías hacer a mi hermano —dijo.

Noah sonrió.

Olivier quitó algunos libros de una estantería y colocó en ella la locomotora con los vagones.

—¿Qué te parece cómo queda aquí? —le preguntó a Noah.

—Queda muy bien —respondió ella.

A esas alturas ya habían desaparecido todas las reticencias que tenía acerca de si la locomotora de madera era un buen o un mal regalo. La reacción de Olivier la había convencido de que había sido un regalo magnífico.

Olivier dio un par de pasos hacia adelante y, sin decir nada, abrazó a Noah.

CAPÍTULO 88

Los invitados empezaron a irse hasta que solo quedaron Helen, Olivier y Noah.

—Bueno, chicos, yo también me voy —anunció Helen.

—Espera, que bajo contigo. Yo también me voy —dijo Noah.

Pero Olivier le agarró la mano cuando echó a andar y la atrajo hacia sí.

—¿Dónde cree que va, señorita Winter? —le preguntó.

Helen sabía que aquello iba para largo.

—Yo os dejo —intervino.

—Hasta mañana —la despidió rápidamente Olivier, para que Noah no pudiera irse con ella.

—Hasta mañana —dijo Helen.

Se acercó a Noah y le dio un beso en la mejilla.

—Hasta mañana, guapa.

—Hasta mañana —se despidió Noah.

Cuando Helen salió y se quedaron a solas, Olivier le devolvió toda su atención a Noah. Estaba esperando una respuesta a su pregunta.

—Olivier, mañana tengo que madrugar —contestó Noah.

—Mañana es sábado.

—Ya, pero tengo cosas que hacer. Todavía tengo pedidos que atender.

Olivier la aferró por la cintura con sus enormes manos y pegó su cuerpo contra el de ella.

—Quiero que te quedes a dormir conmigo —dijo en tono meloso.

Noah forzó una sonrisa.

—¿A dormir? Si me quedo, lo que menos vamos a hacer es dormir —afirmó.

Olivier la miró con ojos traviosos.

—Prometo portarme bien —dijo.

—No prometas lo que no vas a cumplir —objetó Noah.

Olivier se inclinó sobre ella y le rozó el cuello con la punta de la nariz.

—¿Me vas a dejar con ganas de ti? —susurró sensual.

Noah se estremeció cuando el cálido aliento de Olivier se deslizó por su piel. Dejó escapar un suspiro.

—Olivier, yo... —Pero Olivier no la dejó protestar, atrapó sus labios con la boca y la besó con avidez.

Antes de que pudiera reaccionar, la tomó en brazos y echó a andar en dirección al dormitorio.

—Puedo ir sola —dijo Noah.

—Lo sé, pero quiero llevarte. Además, así evito que te escapes —sonrió Olivier.

La resistencia de Noah se esfumó en cuanto comenzó a besarla otra vez. Olivier la conocía bien y sabía que él era su debilidad. El magnetismo que ese hombre ejercía sobre ella parecía producto de un conjuro de magia negra. De otro modo no podía explicarse la poca voluntad que poseía para apartarse de él. Sabía que le iba a hacer daño, era peligrosamente consciente de ello y, sin embargo, no tenía la suficiente entereza para irse.

—Olivier... —suspiró quedamente con voz apenas audible, cuando él la depositó sobre la cama.

—Pequeña, déjate llevar... —susurró él.

Pasó los dedos por los hombros y deslizó los tirantes del vestido por ellos. La prenda rodó por el cuerpo de Noah hasta que se la quitó. Después se deshizo del sujetador y de las braguitas.

Cuando estaba totalmente desnuda, Olivier se colocó encima de ella.

El calor que desprendía su piel se unió al que Noah estaba empezando a sentir, provocándole una especie de corriente eléctrica a lo largo de la espalda.

Terminó de perder el control cuando Olivier inclinó la cabeza sobre ella y le lamió con delicadeza el lóbulo de la oreja. Cualquiera mujer se volvería loca por las artes amatorias de Olivier Brooks. Dejó de pensar cuando él comenzó a explorar su boca con la lengua.

Después de un rato, Olivier se levantó y, mientras Noah lo observaba, se quitó los pantalones y la camisa. La mirada de Noah se expandió cuando

Olivier se quedó completamente desnudo delante de ella. Cada uno de sus músculos estaba cincelado con una perfección desconcertante, como si fuera una escultura de mármol.

Ni el anuncio del fin del mundo la hubiera distraído en ese momento de contemplar aquel espléndido cuerpo. Quería memorizar en su retina cada centímetro de él, aprendérselo de memoria. Olivier la dejó disfrutar de las vistas durante un rato, después enfiló los pasos hacia el corbatero y tomó tres corbatas de diferentes colores. Si por delante las vistas eran gloriosas, por detrás, con una espalda trapezoidal y un culo definido eran de pecado mortal.

Olivier se giró y volvió al lado de Noah, que lo esperaba con una mezcla de impaciencia y expectación. Olivier le sonrió con un gesto indescifrable, la cogió por la cintura y le dio la vuelta, poniéndola bocabajo. Noah contuvo el aliento en la garganta mientras él le juntaba las manos y se las ataba a la altura de las muñecas en el entramado del catre de la cama.

¿Por qué le gustaba tanto que la atara? ¿Que la inmovilizara? ¿Qué la dejara prácticamente a su merced? ¿Por qué no se quejaba?

Noah suspiró contra la almohada.

¿Qué más daba? No iba a ponerse en ese momento a reflexionar sobre ello, solo quería sentir, y que Olivier la hiciera disfrutar como tantas otras veces había hecho.

Olivier cambió de posición y de un envite la levantó para colocarla a cuatro patas. Todos los pensamientos que pululaban por la cabeza de Noah se diluyeron en un segundo. Olivier abrió el cajón de la mesilla y sacó un condón.

Cuando se protegió el miembro erecto, se inclinó sobre Noah.

—Te la voy a meter hasta el fondo desde atrás —le susurró al oído con voz ronca.

Noah notó como un fuerte espasmo la golpeaba, haciendo que su cuerpo se sacudiera contra el de Olivier, que estaba encima de ella. Olivier bajó la mano hasta su entrepierna y tanteó con el dedo la entrada de la vagina. Introdujo el índice para comprobar que estaba lista. La humedad que envolvió la falange de inmediato terminó de excitarlo.

—Así me gusta, que ya estés lista para mí —farfulló, satisfecho.

Noah cerró los ojos y jadeó

Era suya.

Era completamente suya.

Olivier sacó el dedo, la sujetó por la cintura, la obligó a que abriera las piernas y se hundió en ella de un fuerte empujón.

Noah soltó el aire de golpe con un gemido que llenó la habitación. Olivier estaba en lo más hondo de su ser. En todos los sentidos de la frase.

Olivier comenzó a moverse dentro de ella. Cada vez más rápido. Cada vez más profundo. Llevado por la excitación, alargó la mano, enrolló la larga melena rubia de Noah en torno a la palma y tiró de ella, obligando a Noah a levantar la cabeza.

«¡Dios santo!», exclamó ella para sí, mordiéndose los labios.

La punzada de placer que sintió fue brutal. Ni siquiera se preguntó por qué no lo frenaba, por qué no le decía a Olivier que parase, por qué dejaba que la dominara de aquella manera.

Él tiró de su pelo y volvió a embestirla salvajemente.

—Voy a hacer que te acuerdes de mí toda la semana —dijo.

Noah estaba completamente segura de ello.

Olivier se clavó en ella cuatro o cinco veces más mientras sus dedos se hundían en la carne de los glúteos y gemía con los dientes apretados.

Después se volvió a inclinar sobre su cuerpo, acercó el rostro a su mejilla y sin dejar de penetrarla dijo:

—No sé qué me has dado Noah, pero vas a volverme loco.

Noah quería que aquello no acabara nunca. Le encantaba aquel Olivier tan íntimo. Ese era su poder: volverlo loco, aunque él no lo supiera.

El orgasmo llegó de forma precipitada, casi sin darse cuenta. Su cuerpo comenzó a convulsionarse bajo el de Olivier, que la tenía atrapada contra la cama. Las manos de Noah se aferraron al catre con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Cuando alcanzó el cénit, gritó el nombre de Olivier contra la almohada. Tenía la sensación de que iba a romperse en mil pedazos.

Olivier tiró una última vez de su pelo mientras se dejaba ir. Gimió con los dientes apretados y, tras dejarse caer sobre Noah, le dio un beso en el hombro.

—A veces creo que me vas a romper —le dijo Noah a Olivier cuando este la desató y le dio la vuelta para poder mirarla.

Él sonrió con rostro sofocado.

—Jamás —dijo, apartándole el pelo de la cara y acariciándole la mejilla.

Noah suspiró. Necesitaba recomponerse. Apenas sentía el cuerpo. Olivier se echó a su lado, la abrazó por detrás y la estrechó contra su pecho.

En la quietud de la noche, una vocecita empezó a dejarse oír en la cabeza de Noah. Le decía que no podía permitirse sentir algo por Olivier. Era demasiado peligroso. Más allá del sexo, no había nada.

«¿Qué voy a hacer?», se preguntó, justo antes de que el sueño la atrapara.

CAPÍTULO 89

—¿Señorita Winter? —preguntó una voz femenina al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo.

—Señorita Winter, le llamo del departamento de recursos humanos de la revista Elle.

—¿Ocurre algo? ¿Hay algún problema? —dijo Noah en tono preocupado.

—No, no. No se preocupe. Es que falta su firma en uno de los contratos de los derechos de imagen y la necesitamos para evitar posibles problemas —le explicó la mujer.

—Oh, entiendo —dijo Noah, más tranquila.

—¿Puede pasarse esta tarde por nuestras oficinas?

—Sí, claro.

—¿Sabe dónde está nuestra sede? —le preguntó la mujer.

—En la Torre Hearst, ¿verdad?

—Sí, ahí mismo.

Noah sonrió.

—Me pasaré sobre las ocho —dijo.

—Perfecto. Pregunte por Eva Mann.

—Gracias.

—A usted.

Noah cerró la tienda un poco antes para estar puntualmente a las ocho en la Torre Hearst. Un rascacielos situado en la Cincuenta y siete, cerca de Columbus Circle, en Midtown Manhattan.

Entró en el edificio y se dirigió a la chica joven que había detrás del mostrador de recepción.

—Buenas tardes.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla?

—Pregunto por Eva Mann —dijo Noah.

—Octava planta, despacho 10 —respondió la recepcionista.

—Gracias.

La chica asintió con una leve sonrisa.

Noah subió a la planta octava y siguió el estrecho pasillo buscando el despacho número 10. Estaba al fondo. Llamó a la puerta de madera con un suave toque de nudillos.

—Adelante —dijo una voz desde dentro.

—¿Eva Mann? —preguntó Noah, asomándose.

Una mujer de mediana edad, rubia, con un distinguido traje de chaqueta de color salmón se encontraba detrás de una mesa blanca.

—Sí, pase —le dijo, haciendo una señal con la mano. Noah entró en el despacho, cerrando la puerta a su espalda—. Tú eres Noah Winter, ¿verdad?

—Sí.

—Te conozco por el reportaje que ha salido este mes en nuestra revista.

Noah cruzó la estancia y se sentó en la silla que le señalaba Eva Mann.

—Gracias —dijo.

—Como te ha dicho mi secretaria, falta tu firma en uno de los contratos de los derechos de imagen.

—Sí, eso me ha informado.

Eva abrió la carpeta que tenía sobre la mesa, sacó los papeles que contenía y los puso delante de Noah.

—Por favor, léelo —le pidió Eva.

—No es necesario —se apresuró a decir Noah.

—Como quieras.

Noah pasó las páginas hasta llegar a la última y con el bolígrafo que le pasó Eva, firmó en el espacio que quedaba libre.

—Ya está —dijo.

—Gracias —le agradeció Eva.

Unos nudillos tocaron la puerta. Unos segundos después esta se abrió.

—Eva, aprovechando que la señorita Winter está aquí, he preparado el informe con las condiciones del especial de Navidad, por si quiere que su firma de ropa forme parte de él —anunció su secretaria.

El rostro de Noah se iluminó. ¿Había oído bien? ¿Le iban a proponer participar en el ejemplar especial que la revista sacaba todos los años con

motivo de las fechas navideñas? No, no era posible... ¿O sí?

—Ya has oído a Clare —se adelantó a decir Eva.

—¿Lo estáis diciendo en serio? —alcanzó Noah a articular con voz emocionada. —Eva inclinó la cabeza—. No... No me lo puedo creer... —susurró.

Eva tomó la carpeta que le tendía su secretaria.

—Es muy pronto aún, pero ya tenemos un primer boceto de las condiciones generales —dijo Eva, ofreciendo a su vez a Noah la carpeta que le había dado Clare—. Léelo con calma y si te interesa, no tienes más que decírnoslo.

—No tengo que leerlo, y me dan igual las condiciones. Acepto —dijo inmediatamente Noah.

—Es mejor que lo leas, siempre puede haber condiciones con las que no estés de acuerdo y que se pueden discutir.

Noah sonrió.

—Está bien, lo leeré —dijo. Hizo una pequeña pausa—. Gracias. Gracias por tratarme tan bien —agradeció a Eva.

—Más nos vale —se le escapó a Eva en un tono de voz que Noah no supo descifrar pero que sonó raro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Bueno, el señor Brooks es muy exigente.

—Lo sé. Sé que es un hombre muy exigente, pero ¿qué tiene que ver con esto?

—Bueno, Noah, todo esto es por él. Nos está... presionando mucho para promocionarte en la revista —dijo Eva.

CAPÍTULO 90

Noah frunció el ceño, confusa.

—¿Qué quiere decir que el señor Brooks os está presionando? —quiso saber.

Ahora la confusión apareció en la cara de Eva Mann.

—Olivier tiene sus métodos para que las cosas se hagan a su manera —dijo—, y está dispuesto a promocionarte casi a cualquier precio. Pero no solo lo está haciendo con Elle, tengo entendido que también lo está haciendo con VOGUE.

Noah palideció. No podía creer lo que Eva Mann estaba dando a entender. Una mezcla de consternación e incredulidad se fue transformando en una creciente sensación de angustia.

—¿Estás...? ¿Estás diciendo que os está obligando? —preguntó con miedo.

Eva carraspeó. Por la lividez que había adquirido el rostro de Noah supo que había metido la pata. Olivier Brooks estaba haciendo todo a sus espaldas; ella no tenía nada que ver, aunque en un principio habían pensado que el motivo se debía a que era su pareja o su amante, y que se estaba valiendo de eso para hacerse un hueco en el mundo de la moda.

—Como te he dicho, Olivier Brooks tiene sus métodos para que las cosas se hagan exactamente como él quiere. Presionó mucho a Taylor May para hacer el reportaje en Malibú.

El cerebro de Noah funcionaba a toda velocidad registrando todo lo que le estaba diciendo Eva Mann.

—No me lo puedo creer... —musitó.

Todas aquellas oportunidades no habían sido en última estancia producto de su talento, sino de que Olivier había obligado a la revista a que le hicieran un reportaje. Del mismo modo que ahora le estaban ofreciendo participar en el especial de Navidad.

Todo había sido un espejismo. Una burda mentira.

—¿Estás bien? —le preguntó Clare a Noah.

Noah echó la silla hacia atrás y se levantó.

—Tengo que... Tengo que irme —dijo, volviéndose hacia la puerta—. Gracias, Eva —atinó a decir antes de salir.

Eva alzó la vista hacia su secretaria.

—Creo que he hablado de más —le dijo.

Noah salió de la Torre Hearst mareada.

Se sentía vacía. Totalmente vacía. Su vida se estaba abriendo como el suelo bajo la fuerza de un terremoto, haciéndola caer a un abismo insondable.

Un sentimiento de ridiculez la invadió. Todas las oportunidades que había tenido las últimas semanas habían sido fruto de la caridad, porque Olivier les estaba obligando. ¿Qué pensarían las directoras de las revistas?

—No he conseguido las cosas por mí misma ni por mi talento, sino por Olivier. Todo ha sido por él —masculló con rabia mientras vagaba por las calles de Nueva York sin rumbo fijo.

Había estado viviendo una mentira. La realidad había tomado una forma malévolamente repentinamente. Todo lo que había pasado las últimas semanas se había basado en una mentira. En un espejismo creado por Olivier para llevarla a su terreno, para hacerse con el control de su vida.

Mientras caminaba por la calle se chocó con un hombre.

—¡Mira por donde vas! —le increpó el hombre con malas pulgas.

—Lo siento —dijo Noah.

Andaba como un ser autómatas por la ciudad, sin mirar por dónde iba, dejándose arrastrar por el río de gente, sin quitarse de la cabeza que Olivier había estado jugando con ella; manipulándola de la manera más vil. ¿Y todo para qué? ¿Para acostarse con ella? ¿Para salirse con la suya y que terminara firmando el acuerdo que la ataba a él y que, en el fondo, le robaba su sueño? ¿Cómo se había dejado engañar de aquel modo? ¿Cómo había sido tan tonta? ¿Cómo había podido pensar un solo segundo que un multimillonario como Olivier Brooks quería realmente ayudarla sin que hubiera ningún tipo de doble intención detrás?

Repasó en su memoria la conversación que había tenido con Eva Mann. Ella le había dicho que Olivier también había presionado a la revista VOGUE.

Noah ató cábalas.

«Claro, por eso la directora, Claire Coffman, me invitó a la fiesta del centenario de la revista. Ese fue el motivo de aquella invitación tan inesperada —concluyó—. Olivier lo organizó todo para provocar un encuentro entre nosotros».

Olivier había jugado con su sueño como un niño pequeño juega con los Playmobil.

Noah se pasó las manos por el rostro cuando las lágrimas empezaron a deslizarse precipitadamente por sus mejillas. Apretó los dientes. Rezumaba rabia por cada poro de la piel.

En esos momentos tenía ganas de matar a Olivier. Tenía unas inmensas ganas de matarlo.

Olivier marcó el número de Noah de nuevo. Había perdido la cuenta de las veces que la había llamado ya. Lanzó al aire un suspiro de impaciencia.

—¿Por qué cojones no me lo coge? —se preguntó—. ¿Por qué no me devuelve las llamadas?

Estaba a punto de empezar a llamar a todos los hospitales de Nueva York. Se apartó el móvil de la oreja y lo dejó de malas maneras sobre la mesa del despacho.

CAPÍTULO 91

—La señorita Winter lo espera en su despacho —anunció Karen a Olivier.

Él se limitó a asentir ligeramente con la cabeza mientras aceleraba el paso. Abrió la puerta y entró.

—Noah, ¿dónde estabas? Te he estado llamando durante todo el día —dijo Olivier en visible tono de preocupación.

Noah se encontraba sentada en una de las sillas situadas delante de su mesa, cabizbaja y con el torso encorvado. Levantó el rostro y miró a Olivier. En el momento en que sus miradas se encontraron, él advirtió que Noah tenía el rostro congestionado y los ojos rojos e irritados, como si hubiera estado llorando durante muchas horas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó preocupado, acercándose a ella.

—¡No eres más que un hijo de puta! —le gritó Noah, sin importarle que pudiera escucharla Karen.

Olivier se detuvo en seco y frunció el ceño.

—¿Qué diablos pasa?

—Pasa que ya lo sé todo.

Por primera vez en su vida, Olivier pareció inquietarse.

—¿Qué sabes? —dijo, adelantándose unos pasos más.

Noah se levantó de la silla como un resorte y se colocó frente a él.

—Que has estado jugando conmigo, que solo he sido una marioneta en tus manos. Has estado manipulándome desde el principio, como si fuera un títere. Manipulándome a mí y al resto de la gente para que hagamos lo que tú quieres. La invitación a la fiesta de VOGUE, el reportaje en Malibú de la revista Elle... —comenzó a enumerar con un nudo en la garganta.

Olivier maldijo en silencio.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó.

—¡¿Qué más da cómo me haya enterado?!

A Olivier no le daba igual. Se encargaría personalmente de que despidieran

a todas las personas que se hubieran ido de la lengua.

—Déjame explicarte... —comenzó.

—¡No hay nada que explicar! ¡Nada!

Noah rompió a llorar estrepitosamente. Llevaba echa un mar de lágrimas todo el día y ya no aguantaba más.

—¡Amañaste el concurso de la Semana de la Moda de Nueva York después de que yo lo ganara! ¡Les obligaste a que me quitaran el premio y me jodiste la vida!

—Noah, por favor...

Noah se había tirado un farol. No estaba segura de que hubiera sido así, pero lo lanzó al aire para sacar una verdad de una mentira. Que Olivier no lo negase tuvo el efecto de un mazazo en el pecho. Había sido así; había obligado a la organización de la Semana de la Moda de Nueva York a que le retiraran el premio.

Durante unos instantes, vaciló entre la desesperación y la más intensa de las furias. Un velo de ira le nubló la vista.

—¿Cómo puedes ser tan capullo? —espetó. Se abalanzó sobre él y comenzó a golpearle el pecho, pero Olivier ni siquiera se movió unos centímetros—. ¿Cómo? —continuó Noah—. Y todo para ponerme contra las cuerdas y firmar el puto acuerdo que me ataba a ti, que me sometía a ti —le echó en cara, sin dejar de golpearle.

—Noah... —Olivier le sujetó las muñecas. Noah iba a terminar haciéndose daño.

Trataba de hablar, pero ella no le dejaba. Tenía demasiadas cosas dentro que quería soltar.

—Te dije que era mi sueño —siguió Noah, ignorándolo, mientras un torrente de lágrimas surcaba sus mejillas blancas. Tiró hacia atrás y se zafó de las manos de Olivier—. Te dejé muy claro que no quería que nadie formara parte de él, que quería subir por mis propios logros, pero me pusiste la soga al cuello, y estabas dispuesto a ahogarme si no accedía a aceptar tu ayuda. No me dejaste otra opción. ¡¿Quién coño te has creído que eres?! ¡¿Dios?! —le preguntó, enfurecida.

—No soy Dios, solo soy un hombre —susurró Olivier.

Noah rio con amargura entre lágrimas.

—Eres un tramposo y un manipulador. Eso es lo que eres. Un hombre que juega a ser Dios, divirtiéndose con la gente a su antojo.

—No es así —se defendió Olivier, pero Noah no estaba dispuesta a escucharlo.

—Sí es así, Olivier —lo contradijo ella, enjugándose las lágrimas que rodaban por su rostro—. Has ido tejiendo una tela de araña a mi alrededor para atrapar me en ella, y lo has conseguido. Sin darme cuenta has ido poniéndome cuerdas y convirtiéndome en una marioneta para jugar conmigo a merced. Y lo peor es que yo he caído en tus redes como una idiota. —Abrió los brazos de par en par—. Dios mío, ¿cómo he podido ser tan estúpida? —se lamentó, hablando en ese instante para sí misma.

—Noah, estás enfadada y tienes todo el derecho del mundo a estarlo. Pero las cosas no son así...

—¿Enfadada? No estoy enfadada, estoy furiosa. ¡Furiosa! Y decepcionada. Muy decepcionada.

Aquellas últimas palabras fueron como un puñetazo en el estómago para Olivier.

—Yo solo quería que te dieras a conocer —dijo.

—¿Obligando a la gente a que me haga reportajes? ¿A que me inviten a sus fiestas? ¿A que publiciten mi firma, aunque no quieran? Soy consciente de que la repercusión que estaba teniendo era gracias a ti, y te lo he agradecido, pero jamás pensé que estabas coaccionando a la gente para que me contratara. Eres... maquiavélico —resopló con fuerza, agobiada. La realidad que había vivido las últimas semanas era una farsa, una mentira; una ilusión que se le acababa de desvanecer en las manos—. Ingenua de mí, pensé que estaban apostando por mi talento.

Olivier agarró a Noah por los hombros.

—Escúchame, Noah, por favor, escúchame... —le pidió. Noah ni siquiera le miraba, pero él continuó—. Tienes talento, tienes mucho talento, por eso aposté por ti y por tu firma de ropa.

—¡Mentira! —Noah le escupió la palabra en la boca con los ojos llenos de ira—. ¡Todo es una burda mentira! ¡Solo querías llevarme a la cama!

¡Someterme a ti! ¡Controlarme!

Se echó hacia atrás, poniendo distancia entre Olivier y ella. No quería que la tocara.

—Porque tienes la absurda necesidad de controlar a todo el mundo — continuó hablando, apuntándole con el dedo—. No soportabas la idea de que quisiera luchar por mi sueño sola, de que quisiera abrirme camino por mí misma, de que no quisiera tu ayuda. Pero, claro, las cosas se hacen a tu manera o no se hacen —se burló con amargura—. Y cuando te encuentras con una persona que no depende de ti, te vuelves inseguro y eso hace que tu mundo se tambalee. Por eso nos manipulas a todos como si fuéramos marionetas.

Un espeso silencio gravitó por encima de sus cabezas.

—Tienes razón. Soy así. Todo lo que has dicho... es cierto. Pero no voy a cambiar —afirmó Olivier. Se irguió y pareció más distante que nunca.

Noah bufó.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? —le preguntó con una nota de impotencia en la voz.

—¿Qué más quieres que diga? —dijo Olivier, impasible.

Su frialdad fue como un puñetazo en el estómago de Noah. Terminó de secarse las lágrimas y sacudió levemente la cabeza.

—Nada —masculló resignada.

Las palabras de Olivier desprendían una sinceridad cruel. Pero así era él. Directo y devastador como un tornado.

—Ya soy todo lo bueno que puedo ser —repuso Olivier.

—Pues no es suficiente —atajó Noah.

Entre la algarabía de la pelea, a Noah se le pasó una idea por la mente: el extraño despido de Todd; tan absurdo como inexplicable. El pensamiento de que Olivier hubiera tenido algo que ver le hizo sentir náuseas. No, no podía haber llegado a tal extremo. Lo miró fijamente a los ojos.

—¿Tuviste algo que ver con el despido de Todd en la floristería? —le preguntó directamente, sin rodeos.

Olivier se limitó a guardar silencio. Noah se llevó las manos a la cabeza, horrorizada.

—No me lo puedo creer... No... —apenas le salían las palabras—.

¿Cómo...? ¿Por qué...? ¿Por qué lo hiciste?

—Porque cuando te veía con él me sentía... celoso —contestó Olivier.

—¿Celoso? ¿Celoso? ¿Hiciste que lo despidieran porque te sentías celoso? —repitió Noah con incredulidad. No daba crédito a lo que estaba escuchando —. ¿Con qué derecho te crees para jugar así con la vida de las personas? ¿Con su trabajo? ¿Es que no tienes límite? —Inhaló una bocanada de aire. De pronto sentía que no podía respirar. Necesitaba salir de allí—. No sé lo que había entre nosotros, Olivier, pero fuera lo que fuese se ha acabado —atajó—. No quiero volver a verte nunca más.

—Noah, no quiero que te vayas —dijo él.

Noah tenía razón, no lo podía negar. Había hecho todas esas cosas para tenerla bajo su control, para follársela, para quitarse de la cabeza la maldita obsesión que tenía con ella. Sin embargo y, aunque fuera el villano de la película, aunque fuera el malo, ahora no quería que se fuera. Era demasiado egoísta para dejarla marchar.

—No voy a volver a dejar que me jodas la vida, Olivier, ni que jodas mi sueño.

Noah echó a andar, pero Olivier la interceptó.

—Espera, Noah, espera... —susurró, al tiempo que la cogía de la cintura para retenerla.

Noah metió las manos entre los dos cuerpos y lo empujó, pero Olivier no se movió.

—Deja que me vaya. Deja... Deja que me vaya —le pidió sollozando.

Al ver que Olivier seguía sin soltarla, comenzó a golpearle el pecho, llorando.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, Olivier!

Olivier le sujetó las muñecas para detener los golpes, y la rodeó con los brazos, en un intento por tranquilizarla.

—Déjame explicarte las cosas, por favor —le susurró en el oído con voz sosegada—. Déjame explicarte...

Noah sintió que el calor del cuerpo de Olivier se expandía por toda su piel como una marea oscura. Su característico olor a sándalo le inundó las fosas nasales, debilitándola. Durante unos segundos vaciló. El abrazo de Olivier era

tan reconfortante...

Pero la realidad la golpeó de nuevo.

—¡No! ¡No voy a escucharte! ¡No quiero que me abrases, no quiero que me toques, no quiero...! —le dio un nuevo empujón con el cuerpo y se liberó de él—. Lo único que quiero es que me dejes en paz y no volver a saber de ti nunca más. ¡Nunca más! ¡Me has jodido la vida y no te lo voy a perdonar jamás! —le gritó, antes de echar a correr, abrir la puerta y salir del despacho con un portazo.

Olivier bufó.

En un arrebato de ira, se inclinó sobre la mesa y, lanzando un fuerte grito, alargó los brazos y tiró todo lo que había encima de ella, incluido el teléfono fijo y varias carpetas cuyos documentos volaron por el aire.

El estruendo hizo que Karen entrara en el despacho corriendo, sobresaltada. Olivier tenía el rostro rojo y desencajado por la furia. La secretaria se quedó mirándolo con sorpresa.

—¿Y tú que cojones estás mirando? —rugió Olivier enfurecido. Sus ojos echaban chispas—. Recoge todo esto —le ordenó con un gruñido.

CAPÍTULO 92

—Lo siento mucho, Todd —se disculpó Noah.

—No me despidieron por tu culpa —dijo él.

—Indirectamente sí. Si no hubiera sido por mí, Olivier nunca...

—Ya está, Noah —le cortó Todd. No quería que pasara un mal rato. Advirtió el apuro y la vergüenza que estaba pasando Noah al hablar de aquello y, por si fuera poco, llevaba conteniendo las lágrimas desde que habían quedado en una cafetería cercana a la tienda—. Por suerte ahora tengo trabajo y la floristería es pasado.

Noah suspiró.

—Gracias por tomártelo así, Todd, por no enfadarte conmigo —dijo.

Todd la miró a los ojos.

—¿Por qué habría de enfadarme contigo? Te repito que tú no tuviste la culpa. Pero me voy a enfadar si sigues diciendo eso —dijo en un ligero tono de broma.

—Está bien, no volveré a decirlo —apuntó Noah, forzando una sonrisa.

Después de unos segundos de silencio, Todd dijo:

—¿Qué vas a hacer ahora?

Noah jugueteó con el vaso de su cerveza.

—Cerrar la tienda e irme de allí. No quiero tener nada que ver con Olivier Brooks —respondió—. No después de todo lo que me he enterado. Todavía no me creo lo que ha hecho; por su culpa me quitaron el premio del concurso de la Semana de la Moda de Nueva York... Ha hecho añicos mi sueño —se lamentó.

—Ese tío es un cabrón —dijo Todd. Noah sacudió la cabeza y resopló—. Pero no te preocupes, tendrás más oportunidades para demostrar tu talento.

—Eso espero... —suspiró Noah.

—¿Y qué vas a hacer con la ropa? —dijo Todd. Lo mejor era cambiar de tema, Noah estaba muy afectada.

—Trataré de venderla a través de la web, hasta que pueda alquilar un local.

—Si no tienes espacio en tu piso, puedes guardar algo en el mío. Tengo una habitación de sobra que utilizo de estudio para mis composiciones de música, no es muy grande, pero entran unas cuantas cajas de ropa.

—Gracias. Muchas gracias. No quiero molestarte, Todd, pero a lo mejor tengo que tomarte la palabra. Tengo bastante stock en el almacén.

—No es ninguna molestia, Noah. Si te lo ofrezco es porque quiero. Tienes mi casa para lo que necesites. Incluso un par de cajas pueden ir al cuarto de baño.

—¿Dónde? Si tu cuarto de baño es como una caja de cerillas.

—¿Se te olvida que era un hacha en el Tetris? No hay hueco que se me resista.

Noah no tenía ganas de reír, pero dejó escapar una risilla. Sin embargo, unos segundos después la sonrisa se le desvaneció del rostro. Bajó la vista hasta la cerveza. Todd alargó la mano por encima de la mesa y le acarició la suya.

—Todo va a ir bien —la animó.

Era una frase típica, pero Noah la agradeció como un vaso de agua en el desierto. Necesitaba oír que todo iba a ir bien, aunque fuera mentira. Apartó los ojos enrojecidos de la cerveza y miró a su amigo.

—Sé lo que estás pensando... —dijo—. Qué me lo advertiste, qué Olivier Brooks es peligroso, qué es uno de esos hombres que no aman a las mujeres... —se apresuró a decir antes de que Todd hablara.

Todd negó con la cabeza.

—No, Noah. No voy a hacer leña del árbol caído. Eso sería mezquino por mi parte. Todos cometemos errores —dijo—. Todos alguna vez nos hemos dejado deslumbrar por alguien que no nos convenía.

Levantó la mano de Noah, se la llevó a los labios y le dio un suave beso en ella. Los ojos azules de Noah estaban llenos de lágrimas.

—¿Qué idiota he sido! —exclamó—. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¿Cómo?

Todd le soltó la mano.

—Deja de castigarte, Noah. Lamentarse no sirve de nada. Ahora lo que

tienes que hacer es levantar la cabeza y seguir con tu vida.

Las lágrimas empezaron a rodar incontrolablemente por las mejillas de Noah.

—No es tan fácil... —murmuró entre sollozos—. Le creí. Le creí, Todd —siguió diciendo en tono de reproche—. Soy una idiota.

—No eres ninguna idiota, Noah, y sé que no es fácil seguir adelante. Lo sé. Pero lo vas a conseguir —la alentó Todd con voz dulce—. Vas a salir de todo esto, porque tú eres una chica muy fuerte.

Noah suspiró de nuevo y sorbió por la nariz mientras se enjugaba las lágrimas que le caían por las mejillas. A Todd le partía el alma verla así.

¡Y todo por ese hijo de puta! ¡Por ese maldito cabrón!

No quería torturar más a Noah, bastante dolor tenía ya, y él no estaba por la labor de hacerla sufrir más, pero le había jodido enterarse de que Olivier Brooks había sido el causante de su despido en la floristería.

—¿Qué te parece si vamos al cine? —propuso Todd, cambiando de tema—. Me han dicho que la última de *Los Vengadores: Endgame*, es una pasada.

Noah dio un trago de la cerveza y asintió levemente. No tenía muchas ganas de ir al cine ni de ir a ninguna parte, pero no podía quedarse en casa encerrada, tenía que obligarse a salir.

—A mí también me han dicho que está muy bien —dijo.

—Pues será mejor que nos demos prisa. Hay una sesión dentro de... —Todd consultó el reloj de muñeca—... tres cuartos de hora.

—Vamos —dijo Noah.

Todd cogió su cerveza, le dio un último trago para terminársela y se levantó. Noah imitó su gesto y lo siguió.

EPÍLOGO

La última clienta de ese día salió de la tienda y Noah cerró la puerta para que no entrara nadie más. Mientras introducía la llave y daba un par de vueltas a la cerradura se acordó de las veces que Olivier había entrado sin llamar, asustándola. Uno de esos días se había dado la vuelta sobresaltada y le había amenazado con el brazo del maniquí con el que estaba trabajando.

Sonrió con amargura recordando el momento.

—Soy una persona realmente estúpida —se dijo a sí misma.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el mostrador.

—¿En qué estaría pensando? ¿Cómo no me di cuenta de quién es él y quién soy yo? Para Olivier solo he sido una más de sus marionetas —siguió con su monólogo—. Soy la mujer más tonta e ingenua del mundo.

Noah tenía el corazón hecho pedazos. Sentía como si se lo hubieran desgarrado. Y, pese a todo, estaba enamorada de Olivier hasta los huesos. Ese hombre le había calado hondo, más de lo que en ese momento le gustaría y le convenía. Saber que él solo la había tratado como a un títere, no la ayudaba a olvidarse de él. Por más que lo deseaba, no la ayudaba a sacarlo de su cabeza.

Rompió a llorar estrepitosamente. Aquellos repentinos episodios de llanto se habían vuelto habituales en los últimos días, y venían cargados de una oleada de angustia y de vacío. Olivier Brooks le había costado el corazón y ahora iba a costarle la salud. Apenas dormía y no había probado bocado.

De pronto notó que las piernas le temblaban. Dio un par de pasos vacilantes y aferrándose con la mano en el respaldo se sentó en la silla que utilizaban las clientas.

Trató de calmarse, pero fue imposible. Las lágrimas resbalaban por su rostro sin control.

—¡Maldito seas, Olivier Brooks! ¡Maldito seas! —exclamó.

Al borde de la desesperación, se inclinó sobre sí misma, hundió la cara entre las manos y dio rienda suelta a su tristeza. Solo quería desaparecer.

Olvidarse de Olivier Brooks, olvidarse del dolor, olvidarse de todo...

Olivier contrajo la mandíbula mientras observaba a Noah desde el interior del Bentley aparcado en el otro lado de la acera. No le gustaba verla así; con el rostro hundido entre las manos, llorando, desolada. Y menos aún le gustaba ser la causa de aquel llanto.

—¿Cómo he sido tan idiota? —se preguntó con rabia—. ¿Cómo he sido tan cabrón?

Había hecho todo lo que estaba en su mano para meterla en su cama, para tener el control sobre ella; ese que tanto necesitaba para sentirse seguro, y conseguirla se había transformado en un juego. Un juego peligroso que tenía consecuencias, y en las que él no había pensado. No había pensado que podía pasar lo que ahora estaba pasando en el interior de aquella tienda.

Apretó los dientes y maldijo con un gruñido feroz.

Noah tenía razón, había jugado con su sueño, con su carrera, con su futuro, con su vida... Pero él no tenía otro modo de hacer las cosas. No sabía hacerlas de otra manera. Esa era su maldición.

Apretó el puño contra el volante, intentando aplacar el dolor que resurgía de las viejas heridas.

Miró de nuevo hacia la tienda. Un repentino deseo de consolarla se apoderó de él. Durante el transcurso de unos segundos tuvo la intención de salir del coche e ir a buscarla, pero finalmente desistió.

Negó para sí.

Ahora era demasiado tarde para expresar aquellas palabras que tenía atragantadas en la garganta.

Lo mejor era alejarse de Noah... para siempre.